SÉNECA

**

Cartas filosóficas

Lectulandia

Lucio Anneo Séneca

Cartas filosóficas

(Epístolas morales a Lucilio)

ePUB v1.2

MayenCM 22.10.11

Estas Cartas filosóficas son una amplia selección de las Epístolas morales a Lucilio, que reúnen en sus veinte libros ciento veinticuatro cartas que Lucio Anneo Séneca (4 a. C. - 65 d. C.) dirigió a su joven amigo y discípulo Lucilio, que era procurador imperial en la provincia de Sicilia en aquellos años finales de la vida de Séneca en que se escribieron. Las epístolas son de contenido filosófico y filiación estoica y en gran parte están presentadas como las respuestas del maestro a problemas de orden teórico o práctico (de pensamiento o de conducta) que le habría planteado su joven amigo. En ellas se encierra, de un modo aparentemente asistemático pero en realidad muy coherente, la peculiar versión del estoicismo que es la filosofía de Séneca. Estas Cartas filosóficas constituyen un texto muy romano, no sólo por la frecuente referencia a aspectos de la vida del autor y del destinatario (viajes, costumbres, personajes, historias, tradiciones, etc.), sino por la seriedad moral y el sentido de la responsabilidad social del sapiens que en ellas se dibuja y por las citas literarias que esmaltan el texto. Séneca reduce a límites exiguos problemas morales, creando así una especie de ensayos y de asedios de temas de importancia excepcional en la historia del pensamiento.

CARTAS FILOSÓFICAS. Epístolas morales a Lucilio
Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.)

Traducción: Ismael Roca Meliá.

PRESENTACIÓN

Político, filósofo, poeta

Lucio Anneo Séneca —político, filósofo, poeta— es el más antiguo de los autores hispanos de nombre conocido del que se conserva una extensa obra que abarca más de dos mil páginas. Parece seguro que se conocen también los rasgos físicos de su rostro en algún momento de su vida, reflejados en un busto bicípite del siglo ii d. C. del Pergamon Museum de Berlín.

Nacido en Córdoba hace unos dos mil años, llegó a ser reconocido como el más brillante orador y poeta romano de su tiempo, un escritor de éxito, un destacado político y el más importante de los filósofos de expresión latina hasta San Agustín. Durante más de un lustro, como *amicus principis* y miembro del *consilium,* el antiguo preceptor de Nerón gobernó de hecho el Imperio. Algunos historiadores modernos llaman a esos años los del «ministerio Séneca». Tuvo admiradores y amigos, y también enemigos que acabaron con su vida. Casi veinte siglos después de su muerte, en los países de cultura occidental se publica casi todos los años algún libro y varios estudios más sobre su persona o sus escritos.

Por lo que se conoce de Séneca (que no es todo lo que hizo ni todo lo que publicó), el sabio estoico que él era obró bien y discurrió con acierto en muchas oportunidades. En otras no, sino más bien al contrario. Pero fue un varón esforzado *(strenuus),* un hombre de principios *(honestus)* y un espíritu abierto a sus semejantes *(humanus),* para el que todos los hombres tienen derechos y valores, o, como se dice ahora, poseen una dignidad que ha de ser respetada. En una de sus *Cartas a Lucilio* dejó escrita una de sus más significativas sentencias o frases célebres: «*homo, sacra res homini*». Entre los antiguos cristianos se pensó que Séneca también de alguna manera había sido uno de ellos o había andado cerca.

Nerón frente a Séneca

Lucio Anneo Séneca se retiró de la actividad política y del ejercicio del poder en el 62 d. C. Pero hasta su muerte, tres años más tarde, continuó siendo un personaje importante con el que en Roma todo el mundo —gobierno y oposición—, para bien o para mal, tenía que contar.

Desde Palacio (Nerón, su esposa o concubina Popea, Tigelino, comandante de los pretorianos y valido del príncipe) se le odiaba. Sin embargo, durante ese último

trienio de su vida, no se atrevieron con él, contentándose con tenerlo sometido a una estrecha y mal disimulada vigilancia. Por fin, en la primavera del 65, al descubrirse la conspiración tramada en torno a Pisón para derribar a Nerón y eliminarlo, Séneca fue acusado de participar en ella y tal vez de poder resultar su futuro beneficiario, como eventual candidato de «consenso» para el trono.

En el tramo final del reinado de Nerón se puede decir que había dos «partidos» de oposición, el de los políticos estoicos (Barea Sorano, Trasea Peto) y el de la antigua aristocracia senatorial, que tomaría como cabeza a Pisón, titular de la conjura que acabó en la hecatombe de notables del 65 y del 66. En ambos sectores se respetaba a Séneca y algunos de sus más distinguidos representantes lo cortejaban. Pero él no se implicó en ninguna de las dos facciones. Los primeros eran demasiado republicanos para el pensador monárquico que había escrito el tratado *De clementia,* y los segundos demasiado aventureros para un político de la experiencia del filósofo.

No obstante, en las primeras investigaciones oficiales sobre la conjura antineroniana, un delator profesional y mentiroso que estaba complicado en ella (un «pentito» se diría hoy) sacó a relucir el nombre de Séneca como uno de los conspiradores, con gran complacencia de Nerón, que esperaba una oportunidad para acabar con quien, por prudente y cautamente que actuara, en cualquier momento podía cantarle una verdad.

Condenado a muerte por el emperador, Séneca se quitó la vida con la ayuda de sus criados y de su médico un día de abril del 65 —entre el 19 y el 30—, mientras pronunciaba una especie de disertación que sus secretarios recogieron por escrito, que se podía leer medio siglo después y de la que no queda más rastro que las líneas que dedica a ella el historiador Tácito. (El suicidio era el modo de ejecución de la sentencia capital que ofrecía a los personajes distinguidos la «clemencia» del príncipe en aquellos años del Imperio.)

El historiador Cornelio Tácito narra magistralmente todo el episodio.

Tras las primeras delaciones sobre la conjura, el príncipe en persona y su mafia palatina recurrieron a un enredado juego de confesiones, torturas, chantajes y denuncias semejante al de Stalin en los procesos de Moscú de los años treinta del pasado siglo. De las víctimas de la purga neroniana, unos murieron valientemente y con honor, proclamando su inocencia respecto de la conspiración, pero condenando los crímenes neronianos, como Séneca y después Trasea. Otros, incluso en la familia del filósofo, fueron cobardes, como el sobrino Lucano, que empañaría su limpia y merecida gloria literaria acusando a su propia madre.

Las circunstancias que rodearon la muerte de Séneca parecen una traducción al latín, y a la cultura romana del siglo i d. C., de la de Sócrates. Es como el desenlace de una tragedia senecana, mas con un modelo histórico y no mitológico. La inspiración no vino de Sófocles o de Eurípides, sino de la narración platónica de la

muerte del filósofo ateniense. Hubo incluso una poción de cicuta, que Séneca tenía preparada temiendo que en algún momento le pudiera hacer falta. A ella se acudió en el último instante para poner término a su vida. Se diría que todo estuvo previsto por ese sabio *régisseur* de la escena final de su existencia que fue el filósofo y político estoico, doblado de dramaturgo y a la vez de actor que se representaba a sí mismo sacudiendo las aguas del baño en una extrema libación a *Iuppiter Liberator*. En una palabra, una tragedia *praetexta «in vivo»* en la que el protagonista muere de verdad en la escena.

Condena y legado del filósofo

Antonius Natalis, el delator, uno de los más activos conjurados, al ser interrogado por los agentes del príncipe, denunció a Séneca como partícipe de la conspiración. Cincuenta años después Tácito no creía que eso fuera verdad. Según él, Natalis, convicto y confeso, habría mezclado en sus declaraciones el nombre de Séneca, bien para justificarse él mismo por haber llevado recados de Pisón a Séneca y viceversa, bien por ganar el favor de Nerón, del que era manifiesto que en aquellos momentos odiaba a Séneca y andaba buscando cualquier medio para destruirlo.

En el 62 Séneca, que se daba cuenta de la enemistad con que había llegado a distinguirle el príncipe, quiso alejarse de los círculos palatinos y del *consilium principia,* pero Nerón no se lo permitió. Si bien desde entonces el filósofo se dejaba ver lo menos posible por la corte, pretextando sus problemas de salud y su dedicación a los estudios. Puede decirse que ese alejamiento significó realmente el final de su directa y personal intervención en la política.

Dos años después de esa famosa entrevista de la dimisión oficialmente rechazada, Nerón, tras el incendio de Roma, se había dedicado a saquear Italia y las provincias, incluso los templos, para reconstruir y embellecer la urbe. Séneca, con el fin de hacer visible su desacuerdo, acentuó sus distancias y procuraba estar habitualmente fuera de la urbe. Estos callados reproches eran más de lo que Nerón estaba dispuesto a soportar. Por eso, Natalis pensó que si complicaba a Séneca y acababa con él, Nerón se lo agradecería. Como así fue. El príncipe le compensó otorgándole su perdón y la impunidad, cosa que ocurriría con muy pocas personas.

Las consecuencias de la denuncia no se hicieron esperar. Nerón, que ya antes, según Tácito, había tratado de envenenar a Séneca valiéndose de uno de los libertos del filósofo, no quiso perder la oportunidad que se le presentaba para eliminar al que había sido su maestro y que, con su silencio y su ausencia de palacio, condenaba la tiranía en que había degenerado el gobierno. Envió a un tribuno de las cohortes pretorianas a someter a un interrogatorio a Séneca, que acababa de llegar desde

Campania a una de sus casas de campo situada a cuatro millas de Roma. En las *Cartas a Lucilio* Séneca menciona dos veces su «Nomentano», pero no debía de ser allí donde se hallaba aquel día, porque *Nomentum* era una localidad situada al nordeste de Roma, pero bastante más lejos. Mientras que el lugar donde se encontraba Séneca iba a permitir que los enviados de Nerón fueran a Roma y volvieran en una tarde, tras haber despachado con el príncipe y con el prefecto de los pretorianos.

El tribuno que acudió a la villa de Séneca, para asegurar que el filósofo no se escapara de sus manos o para intimidarle, se hizo acompañar de un pelotón de soldados, que rodeó la finca y quedó allí de guardia, mientras él hablaba con el propietario e iba y venía de Roma.

Cuando llegaron los soldados, Séneca, que no pensaba que tuviera nada que temer por el descubrimiento de la conspiración, estaba tranquilamente cenando con su esposa Paulina y con dos amigos íntimos que, por cierto, eran hispanos también: Fabio Rústico, historiador, cuya obra perdida sobre el período neroniano fue una de las fuentes de los *Anales* de Tácito, y el médico Estacio Anneo, quizá pariente o liberto del filósofo. La respuesta de Séneca al cuestionario del tribuno, por lo que se sabe de ella, demostraba su inocencia. Pero, en realidad, para Nerón la denuncia era sólo un pretexto. Como el tribuno, al dar cuenta de su misión, refirió al emperador que no había advertido en Séneca ningún signo de temor ni tristeza en sus palabras y sus gestos y que era evidente que no estaba preparando un suicidio, se le ordenó que volviera para intimarle lo que con expresivo eufemismo llamaban en latín la *necessitas ultima*.

Al regresar a la villa con la condena en la mano tras haber despachado con Nerón, en presencia de Popea, y con el prefecto de los pretorianos, Tigelino, el tribuno no quiso entrar en la mansión. Se quedó fuera con los soldados y envió a uno de sus centuriones para que transmitiera al filósofo la orden imperial de poner fin a su vida. Séneca, *interritus*, es decir, sin ninguna muestra de inquietud, pidió unas tablillas para hacer o completar su testamento. El centurión no se lo permitió, y entonces el filósofo dijo a los presentes que ya que no se le dejaba manifestar su agradecimiento a las personas que lo merecían, les entregaba como herencia lo único que ya le quedaba, que era también el mejor obsequio —*pulcherrimum*— que les podía hacer, la imagen de su vida, *imaginem vitae suae*.

Imaginem vitae suae

Esta «imagen» de su vida que Séneca quería legar a sus amigos se cifraba en dos elementos o rasgos principales, las *bonae artes* y la *constans amicitia*. Si se

acordaban de las unas y practicaban la otra, su vida sería de provecho.

¿Qué son las *bonae artes?* Séneca emplea varias veces esta expresión en contextos que se refieren a virtudes racionales. Los filósofos —principalmente los estoicos pero también Aristóteles— serían los grandes maestros de esas *bonae artes*. En la contemplación de la naturaleza, comprendida en ella la divinidad, se reciben muchos bienes gracias a esas «artes». Por su acción o por su presencia viene la paz a los espíritus. Las *bonae artes* serían las virtudes intelectuales y morales que se adquieren racionalmente, y que son «buenas» por su naturaleza y efectos y «artes» porque se aprenden y practican.

Estas *bonae artes,* que evocaba Séneca junto con la fidelidad a la amistad, eran uno de los signos distintivos de la filosofía de los estoicos. Si no para toda la «escuela», sí lo eran para Séneca y así lo entendió el historiador Tácito. Veinticinco páginas después de la narración de la muerte de Séneca, en el siguiente libro de los *Anales,* Tácito traza el retrato de un falso estoico, uno de esos hipócritas que, bajo la máscara de la honestidad de la escuela, escondían una falsificación de las virtudes y mentían en la amistad, y los define acusándolos de ser «falsos, fingiendo virtudes y engañando a los amigos». La expresión es de Tácito, pero la doctrina de Séneca, con lo que el autor de los *Anales* prueba su familiaridad con el pensamiento del filósofo y la seriedad profesional con que elaboraba sus relatos.

Entre las obras perdidas de Séneca se encontraba un ensayo o tratado titulado «Cómo se ha de practicar la amistad». Pero no es preciso remitirse a una obra de la que sólo se conservan tres cortos fragmentos en un palinsesto vaticano, para saber lo que Séneca pensaba de la amistad. El capítulo séptimo del tratado *De tranquillitate animi* se abre con lo que muy bien podría llamarse el himno senecano de la amistad. Dice así:

> «No hay nada que agrade tanto a un espíritu como una amistad fiel y entrañable. ¡Qué gran bien, cuando se encuentran corazones dispuestos a acoger y a guardar cualquier secreto, cuya conciencia temas menos que la tuya propia y cuyas palabras calmen las inquietudes, su consejo facilite nuestras resoluciones, su alegría disipe la tristeza, su sola presencia nos llene de gozo!».

Durante esas horas finales, el filósofo habló, más o menos largamente, otras dos veces, además de la disertación sobre la «imagen» de su vida. Primero, tras unas palabras de consuelo y aliento a su esposa, se extendió en comentarios acerca de la firmeza de ánimo, los preceptos de la sabiduría, la actitud moral ante la adversidad, etc. A lo que añadió un discurso más extenso del que tomaron nota unos secretarios y que en tiempos de Tácito todavía podía leerse, pero después se perdió. La imagen de la vida dé Séneca no sólo estaba en su doctrina, sino también en la disposición, ni resignada ni triste, ante la *necessitas ultima* a que le condenaba el príncipe.

Abiertas las venas de brazos y piernas, solicitó del médico amigo, Estacio Anneo, que le suministrara el veneno «ateniense» que tenía previsto. Fue introducido en el baño y falleció ahogado por los vapores.

Todo ello, ciertamente, con bastante literatura. Séneca enfrentó la muerte, como he dicho, con el modelo de la de Sócrates. Pero el gesto final fue muy romano y muy suyo, salpicando a los circunstantes con las aguas del baño en una última o suprema libación a Júpiter Liberador. Seguidamente su cuerpo fue incinerado sin ninguna ceremonia. La esposa, Paulina, quiso seguir la suerte del marido, pero los soldados, obedeciendo instrucciones del príncipe, no lo permitieron. Vivió unos años más *laudabili in maritum memoria*, según escribe Tácito, como una ejemplar matrona romana.

El retrato de Berlín

Yo soy de los que creen que existe un retrato auténtico de Séneca, que se ha reproducido en algunos libros y que yo mismo fotografié hace unos años en el Pergamon Museum de Berlín y he hecho imprimir más de una vez. Se trata de un hermes o busto bicípite de tamaño menor que el natural, en el que por una cara aparece un Sócrates convencional y por la otra un Séneca con todos los visos de autenticidad, ambos con los nombres inscritos en la basa en los caracteres de sus respectivas lenguas. Es una pieza del siglo segundo que, sin duda, reproduce un retrato hecho en vida del propio modelo.

El paralelismo entre el filósofo romano y el griego era algo que después de la muerte de Séneca debía de estar en los labios y en la mente de muchos romanos ilustrados. No era sólo un asunto de los «enamorados de la sabiduría». Con Séneca, Roma había tenido por fin un sabio igual que Atenas.

Sócrates era también uno de los personajes históricos más admirados por Séneca. Encarnaba el ideal del *sapiens*. El filósofo romano lo menciona en sesenta y seis lugares: más que a Catón de Útica. Sólo Virgilio y Epicuro aparecen citados mayor número de veces en los textos senecanos, pero como escritores o fuente de doctrina. Mientras que en los *exempla* del filósofo ateniense (como en los del político romano) se pone de manifiesto la *virtus* del *sapiens*.

Por otra parte, la fama de Séneca se mantuvo sin altibajos tras su muerte. Hacia el año 75, dos lustros después de ella, Plinio el Mayor proclamaba que había sido el personaje más importante de su época como sabio y como político: «*Annaeo Seneca, principe tum eruditorum et potentiae*». Entre diez o quince años después de la *Historia Natural* de Plinio, Quintiliano afirma que fue el primer escritor de su tiempo y el más influyente, al que todos querían imitar. El insobornable historiador Tácito,

entre una de cal y otra de arena, acaba trazando un perfil netamente favorable con pocos lunares. Séneca viene a ser el «bueno» de los últimos libros de los *Anales* como Germánico de los primeros.

Estampas de una vida

La Bética de los Anneos era una provincia profundamente romanizada desde casi un siglo antes del nacimiento de Séneca. Cicerón habla de unos poetas cordobeses de los años cincuenta antes de Cristo, que debían de ser conocidos en Roma, pero que hablaban el latín con un acento extranjero y gangoso que chocaba con la sensibilidad romana.

Séneca quizá no era *hispanus*, sino *hispaniensis*, por lo menos en algunas de las ramas de su familia. La escolarización había avanzado en Córdoba en los cincuenta años que siguieron al discurso en que Cicerón atribuye a los vates de la Bética esa pronunciación tan extraña. Habría sido inconcebible que si su latín no era correcto, Séneca alcanzara tanto éxito como orador y poeta, todavía joven, en los círculos sociales que frecuentaban las princesas imperiales, hermanas de Calígula, y que una de ellas, Agripina, pensara en traerle de Córcega al cabo de ocho años de destierro para enseñar letras y retórica al joven Nerón, en contra de una parte de la opinión pública romana que decía de él que no era otra cosa que una lengua de charlatán, *professoria lingua*.

De los primeros años de la vida de Séneca no se sabe mucho, aunque quizá sea uno de los escritores de la Antigüedad en cuya familia y círculo de amistades se halla un mayor número de personas con sus nombres y alguna información. El *Onomasticum* elaborado por Carmen Castillo identifica a doscientos ochenta y tres contemporáneos suyos citados por Séneca, nueve de ellos griegos y los demás romanos. En unos libros de pensamiento como los del filósofo cordobés eso significa mucha gente y es índice de una activa vida social. Séneca no se limitó a ser un estudioso de biblioteca ni un filósofo solitario. Fue, por otra parte, muy romano, a partir de la condición de acomodado ciudadano provincial del orden «ecuestre» que había heredado de sus mayores y de la que tan orgulloso se sentía según escribe Tácito. *Hispani* o *hispanienses*, es decir descendientes de nativos o de colonos itálicos, los Anneos estaban arraigados en Córdoba, de la que el padre de Séneca —que se llamaba Lucio Anneo Séneca, igual que el hijo— dice que era «su ciudad» *(colonia mea)*. La familia materna (los Helvios) era también de la Bética, donde están documentados no pocos Helvios y Novatos *(cognomen* éste de Marco Anneo Novato, el hermano mayor del filósofo). Quizá el abuelo materno de Séneca fue un Marco Helvio Novato que desempeñó una magistratura local en Urgavo (la actual Arjona en

la provincia de Jaén).

De las imprecisas informaciones que ofrecen sus propios escritos se deduce que nació poco antes o poco después del principio de la era cristiana. Era el segundo de tres hermanos varones, de edades muy próximas entre sí. El mayor, Marco Anneo Novato (después por adopción Marco Junio Galión), fue aficionado a la filosofía e hizo una buena carrera política. El tercero, Anneo Mela, se dedicó a las finanzas. Ambos cayeron víctimas de la crueldad neroniana poco después que Séneca.

Respecto de la fecha de nacimiento de Séneca, yo me inclino por la más tardía de las que permiten los datos que se poseen. De joven se trasladó a Egipto, lugar muy de moda entonces para curar la tisis, junto a la hermana de su madre, que estaba casada con el prefecto de aquel territorio, Gayo Galerio. Allí residió unos ocho años y se familiarizó con la geografía y la cultura del país del Nilo. Cuando regresó, en el 31, su edad no llegaría aún a los treinta, lo cual invita a considerarlo lo más joven que permitan las otras referencias. Yo prefiero como fecha de su nacimiento el 4 d. C., y no estoy solo.

De la familia de Séneca hay informaciones sueltas en sus propias obras, así como en la *Antología* retórica de su padre, en los varios pasajes de la segunda parte de los *Anales* de Tácito en que se le menciona a él y en pocos lugares más. Alaba y respeta a su progenitor, aunque los cincuenta años que éste le llevaba y su mentalidad de hombre «chapado a la antigua» y tradicionalista, más bien republicano y desconfiado de las modernidades filosóficas del hijo, dieran ocasión a visibles disentimientos.

Séneca compuso una biografía de su padre, de la que sólo se conservan las diez primeras líneas. En ellas dice que las obras del padre, y en particular la historia de las guerras civiles, si se hubieran editado ya, le habrían asegurado, a justo título, una brillante nombradía. En esa *vita patris*, el hijo se proponía contar quiénes eran los padres de tan importante historiador... Pero con esas palabras, sin cerrar la frase, termina el breve fragmento conservado.

Es altamente probable que en su infancia Séneca residiera en su Córdoba natal, donde después de él nacería el menor de sus hermanos, Mela. La familia paterna estaba arraigada allí y la de su madre también era de la Bética con intereses en la provincia. Después, es seguro que proseguiría su educación en Roma, donde se sabe que vivió por lo menos largas temporadas su padre, que tenía muy buenas relaciones sociales en la urbe.

Ciertamente no había entrado en la vida pública y quizá tampoco en la de la «sociedad» de Roma antes de su regreso de Egipto, aunque desde su juventud tanto él como su hermano Novato se inclinaran por el foro y la política. Tampoco se sabe con certeza si había alcanzado el senado por la vía de la cuestura bajo Tiberio. Parece que era senador ya con Calígula (37-41) y antes de la muerte de su padre (probablemente el 39). En todo caso, bajo este Gayo César, que le envidiaba por sus éxitos literarios,

era persona conocida en los medios políticos y sociales, había ganado fama de orador, tenía acceso a la familia imperial y había trabado una cierta familiaridad con las alegres hermanas del príncipe. Esto representaba un triunfo social y literario sin precedentes entre los *equites* de provincias y suponía una notable ambición, una dedicación a buscar el ascenso social y una infrecuente capacidad de seducción.

Después de Calígula, en el año 41, Claudio condenó a Séneca al exilio por presunto adulterio con Julia Livilla, una de las jóvenes y desenvueltas princesas imperiales. Antes, según cuenta Dión Casio, por envidias literarias o retóricas, Calígula había querido que lo mataran. Se libró, porque alguien dijo al emperador que la tisis acabaría pronto con él por medios naturales.

A mí siempre me ha sorprendido que en tan poco tiempo alguien que era *novus, eques,* y *provinciales,* sin pasar por altas magistraturas, hubiera llegado a ser tan importante. Gayo y Claudio eran capaces de las más arbitrarias crueldades. Pero si no hubo otras razones más políticas, no se acaba de entender esa persecución tan sañuda y personal contra un joven de provincias que pronunciaba discursos, hacía versos y, si acaso, cortejaba princesas, por muy avispado que fuera.

El Séneca joven de antes del destierro tenía prestigio como escritor y como orador que «entonces gustaba mucho» según Suetonio, hasta causar la envidia del César. Agripina, que era hermana de Livilla y de Calígula, una vez casada con su tío, el emperador Claudio, hizo que le levantaran el destierro para que fuera maestro de Nerón, por sus saberes y su fama de sabio: *«ob claritudinem studiorum eius».* Es llamativo que conservara intacto su prestigio intelectual, y quizá político, a los ocho años de su exilio en Córcega, con todo lo que de aislamiento traía consigo un destierro de entonces, con la hostilidad del emperador y lejos de los círculos sociales y culturales de la urbe.

Pero en la cultura romana, entre las clases dirigentes, Séneca era una novedad: una curiosa novedad o una infrecuente personalidad. Se dedicaba a la filosofía y a las ciencias naturales y componía poemas, probablemente tragedias, si, como apuntó el gran especialista senecano Pierre Grimal, cinco de éstas *(Agamenón, Troyanas, Tiestes* y los dos *Hércules)* son de la época de Córcega, mientras que *Edipo, Medea, Fedra* habrían sido escritas en los años del retiro político o de su primer apartamiento de palacio. Entonces escribía *carmina,* según dice Tácito, y éstos fueron conocidos y apreciados por Quintiliano. El *Agamenón* parece que tiene que ser anterior a la muerte de Claudio, a causa de Agripina, y *Tiestes* antes de la de Británico. Hércules era un héroe muy estoico y además «antoniano». Y una Antonia era la madre de Claudio.

«Pax neroniana»

Durante la mayor parte del principado de Nerón, que duró desde el 54 al 68, casi todo el Imperio disfrutó de paz, y las provincias, en general, estuvieron bien administradas. No sólo en tiempos del llamado ministerio de Séneca, que duró cinco, ocho o diez años según se hagan las cuentas. El Imperio de Nerón conoció un número relativamente elevado de distinguidos políticos y jefes militares y de buenos magistrados y administradores.

Precisamente al contar la historia del año 64, el del incendio de Roma, escribe Tácito que nunca antes había reinado una paz tan estable en todo el orbe *(«haud alias tam immota pax»)*. En el libro siguiente de los Anales, cuando refiere la interminable cadena de ejecuciones de notables ordenada por un Nerón tan cruel como atemorizado, Tácito interrumpe la narración para manifestar que su espíritu se siente agobiado y encogido de tristeza ante la cantidad de sangre perdida sin guerras exteriores ni acciones militares en defensa del estado. Para el historiador aquella cólera de los dioses contra Roma había sido peor que los desastres militares o la cautividad de ciudades, que un analista puede mencionar y pasar adelante después de haberlos contado. Las muertes de hombres ilustres, como los que fueron víctimas de la crueldad neroniana, deben recibir un recuerdo individual cuando son gloriosas, aunque cansen a los lectores por ser tan continuas y tristes.

Pocas veces en la historia de Roma fue tan visible la distancia entre los sucesos de la cabeza —Roma e Italia— y el cuerpo del Imperio.

No es que en aquellos tiempos de la paz neroniana que precedieron a las crueldades de los años finales de este emperador faltaran problemas importantes en algunas provincias, especialmente en Britania, donde se amplió el territorio romano hasta Gales, en el Rin o en la frontera oriental lindando con el reino de los Partos. Pero no eran cuestiones políticas que afectaran al poder dentro del estado, sino exclusivamente asuntos militares y de seguridad. Nerón y sus consejeros, por otra parte, no hicieron más que seguir las directrices trazadas por Augusto: fronteras naturales seguras y estados satélites donde fuera posible. Séneca no tendría mucho que ver con la definición de esa política, aunque sí con las consecuencias de la afirmación doctrinal de la unidad del género humano, tan cara para los estoicos, y en algunos casos con la selección de los magistrados para situaciones especialmente delicadas, como cuando se envió a Pompeyo Paulino el Joven a Britania o a Corbulón a Oriente, con instrucciones de prestar particular atención a los asuntos de Armenia.

Provinciales a las puertas

El progreso de la romanización, particularmente en las provincias más antiguas,

determinó en el último periodo de los julio-claudios una primera inflexión que conduciría a una nivelación más igualitaria, si no de los territorios del Imperio sí de los ciudadanos itálicos y provinciales. Séneca fue uno de los ejemplos más significativos de este proceso y también uno de los eminentes personajes que más contribuyeron a él.

El relato de Tácito de las relaciones entre Séneca y Nerón de los últimos años de la vida del filósofo es, a mi entender, plenamente fiable, incluso en las expresiones literales en estilo directo que se ponen en boca de uno y otro. Tácito manejó la obra del hispano Fabio Rústico, el amigo de Séneca. En la entrevista del 62, cuando el filósofo solicitó retirarse del *consilium principis* a la vez que ofrecía devolver las donaciones con que el príncipe le había enriquecido, Rústico no estuvo presente, pero debió de ser informado por el propio Séneca muy pronto y en términos prácticamente exactos.

En esa entrevista del 62 Séneca dice a Nerón que muchas veces daba vueltas dentro de sí a cómo él, «ecuestre y provincial», se contaba entre los grandes personajes de Roma; y su *novitas* brillaba en medio de los nobles cuyos linajes contaban una historia tan larga y gloriosa.

Con estas palabras Séneca ofrecía las coordenadas que definían la singularidad de su persona en el gobierno de Roma: un *homo novus* entre los nobles, de familia «ecuestre» y no senatorial, provincial y no itálico. Su caso, añado yo, no era igual al de Afranio Burro, que por cierto acababa de morir entonces. Éste también era ecuestre y provincial, pero militar, como Agripa, el «corregente» de Augusto, y provenía de la Narbonense, tan favorecida por Claudio, que había nacido en Lugdunum, y que es quien le nombró *praefectus praetorio,* o lo que es lo mismo comandante de los soldados de Roma y de toda Italia. Mientras que él, Séneca, sólo era un escritor y un filósofo.

Cicerón, como sabía muy bien Séneca, fue igual que él un *homo novus,* y uno de los pocos de esa condición que alcanzaron el consulado en el último siglo y medio de república. También era de origen «ecuestre» e hizo su carrera por su prestigio de orador y abogado. Pero era un itálico del Lacio y un político que había ganado una tras otra las diversas elecciones del *cursus honorum* de la notaidad republicana de sus días.

Ecuestre, nuevo y provincial

Ecuestre, nuevo y provincial significaba ser —y haber sido— moderno, ambicioso y monárquico. Los *equites* eran la clase social ascendente en Roma desde los días de Augusto. Los que hacían política (los más se dedicaban a los negocios)

llegaban en algún momento al senado o a ser cónsules, pero todo el mundo los distinguía de los vástagos directos o indirectos de las antiguas familias, aunque éstas hubieran cambiado mucho desde los días de la República.

En la nómina de los amigos de Séneca se encuentran pocos aristócratas, fuera del círculo de la familia imperial. Predominan los ciudadanos del orden de los caballeros, dedicados unos a los negocios, como Ebucio Liberal, otros a la función pública, bien en magistraturas y cargos políticos como su hermano Novato-Galión, Anneo Sereno, o los dos Paulinos, o en procuradurías y administraciones imperiales como el otro hermano Anneo Mela y Lucilio. Eran las nuevas clases sociales entre las que sobresalía el propio Séneca, alabado por Columela como agricultor que había destacado con sus modernas explotaciones de vides.

Pocos años después de Séneca serían ecuestres e itálicos los príncipes Flavios, y ecuestres y de origen o antepasados hispanos varios de los Antoninos. Los ecuestres tenían orgullo de clase como había manifestado el padre de los Anneos cuando aplaudía a Mela, por hallarse *paterno contentus ordine*, y tener más talento que sus hermanos. Séneca, colmado de honores políticos y sociales, nunca desertó del todo de la clase u orden social de procedencia.

En la entrevista del 62 Anneo Séneca se ufana delante de Nerón de que, pese a su *novitas*, la ambición de *homo novus* le había empujado al triunfo político y social, por mucho que en escritos de la época de la madurez, como el ensayo sobre la brevedad de la vida, o de sus últimos años, como las *Epístolas a Lucilio* 75 y 93, condene la aspiración a ese género de vida, proclamando la superioridad moral y técnica de la existencia retirada del filósofo.

Su padre, a la vez que les prevenía a él y a Novato de los peligros que les acechaban en la carrera política que animosamente habían emprendido, en la que «incluso los triunfos que uno espera son de temer», les había estimulado a entregarse al trabajo del foro y a la persecución de los honores (o cargos públicos). Y lo había hecho o lo hacía con verdadera avidez, animándolos y aplaudiéndolos en esa actividad tan peligrosa, «con tal de que la fueran a ejercer honestamente».

Ser «provincial» —de origen y de experiencia personal y familiar—, sin haber querido perder esa condición, facilitaba mucho que Séneca fuera claramente monárquico. En las provincias, también en las llamadas senatoriales, gobernaban los funcionarios del emperador (con título de procónsules, o propretores, o simplemente legados) y los bienes públicos eran administrados por procuradores imperiales. Nadie sentía nostalgia del senado ni echaba de menos las asambleas republicanas o comicios a los que sólo viviendo en Roma era posible concurrir.

El patriotismo de un provincial tenía como referentes las divinidades nacionales, el nombre de Roma y la persona del emperador, que cuando Séneca publica su teoría monárquica en el tratado *De clementia* era el vástago de una dinastía más que

centenaria, en la que se habían sucedido hasta cinco príncipes y cuyos fundadores eran reconocidos como *divi (divus Julius, divus Augustus),* añadiendo con ello una legitimidad divina a las otras notaidades. Habían ocurrido, ciertamente, toda clase de intrigas y violencias palatinas en la familia de los Césares, pero sin que hubiera sido, ni siquiera imaginable, una guerra civil como las que se habían vivido desde Mario y Sila hasta Augusto.

El estado romano con que se encuentra Séneca tiene como cabeza de la *res publica* —que ya no significa un sistema de gobierno, sino simplemente el «estado»— a un príncipe, revestido de *auctoritas,* o sea de las antiguas facultades constitucionales soberanas del senado. Los poetas augústeos —Horacio— habían asociado *populus* y *princeps Caesar,* igual que sus mayores *senatus populusque,* que se conservaba en determinados empleos como cláusula de estilo pero que no respondía a nada, mientras que lo otro era verdad.

Séneca, filósofo estoico, pensaba que del mismo modo que el mundo universo no podía tenerse en pie —*stare*— sin un *custos* que vigile el cumplimiento de las leyes de la naturaleza, así también entre los hombres es preciso que exista alguien que haga para los asuntos humanos la función de los dioses. Y ése era el César *(optimus ciuitatis status sub rege iusto)*. Eso no quiere decir que la república y los ciudadanos sean propiedad del César. Están bajo su poder, pero no pertenecen a su patrimonio. La antropología estoica y la ética que se centra en la justicia y en la práctica política de la clemencia, junto con el derecho civil, constituyen el contrapeso del poder que se atribuye al príncipe en la filosofía política senecana.

La filosofía de Séneca

Los intelectuales y los políticos más ilustrados de Roma de los siglos primero antes y primero después de la era cristiana solían estar adscritos a una confesión filosófica o presumían de estarlo. En su mayor parte eran estoicos, epicúreos o académicos. También había eclécticos y escépticos.

Séneca, sin abandonar la política, sus negocios de floreciente y afamado agricultor, la vida real y la poesía, articuló una forma de pensamiento estoico que constituía toda una «concepción del mundo» en que se planteaban todos los problemas del ser humano real, se buscaba una explicación racional de la naturaleza física y se construía una filosofía moral capaz de guiar al hombre por la vida, pero que al mismo tiempo lo comprometía hasta llegar a jugársela, como ocurrió en su caso personal. Su teología, entre monoteísta y panteísta, es la de un dios alma del mundo; su ciudad ideal, una monarquía regida por un príncipe que la gobierne con las virtudes sociales, que en el fondo son las mismas que un sabio ha de adquirir y

ejercitar en su vida personal.

Quizá nadie llegue a ser *sapiens,* como lo fue Sócrates y en cierto modo Catón el Joven y se propuso serlo Séneca, a la vez que intentaba encaminar por esa senda a sus discípulos y amigos. Pero en la escuela de las dificultades con que pueda encontrarse un aprendiz de sabio se fortalecerá su espíritu. La política es servicio, las letras cobran todo su sentido como propedéutica de la filosofía, y ésta no sólo no se halla reñida con la acción, sino que es lo que le da una plenitud de sentido. Y si las circunstancias no permiten actuar, e incluso «si alguien le tapa la boca» al sabio, Séneca recomienda que actúe con su silencio y con su ejemplo: *«Numquam inutilis est opera ciuis boni: auditus uisusque, uultu, nutu, obstinatione tacita incessuque ipso prodest»* («Nunca es inútil la acción de un buen ciudadano: se le oye, se le ve, con su ademán, con sus gestos, con su callada firmeza y con su mismo modo de estar sirve a la comunidad»).

Es aconsejable que se alternen el ocio ilustrado y virtuoso —pensamiento, letras — con la acción. También es un modo de acción social: «nunca están tan cortados todos los caminos que no haya lugar para un obrar honesto».

La obra literaria de séneca

Quintiliano dice que Séneca escribió discursos, poemas *(carmina),* diálogos y epístolas. Algunas de sus obras se han perdido. Por ejemplo, los *Libros de filosofía moral,* que el propio autor menciona en algunas de sus epístolas y de los que en el siglo iv el escritor cristiano Lactancio citó algunos pasajes; la *Vita patris,* de la que por azar se conservan diez líneas; unos estudios sobre Egipto, donde como se ha dicho transcurrió parte de su juventud, y otros sobre la India, de la que sólo tendría noticias de origen literario; el «Tratado de la superstición» y el de «Los remedios de la fortuna», que probablemente correspondían al mismo género literario de los doce escritos que desde el s. v se conocen con el nombre de *Diálogos,* y algunos escritos más. El profesor de elocuencia y letras que fue Quintiliano hubo de conocer algunas piezas más, principalmente discursos y poemas, de los que después se perdieron las noticias. En manuscritos medievales aparecen otras seudoepigrafías senecanas que no son de confianza.

Los poemas que menciona Quintiliano, aparte de algunas composiciones menores que aparecen bajo el nombre de Séneca en antologías, son las ocho *Tragedias,* de asunto mitológico, contenido filosófico e intención política: los dos *Hércules* —el *Furens* y el *Oetaeus*—, *Agamenón, Las Troyanas, Edipo, Fedra* y *Medea*. (Se tiene generalmente por seguro que *Octavia,* una *pretexta* de asunto romano, no es de Séneca, aunque la filosofía que en ella apunta y ciertos. rasgos estilísticos la

aproximan a su pensamiento y a su ideología.) Estas tragedias de Séneca son las únicas obras de este género literario de la antigüedad latina que han llegado completas a las edades posteriores. De ahí la influencia que han ejercido en las literaturas modernas, particularmente en las épocas del Renacimiento y del Neoclasicismo.

Las *Epístolas a Lucilio* reúnen en sus veinte libros ciento veinticuatro cartas que Séneca dirigió a su joven amigo y discípulo Lucilio, que era procurador imperial en la provincia de Sicilia en aquellos años finales de la vida de Séneca en que se escribieron. En las *Noches Áticas* de Aulo Gelio, este erudito arcaísta del s. ii d. C. critica unos comentarios literarios de Séneca a Ennio, Virgilio y Cicerón, atribuyéndolos a una carta del libro XXII, lo cual parece probar que el epistolario abarcaba dos libros más de los que se contienen en los manuscritos medievales que lo conservan. Las epístolas son de contenido filosófico y filiación estoica y en gran parte están presentadas como las respuestas del maestro a problemas de orden teórico o práctico —de pensamiento o de conducta— que le habría planteado su joven amigo. En ellas se encierra, de un modo aparentemente asistemático pero en realidad muy coherente, la peculiar versión del estoicismo que es la filosofía senecana. Constituyen un texto muy romano, no sólo por la frecuente referencia a aspectos de la vida real del autor y del destinatario (viajes, costumbres, personajes, historias, tradiciones, etc.), sino por la seriedad moral y el sentido de la responsabilidad social del *sapiens* que en ellas se dibuja y por las citas literarias que esmaltan el texto.

Bajo el nombre de *Diálogos* un manuscrito de Montecasino del siglo xi —y otros más tardíos, casi todos relacionados con él— recoge doce monografias senecanas de veinte a treinta páginas cada una. Se ocupan de la providencia de los dioses, de la firmeza del sabio, de la ira (en tres libros), de la felicidad, de la tranquilidad del ánimo, del ocio y de la brevedad de la vida. A esos escritos filosóficos se unen tres epístolas consolatorias dirigidas a una amiga del autor de nombre Marcia, a uno de los secretarios del emperador Claudio, llamado Polibio, y a la propia madre del autor, Helvia. Los dos primeros habían perdido sendos seres queridos y Helvia sufría por el destierro en Córcega de su hijo, condenado al exilio por orden de Claudio. Estos diálogos estaban reunidos en un *corpus* que llevaba ese nombre ya en el siglo v d. C. Habían sido compuestos por su autor en diversas fechas, entre los años 40 y 63 d. C.

Un carácter similar, en cuanto a la orientación filosófica, pero diferente en su estructura literaria, tienen los dos tratados *Sobre la clemencia* y *Sobre las buenas obras* o *De beneficiis*. El primero se componía de dos libros de los que uno se conserva entero y del otro sólo los primeros capítulos. Es un escrito más de filosofía política que de filosofía social o general. Se expone en él una doctrina política monárquica que es la explicación —y justificación— filosófica de la forma de estado en que realmente se había transformado desde los días de Augusto la antigua

república del *senatus populusque romanus*. Es también el programa político que el filósofo ofrecía a Nerón, desarrollado en gran parte bajo la forma literaria de un largo discurso destinado al entonces joven príncipe, tan prometedor en los comienzos de su reinado.

Los siete libros *De beneficiis* son en realidad un tratado de ética. El intercambio de «beneficios» —buenas acciones, favores, servicios— es el fundamento del orden social. Justifican al poderoso, honran al individuo y crean útiles y meritorios lazos sociales que vigorizan y enriquecen la vida de las comunidades humanas. Hay en esta obra un análisis técnico de la ética personal y social, con la terminología de los griegos vertida al latín, pero con una constante aplicación a la vida práctica, a veces con apólogos y mucho más frecuentemente con anécdotas reales y *exempla*, sacados de la historia de Roma más que de la helénica, con especial insistencia en hechos y personajes contemporáneos o de una generación próxima a la del autor, como era la de Augusto. Quizá el libro VII de esta obra sea un complemento añadido al conjunto de los seis anteriores, que no por ello dejarían de haber sido escritos en los últimos años de la vida de Séneca. Por azares de la tradición, favorecidos porque quizá juntos formaban un *corpus* de extensión parecida al de los diálogos, a los dos bloques de las *Cartas a Lucilio* y a otros escritos que debieron de pasar de volumen a códice en los siglos iv o v, los dos tratados *De clementia* y *De beneficiis* se encuentran juntos en los manuscritos.

Los libros *Sobre la naturaleza,* que habrían sido siete u ocho según se los cuente, son un importante tratado de filosofía natural, o de «física» según la entendían los sabios antiguos. Todos los fenómenos y realidades físicas que hay en la naturaleza y que son estudiados por sabios y filósofos se distribuyen en tres grandes bloques o secciones. «Todo estudio del universo se divide en tres partes, la que se ocupa de las cosas y fenómenos del cielo *(caelestia)* —astros, cometas, etc.—, la que trata de lo que hay entre el cielo y la tierra *(sublimia)* —nubes, lluvias, nieves, vientos, etc.— y la de las cosas de la tierra *(terrestria)* —aguas, tierras, árboles, plantas, etc.—». No es una obra de ciencia en el sentido moderno de la palabra, sino filosófica, que en el examen de los diversos fenómenos de la naturaleza sigue los sucesivos escalones de la observación —inductivo—, de la búsqueda de las causas —dialéctico— y el propiamente filosófico de la consideración global de todas esas realidades como elementos que se integran en la unidad del cosmos, que finalmente es gobernado por la providencia de los dioses, llámesela como se la quiera llamar.

Hay, por último, entre los escritos de Séneca una pieza singular, sin paralelo en la literatura romana conocida. Es un escrito breve, de menos de veinte páginas, satírico, cruel, divertido y de más que dudoso gusto por tratarse de la burla sarcástica de un muerto, que si bien había tenido desterrado a Séneca durante varios años, luego le había hecho volver para que fuera nada menos que el preceptor del príncipe que sería

llamado a sucederle, el famoso Nerón. Ese escrito es el *Ludus* o *Juguete cómico sobre la muerte del «divino» emperador*. Muerto Claudio por obra o instigación de su esposa Agripina, se había celebrado una «apoteosis», o proclamación de su condición divina como se había hecho con Julio César y con Augusto, sin que Séneca, entonces tan influyente, se opusiera a la sacrílega ceremonia. Conocido este escrito con el nombre de *Apocolocintosis* o transformación en calabaza del divino Claudio, probablemente se titulaba *Sátira de la apoteosis del divino Claudio* o *Juguete cómico («ludus») sobre la muerte de Claudio*.

Los manuscritos medievales de esta tan extravagante obra son muy numerosos, y se remontan a un origen común. Probablemente se conservó por azar el que seria su arquetipo. Y en ciertos escritorios de los siglos xi a xv el *Ludus* pudo ser de interés por su desenfadado estilo satírico y su cruel burla de las historias de los dioses: todo ello graciosa y alegremente narrado en esa anárquica sucesión de prosa y verso del género al que, desde Varrón, el gran erudito contemporáneo de Cicerón, llamaron los romanos «sátira menipea».

Antonio Fontán

Los viajes y las lecturas

Hace bien Lucilio en no aficionarse a los viajes y mantener residencia fija. Otro tanto debe hacer con las lecturas: seleccionar entre los mejores autores (1-2). Diversos ejemplos lo confirman (3). Cada día se ha de escoger de las lecturas una máxima (4). La de hoy tomada de Epicuro dice que no es pobre el que tiene poco, sino el que ambiciona más (5-6).

Por las nuevas que me das y las que escucho de otros, concibo buena esperanza de ti: no vas de acá para allá ni te inquietas por cambiar de lugar, agitación ésta propia de alma enfermiza: considero el primer indicio de un espíritu equilibrado poder mantenerse firme y morar en sí[1].

Mas evita este escollo: que la lectura de muchos autores y de toda clase de obras denote en ti una cierta fluctuación e inestabilidad. Es conveniente ocuparse y nutrirse de algunos grandes escritores, si queremos obtener algún fruto que permanezca firmemente en el alma[2]. No está en ningún lugar quien está en todas partes. A los que pasan la vida en viajes les acontece esto: que tienen múltiples alojamientos y ningunas amistades. Es necesario que acaezca otro tanto a aquellos que no se aplican al trato familiar de ingenio alguno, sino que los manejan todos al vuelo y con precipitación.

El cuerpo no aprovecha ni asimila el alimento que expulsa tan pronto como lo ingiere; nada impide tanto la curación como el cambio frecuente de remedios; no llega a cicatrizar la herida en la que se ensayan las medicinas; no arraiga la planta que a menudo es trasladada de sitio; nada hay tan útil que pueda aprovechar con el cambio. Disipa la multitud de libros; por ello, si no puedes leer cuantos tuvieres a mano, basta con tener cuantos puedas leer.

«Pero», argüirás, «es que ahora quiero ojear este libro, luego aquel otro». Es propio de estómago hastiado degustar muchos manjares, que cuando son variados y diversos indigestan y no alimentan. Así, pues, lee siempre autores reconocidos y, si en alguna ocasión te agradare recurrir a otros, vuelve luego a los primeros. Procúrate cada día algún remedio frente a la pobreza, alguno frente a la muerte, no menos que frente a las restantes calamidades, y cuando hubieres examinado muchos escoge uno para meditarlo aquel día.

Esto es lo que yo mismo hago también; de los muchos pasajes que he leído me apropio alguno. El de hoy es éste que he descubierto en Epicuro (pues acostumbro a pasar al campamento enemigo no como tránsfuga, sino como explorador): «cosa honesta —dice— es la pobreza llevada con alegría»[3].

Mas no es pobreza aquella que es alegre; no es pobre el que tiene poco, sino el que ambiciona más. Pues, ¿qué importa cuánto caudal encierre en su arca, cuánto en sus graneros, cuánto ganado apaciente o cuántos préstamos haga, si codicia lo ajeno,

si calcula no lo adquirido, sino lo que le queda por adquirir? ¿Preguntas cuál es el límite conveniente a las riquezas? Primero tener lo necesario, luego lo suficiente.

[1] Se establece así una relación con la epístola anterior: allí vindicare se sibi, aquí secum morari. Precisamos de la tranquilidad y de la reflexión íntima como antídoto frente a la agitación de los viajes. De ahí la necesidad del estudio (cf. G. Scarpat, Lettere..., págs. 43-44).

[2] «Este consejo excluye la práctica de la doxografía», entendiendo por «doxografía» el resumen de la doctrina de los filósofos griegos, realizado por los autores antiguos (P. Grimal, Sénèque ou la conscience..., página 21). Séneca ha leído, y mucho, a los propios autores clásicos.

[3] Epicuro, cual gran maestro, suministra la máxima con que fortalece a Lucilio en el aprendizaje de la pobreza: Usener, Epicurea, Leipzig, 1887, frag. 475. No es preciso que la máxima sea cita literal, responde al sentido. Séneca, que leyó asiduamente las obras de Epicuro, se apropia sus ideas «con finalidad psicológica» (A. Traina, Lo stile..., pág. 116).

Elección de los amigos[1]

El verdadero calificativo de amigo lo merece aquel a quien, después de haberle juzgado digno de tal nombre, le confiamos los secretos como a nosotros mismos (1-3). Se han de evitar los extremos de confiarse a cualquiera o de no hacerlo a nadie (4). Análogamente hay que evitar tanto la excesiva actividad como la quietud permanente (5-6).

Encomendaste a tu amigo, según me escribes, unas letras para que me las entregase; luego me adviertes que no comparta con él todos tus asuntos, porque ni siquiera tú mismo acostumbras a hacerlo: así en la misma carta le proclamas amigo y niegas que lo sea. Por consiguiente, si has hecho un uso, por así decirlo, corriente de ese término preciso, y le llamas amigo del mismo modo que calificamos como «hombres de bien» a todos los candidatos, que saludamos como «señores» a quienes encontramos, si no recordamos su nombre, dejémoslo correr.

Pero si consideras amigo a uno en quien no confías en la misma medida que en ti mismo, te equivocas de medio a medio y no has valorado con justeza la esencia de la verdadera amistad.

Tú, al contrario, examina todas las cosas con el amigo, pero antes que nada a él mismo: una vez contraída la amistad hemos de confiarnos, antes de contraerla hemos de juzgar. Mas invierten el orden de su actuación quienes, en contra de los principios de Teofrasto, juzgan después de haberse encariñado, en vez de encariñarse después de haber juzgado[2]. Reflexiona largo tiempo si debes recibir a alguien en tu amistad. Cuando hayas decidido hacerlo, acógelo de todo corazón: conversa con él con la misma franqueza que contigo mismo.

En todo caso, vive tú de tal manera que no te confíes a ti nada que no puedas confiar incluso a tu enemigo; pero ya que sobrevienen ciertas situaciones que por costumbre se mantienen en secreto, comparte con tu amigo todas tus cuitas, todos tus pensamientos. Le harás fiel, si le consideras fiel, pues algunos le enseñan a engañar, temiendo ser engañados y con sus sospechas le otorgan el derecho a ser infiel. ¿Qué motivo tengo para ocultar alguna noticia en presencia de mi amigo?, ¿qué motivo para no considerarme solo en presencia de él?

Algunos cuentan a quienes les salen al paso lo que sólo a los amigos ha de confiarse y largan a los oídos de cualquiera cuanto les atormenta; otros, por el contrario, se resisten a la confidencia incluso con los más queridos y, como gente que, si pudiese, ni siquiera confiaría en sí, ocultan en su interior todo secreto. Ni lo uno ni lo otro ha de hacerse; pues ambas cosas son defectuosas: lo mismo el fiarse de todos, como el no fiarse de nadie; ahora bien, lo primero lo calificaría de vicio más honesto; lo segundo, de más seguro.

Análogamente debes reprender a estas dos clases de hombres: los que están

siempre agitados y los que siempre se hallan ociosos[3]. Porque no es actividad industriosa la que se goza en el tumulto, sino agitación de mente inquieta; ni es reposo el que considera molesto todo movimiento, sino apocamiento y molicie.

Así, pues, deberás grabar en tu mente esta máxima que leí en Pomponio[4]: «Algunos hasta tal punto se refugian en la oscuridad que consideran confuso cuanto es luminoso».

Han de combinarse entre sí ambos extremos: debe obrar el que está ocioso y reposar el que obra. Consulta con la naturaleza: ella te indicará que tanto el día como la noche son obra suya.

[1] En esta epístola, el amigo en cuestión sirve de vehículo, más que para definir la amistad, para introducir en ese tema, que desarrollará en otras cartas, por ejemplo en la 6.ª y en la 9.ª. En realidad se trata de un amigo a medias, ya que debe mantener con él sus reservas (cf. Grimal, Sénèque ou la conscience..., pág. 442).

[2] En esta frase atribuida a Teofrasto se encuentra el pensamiento central de la epístola: uno no debe juzgar cuando ya tiene al amigo, sino haber juzgado para decidir tal amistad. Con todo, esta sentencia no aparece en ninguno de los escritos conservados del que fue discípulo y sucesor de Aristóteles en la dirección del Liceo (cf. Scarpat, Lettere..., páginas 59 y 64).

[3] Como en el caso de la amistad, hay que evitar los extremismos de la excesiva cautela y de la nimia credulidad; así en toda ocupación hay que seguir la vía media entre los excesos de la actividad y de la calma. La propia naturaleza indica el tiempo de trabajo y reposo.

[4] A juicio de Scarpat, aquí no parece que se trate de Pomponio el de Bolonia, célebre escritor de atelanas que floreció entre el 100 y el 80 a. C., como pensaron los editores más antiguos, sino de Pomponio Segundo, tragediógrafo y gramático de la edad de Claudio y, por lo mismo, más al alcance de Séneca para valorarlo (cf.Lettere..., pág. 69). En la misma línea abunda Reynolds (cf. L. A., Senecae ad Lucilium... I, pág. 5, n. 13).

Evitar la singularidad y limitar los deseos

Importa mejorarse cada día, evitando la extravagancia (1-2). Busquemos una moderación conforme a la naturaleza (3-4). La filosofía pide frugalidad, no desaliño. Igual a los demás en el porte exterior, el filósofo debe ser espiritualmente distinto (5-6). Máxima de Hecatón: suprimiendo los deseos se ahuyenta el temor, sin angustiarse por el pasado ni por lo venidero (7-9).

Que tú, dejados todos los asuntos, te apliques con tenacidad y te esfuerces en la sola tarea de hacerte cada día mejor, lo apruebo y me complazco en ello, y no sólo te animo a que perseveres, sino que además te lo ruego[1]. Mas te prevengo que no tomes ciertas actitudes que llamen la atención en tu porte o en tu forma de vivir, como hacen aquellos que no desean el progreso espiritual, sino la admiración.

El porte descuidado, el cabello sin cortar, la barba un tanto desaliñada, una declarada aversión a la vajilla de plata, el jergón colocado en tierra y cualquier otra singularidad que persiga la ostentación por camino equivocado, debes evitarlo[2]. Bastante odioso resulta el propio nombre de filosofía, aunque la practiquemos con discreción: ¿qué no sucedería si comenzáramos a separarnos de las costumbres humanas?[3] Que en nuestro interior todo sea distinto, pero que el porte externo se adecúe con la gente.

La toga que no deslumbre de blancura, pero que tampoco esté sucia; no poseamos vajilla de plata en la que se haya incrustado el cincelado de oro macizo, pero no pensemos que es indicio de frugalidad vernos privados de oro y plata. Actuemos así: sigamos una vida mejor que la del vulgo, no la contraria; de otra suerte, a quienes deseamos corregir los ahuyentamos de nosotros y nos los enemistamos; y conseguimos también esto: que no quieran imitar nada de lo nuestro, por cuanto temen que hayan de imitarlo todo.

Esto es lo primero que garantiza la filosofía: sentido común, trato afable y sociabilidad[4], objetivo éste del que nos separará la desemejanza. Cuidemos que estas cosas, con que pretendemos conseguir la admiración, no sean extravagantes y odiosas. Por supuesto nuestro propósito es vivir conforme a la naturaleza, y va contra la naturaleza torturarse el cuerpo, desdeñar el fácil aseo, buscar el desaliño y servirse de alimentos no sólo viles, sino repugnantes y groseros.

De la misma manera que apetecer cosas refinadas supone voluptuosidad, así rehuir las corrientes y asequibles sin gran dispendio supone desatino. La filosofía exige frugalidad, no castigo; además, puede existir una frugalidad sin desaliño. Esta medida me complace: moderar la vida en medio de las buenas costumbres públicas; que todos no sólo contemplen nuestra vida, sino que la aprueben.

«En conclusión, ¿qué?, ¿haremos lo mismo que los otros?, ¿no habrá diferencia alguna entre nosotros y ellos?». Muchísima: sepa que somos diferentes de la gente

quien nos examine más de cerca; el que entre en nuestra casa admire más nuestra persona que nuestro ajuar. Es noble aquel que usa la vajilla de barro del mismo modo que la de plata, y no lo es menos el que emplea la de plata al igual que la de barro; propio de un espíritu pusilánime es no poder soportar las riquezas.

Mas voy a compartir contigo también el pequeño lucro de este día. He hallado en los escritos de nuestro Hecatón que la supresión de los deseos aprovecha a la par como remedio del temor. Afirma: «Si dejas de esperar, dejarás de temer»[5]. Me objetarás: «¿Cómo sentimientos tan dispares corren parejos?». Así es, querido Lucilio; aunque parezcan ser contradictorios, van unidos. Igual que una misma cadena une al preso y al soldado que lo guarda, así esos sentimientos que son tan diferentes marchan a la par: el miedo sigue a la esperanza.

Ni me admiro que ambos discurran así: uno y otro son propios de un espíritu indeciso, uno y otro propios de un espíritu ansioso por la expectación del futuro. Pero la causa más profunda de lo uno y de lo otro es que en lugar de acomodarnos a la situación presente proyectamos nuestros pensamientos en la lejanía. Por ello, la previsión, el bien máximo de la condición humana, se convierte en un mal.

Las fieras huyen de los peligros que ven; una vez los han evitado están seguras: nosotros nos atormentamos por el porvenir y el pasado. Muchos de nuestros bienes nos perjudican, pues el recuerdo hace revivir la angustia del temor, la previsión la anticipa. Nadie está apenado tan sólo por el mal presente.

[1] Como en la epístola anterior, la idea de la perseverancia en la mejora del alma, en el esfuerzo por la sabiduría, está también presente en ésta.

[2] Este desprecio por las convenciones sociales, propio de los filósofos cínicos, lo alentó asimismo Zenón, el fundador de la Estoa; pero ya Panecio reaccionó en contra. Séneca, si es cierto que no aprueba el refinamiento superfluo de la vida ciudadana, «habla de frugalidad, simplicidad, pobreza, no de suciedad y desorden» (Scarpat, Lettere..., página 93).

[3] Grimal cree descubrir aquí la impresión que produjo en Séneca y en otros senadores estoicos la ejecución de Rubelio Plauto, ordenada por Nerón, a instancias de Tigelino. Plauto, varón de costumbres severas, evocaba en su vida la imagen prototípica de Catón (cf. Sénèque ou la conscience..., pág. 225).

[4] Es sobre el tema de la sociabilidad, congregatio, frente a los cínicos, sobre el que insiste la epístola.

[5] Como otros estoicos y toda la ascética antigua, Hecatón piensa que los deseos y la codicia están en la raíz del temor, del que Séneca quiere liberar a Lucilio. No se han conservado las obras de Hecatón de Rodas, discípulo de Panecio, pero esta cita, como las otras dos en Ep. 6, 7 y 9, 6, sin duda provienen de la lectura directa de los escritos de este filósofo, uno de cuyos tratados puede muy bien ser la fuente principal del De beneficiis de Séneca. Así lo afirma Grimal diciendo que Séneca «nos da a conocer que lee los tratados de Hecatón y que saca máximas dignas de ser meditadas» (Sénèque ou la conscience..., pág. 22).

La verdadera amistad. Hay que convivir con el amigo

Séneca hace sabedor a Lucilio, su buen amigo, de su progreso espiritual (1-2). La verdadera amistad tiene todos los bienes en común. Por ello Séneca envía a Lucilio sus propios libros con útiles anotaciones, aunque reconoce que es preferible la presencia corporal. Así lo confirman ejemplos de diversos filósofos (3-6). En frase de Hecatón, la amistad consigo mismo es ya un progreso (7).

Me doy cuenta, Lucilio, no sólo de que mejoro, sino de que transformo; aunque por el momento ni garantizo ya ni espero que no quede en mí nada que deba experimentar reforma. ¿Por qué no voy a tener muchas tendencias que deban refrenarse, atenuarse, realzarse? Esta es la prueba cabal de un alma perfeccionada: el que descubre los propios defectos que todavía ignoraba; a ciertos enfermos se les felicita cuando advierten que lo están.

Así, pues, quisiera compartir contigo el súbito cambio experimentado en mí; entonces comenzaría a tener una confianza más firme en nuestra amistad[1], en aquella amistad auténtica que ni la esperanza, ni el miedo, ni la búsqueda del propio provecho destruyen, en aquella amistad con la que mueren y por la que mueren los hombres.

Te recordaré a muchos que no carecieron de amigos, sino de amistad: esto no puede suceder cuando un mismo querer impulsa los ánimos a asociarse en el amor de lo honesto. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Porque bien saben ellos que lo poseen todo en común y más todavía las adversidades. No puedes imaginarte cuán grande es el cambio que cada día me procura a mí.

«Comunícame», dices, «también a mí ese medio que has experimentado ser tan eficaz». En cuanto a mí, deseo comunicarte a ti todo; precisamente me complazco en aprender algo a fin de enseñártelo; ni doctrina alguna me deleitaría, por más excelente y saludable que fuese, si tuviera que conocerla solamente yo. Si la sabiduría se me otorgase bajo esta condición, de mantenerla oculta y no divulgarla, la rechazaría: sin compañía no es grata la posesión de bien alguno.

En consecuencia, te enviaré mis propios libros, y para que no gastes mucho tiempo buscando por doquier lo que te ha de ser útil, pondré anotaciones para que inmediatamente descubras los puntos que yo apruebo y admiro. Sin embargo, la viva voz y la convivencia te serán más útiles que la palabra escrita; es preciso que vengas a mi presencia: primero, porque los hombres se fían más de la vista que del oído; luego, porque el camino es largo a través de los preceptos, breve y eficaz a través de los ejemplos[2].

Cleantes no hubiera imitado a Zenón, si tan sólo le hubiera escuchado: participó en su vida, penetró en sus secretos, examinó si vivía según sus normas. Platón,

Aristóteles y toda la pléyade de sabios que había de tomar rumbos opuestos, aprovecharon más de la conducta que de las enseñanzas de Sócrates; a Metrodoro, Hermarco y Polieno no les hizo hombres prestigiosos la escuela, sino la intimidad con Epicuro. Y no te invito solamente a que aproveches en la virtud, sino a que me seas útil; pues el uno para el otro seremos de grandísimo provecho.

Entretanto te daré a conocer, ya que te debo el pequeño obsequio diario, la frase de Hecatón que hoy me ha encantado. Dice así: «¿Me preguntas en qué he aprovechado? He comenzado a ser mi propio amigo»[3]. Mucho ha aprovechado: nunca estará solo. Ten presente que un tal amigo es posible a todos.

[1] La transfiguración («metaschematizesthai» en Posidonio) que experimenta Séneca, no puede comunicarla plenamente a Lucilio sólo a través de cartas: necesita su presencia, convivir con él y compartir con el amigo tanto bien.

[2] Destaca esta máxima: «el camino es largo a través de los preceptos, breve y eficaz a través de los ejemplos». Lo que confirma a continuación, señalando el comportamiento de Zenón respecto de Cleantes, el de Sócrates respecto de Platón y Aristóteles, y el de Epicuro, a quien hizo célebre su camaradería, contubernium, con Metrodoro, Hermarco y Polieno.

[3] Fowler, Hecat., fr. 26. Scarpat —que no cita a Fowler— aduce varios lugares paralelos del Epistolario; 8, 6: «si esto me digo a mí mismo»; 32, 5: «te deseo el dominio de ti mismo», 60, 4: «está vivo quien saca partido de sí» (cf. Lettere..., pág. 125), característicos del lenguaje de la interioridad de que se sirve Séneca en orden a la autoposesión.

Rehuir la multitud. Buscar la compañía selecta

Lucilio precisa evitar la multitud para que, liberado de su contagio, pueda adelantar en la virtud. Particularmente peligrosos son los espectáculos (1-2). Los combates de gladiadores son horribles y degradantes: se mata por el placer de matar. Ni Sócrates, ni Catón, ni Lelio —cuánto menos nosotros — hubieran evitado el pernicioso ambiente de la turba (3-7). Por ello Lucilio debe buscar el retiro en compañía de los mejores, aunque sean pocos; en todo caso se bastará personalmente a sí mismo. Tres máximas, una de Demócrito, otra anónima, otra de Epicuro, corroboran esta idea (8-12).

¿Preguntas qué es, a mi juicio, lo que debes ante todo evitar? La multitud. No puedes convivir todavía con ella sin peligro. Por mi parte te confesaré mi debilidad: nunca vuelvo a casa con el mismo temple con que salí de ella; algo del equilibrio interior conseguido se altera y reaparece alguna de las pasiones que ahuyenté. Lo que ocurre a los enfermos, a quienes una prolongada debilidad agotó hasta el punto de no poderlos trasladar a parte alguna sin molestias, esto mismo nos acontece a nosotros, cuyo espíritu se está recuperando de una enfermedad crónica.

El contacto con la multitud nos es hostil: cualquiera nos encarece algún vicio, o nos lo sugiere, o nos lo contagia sin que nos demos cuenta. Ciertamente, el peligro es tanto mayor cuanto más numerosa es la gente entre la que nos mezclamos. Pero nada resulta tan perjudicial para las buenas costumbres como la asistencia a algún espectáculo, ya que entonces los vicios se insinúan más fácilmente por medio del placer[1].

¿Qué piensas que intento decirte? ¿Me vuelvo más avaro, más ambicioso, más disoluto? Y hasta más cruel e inhumano porque estuve entre los hombres.

Casualmente asistí al espectáculo del mediodía esperando presenciar acrobacias y bufonadas o cualquier entretenimiento en el que los espectadores dejan de contemplar sangre humana. Sucede todo lo contrario[2]: los combates precedentes han sido, en comparación, modelos de misericordia; ahora, suprimidos los juegos, no hay más que puros homicidios. Los combatientes nada tienen con qué cubrirse; expuesto a los golpes todo el cuerpo, nunca atacan en vano.

La mayoría prefiere esta competición a la de las parejas ordinarias y favoritas del público[3]. ¿Por qué no la van a preferir? No hay casco ni escudo para esquivar la espada. ¿De qué sirve la protección? ¿De qué la habilidad? Todo ello no es sino un retraso para la muerte. Por la mañana los condenados son arrojados a los leones y los osos, al mediodía a los espectadores. Éstos ordenan a quienes han matado que se enfrenten con quienes les van a matar, y al vencedor lo reservan para la próxima matanza; el resultado de la lucha es la muerte. La acción se lleva a cabo con el hierro y con el fuego. Así se procede mientras la arena queda vacía[4].

«Con todo, fulano cometió un latrocinio, perpetró un asesinato». ¿Entonces, qué? Por haber asesinado mereció sufrir este castigo: mas tú, desgraciado, ¿qué méritos

hiciste para contemplar este espectáculo? «¡Mata, azota, quema! ¿Por qué es tan cobarde para lanzarse sobre la espada?, ¿por qué mata con tan poco arrojo?, ¿por qué muere con tanta desgana? Que a golpes se les obligue a herir de nuevo, que los contendientes encajen mutuos golpes en sus pechos desnudos y de frente». El espectáculo se ha interrumpido: «mientras tanto que se degüellen hombres, para que no cese la función». ¡Ea! ¿Ni siquiera comprendéis que los malos ejemplos repercuten en aquellos que los dan? Dad gracias a los dioses inmortales de que el hombre a quien tratáis de enseñar la crueldad no pueda aprenderla[5].

Debe ser apartada de la multitud el alma, débil aún y poco firme en la virtud: fácilmente comparte el sentir de la mayoría. Una multitud de mentalidad contraria hubiera hecho desistir a Sócrates, a Catón y a Lelio de su norma de vida[6]. Con mayor motivo ninguno de nosotros, que tratamos precisamente de modelar nuestro carácter, puede hacer frente al ímpetu de los vicios que se presentan con tan gran acompañamiento.

Un solo ejemplo de lujuria o de avaricia causa mucho daño: un camarada afeminado nos debilita y ablanda poco a poco; el vecino adinerado excita nuestra codicia; un compañero malvado contagia su herrumbre a otro, por más puro y sencillo que éste sea: ¿qué crees tú que ocurre con las costumbres que públicamente han sido combatidas?

Se impone que imites al vulgo o que lo odies. Mas debes evitar lo uno y lo otro: no hacerte semejante a los malos porque son muchos, ni enemigo de muchos porque son diferentes de ti.

Recógete en tu interior cuanto te sea posible; trata con los que han de hacerte mejor; acoge a aquellos que tú puedes mejorar. Tales acciones se realizan a un tiempo y los hombres, enseñando, aprenden.

No hay motivo para que la vanidad de proclamar tu talento te empuje hacia la gente para celebrar ante ella tus recitales o controversias; cosa que desearía hicieses si tuvieras la mercancía apropiada para tal público: no hay nadie que pueda entenderte. Quizá alguno acuda, uno que otro, y a ese mismo lo tendrás que modelar e instruir para que te comprenda. «¿Entonces, para quién he aprendido estas cosas?». No debes temer que hayas perdido tu esfuerzo, si aprendiste para ti.

Con todo, para que no suceda que haya aprendido en este día para mí solo, te comunicaré las tres bellas máximas que sobre un mismo tema me han venido a mano, de las cuales una te la pagará como deuda esta epístola; recibe las otras dos como anticipo. Dice Demócrito: «Uno es para mí como un pueblo, y un pueblo como uno solo»[7].

Bien respondió aquel, quienquiera que fuese —pues se discute acerca del autor—, cuando se le preguntaba a qué venía tanta precisión en una doctrina que muy pocos iban a entender: «para mí son suficientes unos pocos, es suficiente uno solo y

suficiente ninguno». Esto último lo expresó bellamente Epicuro, cuando escribía a uno de sus compañeros de estudio: «esto lo digo no para muchos, sino para ti; pues somos un público bastante grande el uno para el otro»[8].

Tales pensamientos, Lucilio querido, debes conservarlos en tu espíritu para que puedas desdeñar el placer que proviene del aplauso de la mayoría. Muchos te alaban: ¿acaso tienes motivo para lisonjearte de ti, si eres tal que muchos pueden entenderte? Que tus buenas cualidades busquen el aplauso interior.

[1] Rehuir la multitud y los espectáculos públicos que, en este caso, se concretan en los del anfiteatro, le es indispensable al aspirante a la sabiduría, por cuanto los malos ejemplos que allí se dan estimulan al vicio. Si, como pretende Scarpat, no ya el § 5, sino que «toda la carta está escrita pensando en Nerón» (Lettere..., pág. 130), Séneca trataría con ella de amonestar a los responsables para que no diesen pábulo a la crueldad de Nerón. De hecho el filósofo, cuando fue ministro del Príncipe, influyó para suavizar los espectáculos, impidiendo que nadie, aunque condenado, fuese allí ejecutado.

[2] Los espectáculos del anfiteatro se desarrollaban en dos tiempos: por la mañana tenían lugar las luchas de bestias feroces entre sí, o con los gladiadores (bestiarii); por la tarde combatían sólo los gladiadores. A mediodía quedaban interrumpidas las competiciones, y el público se entretenía con representaciones de teatro, con danzas o con exhibiciones gimnásticas. Pero, con frecuencia, la turba exigía luchas todavía más crueles. Este es el caso al que alude Séneca. Sobre el tema puede consultarse J. Guillén, Urbs Roma, II, Salamanca, 1978, págs. 351-360; 365-368.

[3] Se trataba de parejas que combatían así, según unas normas establecidas, y que, por ser particularmente famosas, las reclamaba el público al emperador, quien a veces accedía a la competición a título de espectáculo extraordinario.

[4] Es decir, mientras está interrumpido el espectáculo, ya que arena hay que entenderla como contenido (público) más que como continente (cf. Scarpat, Lettere..., pág. 145).

[5] Sobre esta frase en la que se alude claramente a Nerón, cf. Introducción, 5, 6: «El estoicismo renovado», págs. 69-70. Constituye el punto central de la epístola. Séneca desea que Nerón no se deje llevar de los malos ejemplos, que siempre redundan en quienes los han provocado, en los organizadores y responsables de tantas escenas de crueldad.

[6] Personajes celebérrimos por su ejemplaridad, citados a menudo por Séneca como dechados de virtud. Sócrates, ya citado en la Ep. 6, 6, será mencionado catorce veces. El nombre de Catón de Útica aparecerá en muchos más pasajes, treinta en total, presentado como modelo de sabio estoico, cuyos rasgos a imitar quedan jalonados a lo largo de todo el Epistolario. A Lelio se le cita en seis ocasiones. En los dos primeros destaca más la austeridad de vida; el tercero, llamado sapiens, se muestra más accesible.

[7] Diels-Kranz, Die Fragmente der Vorsokratiker, 10.ª ed., Berlín, 1960-1961, fr. 302 a. Es Demócrito de Abdera, que en ética predicaba la moderación de los deseos y la sobriedad como vía para llegar a la serenidad del alma.

[8] Usener, Epicur., fr. 208. Cf. asimismo la máxima semejante de Heráclito: «uno vale para mí diez mil, si es óptimo» (Diels-Kranz, op. cit., fr. 49 de Heráclito).

En su retiro el sabio es útil a la comunidad

El retiro de Séneca será fecundo en interés de sus coetáneos y de la posteridad (1-2). Enseñará a los demás el recto camino y a rechazar los falaces dones de la fortuna (3-4). Las necesidades corporales deben subordinarse a las exigencias del espíritu. Así ocupado, el sabio es más útil a los otros que si desempeñase cargos públicos (5-6). Frase de Epicuro sobre la filosofía como medio para alcanzar la libertad. No es un pensamiento privativo de Epicuro, sino del dominio público; por ello cita otras máximas, de Publilio y hasta del mismo Lucilio (7-10).

«¿Eres tú», me replicas, «quien me exhorta a evitar la multitud, buscar el retiro y atenerme a mi conciencia?, ¿dónde quedan aquellos preceptos vuestros que ordenan morir en medio de la acción?». ¿Cómo?, ¿crees que te aconsejo la indolencia? Me escondí y cerré las puertas con el fin de poder ser útil a muchos[1]. Ningún día transcurre para mí inactivo; reservo al estudio parte de la noche; no me entrego al sueño sino que me rindo a él y trato de mantener despiertos los ojos fatigados por la vigilia y que desfallecen en la brega.

Me he apartado no sólo de los hombres, sino de los negocios y principalmente de mis negocios: me ocupo de los hombres del futuro. Redacto algunas ideas que les puedan ser útiles; les dirijo por escrito consejos saludables, cual preparados de útiles medicinas, una vez he comprobado que son eficaces para mis úlceras, las cuales, si bien no se han curado totalmente, han dejado de agravarse.

El recto camino que descubrí tardíamente, cansado de mi extravío, lo muestro a los demás. Proclamo a gritos: «evitad cuanto complace al vulgo, cuanto el azar nos procura; manteneos desconfiados y recelosos de todo bien fortuito: tanto una fiera como un pez son engañados por el cebo que les atrae. ¿Consideráis esto regalos de la fortuna? Son emboscadas. Cualquiera de vosotros que desee pasar la vida en paz debe evitar en la medida de lo posible estos beneficios pegajosos que lastimosamente nos engañan también en esto: en que creemos poseerlos y quedamos sujetos a ellos.

»Esta carrera conduce al precipicio. El término de esta vida encumbrada es la caída. Luego que la prosperidad comienza a empujarnos fuera de camino, no es posible detenernos o, al menos, hundirnos con la nave derecha, o de una sola vez. La fortuna no nos derriba, sino que nos va volteando y nos estrella.

»Mantened, por lo tanto, esta sana y provechosa forma de vida: que concedáis al cuerpo cuanto es suficiente para la buena salud. Se le ha de tratar con bastante dureza, para que no se someta al espíritu con rebeldía: que el alimento calme el hambre, que la bebida apague la sed, que el vestido aleje el frío, que la casa sea defensa contra las inclemencias del tiempo. Nada importa que sea el césped o el mármol jaspeado de país extranjero lo que la haya erigido: sabed que al hombre lo protege igualmente la paja que el oro. Despreciad todo aquello que un esfuerzo inútil pone como adorno y decoración; pensad que nada, excepto el alma, es digno de admiración, para la cual, si

es grande, nada hay que sea grande»[2].

Si esto me digo a mí mismo y lo transmito a la posteridad, ¿no te parece que soy más útil que cuando comparezco en juicio en calidad de defensor, o cuando imprimo el sello en las tablillas de un testamento[3], o cuando con mis palabras y actitud apoyo en el senado a un candidato? Créeme, los que pasan por no hacer nada realizan actos más importantes, se ocupan a un tiempo de lo humano y lo divino.

Pero debo ya poner fin y, como lo he decidido hacer, pagarte algo en esta epístola. No lo tomaré de mi repuesto; estoy compilando todavía a Epicuro, de quien en el día de hoy he leído este aforismo: «para que alcances la verdadera libertad conviene que te hagas esclavo de la filosofía»[4]. No hace esperar de un día para otro a quien se sometió y entregó a ella; en seguida queda emancipado; porque ser esclavo de la filosofía es precisamente la libertad.

Puede que me preguntes por qué recuerdo tan bellas sentencias de Epicuro más bien que de los nuestros: pero, ¿qué motivo tienes para considerarlas propias de Epicuro y no del dominio público? ¡Cuán numerosos son los poetas que expresan lo que ha sido o ha de ser expuesto por los filósofos! No me referiré a los autores de tragedias ni de nuestras fábulas togadas (pues también éstas, a medio camino entre las comedias y las tragedias, poseen una cierta seriedad): ¡qué gran cantidad de versos bien acuñados se halla en los mimos!, ¡qué gran cantidad de sentencias de Publilio debieran ser pronunciadas no ya por los cómicos descalzos, sino por los que calzan el coturno!

Citaré un verso de éste que se refiere a la filosofía y a la cuestión específica de la que nos ocupamos poco ha; en él afirma que lo fortuito no debemos considerarlo en nuestro haber:

Es ajeno todo cuanto nos acontece conforme a nuestro deseo[5].

Recuerdo que esta idea ha sido expresada por ti de forma bastante mejor y más precisa:

No es tuyo lo que hizo tuyo la fortuna.

Tampoco omitiré aquella frase que formulaste con mayor exactitud:

El bien que pudo otorgarse puede arrebatarse[6]

Esto no lo pongo en mi cuenta: *te pago con tu dinero*.

[1] Separado de los cargos públicos Séneca piensa ser útil, resultar eficaz (cf. Scarpat, Lettere..., pág. 162) con sus conciudadanos y la posteridad. Resuelve la aporía entre la vida activa y la contemplativa: cuando ya no es posible la participación en los asuntos públicos, cabe laborar en un retiro fecundo por el bien de los demás.

[2] En medio de un retiro activo se consigue el fin de la autarquía, desconfiando de la fortuna, dando al cuerpo sólo lo suficiente y considerando sólo valiosa el alma.

[3] Un testamento quedaba convalidado cuando en las tablillas, junto al sello del testador, se colocaba el de cinco testigos. De ahí la importancia del testigo, cuyo papel desempeñó Séneca.

[4] Usener, Epicur. fr. 199. Así, mediante el cultivo de la sabiduría, la libertad se constituye en el fruto preciado del retiro y de la autarquía.

[5] Ribbeck, Publilii Syri sent. Com. rom. frag., Leipzig, 1898, página 373. Publilio, junto con Décimo Laberio, dio gran esplendor al «mimo» (cuyos actores representaban descalzos). Nos quedan de él un centenar de sentencias, dignas algunas, a juicio de Séneca, de figurar en la tragedia (a cargo de autores calzados con el «coturno», que les proporcionaba apariencia de mayor estatura).

[6] Lucilio era también poeta. Los versos que de él nos quedan están bien acuñados. Séneca aconseja a Lucilio no hacer la descripción del Etna en el poema que compone (cf. Ep. 79, 5). Para los dos pasajes de su producción poética aquí mencionados cf. Baerens, Lucil. lun., fr. 1 y 2, págs. 362-363.

El sabio busca la amistad desinteresada, pero no la necesita

Séneca precisa el concepto de impasibilidad estoica y epicúrea (1-3). El sabio estoico, como se contenta con un cuerpo mutilado, así también puede carecer de amigos, pero desea tenerlos y, si los pierde, trata de sustituirlos por otros (4-5). Es necesario amar para ser correspondido. Al buscar la nueva amistad el sabio se siente más feliz que con el disfrute de la vieja (6-7). Pero no debe ser una amistad egoísta, como la de Epicuro, sino desinteresada, para tener por quién sacrificarse (8-12). A esta amistad se allega quien, como el sabio, está contento consigo, aunque falto de muchas cosas, hasta de amigos. Así en los mayores apuros se concentra en su interior como Júpiter (13-16). Mientras pueda organizarse en sociedad y tener amistades, estará satisfecho, si no dirá como Estilpón: «todos mis bienes están conmigo» (16-19). Sentencia similar de Epicuro y de un poeta cómico: para ser felices hay que sentirse tales (20-22).

Deseas saber si Epicuro critica con razón en cierta epístola a quienes afirman que el sabio se basta a sí mismo y que en consecuencia no tiene necesidad de amigos[1]. Esta objeción se la hace Epicuro a Estilpón[2] y a aquellos que han considerado que tener un ánimo impasible constituye el bien supremo.

Forzoso sería incurrir en ambigüedad si quisiéramos traducir precipitadamente «apátheia» con un solo vocablo y traducirlo por «impaciencia», ya que podría entenderse lo contrario de lo que queremos expresar. Nosotros queremos indicar la cualidad del que se hace insensible a todo mal; pero se entenderá la de quien no puede soportar ningún mal. Veas, por lo tanto, si no sería preferible hablar de un alma invulnerable o situada por encima de toda pasibilidad.

Ésta es la diferencia entre nosotros y aquéllos[3]: nuestro sabio supera sin duda toda molestia, pero la siente; el de aquéllos ni siquiera la siente. Ellos y nosotros coincidimos en esto: en que el sabio se basta a sí mismo. Con todo, el nuestro quiere tener también un amigo, a la par vecino y camarada, aunque él se baste a nivel personal.

Considera en qué medida se basta a sí mismo: algunas veces se contenta con una parte de sí. En el caso de que la enfermedad o el enemigo le cortaren la mano, en el caso de que la desgracia le arrancare uno o ambos ojos, la parte que le quede le satisfará y estará tan alegre con el cuerpo mutilado y amputado como lo estuvo con el cuerpo íntegro; pero, aunque no desea los miembros que le faltan, con todo prefiere que no le falten.

De este modo el sabio se basta a sí mismo, no porque desee estar sin un amigo, sino porque puede estarlo. Y decir «puede» significa que soporta haberlo perdido con ánimo sereno. Por supuesto nunca estará sin un amigo: tiene en su poder sustituirlo cuanto antes. De la misma manera que si Fidias perdiere una estatua al punto modelaría otra, así el sabio, experto en conseguir amistades, encontrará otro amigo en

sustitución del que perdió.

¿Quieres saber cómo conseguirá presto al amigo? Te lo diré si acuerdas conmigo que te pague al instante la deuda y que arreglemos las cuentas por lo que atañe a esta epístola.

Dice Hecatón: «Yo te descubriré un modo de provocar el amor sin filtro mágico, sin hierbas, sin ensalmos de hechicera alguna: si quieres ser amado, ama»[4]. En efecto, no sólo causa gran placer el cultivo de una amistad vieja y sólida, sino también el inicio y consecución de la nueva.

La diferencia que existe entre el agricultor que cosecha y el que siembra es la misma que existe entre quien se procuró un amigo y quien se lo está procurando. El filósofo Átalo[5] solía decir que era más grato granjearse una amistad que retenerla, «al igual que es más grato al artista estar pintando que haber pintado». El afán del que está empeñado en su trabajo le procura un gran deleite en medio de su actividad: no se deleita por igual quien aparta la mano una vez consumada la obra. En ese momento goza del fruto de su arte, cuando pintaba gozaba del propio arte. La adolescencia en los hijos resulta más fecunda, pero la infancia más dulce.

Volvamos ahora a la cuestión. El sabio, por más que se baste a sí mismo, quiere, no obstante, tener un amigo, aunque no sea más que para ejercitar la amistad a fin de que tan gran virtud no quede inactiva; no por la finalidad que señalaba Epicuro en la mencionada epístola, «para tener quien le asista cuando esté enfermo, le socorra metido en la cárcel o indigente»[6], sino para tener a quien él pueda asistir, si está enfermo, a quien pueda liberar, si es apresado por la guardia del enemigo. El que mira hacia sí mismo y con esa disposición llega a la amistad, discurre mal. Como empezó, así terminará: se procuró un amigo que le pudiese ayudar a eludir la cárcel; al primer crujido de las cadenas, desaparecerá.

Éstas son las amistades que la gente llama oportunistas: quien ha sido escogido por razones de utilidad agradará no más tiempo del que fuere útil. Por este motivo, a los de próspera fortuna les acosa una multitud de amigos, a los arruinados les acompaña la soledad: los amigos escapan de la situación que les pone a prueba; por este motivo se producen todos esos funestos ejemplos de unos que abandonan por miedo, de otros que por miedo traicionan. Es necesario que principio y fin concuerden entre sí: quien comienza a ser amigo por interés, también por interés dejará de serlo; le satisfará una recompensa cualquiera contraria a la amistad, si es que existe alguna en la amistad que satisfaga más que ella.

«¿Para qué te procuras un amigo?». Para tener por quién poder morir, para tener a quién acompañar al destierro, oponiéndome a su muerte y sacrificándome por él[7]. Lo que tú me escribes es negocio, no amistad, ya que busca su conveniencia y atiende al provecho que ha de conseguir.

Sin duda tiene alguna semejanza con la amistad el afecto de los enamorados;

podríamos definirlo como una locura en la amistad. Porque, ¿acaso hay alguien que ame por una ganancia?, ¿acaso por ambición o por gloria? Es el mismo amor el que, por su propio impulso, menospreciando todo lo demás, enardece los ánimos con el deseo de la belleza, no sin esperanza de correspondencia en la mutua estima. ¿Entonces, qué? ¿Una causa más honesta produce un torpe afecto?

Replicas: «Ahora no tratamos la cuestión de si la amistad debe buscarse por sí misma». Por el contrario, nada mejor habría que demostrar; porque si debe procurarse por sí misma puede acercarse a ella quien esté satisfecho consigo mismo. «¿Cómo, pues, se acercará?». Como a una realidad bellísima, sin verse atraído por una ganancia, ni amedrentado por la mudanza de la fortuna. Despoja a la amistad de su grandeza quien la procura para las situaciones favorables.

«El sabio se contenta consigo mismo». Esta proposición, querido Lucilio, muchos la interpretan erróneamente: excluyen al sabio de todas partes y le fuerzan a encerrarse en su caparazón. Pero hay que precisar qué sentido encierra esta frase y hasta qué punto es válida; el sabio se contenta consigo mismo para vivir felizmente, no para vivir; porque para vivir precisa de muchos recursos, para vivir felizmente sólo de un alma sana, noble y que desdeñe la fortuna.

Quiero también señalarte la distinción de Crisipo. Dice que el sabio no carece de nada y que, no obstante, tiene necesidad de muchas cosas, «por el contrario el necio no tiene necesidad alguna (porque de nada sabe hacer uso), pero carece de todo»[8]. El sabio precisa de las manos, de los ojos y de muchos bienes indispensables para el uso cotidiano, pero no carece de nada porque carecer supone necesidad, y para el sabio nada hay necesario.

Así, pues, aunque el sabio se contente consigo mismo, precisa de amigos; de éstos desea tener el mayor número, no para vivir felizmente, puesto que también vivirá feliz sin amigos. El bien supremo no busca equipamiento del exterior, se cultiva en la intimidad, procede enteramente de sí mismo. Comienza a estar subordinado a la fortuna, si busca fuera alguna parte de sí.

«Con todo, ¿cuál ha de ser la vida del sabio, si queda sin amigos, metido en prisión, o abandonado entre gente extraña, o detenido en una larga travesía, o arrojado a una playa desierta?». Cual es la de Júpiter, cuando destruido el mundo, confundidos los dioses en uno, quedando poco a poco inactiva la naturaleza, se recoge en sí mismo entregado a sus pensamientos[9]. Algo similar hace el sabio: se concentra en sí mismo, vive para sí.

Mientras puede ordenar los asuntos a su gusto, se contenta consigo mismo y toma esposa; se contenta consigo mismo y engendra hijos; se contenta consigo mismo y, en cambio, no viviría si tuviera que hacerlo sin sus semejantes. A la amistad no le empuja provecho alguno propio, sino un impulso natural, pues como en otras cosas experimentamos un instintivo placer, así también en la amistad. Como existe la

aversión a la soledad y la propensión a la vida social, como la naturaleza une a los hombres entre sí, así también para este sentimiento existe un estímulo que nos hace deseosos de amistad.

No obstante, aunque sea muy afectuoso con los amigos, aunque los equipare a sí y a menudo los prefiera, el sabio delimitará todo bien en su interior y dirá lo que dijo aquel Estilpón, al que Epicuro ataca en su carta. A él, en efecto, estando sometida su patria, perdidos los hijos, perdida su esposa, mientras escapaba del incendio total solo y, pese a todo, feliz, Demetrio, llamado Poliorcetes por sus asedios a las ciudades, le preguntaba si había perdido alguna cosa, a lo cual respondió: «Todos mis bienes están conmigo»[10].

¡He ahí al hombre fuerte y valeroso! Superó la propia victoria del enemigo. Dijo: «Nada he perdido»; obligó a aquél a dudar de su victoria. «Todos mis bienes están conmigo»: justicia, valor, prudencia, la misma disposición a no considerar como un bien nada que se nos pueda arrebatar. Admiramos a ciertos animales que pasan por medio del fuego sin daño corporal. ¡Cuánto más admirable este hombre que a través del hierro, de las ruinas, de las llamas salió ileso e indemne! ¿Ves cuánto más fácil resulta vencer a todo un pueblo que a un solo hombre? Esta sentencia coincide con la del sabio estoico: también éste lleva por igual sus bienes intactos a través de ciudades incendiadas, ya que él se contenta consigo mismo; a este límite circunscribe su felicidad.

No creas que somos nosotros los únicos en proferir nobles sentencias: el propio Epicuro, censor de Estilpón, pronunció una frase semejante a la de éste, que debes tomar en buena cuenta, aunque ya pagué lo suyo a este día. Dice así: «A quien sus bienes no le parecen muy cuantiosos, aun siendo dueño de todo el mundo, ése es un desgraciado»[11]. O, si te parece, expresémoslo mejor de esta forma (pues hemos de proceder de manera que atendamos no a las palabras, sino al sentido): «Es desgraciado quien no se considera felicísimo, aunque señoree al mundo».

Mas para que te convenzas de que estas verdades son de sentido común, evidentemente dictadas por la naturaleza, se puede leer esto en un poeta cómico:

No es feliz quien no piensa que lo es[12].

¿Qué te importa cuál sea, en realidad, tu situación, si a ti te parece mala?

«¿Entonces, qué?», argüirás, «si se proclamase a sí mismo feliz aquel rico deshonesto y aquel señor de muchos, pero esclavo de la mayoría, ¿resultará ser feliz por su propia decisión?». No importa lo que diga, sino lo que sienta, ni lo que sienta un día, sino lo que sienta siempre. Mas no hay por qué temer que un bien tan preciado llegue a manos de un indigno; sólo al sabio complacen sus bienes. Toda necedad sufre por hastío de sí misma.

[1] Usener, Epicur., fr. 174. Pero la epístola no se ha conservado. Séneca responde a la dificultad de conciliar la autosuficiencia del sabio con el cultivo de la amistad. El sabio, dice, se basta a sí mismo,

pero quiere tener amigos, y no por motivos egoístas para tener ayuda en la necesidad, como pudiera ser el caso de los epicúreos, sino para tener a quien amar y por quien sacrificarse. La autarquía favorece en él la amistad.

[2] Estilbón —mejor Estilpón, como demuesta Scarpat (cf. Lettere..., página 203)—, a través de Trasímaco, fue discípulo de Euclides el Socrático y de gran habilidad dialéctica. Se dice que fue maestro de Zenón, estoico antes de fundarse la Estoa, que profesaba la apatía y la independencia del sabio (cf. Diógenes Laercio, Vidas de los filós. II, 113 ss.).

[3] Es decir, entre nosotros, los estoicos, y los filósofos de la escuela megárica, discípulos de Estilpón.

[4] Fowler, Hecat., frag. 27. Es la tercera y última cita de Hecatón.

[5] Filósofo del tiempo de Tiberio que inició a Séneca en la sabiduría estoica. Se refiere, sin duda, a una máxima que había escuchado de viva voz al maestro. El dicere solebat lo repite Séneca varias veces en el Epistolario, referido a Átalo.

[6] Usener, Epicur., fr. 175.

[7] Bellísima definición descriptiva de la amistad.

[8] Arnim, Stoic. vet. frag. III, 674. Es uno de los fragmentos morales de Crisipo, sucesor de Zenón y segundo fundador de la Estoa. El texto latino de Séneca se sirve de opus esse y egere para establecer la distinción y responder así a los términos griegos déomai y endé.

[9] Es un pensamiento de Crisipo conservado por Arnim en la serie de sus fragmentos relativos a la física: Stoic. vet. frag. II, 1065.

[10] La anécdota es narrada por Diógenes Laercio, Vitae philos. II, 115. En la respuesta dice «que no había perdido nada de lo personal, ya que nadie queda desprovisto de su educación (paideía), pues conserva su razón (lógos) y su saber (epistéme)». Séneca la refiere en Const. sap. 5, 6-7, aunque con variantes y en un contexto diverso.

[11] Usener, Epicur., fr. 474. Los comentaristas suelen aducir el lugar paralelo de Horacio, Ep. I, 10, 44: laetus sorte tua uiues sapientes; así como el de Epicteto (apud Clem. Alex., Strom. 6, 2 = Usener, Epicur., fr. 476): «la autarquía es la mayor de las riquezas». Cf. Ep. 17, 11.

[12] Senario yámbico de autor incierto, según Ribbeck (op. cit., fr. 77, pág. 147). W. Meyer (P. Publilii Sententiae, Leipzig, 1980, N 61) lo atribuyó, aunque con reservas, a Publilio Siro, quizá por haber sido ya citado en esta epístola (cf. Scarpat, Lettere..., págs. 232-233).

La sabiduría no suprime los defectos naturales. Elegir un modelo cuya vida imitar

El amigo de Lucilio, de excelentes prendas, patentiza su timidez. Es un defecto natural que afecta no sólo a los jóvenes, sino también a los varones más fuertes y avezados (1-3). Sila, Pompeyo y Fabiano son un ejemplo. Es la novedad de la situación lo que impresiona a los más sensibles. La sabiduría nada puede hacer por tratarse de movimientos instintivos (4-7). Debemos escoger un hombre de bien, sea Catón, Lelio u otro que nos cautive, cuya presencia espiritual estimule nuestra conducta (8-10).

Ha conversado conmigo tu amigo, un noble carácter; de él cuán grande era su alma, cuán grande su talento y hasta su progreso espiritual me lo descubrió la primera entrevista. Nos ha dado una muestra de cómo se comportará[1], ya que no habló con previa reflexión, sino cogido de improviso. Cuando se concentraba, apenas si pudo sacudir la timidez: buen síntoma en un adolescente; tan cierto es que el rubor le invadió desde lo íntimo del ser. Esta afección, según cabe suponer, le acompañará aun cuando se hubiere fortalecido y despojado de todos los vicios, y hasta convertido en sabio. Porque ninguna sabiduría suprime los defectos naturales del cuerpo o del espíritu: todo cuanto está arraigado y es congénito, la disciplina lo modera, pero no lo elimina[2].

A algunos, incluso los más firmes, en presencia del público les invade un sudor no distinto al que suele afectar a los fatigados y calurosos; a otros, a punto de hablar, les tiemblan las rodillas, de otros los dientes les castañetean, les titubea la lengua y se les crispan los labios: ni la educación, ni el trato eliminan jamás estas reacciones, sino que la naturaleza ejerce su influjo y recuerda, aun a los más vigorosos, aquel su defecto.

Entre estas imperfecciones no ignoro que se incluye también el rubor que invade de súbito aun a varones dignísimos. Cierto que se exterioriza más en los jóvenes que tienen más ardor y una frente sensible; no obstante afecta tanto a los hombres maduros como a los ancianos. Algunos nunca son más de temer que cuando se han ruborizado, cual si hubiesen sacudido de sí toda la vergüenza.

Sila[3] era violentísimo desde el momento en que la sangre había afluido a su rostro. Nada había más delicado que el semblante de Pompeyo[4]: jamás dejó de ruborizarse en presencia de la multitud, sobre todo en las asambleas del pueblo. De Fabiano[5] recuerdo que, introducido en el senado en calidad de testigo, enrojeció y este rubor le sentó muy bien.

No le ocurrió esto por flaqueza de espíritu, sino por lo nuevo de la situación, que a los inexpertos, aunque no les deprima, les impresiona, propensos como están a ello por la disposición natural de su cuerpo, ya que como unos tienen la sangre templada, así otros la tienen ardorosa y revuelta y que afluye con facilidad al rostro.

Estas deficiencias, como he dicho, no las corrige sabiduría alguna: de lo contrario, si eliminara todos los defectos, tendría a la naturaleza bajo su imperio. Las cualidades que dependen del nacimiento y la complexión física, por más que el espíritu se perfeccione con intenso y prolongado esfuerzo, subsistirán. Ninguna de ellas se puede evitar, como tampoco procurar.

Los actores que en la escena imitan diversos sentimientos, que expresan el miedo y el azoramiento, que reproducen la tristeza, para imitar la vergüenza hacen estos gestos: bajan el rostro, pronuncian quedas sus palabras, fijan y hunden los ojos en el suelo; pero en sí mismos no pueden excitar el rubor, el cual ni puede impedirse, ni provocarse. Frente a estos defectos la sabiduría nada garantiza, de nada aprovecha: tienen sus propios derechos, se presentan sin recibir orden alguna, e igualmente se retiran.

La epístola pide ahora su conclusión. Recibe ésta, sin duda útil y saludable, que deseo que grabes en tu alma: «Hemos de escoger un hombre virtuoso y tenerlo siempre ante nuestra consideración para vivir como si él nos observara, y actuar en todo como si él nos viera»[6].

Esto, querido Lucilio, lo enseña Epicuro; nos ha otorgado un custodio y un preceptor, y no sin razón: una gran parte de las faltas se evita, si un testigo permanece junto a quienes van a cometerlas. El alma debe tener alguien a quien venerar, cuyo ascendiente haga aún más sagrada su intimidad. ¡Bienaventurado aquel de quien no sólo la presencia, sino hasta el recuerdo nos mejora! ¡Bienaventurado aquel que puede venerar a alguien de tal suerte que se configure y ordene sólo con recordarlo! Quien así puede venerar a alguien, presto será digno de veneración.

Elige, pues, a Catón; si éste te parece demasiado austero, elige a uno de espíritu más indulgente, a un Lelio[7]. Elige a aquel de quien te agradó la conducta, las palabras y su mismo semblante, espejo del alma; tenlo siempre presente o como protector, o como dechado. Precisamos de alguien, lo repito, al que ajustar como modelo nuestra propia forma de ser: si no es conforme a un patrón, no corregirás los defectos.

[1] Hemos mantenido la lectura de Reynolds, aceptada por todos los críticos anteriores a él, apoyada en M y otros códices, en principio, «menos buenos»: Dedit nobis gustum ad quem respondebit; pero Scarpat, apoyado en Q, lee: Dedit nobis gustum ad quem res pendebat. Es decir, «Nos dio una muestra de su modo de juzgar las cosas», no «una muestra de cómo se comportará (= una muestra a la cual conformará su vida)». Reconocemos la perspicacia, bien acreditada, del filólogo italiano (cf. Lettere..., págs. 259-260), pero en este pasaje nos hemos adherido a la interpretación tradicional.

[2] Aquí Séneca se opone a la corriente estoica más antigua y piensa con Panecio que los defectos naturales, anímicos o somáticos, se pueden mitigar con la educación, pero no corregir totalmente. Es posible que Séneca a través del joven amigo en cuestión —el mismo, a juicio de Grimal (cf. Sénèque ou la conscience..., pág. 442) que el de la ep. 3.1— tenga presente a Nerón, cuyas perversas inclinaciones se había esforzado en corregir y que en ese tiempo daba rienda suelta a su crueldad.

[3] L. Cornelio Sila, tristemente célebre por su dictadura y proscripciones. Según Plutarco (Sull., 2), aquel su mirar naturalmente fiero y desapacible se hacía entonces más terrible a quien lo contemplaba por el color rojo oscuro de su semblante. Séneca habla de su crueldad en De ira 1, 2, 3; II 34, 3; III 18, 1.

[4] De Pompeyo dice Plutarco (Pomp. 2) que presentaba un aspecto afable, que cautivaba la atención del oyente aun antes de hablar; y que por su cabello un poco levantado y el movimiento de los ojos daba motivo a que se dijese que existía cierta semejanza entre su semblante y los retratos de Alejandro.

[5] Papirio Fabiano, discípulo de los Sestios y, por lo mismo, uno de los maestros del neopitagorismo, que en ocasiones refleja Séneca. A él se refiere el filósofo en varias de las epístolas: 40, 11; 52, 11; 58, 6 y más ampliamente en la 100, 1, 2, 5, 9. Aquí refiere un hecho que presenció personalmente.

[6] Usener, Epicur., fr. 210. Es de este modo como Séneca establece el nexo entre las dos partes de la epístola: aun para reducir los defectos naturales, cuánto más para corregir los vicios, nos irá bien escoger un modelo.

[7] A Catón y Lelio nos hemos referido en la nota 21.

Ventajas de la senectud. Aprovechar cada día como si fuera el último

La decrepitud de la quinta de Nomento recuerda a Séneca su propia ancianidad (1-3). La vejez tiene su encanto, puesto que la vida, como todo placer, reserva lo mejor a la postre: haber abandonado la concupiscencia (4-5). No sólo el anciano, sino también el joven, debe contemplar la posibilidad de la muerte. Uno y otro pueden esperar un día más, pequeño círculo concéntrico dentro del grande que representa la vida entera. La cita de Heráclito sirve para valorar cada día como el último y, a diferencia de como hiciera el legado Pacuvio, vivirlo con plenitud (6-9). La máxima de Epicuro de que no tenemos por qué vivir en necesidad, significa que la muerte nos abre el camino de la libertad (10-11).

A dondequiera que vuelvo la mirada, descubro indicios de mi vejez[1]. He llegado a mi quinta, cercana a Roma[2], y deploro los gastos de aquel edificio ruinoso. El granjero me asegura que no es imputable a negligencia de su parte, que él hace todo lo necesario, pero que la quinta es vieja. La quinta surgió entre mis manos: ¿qué porvenir me aguarda si tan descompuestos están unos sillares tan viejos como yo?

Indignado con él, aprovecho la primera ocasión para desahogar mi enojo: «Es evidente», digo, «que estos plátanos están desatendidos: no tienen hojas. ¡Qué ramas tan nudosas y resecas! ¡Qué troncos tan feos y rugosos! Esto no ocurriría si alguien cavase en derredor suyo y los regase»[3]. Él jura por mi genio[4] que hace todo lo necesario sin descuidar la atención en ningún aspecto, pero que los plátanos tienen sus años. Que quede entre nosotros; yo los había plantado, yo había visto sus primeras hojas.

Vuelto hacia la entrada, pregunto: «¿quién es ese de ahí, ese decrépito, destinado con razón a hacer de portero? Porque ya está con los pies mirando hacia fuera[5]. ¿De dónde has sacado a este individuo? ¿Qué placer encontraste en cargar con un muerto ajeno?». El aludido respondió: «¿No me conoces? Soy Felición, a quien solías regalar estatuillas[6]; soy el hijo del granjero Filosito, soy tu favorito». «Éste», digo para mí, «delira completamente: ¿el nene se ha convertido también en mi favorito? Bien pudiera serlo: precisamente ahora que le caen los dientes».

Esto debo a mi quinta: que mi vejez se me haga patente a dondequiera que me dirijo. Démosle un abrazo y acariciémosla; está llena de encantos, con tal que sepamos servirnos de ella. La fruta es muy sabrosa cuando está terminando la cosecha. El final de la infancia ofrece el máximo atractivo. A los aficionados al vino les deleita la última copa, aquella que les pone en situación, que da el toque final a la embriaguez.

La mayor dulzura que encierra todo placer la reserva para el final. Es gratísima la edad que ya declina, pero aún no se desploma, y pienso que aquella que se mantiene aferrada a la última teja tiene también su encanto; o mejor dicho, esto mismo es lo

que ocupa el lugar de los placeres: no tener necesidad de ninguno. ¡Qué dulce resulta tener agotadas las pasiones y dejadas a un lado![7].

«Es penoso», objetas, «tener la muerte a la vista». En primer término, ella debe estar en la consideración tanto del viejo como del joven, pues no somos convocados a ella según el censo; además, nadie hay tan anciano como para no aguardar razonablemente un día más. Ahora bien, un día es un peldaño en la vida. Toda la existencia consta de partes y presenta círculos mayores descritos alrededor de otros más pequeños. Hay uno que rodea y los envuelve a todos; éste comprende desde el nacimiento hasta el último día; hay otro que delimita los años de la adolescencia, otro que encierra en su ámbito toda la niñez. Luego, como unidad aparte, está el año que incluye en sí todas las estaciones de cuya multiplicación se compone la vida; al mes lo rodea un círculo más estrecho; la órbita más corta la describe el día; también ésta se extiende desde el principio al fin, desde el orto hasta el ocaso.

Por ello Heráclito, que se ganó el sobrenombre de «oscuro» por la «oscuridad» de su exposición, dijo: «Un día es igual a otro cualquiera»[8], sentencia que cada cual interpretó de modo distinto. Así hubo uno que dijo que era igual en cuanto a las horas y no se equivocó; porque si el día es el espacio de veinticuatro horas, es preciso que todos los días sean iguales entre sí, toda vez que la noche gana lo que el día perdió. Otro interpretó que un día era igual a todos por razón de semejanza, ya que el espacio de tiempo más prolongado nada contiene que no se halle en un solo día: claridad y noche; y en los cambios sucesivos de estación la noche unas veces más corta, otras más larga, mantiene iguales los días.

Así, pues, hay que organizar cada jornada como si cerrara la marcha y terminara y completara la vida.

Pacuvio[9], que se hizo dueño de Siria por derecho de uso, después de haber celebrado exequias en su honor con libaciones y banquetes fúnebres muy sonados, se hacía conducir de la cena a su aposento mientras en medio de los aplausos de sus favoritos se cantaba con acompañamiento de música: «la vida ha terminado, la vida ha terminado»[10]. Ningún día dejó de celebrar su propio entierro.

Esto mismo que él realizaba con mala conciencia, practiquémoslo nosotros con noble intención y en el momento de entregarnos al sueño digamos alegres y contentos:

He vivido, he consumado la carrera que me había asignado
[la fortuna[11].

Si Dios nos otorga además un mañana, recibámoslo con júbilo. Es muy feliz y dueño seguro de sí aquel que espera el mañana sin inquietud. Todo el que dice: «he vivido», al levantarse recibe cada día una ganancia.

Pero debo ya terminar la epístola. «¿Llegará a mí», preguntas, «así, sin donativo alguno?». No temas, alguno lleva consigo. ¿Por qué he dicho alguno?, ¡alguno, y de

peso! ¿Qué sentencia, en efecto, hay más hermosa que ésta que le encomiendo a ella para que te la transmita a ti?: «Es un mal vivir en necesidad, pero no hay ninguna necesidad de vivir en necesidad»[12]. ¿Por qué ha de haberla? En todas direcciones se abren hacia la libertad muchos caminos cortos y expeditos. A Dios gracias de que nadie pueda ser retenido en la vida: es lícito hollar las necesidades mismas.

«Epicuro lo ha dicho», me adviertes: «¿qué tienes tú que ver con un extraño?». Todo cuanto es verdad, me pertenece; continuaré en mi empeño de inculcarte a Epicuro, a fin de que esos que juran con la fórmula del maestro[13] y consideran no lo que se dice, sino quien lo dice, sepan que las mejores cosas son patrimonio común.

[1] Séneca se halla en el umbral de la ancianidad. Entre el momento de escribir esta epístola, principios de octubre del 62, y la epístola 26, primavera del 63, ha cumplido los 63 años, edad que le convierte en senex.

[2] Se trata del Nomentanum, casa de campo a pocas millas de Roma, propiedad familiar, cuya posesión databa de 40 a 50 años atrás, anterior, por tanto, a su destierro (Grimal, Sénèque ou la conscience..., página 230, nota 580). Señala Scarpat (Lettere..., pág. 284), que Séneca ya no distingue entre suburbanum (praedium) y uilla.

[3] Detalle que confirma la fecha que hemos señalado para la composición de la epístola en la nota 33.

[4] El Genius, que poseía en Roma cada varón, como cada hembra su Juno (cf. Ep. 110, 1), no expresaba tan sólo la facultad procreativa del ser humano (gígnomai, gigno), sino que se identificaba además con la fuerza misteriosa de la personalidad de cada individuo. El Genius del pater familias tenía para todos los miembros del hogar la mayor importancia. Los esclavos —tal es nuestro caso— juraban por el Genius de su señor.

[5] Recordemos, para comprender el alcance de la ironía, que entre los romanos los cadáveres eran expuestos en el atrio de la casa junto a la puerta, con los pies vueltos hacia la salida.

[6] Era en el mes de diciembre, en el último día de las Saturnales, llamado el de Sigillaria (sacra), cuando el señor de la casa ofrecía a los suyos estatuillas de terracota, especialmente gratas a los niños; aunque a veces inspiraban miedo por su fealdad (cf. Marcial, Epigr. XIV, 182).

[7] Séneca insiste, aún más que Cicerón, en las ventajas de la vejez: la vida se saborea mejor a causa de la madurez de la persona; la propia vejez constituye una delicia, porque, superadas las pasiones, no tiene necesidad de placeres.

[8] Los romanos contaban los días de medianoche a medianoche, y aun cuando la hora, duodécima parte del tiempo comprendido entre la salida y la puesta del sol, era de mayor o menor duración, según la época del año, el conjunto del día, horas de luz y vigilias nocturnas, tenía siempre la misma duración, por lo cual los días debían considerarse iguales unos a otros. Para la cita de Heráclito véase: Diels-Kranz, Die Fragmente... Heraclit., fr. 106.

[9] Se trata con toda verosimilitud del legado que, en la época de Tiberio, sustituyó a Elio Lamia en el gobierno de Siria, al ser éste retenido en Roma por el emperador. Fue así como Pacuvio, por derecho

de usucapión, es decir, por el ejercicio del poder durante largo tiempo, hizo suya la provincia.

[10] Costumbre extraña, pero frecuente en la época imperial entre gente refinada: la de simular, después de una opípara cena, el propio funeral. El verbo parentare, «celebrar un sacrificio fúnebre», alude a las parentalia, fiestas anuales que se celebraban del 13 al 21 de febrero en honor de los difuntos de la familia, y que terminaban con un banquete (cf. Petronio, Satir., 71-78 y más en concreto el 78).

[11] Virgilio, En. IV 653. Frase de Dido a punto de suicidarse.

[12] Usener, Epicur., fr. 487.

[13] Expresión tomada en préstamo a Horacio, Ep. I, 1, 14: «jurar al dictado de las enseñanzas del maestro» (cf. Scarpat, Lettere..., página 303).

Ejercicios corporales y cultivo del espíritu

Sin la filosofía no se alcanza la salud del alma y ni siquiera la del cuerpo. Para esta última bastan unos ejercicios sencillos e inteligentes (1-4). Del cuerpo hay que pasar al espíritu y concederle algún descanso (5-6). Debemos educar además la voz, para lo cual basta con adquirir una modulación suave (7-8). No obremos como los insensatos cuya vida está llena de preocupaciones por el futuro. Consideremos los bienes y el progreso ya obtenido, sin esperar de la fortuna lo que nosotros mismos podemos procurarnos cada día (9-11).

Fue una práctica de los antiguos, conservada hasta mis días, añadir al encabezamiento de la carta: «si tienes buena salud, me alegro, yo disfruto de buena salud». Rectamente decimos nosotros: «si cultivas la filosofía, me alegro». Porque esto es, en definitiva, tener buena salud[1]. Sin esto el alma está enferma; hasta el cuerpo, por grandes energías que posea, no está vigoroso si no es a la manera de los furiosos y frenéticos.

Así, pues, cultiva principalmente esta salud, y en segundo lugar la del cuerpo, que no te costará gran esfuerzo si deseas encontrarte bien. Porque es una ocupación absurda, querido Lucilio, y en modo alguno apropiada para un hombre culto, la de mover constantemene los músculos, ensanchar el cuello y vigorizar los costados; cuando el régimen alimenticio haya producido en ti un feliz resultado, y los músculos se hayan desarrollado, no igualarás jamás ni las fuerzas ni el peso de un buey cebado. Añade a esto que el lastre más pesado del cuerpo agobia al alma y le quita agilidad. Por ello, refrena cuanto puedas tu cuerpo y ensancha el espacio de tu alma.

Muchas molestias acompañan a los que se entregan a este cuidado del cuerpo: primeramente los ejercicios físicos cuyo esfuerzo agota el ánimo y lo vuelve incapaz para la atención y los estudios profundos; luego, la abundancia de alimentos impide la agudeza mental. A esto se suman los esclavos de la peor condición acogidos a la profesión de maestros, atentos sólo a ungirse con el óleo y el vino, cuya jornada ha transcurrido a su satisfacción si han sudado en abundancia, si en compensación del líquido que han transpirado, ingieren de nuevo gran cantidad de bebida que les calará más hondo por estar en ayunas. Beber y sudar constituyen la vida del enfermo de estómago.

Existen ejercicios fáciles y cortos que rinden el cuerpo al instante y ahorran tiempo, del que hay que llevar una cuenta especial[2]: la carrera, el movimiento de manos con algún peso, el salto ora de altura, ora a distancia, o bien el que yo llamaría salto de los salios[3] o, para expresarlo con mayor rudeza, salto del batanero. Escoge la práctica sencilla y fácil de cualquiera de éstos.

En todo ejercicio que practiques vuélvete presto del cuerpo al alma; de ésta ocúpate noche y día. Un trabajo moderado basta para alimentarla, y este ejercicio no lo impedirá ni el frío ni el calor ni siquiera la vejez. Cultiva aquel bien que mejora

con el tiempo.

No es que te ordene estar siempre pendiente del libro o de las tablillas; algún descanso hay que conceder al alma, pero de modo que no se disipe, sino que se relaje. El paseo en litera[4] reanima el cuerpo y no perjudica al estudio: puede uno leer, dictar, hablar, escuchar, actividades éstas que ni siquiera el paseo a pie las impide.

Tampoco debes descuidar la intensidad de tu voz, pero te prohíbo que la eleves y en seguida la bajes siguiendo el ritmo de las escalas y modulaciones usuales. ¿Qué decir si después quisieras aprender la forma de andar? Da entrada a esos maestros a quienes el hambre les ha ingeniado para una nueva profesión: habrá quien regule tus pasos y observe tus carrillos cuando comes, y lleve las cosas tanto más lejos cuanto más enardezcas su audacia con tu paciencia y credulidad. ¿Entonces qué?, ¿comenzará en seguida tu voz por el tono alto y de gran potencia? Es hasta tal punto natural estimularse gradualmente, que incluso los litigantes empiezan en tono de conversación para pasar luego a los gritos; ninguno invoca en seguida la lealtad de los quirites[5].

Por consiguiente, de cualquier modo que te lo sugiera el impulso interior, dirige un reproche a los vicios ora más enérgico, ora más suave, conforme la propia voz te lo aconseje también para conseguir tu objetivo. Cuando recobres su control y rebajes el tono, que descienda con moderación, pero que no se hunda; que se mantenga en una intensidad media, que no se desboque al modo de los ignorantes y rústicos[6]. Pues no pretendemos ejercitar la voz, sino ejercitarnos por medio de ella.

Te he aligerado de no pequeña preocupación; un obsequio modesto, por cierto, una máxima griega, se sumará a estos beneficios. Ahí tienes un precepto notable: «La vida del necio es ingrata, intranquila; toda ella se proyecta hacia el futuro». Preguntas «¿quién dice esto?». El mismo que en ocasiones anteriores[7]. Mas, ¿cuál es la vida, a tu juicio, que aquí se califica de necia?, ¿la de Baba y la de Isión?[8]. No es eso. Se habla de nosotros, a quienes una ciega pasión nos empuja hacia los goces que nos harán daño, que por lo menos jamás nos saciarán; a nosotros, a quienes si algo pudiera satisfacernos, nos hubiera ya satisfecho, que no pensamos cuán agradable es no pedir nada, cuán magnífico tener la plenitud y no depender de la fortuna.

Así, pues, recuerda a menudo, Lucilio, cuán numerosos bienes lograste. Cuando hayas considerado cuántos son los que te preceden, piensa en el número de los que te siguen. Si quieres ser agradecido con los dioses y con tu vida, considera a cuántos has aventajado. ¿Qué tienes tú que ver con los demás? Te has adelantado a ti mismo.

Señálate un límite que no puedas sobrepasar, aunque lo pretendas; que se alejen de una vez esos insidiosos bienes, más estimables cuando se esperan que cuando se han conseguido. Si hubiera en ellos alguna consistencia, a la postre satisfarían también; ahora provocan la sed de quienes los agotan. Apartemos de nosotros todo aparato de aspecto seductor; y todo el porvenir que encierra la suerte incierta: ¿por

qué he de conseguir de la fortuna que me lo dé antes que conseguir de mí no pedirlo? Mas, ¿por qué lo he de pedir? Olvidándome de la fragilidad humana, ¿iré amontonando bienes? ¿Para qué he de esforzarme? ¡Ea! Éste es mi último día; caso de no serlo, está cerca del último.

[1] Partiendo de la fórmula del saludo inicial en las cartas, Séneca revela el verdadero carácter de su correspondencia: quiere ser útil a Lucilio (Ep. 6, 6), a la posteridad (Ep. 8, 1-3); quiere exhortar a la sabiduría (Ep. 23, 1). Por ello el saludo que corresponde a las cartas de Séneca es: si philosopharis bene est, no si cales bene est; más que la salud corporal, le preocupa la felicidad del alma.

[2] Así es como nuestro filósofo, perpetuo enfermo, gracias a la vida frugal y los ejercicios gimnásticos, practicados con asiduidad, mejoró notablemente su salud.

[3] Porque lo ejecutaban cada año en las ceremonias sagradas los sacerdotes salios, levantando alternativamente los pies, en honor de Marte (cf. Varrón, Ling. lat. V, 85).

[4] De sus excelencias nos habla también en la Ep. 55, 1-2: sacude el cuerpo y expulsa la bilis, suaviza la respiración, produciendo una saludable fatiga.

[5] Los ciudadanos romanos, estirpe de Quirino, a los que en la peroración final solían los oradores enardecer con un tono sostenido de voz para recabar su favor.

[6] En todo este párrafo nos hemos apartado del texto de Reynolds (cf. las discrepancias que respecto de él señalamos en la «Introducción», VI, en la edición Epístolas de Editorial Gredos, 2001).

[7] Usener, Epicur., fr. 491.

[8] Personajes no identificados. Baba aparece también en Séneca, Apocolocyntosis, 3, 4, y se considera nombre de un siervo tonto (cf. Thes. Ling. Lat., Leipzig, 1977, vol. II, col. 1650 y Oxford Latin Dictionary, 1968, s. v. Baba), como parece ser el caso de Isión.

La filosofía es necesaria para la felicidad. Hay que seguir los dictados de la naturaleza

Debemos fortalecer la convicción de que la sabiduría nos dará la felicidad. Séneca tiene sus esperanzas puestas en Lucilio, pero éste ha de examinar si progresa o no en la filosofía (1-2). Ésta se apoya en las obras, no en las palabras: modela el alma y ordena la vida (3). Siempre es válida, tanto si interviene el destino o la voluntad divina, como el azar: enseña a obedecer a Dios y a encajar la fortuna, pero importa convertir en hábito el impulso del espíritu (4-6). La máxima de Epicuro exhorta a vivir conforme a la naturaleza y a rechazar los deseos inmoderados de la falsa opinión (7-9).

Me consta, Lucilio, que es para ti evidente que nadie puede llevar una vida feliz, ni siquiera soportable, sin la aplicación a la sabiduría, y que la vida feliz se consigue con la sabiduría perfecta, como a su vez la vida soportable con la sabiduría incoada. Pero esta verdad evidente debes robustecerla y enraizarla más profundamente con la meditación cotidiana. Cuesta más mantener los propósitos honestos que proponerse una vida honesta. Hemos de perseverar e incrementar la firmeza con el estudio constante hasta que se convierta en rectitud del alma lo que es buena voluntad[1].

Así, pues, no te son necesarias muchas palabras o razonamientos tan largos para convencerme; entiendo lo mucho que has progresado. Lo que escribes sé de dónde procede; no es ficticio, ni simulado. Te manifestaré, con todo, mi sentir: tengo ya la esperanza puesta en ti, todavía no la plena confianza. Quiero que también tú hagas lo propio; no hay motivo para que te confíes a ti presto y fácilmente. Escudriña tu interior, examínate de diversas maneras y ponte en guardia; considera ante todo si has progresado en la filosofía, o en tu misma forma de vivir.

La filosofía no es una actividad agradable al público, ni se presta a la ostentación. No se funda en las palabras, sino en las obras. Ni se emplea para que transcurra el día con algún entretenimiento, para eliminar del ocio el fastidio: configura y modela el espíritu, ordena la vida, rige las acciones, muestra lo que se debe hacer y lo que se debe omitir, se sienta en el timón y a través de los peligros dirige el rumbo de los que vacilan. Sin ella nadie puede vivir sin temor, nadie con seguridad; innumerables sucesos acaecen cada hora que exigen un consejo y éste hay que recabarlo de ella[2].

Alguien objetará: «¿De qué me sirve la filosofía, si existe el hado?, ¿de qué me sirve, si Dios es quien gobierna?[3], ¿de qué me sirve, si impera el azar? Porque lo que está decidido no puede cambiarse y nada puede precaverse frente a lo incierto, sino que, o bien Dios se ha anticipado a mi decisión y ha determinado lo que debía yo hacer, o bien la fortuna nada deja a mi decisión».

Sea lo que fuere de estas suposiciones, Lucilio, aun cuando todas sean verdaderas, hay que aplicarse a la filosofía; ora los hados nos encadenen con ley inexorable, ora Dios, árbitro del universo, haya ordenado todas las cosas, ora el azar empuje y

revuelva en el desorden los acontecimientos humanos, la filosofía debe velar por nosotros. Ella nos exhortará a que obedezcamos de buen grado a Dios y con entereza a la fortuna; ella te enseñará a secundar a Dios, a soportar el azar.

Pero no vamos a pasar ahora a discutir qué es lo que depende de nosotros, si la providencia nos gobierna, si la sucesión de los hados nos lleva encadenados, o si el azar repentino e imprevisto nos domina; vuelvo ahora a mi propósito para aconsejarte y animarte a no permitir que el impulso de tu alma se debilite y enfríe. Consérvalo y afiánzalo para que se convierta en hábito lo que es impulso del alma.

Ya desde el comienzo, si te conozco bien, tratarás de descubrir el pequeño obsequio que esta carta trae para ti; examínala y lo encontrarás. No tienes por qué admirar mi generosidad; me muestro hasta ahora liberal con el patrimonio ajeno. Mas, ¿por qué lo califiqué de ajeno? Todo cuanto está bien dicho por alguien, me pertenece. Tal es también esta frase de Epicuro: «si vives conforme a la naturaleza, nunca serás pobre; si, conforme a la opinión, nunca serás rico»[4].

La naturaleza ambiciona poco, la opinión no tiene medida. Acumúlese en ti cuanto muchos ricos hayan poseído, elévete la fortuna a una riqueza que supere la medida concedida a un particular, cúbrate de oro, revístate de púrpura, condúzcate a tal suerte de delicias y opulencia que cubras la tierra con el mármol, séate concedido no sólo poseer, sino hollar las riquezas; añádanse estatuas y pinturas y cuanto las diversas artes produjeron al servicio del lujo; no aprenderás sino a codiciar bienes mayores que éstos.

Los deseos de la naturaleza son limitados[5]; los que nacen de la falsa opinión no saben dónde terminar, pues no hay término para lo engañoso. El que va por buen camino encuentra un final; el extravío no tiene fin. Aléjate, por tanto, de la vanidad, y cuando quieras saber si lo que pides responde a un deseo natural o a una ciega codicia, examina si puede detenerse en algún punto: si habiendo avanzado un gran trecho, siempre le queda otro más largo, ten por seguro que tal deseo no es natural.

[1] Se trata de convencer plenamente a Lucilio de que sin el estudio de la sabiduría no llegará a la felicidad y de que toda virtud no es un simple conocimiento, sino una actitud del alma (cf. Grimal, Sénèque ou la conscience..., pág. 24).

[2] Cf. la nota 303 (Epístolas, Gredos, 2001) sobre el alto concepto que tiene Séneca de la filosofía.

[3] Con posterioridad a esta epístola, Séneca escribirá su tratado De providentia (fines del 62 o principios del 63), cuando ya Lucilio, que no acierta a comprender la existencia del mal en el mundo, estará informado de las ideas estoicas al respecto.

[4] Usener, Epicur., fr. 201. Entiéndase por opinión «los criterios o prejuicios del vulgo».

[5] Grimal habla a este respecto de los principia o prima naturae, exigencias primeras de la naturaleza,

afirmando que «será digno de consideración aquello que, en cada ser, contribuye a permitirle su supervivencia e, inversamente, será rechazado cuanto le pone en peligro» (Sénèque ou la consciente..., pág. 371)..

La austeridad del sabio

Con ocasión de las Saturnales, en Roma se desbordan las pasiones. El sabio en medio de la agitación deberá conservar su cordura, sin aislarse, ni singularizarse (1-4). Séneca aconseja a Lucilio practicar, de vez en cuando, días de austeridad para disponerse ante la prueba. Se trata de una frugalidad real que le hará familiar la pobreza (5-8). También Epicuro, con vistas a alcanzar el placer, pasaba días en abstinencia. Así el sabio se acostumbra a lo estrictamente necesario, sin desdeñar la opulencia, pero siendo dueño de ella (9-13). Máxima de Epicuro sobre la ira, que en ciertas almas puede acabar en locura (14-15).

Diciembre es el mes; más que nunca el sudor invade la ciudad. El derecho al libertinaje ha sido otorgado oficialmente[1]. Con los inmensos preparativos todo se anima, como si mediara alguna diferencia entre las Saturnales y los días de trabajo; pero hasta tal punto no existe diferencia, que me parece no haberse equivocado quien dijo que diciembre antes fue un mes, ahora es el año entero[2].

Si te tuviera aquí, con gusto dialogaría contigo sobre lo que piensas de la conducta a observar: si no hay que cambiar en nada los hábitos cotidianos o si, para no dar la impresión de apartarnos de las costumbres públicas, conviene cenar con alegría y despojarnos de la toga[3]. Pues lo que no solía hacerse sino en los alborotos y momentos aciagos para la ciudad[4], lo hacemos por razón de placer y de fiesta: nos cambiamos el vestido.

Si te conozco bien, desempeñando tu cometido de árbitro, ni hubieras querido que fuésemos en todo semejante a la turba cubierta con el píleo[5], ni en todo diferentes, a no ser que precisamente en esos días haya que ordenar a nuestra alma que sea la única en abstenerse de los placeres cuando toda la gente se precipita en ellos, ya que aporta la prueba más contundente de su firmeza, si no va ni se deja llevar por las diversiones muelles que arrastran a la lujuria.

Es esta señal de mayor fortaleza: mantenerse seco y sobrio cuando el pueblo está ebrio y vomitando; aquella otra lo es de mayor templanza: no aislarse, ni singularizarse, y sin mezclarse con todos, realizar las mismas cosas, pero no del mismo modo, puesto que es posible pasar el día de fiesta sin desenfreno.

Con todo, me agrada tanto poner a prueba la firmeza de tu alma que, de acuerdo con el precepto de hombres preclaros, te prescribiré tomes de vez en cuando algunos días en los que contentándote con muy escasa y vulgar alimentación, con un vestido áspero y rugoso, digas para tus adentros: «¿Es esto lo que temíamos?»[6].

En medio de la seguridad apréstese el alma para las dificultades, afiáncese contra los reveses de la fortuna en medio de sus favores. El soldado en plena paz se ejercita, sin enemigo enfrente levanta la empalizada y se fatiga en trabajos superfluos para poder bastarse en los necesarios. A quien no quisieres ver temblando en plena acción, ejercítalo antes de la acción.

Este objetivo persiguieron quienes, ejercitándose todos los meses en la pobreza, llegaron casi a la miseria, para no amedrentarse jamás de lo que a menudo habían aprendido.

No tienes por qué pensar ahora que me refiero a las cenas timóneas[7], a las celdillas de los pobres, o a cualquier otro invento con el que se divierte el lujo por hastío de sus riquezas: que aquel camastro sea auténtico, como el sayal, y el pan duro y negruzco. Soporta estas privaciones tres o cuatro días, alguna vez, más días, de suerte que no constituyan un juego, sino una experiencia. Entonces, créeme Lucilio, te regocijarás al quedar saciado al precio de dos ases y comprenderás que para tener seguridad no es necesaria la fortuna, ya que lo suficiente para las necesidades te lo dará aun estando enojada.

No hay motivo, sin embargo, para que creas que realizas proezas; no harás sino lo que están haciendo muchos miles de esclavos, muchos miles de pobres. Gloríate por este motivo: por hacerlo sin disgusto, porque te será tan fácil soportar siempre aquella penuria como experimentarla algunas veces. Hagamos esgrima contra el maniquí y, para que la fortuna no nos coja desprevenidos, familiaricémonos con la pobreza. Seremos ricos con más tranquilidad, si sabemos que no es tan grave ser pobres.

Epicuro, el gran maestro del placer, escogía determinados días, en los cuales escasamente saciaba su hambre, para comprobar si le faltaba algo del placer pleno y consumado, si era grande la deficiencia, o si valía la pena compensarla con gran esfuerzo[8]. Así, por lo menos, lo afirma en las epístolas que dirigió a Polieno en el arcontado de Carino. Y por cierto, se gloría de alimentarse con menos de un as; Metrodoro, en cambio, que aún no había progresado tanto, con un as entero.

¿Piensas que con esta clase de comida se llega a la hartura? Hasta se halla placer; pero no aquel placer leve y fugaz y que en seguida debe repetirse, sino el firme y seguro; pues no es cosa deleitable el agua y la polenta o un mendrugo de pan de cebada, mas hay un supremo placer en poder captar placer aun de esas cosas, y reducirse a aquel estado que ningún revés de la fortuna pueda arrebatar.

Son más abundantes los alimentos del encarcelado; no mantiene tan frugalmente a los reos, destinados a la pena capital, quien los ha de ejecutar. ¡Cuánta es la grandeza del alma que se aviene voluntariamente a una situación tal, que no han de temer ni siquiera los condenados al último suplicio! Esto supone anticiparse a los dardos de la fortuna.

Empieza, pues, querido Lucilio, a seguir la costumbre de éstos y consagra algunos días a retirarte de tus ocupaciones y familiarizarte con el mínimo indispensable; comienza a tener trato con la pobreza:

Anímate, oh huésped, a menospreciar las riquezas y modélate, asimismo, digno de un dios[9].

Ningún otro es digno de un dios sino quien desdeñó las riquezas; su posesión no

te la prohíbo, mas quiero que las poseas sin temor; y esto lo conseguirás únicamente si te persuades de que aun sin ellas puedes vivir feliz, si las contemplas siempre como perecederas.

Pero comencemos ya a cerrar la carta. «Antes», dices, «paga lo que debes». Te remitiré a Epicuro, él será quien te pagará la cuenta: «La ira excesiva engendra la locura»[10]. Cuán cierta sea esta afirmación es preciso que lo sepas, puesto que has tenido esclavos y enemigos.

Esta pasión estalla contra toda clase de personas; brota tanto del amor como del odio, en medio de ocupaciones serias no menos que entre la diversión y el juego; no importa la magnitud de la causa que la provoca, sino la condición del alma a la que afecta. Igualmente, en cuanto al fuego no importa su potencia sino el lugar en que prende, pues aun el más intenso no afecta a las construcciones sólidas; por el contrario, los materiales secos y de fácil combustión alimentan incluso una chispa hasta provocar el incendio.

Así es, querido Lucilio: el final de una ira extremada es la locura; por ello, la ira debe evitarse no tanto por razón de comedimiento, como de salud mental.

[1] En rigor las Saturnales se celebraban del 17 al 23 de diciembre; de hecho abarcaban todo el mes. En el primer día de fiesta se ofrecía un sacrificio a Saturno, en los restantes la gente se entregaba a los banquetes en medio de una alegría desenfrenada, permitida también a los esclavos.

[2] Claudio celebró el mes durante todo el año: Séneca, Apocolocyn. 8, 2.

[3] Porque la gente se ponía un vestido de tela más fino y elegante que la toga: era la synthesis, traje de banquete.

[4] En tiempo de guerra el sagum, especie de capa o manto militar, sustituía a la toga.

[5] Gorro de fieltro, símbolo de libertad, que en tales fiestas, y en otras ocasiones, llevaban los ciudadanos y libertos.

[6] Tales conductas de austeridad también las recomendará Epicuro (cf. Ep. 20, 9-11).

[7] De Timón, llamado «el Misántropo», que vivió en Atenas en tiempos de la guerra del Peloponeso. De él se cuenta que repartió su inmensa fortuna entre los demás, y al verse luego abandonado de sus semejantes, rompió toda relación con la humanidad. Luciano enaltece su figura en el diálogo que lleva su nombre; cf. Cicerón, Tusc. IV, 25 y 27.

[8] Usener, Epicur., fr. 181-182. En esos días se alimentaba de pan y agua, y de un poco de leche cuajada.

[9] Virg., En. VIII, 364 s. Palabras que dirige Evandro a Eneas invitándole a no desdeñar la pobreza de su mansión real, en la que fue acogido Hércules.

[10] Usener, Epicur., fr. 484.

No temer ni al dolor, ni a la muerte

A Lucilio, inquieto por el resultado de un proceso, Séneca le ofrece el remedio: no temer los males (1-2). Hay ejemplos abundantes de varones fuertes en la prueba, entre los que destaca Catón, y de otros menos valerosos que igualaron a los fuertes, tanto en el pasado como en el presente (3-11). Lo único que se debe temer es al temor mismo ante la muerte y el dolor. Lucilio debe acomodar la conducta a sus palabras y sin temor soportar los diversos males de la vida (12-18). El propio Lucilio en un verso ha dicho que cada día morimos un poco (19-21). La sentencia de Epicuro reprende tanto a los que desean como a los que temen la muerte (22-24). El tedio de la vida excita en algunos el deseo de morir (25-26).

Estás preocupado, me escribes, por el resultado de un proceso que te promueve un enemigo furioso[1]. Crees que te voy a exhortar a que te prometas el resultado más favorable y te recrees con esta lisonjera esperanza. En verdad, ¿qué necesidad hay de buscarse los males, anticipando las desgracias que muy pronto habrá que sufrir cuando lleguen, y desaprovechar el presente por miedo al futuro? Es sin duda una necedad convertirte ya en un desgraciado, porque algún día tengas que serlo; mas yo te conduciré a la tranquilidad por otro camino.

Si quieres liberarte de toda preocupación, imagínate, sea cual fuere el acontecimiento que temes, que se ha de realizar indefectiblemente; y este mal, no importa el que sea, tú mismo sopésalo mentalmente y evalúa tu temor; comprenderás, sin duda, que o no es grave, o no es duradero lo que te asusta.

Ni tendrás necesidad de mucho tiempo para reunir los ejemplos que te reconforten: toda época los ha producido. En cualquier período de la historia interna o externa, cuyo recuerdo evocares, encontrarás personalidades de gran prominencia o de gran energía. ¿Acaso puede acaecerte algo más grave, si pierdes el proceso, que ser enviado al destierro o metido en la cárcel?, ¿acaso puede uno temer desgracia mayor que el suplicio del fuego o la ejecución? Analiza cada uno de estos infortunios y recuerda a quienes los desdeñaron; no tendrás necesidad de ir buscándolos, sino de seleccionarlos.

Su propia condena Rutilio la acogió como si tan sólo le apenase la injusticia del proceso[2]. El destierro Metelo lo soportó con entereza[3], Rutilio hasta con placer. El uno hizo a la República la merced de su regreso, el otro denegó el suyo propio a Sila, a quien entonces nada se le denegaba. En la cárcel Sócrates disertó y no quiso salir de ella aun teniendo quienes le garantizaban la fuga[4]; permaneció a fin de quitar a los hombres el temor a dos males gravísimos: la muerte y la cárcel.

Mucio puso su mano en el fuego[5]. ¡Cosa amarga es quemarse!, ¡cuánto más amargo que uno lo sufra siendo él su propio verdugo! Tienes ante la vista a un hombre sin instrucción, desprovisto de todo adoctrinamiento ante la muerte o el dolor, revestido tan sólo de la fortaleza de un soldado, que reclama para sí el castigo

por fracasar en su intento: a pie firme contempló su diestra derritiéndose en el hornillo enemigo, sin retirar la mano que chorreaba entre los desnudos huesos hasta que el fuego fue apartado de ella por el adversario. Pudo realizar en aquella campaña una gesta más afortunada, ninguna más valerosa. Advierte cuánto más decidida es la virtud para arrostrar las pruebas que la crueldad para imponerlas: más fácilmente Porsena perdonó a Mudo el haber intentado asesinarle, que a sí mismo Mucio el no haberle asesinado.

«Son éstas», alegas, «historietas repetidas a coro en todas las escuelas; en el momento en que pasemos a tratar del desprecio de la muerte me contarás la suerte de Catón»[6]. ¿Por qué no he de presentártelo leyendo en aquella noche postrera el libro de Platón[7], con la espada junto a la cabecera? Estos dos instrumentos se había procurado en el trance supremo: uno, para animarse a morir, el otro, para poder realizar su propósito. Así, pues, arreglados los asuntos de la forma que era posible arreglarlos dado su extremo deterioro, pensó que debía actuar de manera que a nadie cupiese la posibilidad de matar a Catón o la suerte de salvarlo.

Y así, desenvainada la espada que hasta aquel día había conservado limpia de sangre, dijo: «Nada ha conseguido, fortuna, obstaculizando todos mis propósitos. No luché hasta ahora por mi libertad, sino por la libertad de la patria; ni actuaba con tanta tenacidad para vivir libre, sino para vivir en compañía de ciudadanos libres; puesto que la situación del humano linaje es tan lamentable, este es el momento de conducir a Catón a lugar seguro».

A continuación infirió a su cuerpo una herida mortal, que los médicos vendaron; mas, teniendo menos sangre, menos fuerzas, pero el mismo valor, irritado ya no sólo contra César, sino contra sí mismo, rasgó con sus inermes manos la herida, y expulsó —que no exhaló— aquel su noble espíritu, desdeñoso de toda prepotencia[8].

No acumulo ahora los ejemplos con el fin de ejercitar el ingenio, sino para exhortarte ante esa prueba que pasa por ser terrible sobremanera. Haré más fácil mi exhortación, si te muestro que no fueron sólo varones fuertes quienes menospreciaron el trance supremo de exhalar el alma, sino que ciertos hombres, cobardes para otros menesteres, en este asunto igualaron el valor de los mejores, como lo hizo Escipión[9], el suegro de Gneo Pompeyo. Arrastrado por viento contrario hasta África, y viendo que su navío era apresado por los enemigos, se atravesó con la espada; y a los que preguntaban dónde se hallaba el general, respondió: «El general se encuentra bien».

Semejante frase le puso al nivel de sus antepasados e impidió que quedase interrumpida la gloria destinada en África a los Escipiones[10]. Fue un gran merecimiento vencer a Cartago, pero mayor fue aún vencer a la muerte. «El general», dijo, «se encuentra bien». ¿Acaso un general, que lo era de Catón, debía morir de otra suerte?

No te remito a las historias escritas ni enumero a los que en cada siglo despreciaron la muerte, que son muchísimos. Dirige la mirada a este nuestro tiempo cuya postración y molicie lamentamos: te procurará hombres de toda categoría, de toda fortuna, de toda edad que atajaron sus males con la muerte. Créeme, Lucilio, tan poco hemos de temer la muerte que, gracias a ella, nada debemos temer.

Por ello, escucha sin preocupación las amenazas de tu adversario, y aunque tu conciencia te infunda confianza, con todo, puesto que tienen valor muchas pruebas marginales al proceso, espera la sentencia más justa, pero disponte también por si resulta ser muy injusta. Mas ante todo acuérdate de suprimir la confusión en las cosas y calar en la esencia de toda cuestión: descubrirás que en ellas nada hay terrible excepto el temor que inspiran.

Lo que ves que acontece a los niños, eso mismo nos acontece a nosotros, niños mayorcitos: ellos, a las personas que aman, a las que se han habituado, con las que juegan, si las ven enmascaradas, se asustan. No sólo a hombres, sino a los objetos hay que quitar la máscara y devolverles su propio rostro.

¿Por qué me exhibes las espadas y el fuego y la caterva de verdugos bramando a tu derredor? Quítate ese atuendo bajo el cual te escondes y amedrentas a los necios. Eres la muerte, que poco ha mi siervo, mi esclava han menospreciado. ¿Por qué nuevamente son los azotes y el potro los que con gran aparato expones ante mí?, ¿por qué las distintas herramientas que se aplican a cada una de las articulaciones para dislocarlas y otros mil instrumentos para despedazar a los hombres, miembro por miembro? Aparta esos pertrechos que nos aturden, manda acallar los gemidos, las lamentaciones y los gritos amargos, proferidos en medio del magullamiento. Por supuesto eres el dolor que aquel gotoso menosprecia, que aquel dispéptico soporta hasta con placer, que la joven sufre en el parto. Eres suave si puedo soportarte; pasajero, caso de no poder.

Medita estas enseñanzas que a menudo has oído, que a menudo has expuesto; pero tu sinceridad, al oírlas o al exponerlas, compruébala con las obras. Porque resulta muy vergonzoso el reproche que a menudo se nos hace: que cuidamos las palabras, no las obras propias del filósofo. ¿Qué, pues?, ¿te enteraste ahora por vez primera que se cierne sobre ti la amenaza de la muerte, del destierro, del dolor? Has nacido para estos trances. Cuanto puede suceder pensemos que ha de suceder.

La conducta que te aconsejo, me consta con certeza que la has practicado. Ahora te exhorto a no sumir tu alma en tal preocupación, ya que se embotará y tendrá menos vigor cuando haya de levantarse. Empújala de tu causa particular hacia una causa de carácter general: signifícale que posees un corpezuelo mortal y frágil, al que no sólo la injusticia y la violencia de los tiranos amenazará con el dolor; hasta los placeres se convierten en dolor, los festines ocasionan indigestión, la embriaguez, el embotamiento y temblor de nervios, los placeres libidinosos, trastornos en los pies, en

las manos y en todas las articulaciones.

Me haré pobre: estaré entre la mayoría. Iré al destierro: pensaré haber nacido en el lugar al que se me envíe. Seré encadenado: ¿y qué?, ¿acaso estoy ahora libre? La naturaleza me sujetó a esta carga pesada que es mi cuerpo. Moriré: es decir, abandonaré el riesgo de la enfermedad, el riesgo de la prisión, el riesgo de la muerte.

No soy tan necio como para repetir en este lugar la cantinela de Epicuro y afirmar que el temor a los infiernos es vano[11], que la rueda de Ixión no da vueltas, que la roca a espaldas de Sísifo no es empujada cuesta arriba y que las entrañas de un condenado no pueden ser devoradas y regenerarse cada día. Nadie es tan ingenuo que tema al Cancerbero[12], a las tinieblas y al espectro de las sombras formado de huesos descarnados. La muerte o nos destruye o nos libera: liberados nos queda el componente más noble, una vez desembarazados de la carga; destruidos nada nos queda, al sernos arrebatados por igual los bienes y los males.

Permíteme que recuerde en este momento un verso tuyo, no sin antes inducirte a reconocer que no lo escribiste únicamente para los demás, sino también para ti. Es una postura deshonesta decir una cosa y sentir otra; ¡cuánto más deshonesta la de escribir una cosa y sentir otra! Me acuerdo que en cierta ocasión abordaste el conocido tópico: que no caemos repentinamente en la muerte, sino que avanzamos hacia ella poco a poco.

Morimos cada día; cada día, en efecto, se nos arrebata una parte de la vida y aun en su mismo período de crecimiento decrece la vida. Perdimos la infancia, luego la puericia, después la adolescencia. Todo el tiempo que ha transcurrido hasta ayer, se nos fue; este mismo día, en que vivimos, lo repartimos con la muerte. Como a la clepsidra no la vacía la última gota de agua, sino todas las que antes se han escurrido, así la última hora, en la que dejamos de existir, no causa ella sola la muerte, sino que ella sola la consuma[13]. Entonces llegamos al final, pero ya hacía tiempo nos íbamos acercando.

Después de haber expuesto estos conceptos con tu estilo habitual, por supuesto siempre notable, pero nunca más brillante que cuando pones tu expresión al servicio de la verdad, dices: «La muerte no viene de una vez, sino que es la última la que se nos lleva»[14]. Prefiero que leas tus frases antes que mi epístola: te quedará claro que esta muerte que nos asusta es la definitiva, no la única.

Veo a donde diriges la mirada. Buscas qué obsequio he introducido en esta carta: qué sentencia noble de algún famoso, qué útil precepto. En relación con el tema expuesto te transmitiré algún pensamiento. Epicuro reprende no menos a quienes desean la muerte que a quienes la temen, diciendo: «Es ridículo que te apresures a la muerte por hastío de la vida, siendo así que ha sido tu clase de vida la que ha determinado tu carrera hacia la muerte»[15].

Asimismo dice en otro pasaje: «¿Qué hay tan ridículo como suspirar por la

muerte, cuando te has hecho angustiosa la vida por miedo a la muerte»?[16] Puedes añadir a estas frases aquella otra del mismo género: es tan grande la imprudencia de los hombres, o mejor, su locura, que algunos se ven arrastrados a la muerte por el temor a morir[17].

Cualquiera de estos pensamientos que hubieres meditado robustecerá tu espíritu para soportar tanto la muerte como la vida, ya que se nos ha de exhortar y fortalecer para este doble objetivo: el de no amar demasiado la vida, ni odiarla en demasía. Incluso cuando la razón aconseja poner fin a la vida, la resolución hay que tomarla sin temeridad ni precipitación.

El varón fuerte y sabio no debe huir de la vida, sino: salir de ella; y ante todo evítese aquella pasión que se adueña de muchos: el deseo de morir. Existe, en efecto, querido Lucilio, como para otras cosas, también para morir, una tendencia irreflexiva que, a menudo, se apodera de hombres nobles y de carácter impetuoso, a menudo de los cobardes y desanimados: aquéllos desprecian la vida, éstos la encuentran pesada.

A algunos les invade el hastío de realizar y contemplar las mismas cosas, no el odio, sino el tedio de vivir, al cual nos abandonamos a impulsos de la propia filosofía al tiempo que decimos: «¿Hasta cuándo las mismas cosas?[18] Es decir: me despertaré, dormiré; comeré, tendré hambre; sentiré frío y calor. Ninguna cosa tiene final, sino que todas enlazadas en círculo se alejan y vuelven; al día lo oculta la noche, a la noche el día, el verano termina con el otoño, al otoño lo persigue el invierno, al cual detiene la primavera; todo pasa para luego volver. No hago nada nuevo, ni contemplo nada nuevo; ello, al fin, me produce náuseas». Son muchos los que no consideran la vida penosa, sino superflua.

[1] Al parecer, se trataba de un proceso por causas políticas, según cabe deducir del contexto inmediato: los ejemplos, que en ese sentido se aducen, son de grandes figuras de la historia de Roma.

[2] P. Rutilio Rufo, adicto al estoicismo, varón de suma integridad. Cónsul en 105 y procónsul de Asia en el 94. Se le desterró acusado, falsamente, de concusión en perjuicio de las provincias de Asia. En señal de protesta por la injusticia, abandonó Roma, a donde jamás quiso regresar, ni siquiera a ruegos del propio Sila. Murió en Esmirna (cf. Cicerón, Brutus, 115; Valerio Máximo, Hechos y dichos memorab. II 10, 5).

[3] Q. Cecilio Metelo, apellidado «Numídico» por haber derrotado a Yugurta, rey de Numidia. Adversario acérrimo de Mario, fue derrotado el año 100 y liberado al año siguiente.

[4] Actitud expuesta en el Critón platónico.

[5] Relato contado por Tito Livio (II 12-13).

[6] Séneca, que tantas veces se refiere a él en las Epístolas (cf. nota 21), en el relato que nos brinda de su muerte da la impresión de trabajar sobre fórmulas de cliché, por cuanto debió formar parte de los

temas de la escuela, dada su eficacia aleccionadora (cf. Grimal, Sénèque ou la conscience..., pág. 409).

[7] Se trata del Fedón, que, por tratar el tema de la inmortalidad del alma, era particularmente apropiado para aquel trance.

[8] Véanse varios lugares paralelos de las Epístolas: 67, 7 y 13; 70, 19; 95, 72.

[9] Q. Cecilio Metelo Pío Escipión, jefe del ejército pompeyano, que, derrotado en Tapso, para no caer en manos de César se quitó la vida (cf. [Hircio], De bello Africo 96).

[10] En particular los dos Africanos: el que derrotó a Aníbal en Zama y el que destruyó Cartago.

[11] Usener, Epicur., fr. 341. Así, Lucrecio (III, 978-979) afirma que «sufrimos en esta vida [a causa de nuestros vicios] todas las penas que la fábula nos asegura que se hallan en el Aqueronte profundo».

[12] Es el perro, guardián de los infiernos, al que se le imagina con muchas cabezas.

[13] Precisamente sobre los relojes públicos solía grabarse la inscripción referida a las horas: uulnerant omnes, ultima necat «hieren todas, mata la última».

[14] Baehrens, Lucil. lun., fr. 3, pág. 363.

[15] Usener, Epicur., fr. 496.

[16] Usener, Epicur., fr. 498.

[17] Usener, Epicur., fr. 497.

[18] Expresión que aparece en Séneca, De tranq. an. 2, 7: «La vida y hasta el mundo comenzó a producirles hastío y les vino a la boca la frase que surge en medio de los deleites corruptores: ¿hasta cuándo las mismas cosas?». Inquietud y tedio característicos de los hombres del siglo i a. C. y del i d. C.

El esfuerzo por la virtud, bien supremo, es una labor personal

Séneca reconoce las dolencias de su espíritu (1-2). El verdadero gozo sólo se encuentra en la virtud, que debemos conseguir en tarea personal (3-4). La ayuda es posible en otros campos, cual se la procuró el rico liberto Calvisio Sabino; pero la rectitud del alma no se compra (5-8). Máxima de Epicuro sobre la pobreza (9).

Dícesme: «¿Tú me das consejos?, ¿de verdad ya te los has dado a ti mismo, ya te has corregido?, ¿por eso te ocupas en mejorar a los demás?». No soy tan cínico como para realizar curaciones estando enfermo, mas como si me hallase en la misma enfermería converso contigo sobre la dolencia común a ambos y te expongo los remedios. Escúchame, pues, como si conversara conmigo mismo: te doy entrada a mis secretos y en tu presencia delibero conmigo mismo.

A voces me digo a mí mismo: «Cuenta tus años; te avergonzarás de querer lo mismo que habías querido de niño, de procurarte el mismo contento. Asegúrate, próximo al día de la muerte, este logro: que tus vicios mueran antes que tú. Abandona esos turbios placeres que habrás de expiar a gran precio; no sólo los que están por llegar, sino los que ya pasaron nos perjudican. De la misma manera que la angustia por los crímenes, aun cuando no se hayan descubierto cuando se cometían, no desaparece con ellos mismos, así el remordimiento a causa de los perversos placeres subsiste aún después de ellos[1]. No son sólidos, no son firmes; aunque no dañen, se nos escapan.

Trata mejor de conseguir algún bien que permanezca; mas no existe ninguno fuera del que el alma descubre en sí misma. Sólo la virtud proporciona el gozo perenne, seguro; aunque se presente algún obstáculo, éste se interpone a la manera de las nubes que se mueven en las capas bajas y no impiden la claridad».

¿Cuándo conseguirás alcanzar este gozo? Cierto que hasta ahora no estamos ociosos, pero hay que darse prisa. Queda por realizar gran parte de la obra a la que es preciso consagres tus propias vigilias, tu propio trabajo, si quieres llegar a término. La tarea no admite sustituto.

Otra clase de obras admite la colaboración. Calvisio Sabino[2], en nuestra época, fue un hombre rico; poseía tanto el patrimonio de un liberto como su carácter: jamás he visto opulencia más indecorosa. Era tan mala su memoria que se le olvidaba ora el nombre de Ulises, ora el de Aquiles, ora el de Príamo, héroes que conocía con la misma perfección con que nosotros reconocemos a nuestros pedagogos. Ningún nomenclator[3] decrépito, que en lugar de repetir los nombres se los inventa, designaba con tantos errores las tribus como aquel lo hacía con los troyanos y aqueos; no obstante quería pasar por erudito.

Así, pues, discurrió este procedimiento expeditivo: con gran desembolso compró esclavos; uno que supiese de memoria a Homero, otro a Hesíodo, además asignó otro a cada uno de los nueve líricos[4]. Que los hubiera comprado con gran dispendio no debe extrañarte: no los había encontrado preparados, los ajustó para que los preparasen. Una vez adiestrada esta servidumbre, comenzó a incordiar a sus invitados. Tenía a sus pies a estos esclavos, a los que pedía sin cesar le sugiriesen versos para repetirlos, pero a menudo se perdía en medio de una frase.

Satelio Cuadrato, parásito de los ricos insensatos, en consecuencia, bufón y, cualidad inherente a estas dos, su mofador, le aconsejó que se hiciera con gramáticos para recoger frases[5]. Como le hubiese indicado Sabino que cada uno de los siervos le costaba cien mil sestercios, él le replicó: «A menor precio hubieras comprado otros tantos archivos». Con todo, aquel hombre persistía en creer que él sabía tanto como otro cualquiera en su casa.

El propio Satelio se puso a exhortarle a la práctica de la lucha a él, hombre enfermizo, pálido, endeble. Mas como Sabino le hubiera preguntado: «¿cómo puedo conseguirlo? ¿Apenas si me sostengo», le respondió: «No hables así, te lo suplico: ¿es que no ves cuántos son los esclavos robustísimos que posees?». La sabiduría ni se presta, ni se compra, y pienso que si estuviera en venta no tendría comprador; por el contrario, la insensatez se compra diariamente.

Pero cóbrate ya mi deuda y que te vaya bien. «Constituye una riqueza la pobreza que se ajusta a la ley de la naturaleza»[6]. Lo dice a menudo Epicuro de una y otra forma; mas nunca se dice demasiado lo que nunca se aprende bien. A unos no precisa sino mostrarles los remedios, a otros es necesario imponérselos.

[1] El culpable no sufre tan sólo, como pretende Epicuro, por el temor a ser descubierto; su falta arrastra en sí misma una paenitentia, un sentimiento de culpabilidad insuperable (cf. Ep. 97, 13 y 15).

[2] Liberto al que se recuerda por la alusión que Séneca hace de él en este pasaje. Se trata, pues, de un nuevo rico, tan ignorante como vanidoso, del tipo ridiculizado por Petrónio, en su Satiricón (cf. 48, 50, 52), en la figura de Trimalción.

[3] Cf. la nota 120 (Epístolas, Gredos, 2001).

[4] Son Alcmán, Alceo, Estesícoro, Anacreonte, Safo, Simónides, Íbico, Baquílides y Píndaro, que vivieron entre los siglos vii y v a. C.

[5] Los esclavos «analectae» barrían en los banquetes las migajas caldas al suelo. La sugerencia sarcástica de Cuadrato indicaba que las migajas de la mesa, a recoger por los gramáticos, eran las frases incompletas que pronunciaba Sabino.

[6] Es la frase de la Ep. 4, 10, aunque con variantes. Cf. Usener, Epicur., fr. 477.

No son los viajes, es la disposición interior la que nos procura la salud

No hay que cambiar el lugar, sino el estado del alma; la pesadumbre interior resulta más penosa con los viajes (1-3). Libres de angustia en el alma, en cualquier sitio podemos vivir honestamente (4-5). Evitemos, con todo, los lugares peligrosos y sacudamos toda esclavitud (6-8). En frase de Epicuro, el principio de la salud está en reconocerse culpable (9-10).

¿Piensas que sólo a ti te ha sucedido, y te sorprende, como un hecho insólito, que con tan largo viaje, a través de países tan diversos, no disipaste la tristeza y la ansiedad del espíritu? Debes cambiar de alma, no de clima. Por más que surques el anchuroso mar, por más que, en frase de nuestro Virgilio, «tierras y ciudades se alejen de tu vista»[1], te seguirán, a dondequiera que llegues, los vicios.

A uno que se quejaba por este mismo motivo Sócrates le arguyó: «¿Por qué te maravillas de que tus viajes al extranjero de nada te aprovechen, cuando es a ti mismo a quien llevas de un lugar para otro? Te agobia la misma causa que te impulsó a salir»[2]. ¿En qué puede aliviarte la novedad de las tierras?, ¿en qué el conocimiento de ciudades y comarcas? A nada útil conduce ese ajetreo. ¿Quieres saber por qué esa huida no te reconforta? Huyes contigo mismo. Tienes que descargar el peso del alma; hasta entonces ningún paraje te agradará.

Piensa que el estado de tu alma es ahora semejante al de la profetisa que nuestro Virgilio presenta, ya enardecida y excitada, poseyendo una inspiración extraña a ella:

La profetisa se halla en trance por ver
si puede expulsar de su pecho al gran dios[3].

Vas de acá para allá a fin de sacudir el peso que te abruma, que por el mismo ajetreo resulta más molesto, cual sucede en la nave, donde los fardos sujetos ocasionan menor desequilibrio, en cambio los amontonados en desorden hunden más pronto el lado en que se han colocado. Todo cuanto haces, lo haces contra ti, y el propio movimiento te perjudica, porque agitas a un enfermo.

Mas, cuando hubieres expulsado este mal, todo cambio de lugar te resultará grato; podrá ser que te destierren a los confines más remotos, pero en cualquier rincón de un país extranjero en que seas colocado, aquella mansión, sea la que fuere, te resultará hospitalaria. Importa, más que el sitio, la disposición con que te acercas a él; de ahí que no debamos aficionar nuestra alma a ningún lugar. Hay que vivir con esta persuasión: «No he nacido para un solo rincón; mi patria es todo el mundo visible»[4].

Si esta idea la tuvieres clara, no te sorprendería que no experimentes alivio alguno en los diversos países a los que sucesivamente te trasladas hastiado de los que antes visitaste; sin duda los primeros te hubieran complacido si los hubieses considerado

todos como propios. Ahora no viajas, andas a la ventura, te dejas llevar y cambias un lugar por otro, siendo así que la finalidad que persigues, la de vivir honestamene, está a nuestro alcance en todo lugar.

¿Puede existir acaso un sitio más ajetreado que el foro? También en él se puede vivir apaciblemente, si fuere preciso. Pero, si pudiera disponer de mí mismo, rehuiría desde lejos la vista y la proximidad del foro; porque a la manera como los lugares malsanos atacan la salud más robusta, así también para el alma sana, pero todavía no en pleno vigor, sino recobrando fuerzas, existen ambientes poco saludables.

No estoy de acuerdo con esos que se lanzan en medio del oleaje y que, dando por buena una vida agitada, cada día se enfrentan con gran empeño a las dificultades. El sabio soportará esta forma de vida, no la escogerá, y preferirá hallarse en paz antes que en lucha. No sirve de mucho haber expulsado los propios vicios si hay que pugnar con los ajenos.

«Treinta tiranos», replicará el sabio, «asediaron a Sócrates y no pudieron doblegar su ánimo»[5]. ¿Qué importa cuántos sean los señores? La servidumbre es una sola; quien la menosprecia, por más grande que sea la multitud de soberanos, se mantiene libre.

Es el momento de terminar, pero a condición de que antes te pague el portazgo: «El principio de la salud es la conciencia de la culpa»[6]. Esto lo dijo Epicuro, a mi modo de ver, admirablemente; porque quien ignora su falta, no quiere ser corregido; es preciso que descubras tu falta antes de enmendarte.

Algunos se vanaglorian de sus vicios; ¿crees tú que les preocupa algo su curación a esos que cuentan sus defectos como virtudes? Por ello, cuanto te sea posible, ponte a prueba, investiga sobre ti; cumple primero el oficio de acusador, luego el de juez, por último, el de intercesor. Alguna vez procúrate un disgusto.

[1]En. III, 72, donde leemos recedunt y no recedant, variante de Séneca, determinada por licet. Las ciudades y las tierras a que alude el texto son las de Tracia.

[2] En la Ep. 104, 7-8, en pasaje paralelo del que nos ocupa, se pone en boca de Sócrates una respuesta similar.

[3]En. VI, 78 s. el pasaje en que Virgilio describe a la sibila de Cumas, poseída de Apolo.

[4] Los diversos pasajes senecanos, que expresan este cosmopolitismo y sociabilidad universal, pueden verse en M. Gentile (cf. I fondamenti..., pág. 38).

[5] Habla de la célebre oligarquía que se estableció en Atenas, después de la guerra del Peloponeso, a la que Sócrates se opuso enérgicamente (cf. Platón, Apol. 32 c-d).

[6] Usener, Epicur., fr. 522.

Valor de las sentencias filosóficas y del magisterio de los antiguos

Lucilio pide a Séneca máximas estoicas. Éste responde que entre los próceres del estoicismo todo es valioso. Sus sentencias no son, como entre los epicúreos, ni de escaparate, ni atribuibles a uno solo (1-4). A los grandes genios hay que estudiarlos en la totalidad de su obra, aunque sea posible la división en sentencias en beneficio de los no iniciados (5-6). El hombre ya formado abandonará las sentencias aprendidas en la escuela y hablará por cuenta propia. No basta con recordar, hay que asimilar, para que haya diferencia entre el libro y la enseñanza (7-9). Estar bajo tutela impide el progreso en la verdad. Los antiguos son guías, no dueños de la mente, y en la investigación de la ciencia una parte está reservada a la posteridad (10-11).

Deseas que también en estas epístolas, como lo hice en las anteriores, incluya algunas máximas de nuestros eminentes maestros. Ellos no se ocuparon en reunir florecillas; la estructura de sus obras es toda varonil[1]. Sábete que la desigualdad existe cuando lo que está más elevado se hace notar. No suscita la admiración un solo árbol allí donde toda la selva se levanta a la misma altura.

De sentencias de esta clase está llena la poesía, está llena la historia. Por ello no quiero que las consideres propias de Epicuro: son patrimonio de todos y en particular de nuestra escuela; pero en aquél destacan más porque las presenta en pasajes muy escasos, porque son inesperadas, porque es sorprendente que una frase vigorosa haya sido pronunciada por quien ha hecho profesión de molicie. Tal es, por lo tanto, la opinión de la mayoría. Para mí Epicuro es también un varón fuerte, aunque su vestido sea de mangas largas[2]. La fortaleza, la laboriosidad y el espíritu dispuesto para la guerra se adaptan tanto a los persas, como a la gente bien ceñida[3].

No hay motivo, por tanto, para que me exijas extractos y citas: en nuestros estoicos se encuentra de forma continuada lo que en otros autores hay que seleccionar. Así que no poseemos esas mercancías llamativas, ni engañamos al comprador que, una vez dentro de la tienda, no va a encontrar objeto alguno distinto de las muestras colgadas a la puerta; al propio cliente le damos permiso para que tome su modelo de donde quiera.

Suponte por un momento que queramos seleccionar del conjunto unas máximas ingeniosas: ¿a quién las asignaremos?, ¿a Zenón, a Cleantes, a Crisipo[4], a Panecio o a Posidonio?[5]. No somos vasallos de un rey: cada cual reclama los derechos para sí mismo. Entre los epicúreos, cuanto dijo Hermarco, cuanto Metrodoro[6], se atribuye a uno solo; todo lo que cada uno manifestó en medio de aquella camaradería, lo manifestó bajo la dirección y los auspicios de uno solo. Nosotros, lo repito, no podemos extraer, aunque lo intentemos, modelo alguno de entre una multitud tan grande de sentencias igualmente estimables:

Es propio del pastor pobre contar el rebaño[7].

Dondequiera fijes la mirada descubrirás alguna frase que podría destacar, si no la leyeras en medio de otras de igual valor.

En consecuencia, abandona la esperanza de gustar en extracto el ingenio de los hombres más ilustres: debes examinarlos a todos, debes hacer uso frecuente de todos. Tratan sin interrupción un asunto: a través de unos rasgos que les son propios articulan el trabajo de su inteligencia, del cual, nada puede substraerse sin quiebra del conjunto. Tampoco te prohíbo que examines sus miembros uno por uno, con tal que sea dentro de la unidad del ser humano. No es hermosa aquella mujer cuya pierna o brazo suscita elogios, sino aquella cuya figura cabal anula la admiración por un miembro determinado.

Con todo, si me lo exiges, no me comportaré tan mezquinamente contigo, sino que te satisfaré con mano generosa. Ingente es la multitud de esas sentencias que se hallan por doquier; bastará tomarlas sin tener que escogerlas, ya que no surgen aisladas, sino que manan a raudales, en sucesión continua y encadenadas entre sí. No dudo de que aporten gran utilidad a los todavía inexpertos y no iniciados, ya que con más facilidad se graban las máximas concretas, bien definidas y acomodadas a la estructura del verso.

Por ello procuramos que los niños aprendan las sentencias y las frases que los griegos llaman «chrías»[8], ya que a éstas las puede captar su inteligencia infantil, que ya no podría abarcar más. Pero al hombre con notorio aprovechamiento le resulta vergonzoso ir a recoger florecillas, apoyarse en máximas muy conocidas y compendiadas, y depender de su memoria: debe ya sustentarse en sí mismo. Exprese tales conceptos sin retenerlos mentalmente; pues resulta indecoroso para uno ya anciano, o que frisa en la ancianidad, obtener sus conocimientos apoyándose en un libro de memorias. «Esto dijo Zenón»: ¿y tú, qué? «Esto dijo Cleantes»: ¿y tú, qué? ¿Hasta cuándo te moverás al dictado de otro? Ejerce tú el mando, expón alguna idea que llegue a la posteridad, ofrece algo y que ello sea de tu repuesto.

Así, pues, todos esos personajes, nunca creativos, siempre comentadores, agazapados al amparo del prestigio ajeno, no considero que tengan nobleza alguna de espíritu, puesto que nunca se han decidido a poner en práctica, siquiera una vez, lo que durante largo tiempo habían aprendido. Su memoria la han ejercitado sobre pensamientos de otros; pero no es lo mismo recordar que saber. Recordar supone conservar en la memoria la enseñanza aprendida; por el contrario, saber es hacer suya cualquier doctrina sin depender de un modelo, ni volver en toda ocasión la mirada al maestro.

«Esto dijo Zenón, esto Cleantes». Que medie alguna distancia entre ti y el libro. ¿Hasta cuándo has de aprender? Es tiempo ya de que enseñes. ¿Qué motivo hay para que escuche de ti lo que puedo leer? «Grande es el efecto que produce», dices, «la viva voz». Pero no ésta que toma en préstamo palabras ajenas y hace las veces de un

escribano.

Añade, asimismo, que esos tales que nunca dejan de estar bajo tutela, primeramente, siguen a los anteriores en aquellas cuestiones en que todos han abandonado ya a sus predecesores; después, también les siguen en los temas que todavía se están investigando. Pues, bien: nunca se harían hallazgos si nos contentáramos con los ya realizados. Además, quien va en pos de otro, no descubre nada; mejor dicho, no investiga nada.

¿Entonces, qué?, ¿no voy a seguir las huellas de los antiguos? Por supuesto tomaré el camino trillado, mas si encontrare otro más accesible y llano, lo potenciaré. Quienes antes que nosotros abordaron estas cuestiones no son dueños, sino guías de nuestra mente. La verdad está a disposición de todos; nadie todavía la ha acaparado; gran parte de su estudio ha sido encomendado también a la posteridad.

[1] Es decir, que los grandes maestros del estoicismo, independiente mente del hecho de que algunos como Cleantes nos haya dejado un florilegio, no presentan una formulación única del dogma estoico, sino que cada cual aporta su interpretación personal. No sucede lo mismo entre los epicúreos, donde hay que referirse constantemente a las máximas del maestro (cf. Grimal, Sénèque ou lo consciente...., pág. 22).

[2] Juicio, en suma, favorable a Epicuro. Las mangas largas eran indicio de afeminamiento.

[3] Los persas, aunque de costumbres más afeminadas, sabían también comportarse con valor en la guerra. Pero los soldados romanos acostumbraban a llevar la túnica ceñida para tener mayor agilidad de movimientos.

[4] Figuras máximas del estoicismo primitivo, los dogmáticos: cf. Epístolas 6, 6; 9, 14.

[5] Son los maestros del estoicismo medio, que insistieron en el aspecto moral de la doctrina.

[6] Sobre estos discípulos de Epicuro cf. Ep. 6, 6, nota 14.

[7] Ovidio, Metamorf. XIII, 824.

[8] Las chrías, término griego, según Quintiliano (cf. Inst. Or. 19, 3 ss.), son frases notables a las que se añade una explicación. Puede tratarse de simples enunciados, de respuestas, de hechos. Todo ello se ilustra con ejemplos fáciles de deducir.

Los preceptos en pequeñas dosis aprovechan más

Séneca y Lucilio deben intensificar la correspondencia, ya que el lenguaje íntimo usado en ella es más eficaz que los discursos (1), y los principios de la filosofía, como la pequeña semilla, producen efectos insospechados en el alma bien dispuesta (2).

Con razón me exiges que la relación epistolar entre nosotros sea más asidua. El tono conversacional aprovecha en gran manera, ya que suavemente penetra en el alma; las discusiones preparadas, que se desarrollan con amplitud ante un auditorio público, tienen mayor repercusión, pero menor intimidad[1]. La filosofía es el buen aconsejar, y el consejo nadie lo da en tono vibrante. En ocasiones hay que hacer uso también de esa especie, llamémosla así, de arengas por las que el oyente que vacila debe ser estimulado. Mas cuando hay que conseguir, no que se decida a aprender, sino que aprenda, hay que recurrir a este lenguaje nuestro más sencillo. Penetra y arraiga con más facilidad, ya que no precisa de palabras copiosas, sino eficaces.

Hemos de esparcir éstas como la semilla, que, por muy diminuta que sea, una vez ha encontrado el lugar idóneo, despliega sus energías y de insignificante germen se expande hasta su máximo desarrollo. El mismo efecto producen los principios de la filosofía, que, a primera vista, no son de contenido amplio, pero en la aplicación se multiplican. Pocas son las normas que en ellos se dan, pero, si el alma las acoge debidamente, cobran fuerzas y desarrollo. Una misma, insisto, es la suerte de los preceptos y de las semillas: consiguen un gran resultado aun siendo pequeños. Basta sólo, según he dicho, con que un alma bien dispuesta los asuma y se los aplique. A su vez ella misma producirá también mucho fruto y devolverá más de lo que habrá recibido.

[1] Aquí se establece la equivalencia entre epistula y sermo. La carta pide intimidad, «palabras más sencillas», por lo que consigue una eficacia mayor.

La elocuencia deseable en el filósofo[1]

Las cartas suponen un reencuentro con el amigo ausente (1). Séneca desaprueba la precipitación de Serapión en su discurso, ya que el filósofo debe ser mesurado y no proceder deprisa y como por sorpresa, ni lento, porque ha de penetrar hasta el fondo si quiere combatir los vicios (2-6). La celeridad no va con la filosofía, que procede con moderación, como una ola continua. Como tampoco conviene al orador, quien deberá preferir la expresión lenta de P. Vinicio a la precipitación de Q. Haterio. Los oradores romanos, como Cicerón, hablan paso a paso (7-11). El filósofo Fabiano, varón egregio, era de palabra fácil, pero no precipitada. Así también el sabio será comedido y lento en el hablar (12-14).

Te agradezco que me escribas con frecuencia, pues de la única forma que puedes te me das a conocer. Jamás recibo tu carta sin que estemos en seguida juntos. Si los retratos de los amigos ausentes nos resultan gratos porque renuevan su recuerdo y aligeran la nostalgia de su ausencia con falaz y vano consuelo, ¡cuánto más gratas nos resultan las epístolas, que nos procuran las huellas auténticas del amigo ausente, sus auténticos rasgos! Porque la mano del amigo impresa en la epístola brinda lo que sabe muy dulce en su presencia: el reconocerlo[2].

Me escribes que escuchaste al filósofo Serapión[3] cuando arribó a ese litoral: «Acostumbra a amontonar las palabras con gran rapidez sin pronunciarlas distintamente, antes bien las apretuja y agolpa, pues le acuden muchas más de las que puede proferir un solo hombre». Semejante actitud no la apruebo en un filósofo, cuya pronunciación, igual que la vida, debe ser también ordenada; ahora bien, nada de cuanto se precipita y apresura evidencia un orden[4]. De ahí que en Homero ese discurso arrebatado y sin interrupción, que llega de improviso como la nieve, se pone en boca del orador joven[5]; en la del viejo fluye el otro apacible y más dulce que la miel[6].

Ten, pues, esta convicción: que una tal vehemencia en la expresión, precipitada y copiosa, es más propia de un charlatán que de uno que se ocupa de un asunto noble y serio, y que alecciona. Pues así como no quiero que el discurso fluya gota a gota, así tampoco que vaya lanzado; que ni fuerce a aguzar los oídos, ni los abrume tampoco. Porque también la pobreza y languidez de estilo mantiene de por sí menos atento al auditorio a causa del fastidio que produce una lentitud llena de pausas; con todo se graba mejor la idea que uno está aguardando que aquella que le coge desprevenido. En suma, todos afirman que los maestros transmiten enseñanzas a sus discípulos, pero no se transmite lo que escapa a la atención.

Advierte además que el discurso empeñado en la verdad debe mostrarse sin adornos y sencillo[7]; aquel que gusta al pueblo no contiene verdad alguna. Pretende conmover a la turba y embelesar con su ímpetu al oyente irreflexivo, no se presta a un examen, se esfuma. ¿Cómo, pues, será capaz de dirigir lo que no puede ser dirigido? ¿Y qué decir si este discurso que se propone curar los espíritus debe penetrar en

nuestro interior? Los remedios no aprovechan si no se insiste en ellos[8].

Contiene además mucho de fútil y vano y posee mayor resonancia que valor. Tengo que mitigar mis terrores, suavizar mi excitación, disipar mis engaños, cohibir la lujuria, desterrar la avaricia. ¿Cuál de estos objetivos puede lograrse con rapidez? ¿Qué médico cura a sus enfermos de pasada? Además de que ni siquiera produce el menor placer semejante ruido de palabras que se agolpan sin discernimiento.

Pero igual que respecto de muchas cosas que no considerarías posibles, te basta con haberlas visto, así también a estos equilibristas de la palabra es suficiente haberles escuchado una sola vez. Porque ¿qué es lo que de ellos uno intentaría aprender?, ¿qué es lo que intentaría imitar? ¿En qué concepto tendría su alma cuando su discurso es confuso, precipitado e incoercible?

De la misma forma que en su marcha el que corre cuesta abajo no se detiene en la meta establecida, sino que queda sometido a su cuerpo por la aceleración de la gravedad y se ve lanzado más lejos de lo que pretendía, así tal rapidez en la expresión ni la pueden controlar, ni es lo bastante acorde con la filosofía que debe pronunciar distintamente las palabras —no dispararlas—, y avanzar paso a paso.

«¿Entonces qué?, ¿no elevará el tono alguna vez?». ¿Por qué no? Pero quedando a salvo la dignidad moral que le quita esa expresión violenta y sobreabundante. Que posea gran vigor, pero moderado; que sea una corriente perenne, no un torrente. Difícilmente permitiría yo al orador tal velocidad en una dicción incapaz de retroceder y que procede sin normas. ¿Cómo, de hecho, podrá seguirle de cerca el juez que, en ocasiones, es hasta inexperto e ignorante? Aun cuando el deseo de ostentación o una pasión incontenible empujen al orador, que acelere su exposición sólo tanto como los oídos puedan soportar.

Obrarás, pues, rectamente si no escuchas a esas personas que en su elocución atienden a la cantidad, no a la precisión. Tú mismo preferirás, si se da el caso, hablar como Publio Vinicio[9]. «¿Cómo lo hacía él?». A uno que preguntaba sobre la forma de expresarse Publio Vinicio, Arelio[10] respondió: «A golpes». En efecto, Gémino Vario[11] añadió: «No sé cómo podéis proclamarle elocuente; es incapaz de enlazar tres palabras». ¿Y por qué no vas a preferir tú hablar como Publio Vinicio?

Es posible que se presente alguien tan necio como aquel que, mientras nuestro orador iba arrastrando una palabra tras otra como si las dictase y no las declamase, le recriminó: «Dinos: ¿es que en verdad dices algo?». Porque la rápida elocución de Quinto Haterio[12], el orador más célebre de su tiempo, quiero que se mantenga a gran distancia del hombre juicioso: jamás vaciló, jamás se detuvo; comenzaba y terminaba de una alentada.

Juzgo, sin embargo, que ciertos usos convienen más o menos a determinados pueblos. Entre los griegos se toleraría dicha licencia. Nosotros, aun en la escritura, solemos señalar las pausas. Nuestro mismo Cicerón, que enalteció la elocuencia

romana, hablaba pausadamente. El discurso romano es más circunspecto, se sopesa más a sí mismo, y se brinda más a ser valorado.

Fabiano, hombre prominente por su vida y su saber, y, a consecuencia de lo uno y de lo otro, también por su elocuencia, disertaba con soltura más que con vehemencia, de suerte que podría afirmarse que su característica era no la rapidez, sino la facilidad[13]. Ésta en el sabio yo la acepto, no la exijo. Aun cuando su elocución se produzca sin estorbo, prefiero que vaya acompasada y que no se desborde.

Tanto más, en efecto, trato de apartarte de este vicio cuanto que a ti no te será posible contraer tal lacra, a no ser que superes la vergüenza. Convendrá que evites enrojecer y que dejes de escucharte a ti mismo. Porque aquel correr atolondrado arrebatará muchas cualidades que quisieras recobrar.

No es posible, lo repetiré, que contraigas este vicio sin perder la vergüenza. Además es preciso el ejercicio diario, y la atención puesta en los asuntos hay que aplicarla también a las palabras. Mas éstas, aun cuando estuviesen a tu alcance y te afluyesen sin ningún esfuerzo personal, deberías, no obstante, regularlas. Porque de igual manera que al sabio le conviene un porte más bien modesto, así también un discurso comedido, no arrogante. Ésta será, pues, mi conclusión definitiva: te ordeno que seas lento en el hablar.

[1] La epístola es una diatriba sobre la pronuntiatio philosophi. En ella Séneca denuncia el peligro de la relatividad de las palabras y, pasando del plano estético al ético, señala como meta á alcanzar la perfección moral (cf. D. Slusanschi, «Thème et développement de la 40e épître du philosophe Sénèque», Stud. Clas., IX (1969), 101-113).

[2] Otro de los objetivos de la carta que Séneca considera importante es dar a conocer el carácter del propio escritor (cf. Cancik, op. cit., página 52).

[3] Al parecer sólo conocido por este pasaje. Pero Séneca no da la impresión de haber inventado nada de cuanto aquí dice.

[4] «El estilo no alcanzará la auténtica belleza, si el alma no es sana, armoniosa, regulada, y responde, en lo posible, al ideal del sabio» (Grimal, Sénèque ou la consciente..., pág. 422).

[5] Se refiere a la elocuencia de Ulises de que habla Il. III 221-222. Nuestro héroe «lanzaba fuera del pecho su gran voz y sus palabras semejantes a copos de nieve de invierno».

[6] Alude a Nestor (Il. I 249), «de cuya lengua fluía la voz más dulce que la miel».

[7] Hemos aceptado la lectura de Reynolds incomposita frente a et composita, porque responde mejor al contexto y al pensamiento que aquí se quiere expresar. El sentido peyorativo de incomposita se opone al de composita del § 2.

[8] Cf. Ep. 2, 3.

[9] Publio Vinicio se distinguió como jefe del ejército de Tracia y Macedonia, alcanzando el consulado el año 2 d. C.; fue el acusador de Vocieno Montano en una causa que puso en situación enojosa a Tiberio (cf. Tác., An. IV 42). Era elogiada su facundia como orador.

[10] Arelio Fusco, famoso retórico de la época de Augusto que se inclinaba por el género de las suasorias. Discípulos suyos fueron Ovidio y P. Fabiano, éste mencionado en el § 12.

[11] Q. Vario Gémino, al que en el texto latino se le nombra anticipando el cognomen al nombre familiar. A pesar de proceder del país de los pelignos, llegó a senador, fue supervisor de obras públicas, tribuno de la plebe, pretor y legado de Augusto. En su época, muy apreciado como orador.

[12] De familia senatorial. Su carrera alcanzó el mayor esplendor con el emperador Augusto. Hablaba con tal velocidad, rebosante de ideas y palabras, que era difícil entenderle (cf. Tácito, An. IV 61).

[13] A él se refirió Séneca en la Ep. 11, 4. Siempre evidencia el gran afecto que sintió por su viejo maestro.

Un dios habita en nuestra alma

La sabiduría, aspiración de Lucilio, podemos conseguirla en nosotros. Dios vive en nuestro interior cual vigilante y custodio de nuestros actos, siendo protector de los buenos (1-2). Como ciertos parajes impresionantes, el varón superior evoca en sí también la divinidad, ya que, en su parte más noble, se mantiene adherido a su origen divino (3-5). Igual que los demás seres vivos brilla por su bien propio. Éste se funda en el alma y la perfecta razón, la cual, a su vez, le exige una vida conforme a la naturaleza (6-9).

Realizas una obra excelente y saludable para ti si, tal como me escribes, perseveras en tu caminar hacia la sabiduría, la cual es poco sensato pedir cuando la puedes recabar de ti mismo. No es cuestión de elevar las manos al cielo, ni de suplicar al guardián del santuario para que nos permita acercanos hasta el oído de la imagen con el pretexto de ser escuchados más favorablemente[1]. Dios está cerca de ti, está contigo, está dentro de ti.

Así es, Lucilio: un espíritu sagrado, que vigila y conserva el bien y el mal que hay en nosotros, mora en nuestro interior; el cual, como le hemos tratado, así nos trata a su vez. Hombre bueno nadie lo es ciertamente sin la ayuda de Dios: ¿puede alguien, acaso, elevarse por encima de la fortuna, de no ser ayudado por Él? Es Él quien procura nobles y elevados consejos. En cada uno de los hombres buenos

habita un dios (quien sea ese dios es cosa incierta)[2].

Si se te ofrece a la vista una floresta abundante en árboles vetustos de altura excepcional, y que dificulta la contemplación del cielo por la espesura de las ramas que se cubren unas a otras, la magnitud de aquella selva, la soledad del paraje y la maravillosa impresión de la sombra tan densa y continua en pleno campo despertarán en ti la creencia en una divinidad. Si una gruta excavada hasta lo hondo en las rocas deja como colgando a un monte, no por factura humana, sino minada en tan vasta amplitud por causas naturales, suscitará en tu alma un cierto sentimiento de religiosidad. Las fuentes de los grandes ríos las veneramos. A la súbita aparición de un inmenso caudal de las entrañas de la tierra se le dedican altares; se veneran los manantiales de aguas termales, y a ciertos estanques la obscuridad o inmensa profundidad de sus aguas los hizo sagrados.

Si ves a un hombre intrépido en los peligros, inaccesible a las pasiones, feliz en la adversidad, tranquilo en medio de la tormenta, que contempla a los humanos desde un plano superior y a los dioses al mismo nivel, ¿no penetrará en ti la veneración por él? ¿No exclamarás acaso: «Un tal espíritu es demasiado noble y excelso como para que se le pueda considerar acorde con este corpezuelo en que se halla»?

Una fuerza divina ha bajado hasta ahí[3]. A esta alma superior, equilibrada, que lo considera todo como inferior a sí, que se ríe de cuanto tememos y ambicionamos, la impulsa un poder celeste. Virtud tan grande no puede subsistir sin ayuda de la

divinidad; de ahí que su parte más noble está en el lugar del que ha descendido. Como los rayos del sol alcanzan, es cierto, la tierra, pero se hallan en el centro que los emite, así el alma noble y sagrada, enviada acá abajo con el fin de que conociésemos más de cerca las cosas divinas, convive, sin duda, con nosotros, mas queda adherida a su origen; está pendiente de ese lugar, hacia él se orienta y dirige su esfuerzo; de nuestros asuntos se ocupa como un ser superior.

¿Cuál es, pues, esta alma? La que no resplandece con bien alguno que no sea el propio. En verdad, ¿qué mayor necedad que alabar en el hombre lo que no le pertenece? ¿Qué mayor demencia que admirar los dones que al instante pueden pasar a otro? No hacen mejor al caballo los frenos de oro. De una forma salta a la arena el león con melena guarnecida de oro, fatigado porque se le domestica y se le fuerza a soportar sobre sí el adorno, y de otra el indómito, de fiereza intacta. Sin duda éste, violento por su instinto, cual lo quiso la naturaleza, por su belleza salvaje, cuya majestad estriba en no poderlo mirar sin temor, es preferido al otro, agotado, con lentejuelas de oro.

Nadie debe vanagloriarse sino del bien propio. Elogiamos la viña cuando carga los sarmientos con el fruto, cuando por el propio peso de los racimos que ha producido ella misma derriba los rodrigones. ¿Acaso alguien antepondría a esta viña otra con racimos de oro, con hojas de oro? La cualidad propia de la vid es la fertilidad. Igualmente en el hombre hay que elogiar lo que es característico suyo. Posee una servidumbre encantadora, una bonita casa; son extensos sus sembrados, numerosos los préstamos hechos. Ninguno de estos bienes se halla dentro de él, sino en torno suyo.

Alaba en él aquello que ni se le puede arrebatar ni otorgar, lo que es propio del hombre. ¿Quieres saber qué es? El alma, y en el alma la razón perfecta[4]. El hombre es, en efecto, un ser racional; por tanto, su bien llega a la plenitud si ha cumplido el fin para el que ha nacido.

¿Qué es, pues, lo que esta razón exige de él? Una cosa muy fácil: vivir conforme a su propia naturaleza[5]. Pero lo que la hace difícil es una locura generalizada: nos empujamos unos a otros hacia el vicio. Ahora bien, ¿cómo se puede hacer volver al buen camino a los que nadie retiene y la turba les empuja?

[1] El filósofo ridiculiza las supersticiones populares. Tales actos culturales la filosofía estoica nunca los aceptó (cf. Elorduy, El Estoicismo, II, pág. 295).

[2] Virg., En. VIII 352. Se refiere al bosque del Capitolio, en tiempos de Evandro.

[3] En efecto, Séneca, Ad Helv. 6, 7-8, dice que el alma «desciende del espíritu celeste» y que está compuesta «de las mismas semillas de las que están constituidos los seres divinos».

[4] Cf. I. Roca, «Humanismo de Séneca...», págs. 360-365, en particular la pág. 363. Allí estudiamos el tema de la razón humana en Séneca.

[5] Cf. Dióg. Laer., Vidas de los filós., 87-88. Afirma que Zenón considera que la perfección está en «vivir de acuerdo con la naturaleza», es decir, según la virtud, ya que ella nos conduce a la naturaleza. Esta naturaleza es tanto la universal, como la propia de cada uno, que es una porción de aquella.

La verdadera nobleza está en la práctica de la virtud

Lucilio podrá elevarse a la suprema felicidad, porque la filosofía que cultiva no atiende a la categoría social, está abierta a todos y, al contrario de la fortuna, otorga la auténtica nobleza (1-4). Ésta radica en la buena disposición del alma para la virtud (5). Y es bueno con pleno derecho lo que puede procurar una vida feliz. La gente se angustia porque los medios que conducen a la felicidad los confunde con la propia felicidad (6-7).

De nuevo tú te haces el insignificante conmigo; dices que primero la naturaleza y luego la fortuna se han comportado contigo con excesiva mezquindad, cuando está en tus manos substraerte a la gente y alzarte hasta la cumbre de la felicidad humana. Si algún aspecto bueno, entre otros, presenta la filosofía, uno es éste: no atiende a la genealogía. Todos los hombres, remitiéndolos a su origen primero, son linaje de los dioses[1].

Eres caballero romano y en tal estamento te ha colocado tu propia diligencia; mas, ¡por Hércules!, que para muchos las catorce filas son inaccesibles[2]. No a todos admite la Curia; hasta la milicia escoge minuciosamente a cuantos enrola para el trabajo y el riesgo. La sabiduría es accesible a todos; todos, en este aspecto, somos nobles. La filosofía a nadie rechaza, ni elige; brilla para todos.

Sócrates no fue un patricio, Cleantes fue aguador y se puso a jornal para regar un huerto; a Platón no lo acogió la filosofía siendo noble, sino que lo hizo tal. ¿Qué motivo hay para que desesperes de poder igualarte a éstos? Todos ellos son tus antepasados a condición de que te hagas digno de ellos, y lo conseguirás si muy pronto te persuades a ti mismo de que nadie te supera en nobleza.

Todos nosotros tenemos un número equivalente de ascendientes: el origen de todos se sitúa más allá del tiempo. Platón afirma que no existe rey alguno que no descienda de esclavos, ni esclavo alguno que no descienda de reyes[3]. Una prolongada serie de cambios produjo toda esta promiscuidad y la fortuna revolvió lo de arriba con lo de abajo.

¿Quién es verdaderamente noble? Aquel a quien la naturaleza dispuso debidamente para la virtud. Éste es el único aspecto en que fijarse: de otra suerte, si te remites a la antigüedad, todos datan de aquella época, anterior a la cual nada existe. Desde el primer origen del mundo hasta el tiempo presente hemos discurrido por una serie alternativa de generaciones ilustres y humildes. No es el atrio repleto de bustos ennegrecidos el que da la nobleza; nadie ha vivido para procurarnos la gloria, ni lo que existió antes de nosotros nos pertenece. Es el alma la que ennoblece; ella puede, desde cualquier situación, elevarse por encima de la fortuna.

Imagínate, pues, que no eres un caballero romano, sino un liberto: te es posible

ser tú solo verdaderamente libre entre los nacidos libres. «¿Cómo?», preguntas. No distinguiendo el bien del mal según el criterio de la gente. Hay que analizar en aquéllos no su procedencia, sino el objetivo que persiguen. Si existe algo que puede procurar una vida feliz, ello constituye un bien por derecho propio, ya que no puede desviarse hacia el mal.

¿Cuál es, pues, la causa de que uno tropiece, siendo así que todos aspiran a la vida feliz? Es que toman los medios para conseguirla por ella misma y, mientras la buscan, se les escapa. En efecto, en tanto que la vida feliz, en su esencia, supone una plena seguridad y una inquebrantable confianza en sí misma, ellos acumulan motivos de inquietud, y por el insidioso camino de la vida no sólo llevan su carga, sino que la arrastran. Así se alejan cada vez más de la consecución de su objetivo; cuanto mayor esfuerzo han desplegado, tanto mayores dificultades se crean, y van retrocediendo. Tal sucede a los que corren de prisa en un laberinto: su misma velocidad les desconcierta.

[1] Aquí suele pensarse en el Himno al sol de Cleantes (cf. Arnim, Stoic. vet. frag., I 737), donde en el § 2 leemos Ek soû gàr génos esmén, que se corresponde con Toû gàr kaì génos esmén, de San Pablo en el Areópago (Act. 17, 28), aunque, es cierto, no se ha podido probar claramente la dependencia estoica de la afirmación paulina.

[2] Son los bancos donde se sentaban en el teatro los caballeros, cuyo rango muchos no podían alcanzar (cf. Suetonio, Caes., 39).

[3] En Teeteto, 174e-175a.

Trato humano con los esclavos

Lucilio, conforme pide la sabiduría, trata con bondad a sus esclavos (1). No como aquellos a los que humilla su compañía, que no les dejan hablar (2-4). A los esclavos les hacemos enemigos por abusar de ellos, exigiéndoles servicios humillantes. Pero a veces se invierten los puestos —caso de Calixto—. Todos podemos ser esclavos (5-10). Hemos de tratar a los esclavos como quisiéramos que nos trataran los superiores. Todos podemos tener un señor. Nuestros mayores nos dieron ejemplo de convivencia familiar (11-14). A ningún esclavo hay que excluir por razón de su oficio. Son las costumbres las que cuentan. No vale la condición social. Hay nobles que son esclavos (15-17). Consigamos que los esclavos sean respetuosos: si respetan, amarán. Se les puede amonestar, no azotar. No obremos como los que fingen haber recibido una ofensa para causarla luego ellos (18-20). Lucilio debe perseverar en su buena disposición (21).

Con satisfacción me he enterado por aquellos que vienen de donde estás tú que vives familiarmente con tus esclavos. Tal comportamiento está en consonancia con tu prudencia, con tus conocimientos. «Son esclavos». Pero también son hombres. «Son esclavos». Pero también comparten tu casa. «Son esclavos». Pero también humildes amigos. «Son esclavos». Pero también compañeros de esclavitud, si consideras que la fortuna tiene los mismos derechos sobre ellos que sobre nosotros[1].

Así, pues, me río de esos personajes que consideran una bajeza cenar en compañía de su esclavo. Y ¿cuál es el motivo sino la muy insolente costumbre que obliga a que permanezca de pie, en torno al señor, mientras cena, un tropel de esclavos? Aquél come más de lo que puede tomar; con enorme avidez fatiga su vientre dilatado, desavezado ya a su propia función, para luego vomitarlo todo con mayor esfuerzo del que puso al ingerirlo.

En cambio, a los infelices esclavos no les está permitido mover los labios ni siquiera para hablar. Con la vara se ahoga todo murmullo, sin que estén exentos de azotes ni aun los ruidos involuntarios: la tos, el estornudo, el sollozo. Con duro castigo se expía quebrantar el silencio con una sola palabra. Ellos permanecen de pie toda la noche en ayunas y en silencio.

Así acontece que hablan mal de su dueño esos esclavos a los que no está permitido hablar en presencia del dueño. En cambio, aquellos esclavos que podían conversar no ya en presencia de sus dueños, sino con los mismos dueños, cuya boca no era cosida, estaban dispuestos a ofrecer por ellos el cuello y desviar hacia su cabeza el peligro que les amenazaba. En los banquetes conversaban, pero en medio del tormento callaban.

Además, fruto de esa misma insolencia, se repite este refrán: tantos son los enemigos cuantos son los esclavos. Éstos no son enemigos nuestros, los hacemos. Paso por alto, de momento, otras exigencias crueles, inhumanas, como el abusar de ellos no ya en su condición de hombre, sino en la de bestias de carga. Cuando estamos recostados para la cena, uno limpia los esputos, otro agazapado bajo el lecho

recoge las sobras de los comensales ya embriagados.

Otro trincha aves de gran precio: haciendo pasar su mano experta por las pechugas y la rabadilla con movimientos precisos, separa las porciones. Desgraciado de él, que vive para este solo cometido: descuartizar con habilidad aves cebadas; a no ser que sea aún más desgraciado el que enseña este oficio por placer, que quien lo aprende por necesidad.

Otro, el escanciador, engalanado como una mujer, está en conflicto con su edad: no puede salir de la infancia, se le retiene en ella; y, a pesar de su constitución propia ya de soldado, depilado, con el vello afeitado o arrancado de raíz, pasa en vela toda la noche, que reparte entre la embriaguez y el desenfreno de su dueño para ser hombre en la alcoba y mozo en el convite.

Otro a quien está encomendada la selección de los comensales, desdichado, permanece de pie y espera a quienes el espíritu servil o la intemperancia en el comer o en el hablar les permitirá volver al día siguiente. Añade a éstos los encargados de la compra que tienen un conocimiento minucioso del paladar de su dueño, que saben cuál es el manjar cuyo sabor le estimula, cuyo aspecto le deleita, cuya novedad, aun teniendo náuseas, puede reanimarle, cuál el que, por estar ya saciado, le repugna, cuál el que le apetece aquel día. Cenar en compañía de éstos no lo soporta y considera una merma de su dignidad acercarse a la misma mesa con su esclavo. Mas ¡los dioses nos asistan!, ¡a cuántos de esos esclavos los tiene por señores!

De pie ante el umbral de Calixto[2] al antiguo amo de éste y cómo el mismo que le había atado el rótulo para venderlo y le había expuesto entre los esclavos de desecho[3] era echado fuera, en tanto los otros entraban. Correspondía así a su favor el que siendo esclavo suyo había sido relegado al lote de la primera decuria con la que el pregonero pone a prueba su voz: él mismo le repudió a su vez y no le consideró digno de su casa. El dueño vendió a Calixto, pero ¿cuánto le hizo pagar Calixto a su dueño?

Anímate a pensar que éste a quien llamas tu esclavo ha nacido de la misma semilla que tú, goza del mismo cielo, respira de la misma forma, vive y muere como tú. Tú puedes verlo a él libre como él puede verte a ti esclavo. A raíz del desastre de Varo[4], muchos de nobilísima prosapia que se prometían la dignidad senatorial por el ejercicio de las armas fueron abatidos por la fortuna: a uno ella le convirtió en pastor, a otro en guardián de una cabaña. Desprecia ahora a un hombre a causa de ese infortunio en el que tú puedes caer mientras lo desprecias.

No quiero adentrarme en un tema tan vasto y discutir acerca del trato de los esclavos, con los cuales nos comportamos de forma tan soberbia, cruel e injusta. Ésta es, no obstante, la esencia de mi norma: vive con el inferior del modo como quieres que el superior viva contigo. Siempre que recuerdes la gran cantidad de derechos que tienes respecto de tu esclavo, recuerda que otros tantos tiene tu dueño respecto de

ti[5].

«Pero yo», arguyes, «no tengo dueño alguno». Estás en la edad dorada: quizá lo tendrás. ¿No sabes a qué edad Hécuba comenzó a ser esclava, a qué edad comenzaron a serlo Creso y la madre de Darío, y Platón y Diógenes[6]?

Acoge a tu esclavo con bondad, incluso con afabilidad. Admítelo a tu conversación, a tu consejo, a tu intimidad. En este punto me censurará a gritos todo un tropel de afeminados: «Nada más humillante, nada más vergonzoso». A esos mismos los he de sorprender, besando la mano de los esclavos ajenos.

¿Es que ni siquiera reparáis en cómo nuestros mayores trataron de suprimir todo tipo de odiosidad para con los señores, todo tipo de injusticia para con los esclavos? Al señor le dieron el nombre de «padre de familia», a los esclavos el de «familiares», que todavía se emplea en los mimos. Establecieron un día de fiesta no para que fuera el único en que los señores comiesen con los esclavos, sino para que hubiese uno al menos; les permitieron desempeñar puestos de honor en la casa, administrar en ella la justicia y concibieron la casa como una república en pequeño[7].

«¿Entonces qué?, ¿sentaré a todos los esclavos a mi mesa?» Igual que a todos los hombres libres. Te equivocas si piensas que a algunos los voy a rechazar so pretexto de que se ocupan en oficios más viles, por ejemplo, el de mulatero y el de boyero. No los valoraré por sus funciones, sino por sus costumbres. Es cada cual quien escoge sus costumbres, las funciones las asigna el azar. Unos coman contigo porque son dignos, otros para que se hagan dignos. Porque si hay en ellos algún rasgo servil, a resultas de su trato con gente vulgar, desaparecerá por su convivencia con los más honorables.

No hay motivo, querido Lucilio, para que busques al amigo tan sólo en el foro y en la curia: si te fijas con atención, lo encontrarás también en casa. A menudo un buen material resulta ineficaz por falta de artista; pruébalo y lo sabrás. De la misma manera que es un necio quien al ir a comprar un caballo no examina al propio animal, sino su silla y sus riendas, así es muy necio quien aprecia al hombre ora por su vestido, ora por su condición, que a modo de vestido queda ajustada a nuestra persona.

«Es un esclavo». Pero quizá con un alma libre. «Es un esclavo». ¿Esto le va a perjudicar?[8] Muéstrame uno que no lo sea: uno es esclavo de la lujuria, otro de la avaricia, otro de los honores; todos esclavos de la esperanza, todos del temor. Puedo citarte un ex-cónsul esclavo de una viejecita, un rico esclavo de una joven sirvienta; te mostraré jóvenes muy nobles esclavizados por bailarines de pantomima[9]. No existe esclavitud más deshonrosa que la voluntaria.

Por lo tanto, no hay razón para que esos insolentes te impidan mostrarte con tus esclavos jovial y superior, sin jactancia; que te veneren antes que temerte.

Alguien objetará que ahora yo estoy incitando en los esclavos el deseo de obtener

el píleo[10], y derribando a los señores de su cúspide, por cuanto he dicho: «veneren al señor antes que temerle». «¿Es así», dice, «exactamente?, ¿que le veneren como clientes, como los que van a saludarle?». Quien hable así, olvidará que no es poco para los señores lo que basta para Dios. El que es objeto de veneración lo es también de amor; el amor no puede confundirse con el temor.

Así, pues, considero que obras muy rectamente al procurar que tus esclavos no tengan miedo de ti y al no emplear más que reprensiones verbales; con azotes se castiga a las bestias. No todo lo que nos golpea nos produce también una lesión; pero los deleites nos llevan forzosamente a la excitación violenta, de suerte que todo lo que no responde a nuestro capricho, nos provoca a cólera.

Adoptamos la actitud de los tiranos; pues también ellos, olvidándose tanto de su propio poder, como de la flaqueza ajena, se inflaman y enfurecen como si hubieran recibido una injuria, cuando de un tal riesgo los deja enteramente a salvo su elevada condición. Esto no lo ignoran, pero con sus lamentos toman pretexto para hacer daño. Han dado por recibida la injuria para poder cometerla.

No quiero retenerte por más tiempo, puesto que no tienes necesidad de exhortación. Esta ventaja tienen entre otras las buenas costumbres: se complacen consigo mismas, son constantes. La mala conducta es tornadiza, se trueca a menudo no en algo mejor, sino en algo distinto.

[1] Si el estoicismo, sin atreverse a proclamar la libertad total de los esclavos, mejoró su condición al propugnar un trato más humanitario, la influencia de Séneca en este punto, en particular durante los cinco años en que fue ministro de Nerón, sólo es comparable a la que ejercitaron los más grandes benefactores de la humanidad (cf. Elorduy, El Estoicismo II, págs. 270-271).

[2] Se trata de un esclavo manumitido por el emperador Calígula, que llegó a tener gran valimiento en la corte de éste y de Claudio.

[3] Dicho rótulo pendía del cuello del esclavo; en él se escribía el nombre del país de procedencia, las cualidades y defectos del mismo. Conforme a su valor se repartía a los esclavos en diversas categorías.

[4] P. Quintilio Varo, cónsul el 13 a. C. y, por su parentesco con Augusto, nombrado gobernador de Germania, explotó a los nativos de esta región. Arminio, caudillo de los queruscos, le sorprendió y aniquiló junto con tres legiones en la selva de Teutoburgo el año 9 d. C. De tal descalabro Augusto jamás pudo consolarse.

[5] Es como la regla de oro para la convivencia humana. Puede compararse con el precepto bíblico: «Cuanto queréis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo vosotros con ellos» (Mt. 7, 12).

[6] Hécuba, la esposa de Príamo, «llevaba mal los años» (Epístola 88, 6). Creso, rey de Lidia, fue hecho prisionero por Ciro, rey de los persas, a quien cautivó por su gran ponderación y sagacidad (cf. Heródoto, Hist. I 87-89). La madre de Darío III, Sisigambis, después de la derrota y muerte del hijo, cayó en poder de Alejandro, siendo, en frase de Curcio Rufo (Hist. Alej. Mag. III 11, 24), «venerable por su años». Platón, a los 40 años, fue deportado y vendido como esclavo en Egina por Dionisio el

Viejo, tirano de Siracusa, que no soportaba sus enseñanzas (Diόg. Laer., Vidas de los filós. III 19-20). De Diógenes el Cínico no se sabe con certeza si fue apresado por los piratas y vendido en Creta (cf. Diόg. Laer., Vidas de los filós. IV 20-21).

[7] Frente a la depravación de costumbres de su tiempo, presenta Séneca la moderación y nobleza de los antiguos, el mos maiorum.

[8] Resume y completa el pensamiento del § 1. El esclavo puede ser «libre en su alma».

[9] La pantomima, como pieza teatral, contenía básicamente estos elementos: un danzante, el coro y la orquesta. El mérito primordial del danzante consistía en dar a su mímica la máxima expresión. En la Roma imperial suplantó a otras representaciones escénicas. La mujer no tomó parte en ella hasta el siglo iv d. C.

[10] El gorro señal de la manumisión y de la libertad: cf. Ep. 18, 3, nota 79.

Deberes con los amigos. Inutilidad de los sofismas

A propósito de una consulta que le hace Lucilio, Séneca defiende que entre amigos no puede haber conflicto, y puesto que existe un derecho común entre los hombres, éste fomentará lógicamente la asociación de la amistad (1-3). Tales enseñanzas debieran dar los grandes doctores y no perderse en sutilezas. Como ejemplo de éstas, aduce el filósofo un par de silogismos capciosos y falsos (4-6). Frente a tales bagatelas, la filosofía nos promete el consejo, llevar la salvación a los que necesitan y piden ayuda (7-8). Ella enseña lo que la naturaleza reclama para la vida feliz; nos augura que seremos iguales a Dios. No perdamos, pues, el tiempo en ocupaciones superfluas (9-12).

A la epístola que me enviaste durante tu viaje, tan larga como fue el mismo viaje, contestaré más adelante. Debo retirarme y considerar el consejo que he de darte, pues también tú, que me pides consejo, reflexionaste largo tiempo si debías consultarme. Cuánto más he de hacerlo yo, toda vez que se necesita mayor espacio de tiempo para solucionar un problema que para plantearlo, sobre todo cuando no coincide tu interés con el mío.

¿Es que de nuevo me expreso como un epicúreo? En realidad a mí me interesa lo propio que a ti: pues no soy tu amigo si no considero como propio todo negocio referente a ti. Una comunicación de todos los bienes entre nosotros la realiza la amistad. Ni existe prosperidad ni adversidad para cada uno por separado: vivimos en comunión[1]. No puede vivir felizmente aquel que sólo se contempla a sí mismo, que lo refiere todo a su propio provecho: has de vivir para el prójimo, si quieres vivir para ti.

Si cultivamos puntual y religiosamente esta solidaridad que asocia a los hombres entre sí y ratifica la existencia de un derecho común del género humano, contribuimos a la vez muchísimo a potenciar esa comunidad más íntima, de que te hablaba, que es la amistad. Lo tendrá todo en común con el amigo quien tiene mucho de común con el hombre[2].

Esto es, Lucilio, tú, el mejor de los hombres, lo que quiero que esos sutiles maestros me enseñen antes que nada: mis deberes para con el amigo, para con el hombre, más que las diversas formas con que expresar el concepto de «amigo»[3] y los muchos significados que puede tener el de «hombre». Ahí verás cómo la sabiduría y la necedad siguen rumbos opuestos. ¿A cuál de ellas me dirijo?, ¿a cuál de los dos bandos ordenas que me adhiera? Para aquél el hombre es como un amigo, para éste el amigo no es siquiera como un hombre; aquél se dispone un amigo para sí, éste se dispone a sí mismo para el amigo. Y tú me retuerces el sentido de las palabras y me desmontas las sílabas.

Es evidente que si no sé componer silogismos muy sutiles y, con falsa ilación, inferir una mentira partiendo de la verdad, no podré discernir lo aborrecible de lo deseable. Me da vergüenza que en asunto tan serio nosotros, los viejos, nos chanceemos[4].

«Mur es una sílaba[5]; es así que el mur roe el queso, luego una sílaba roe el queso». Piensa por un momento que no soy capaz de resolver semejante falacia; a causa de esa incapacidad, ¿qué peligro me amenaza?, ¿qué perjuicio? Es cosa de temer, sin duda, que, eventualmente, con la ratonera atrape yo unas sílabas o que, eventualmente, por ser demasiado negligente, un libro devore el queso. A no ser que resulte más agudo este argumento: «*Mur* es una sílaba; es así que una sílaba no roe el queso, luego un *mur* no roe el queso».

¡Oh pueriles bagatelas! ¿Para esto fruncimos el ceño?, ¿para esto dejamos crecer la barba?, ¿es esto lo que, entristecidos y pálidos, enseñamos? ¿Quieres saber qué es lo que promete la filosofía al género humano? El consejo. A uno la muerte le reclama, a otro la pobreza le consume, a otro es el dinero ajeno o el suyo propio el que le tortura; aquél ante la mala fortuna se horroriza, éste desea sustraerse a su propia felicidad; a éste le tratan mal los hombres, a aquél los dioses.

¿Por qué me preparas tales diversiones? No es el momento de jugar. Se te ha llamado en defensa de los desgraciados. A los náufragos, a los cautivos, a los enfermos, a los necesitados, a los reos, cuya cabeza está expuesta a los golpes del hacha, prometiste deparar tu auxilio. ¿Hacia dónde te desvías?, ¿qué estás haciendo? Ése con quien te diviertes, está asustado: socórrele, rompiendo toda atadura de su indecisión a causa del miedo[6]. Todos tienden, por todas partes, las manos hacia ti; para su desdichada vida, abocada a la ruina, te imploran una ayuda; su esperanza y sus riquezas penden de ti. Te ruegan que les saques de una perturbación tan grande, que, dispersos y extraviados, les muestres la luz radiante de la verdad.

Enséñales aquello que la naturaleza hizo necesario y aquello que hizo superfluo[7], cuán suaves son las leyes que estableció, cuán agradable es la vida, cuán fácil para quienes observan las leyes y cuán amarga y complicada la de quienes se confiaron a la opinión más que a la naturaleza. ‹Admitiría que vuestros entretenidos sofismas fuesen eficaces para aligerar los males de éstos›[8], si antes les hubieras mostrado en qué cuantía les habían de aliviar. ¿Cuál de esas argucias suprime las pasiones?, ¿cuál las modera? ¡Ojalá que sólo fuesen ineficaces! Perjudican. Te dejaré muy claro, cuando lo desees, este extremo: que un noble talento se quebranta y debilita entregado a tales sutilezas.

Me da vergüenza decir qué armas suministran a quienes van a combatir contra la fortuna, qué clase de instrucción les procuran. ¿Por aquí se llega al sumo bien? ¿Es a través de ese razonamiento filosófico del «supuesto que, supuesto que no»[9], y de las cláusulas restrictivas, viles e infamantes aun para los que actúan recurriendo a la tabla de los edictos?[10] De hecho ¿qué otra cosa hacéis, cuando a sabiendas inducís a engaño al que interrogáis, que darle a entender que perdió por defecto de forma?[11] Mas al igual que el pretor lo hace con los litigantes, así también la filosofía con éstos: los restablece en plenitud de derechos.

¿Por qué rompéis con vuestras grandes promesas y después de haber manifestado con altisonantes frases que, como resultado de vuestra actuación, ni el brillo del oro ni tampoco el de la espada deslumbrarían mis ojos, que con una firme constancia pisotearía lo que todos anhelan, lo que todos temen, os rebajáis ahora a los rudimentos de la gramática? ¿Qué es lo que decís?

¿Así se dirige uno hacia las estrellas?[12]

Porque es ésta la promesa que me hace la filosofía: hacerme igual a Dios. Para esto me ha invitado, para esto he venido. Mantén la palabra.

Por lo tanto, querido Lucilio, aléjate cuanto puedas de estas restricciones y fórmulas evasivas de los filósofos: la transparencia y la sencillez dicen bien con la bondad. Aun cuando nos quedase una larga vida habría que administrarla con sobriedad para que cubriese las necesidades. De hecho, ¡qué locura supone aprender lo superfluo, siendo el tiempo tan escaso!

[1] Vuelve Séneca al tema de la amistad, una constante en el Epistolario. Pero se trata de esa amistad sincera, generosa y sacrificada, distinta de la proclamada por los epicúreos. Cf. Ep. 6, 4; 9, 16 ss., etc.

[2] Aquí se habla ya de un derecho común del género humano, fundado en la propia naturaleza, que nos ha hecho sociables, y que afianza el vínculo de la amistad (cf. M. Gentile, I fondamenti..., pág. 37, quien recoge numerosos textos alusivos).

[3] Cf. Ep. 3, 1.

[4] Aquí terminaba en los codd. una epístola y en el § 6 comenzaba una nueva; pero, ya a partir de Erasmo, se descubrió la conexión entre ambas partes que vinieron a constituir definitivamente una sola epístola: la 48.

[5] «Mur», en latín mus, es forma antigua, usada con preferencia en los refranes para designar al ratón. Su estructura monosilábica nos viene aquí como anillo al dedo.

[6] Aquí aceptamos la conjetura de Bücheler que responde muy bien al sentido del pasaje, aunque no a la lectura que brindan los mejores códices. Es, sin duda, por esta razón por lo que Reynolds renuncia a clarificar un pasaje que considera desesperado.

[7] Cf. Ep. 45, 4, 10 y 12; y el § 12 de esta misma carta, donde se contraponen asimismo los términos «necesario» y «superfluo».

[8] Hemos mantenido en este caso los corchetes angulares para señalar la conjetura propuesta por Hense con el fin de suplir la laguna que presentan los códices del texto senecano.

[9]Siue, niue, fórmulas usadas habitualmente por los juristas latinos.

[10] Se entiende «los edictos del pretor» (album praetoris). Los que a éstos recurrían no desaprovechaban ninguna de tales disposiciones y, con cábalas de toda especie, intentaban eludir la ley

para salvar al cliente.

[11] Cuando la acción judicial se planteaba de forma distinta, en tiempo distinto y ante juez diferente al señalado por los edictos del pretor.

[12]En. IX 641. Palabras que Apolo dirige a Julo vencedor. En Virgilio sin interrogación, en frase afirmativa, como las cita la Ep. 73, 15.

Reconocimiento de nuestros vicios. El remedio de la filosofía

Séneca sufre un mareo navegando en mar agitado y con dificultad puede alcanzar la costa (1-4). Ya reanimado, medita sobre el olvido en que tenemos nuestros males físicos y morales. Un pequeño dolor físico lo disimulamos hasta que se convierte en grave enfermedad. En cambio en las dolencias del alma quien está más enfermo, reconoce menos su estado (5-7). Confesar el vicio es indicio de buena salud; sólo la filosofía nos despertará del letargo. Igual que atendemos a las enfermedades del cuerpo, hemos de consagrarnos a la filosofía; pero ella no admite que le dediquemos tan sólo el tiempo que nos sobra (8-10). Cultivando la filosofía aventajaremos a los hombres, nos aproximaremos a Dios y rechazaremos los golpes del azar (11-12).

¿De qué no se me podrá convencer, cuando se me ha convencido para que viaje por mar? Zarpé con mar bonancible. Es cierto que el cielo estaba preñado de oscuros nubarrones que se resuelven casi siempre en agua o en viento; no obstante pensé que podría devorar las pocas millas que separan tu querida Partenope[1] de Putéolos[2], aunque en medio de un cielo inseguro y amenazador. Así, para evitar el riesgo con mayor rapidez, dirigí inmediatamente el rumbo por alta mar hacia Néside[3], con el fin de atajar, alejado de todas las ensenadas.

Cuando ya había recorrido tanto trecho que lo mismo me importaba proseguir que regresar, se desvaneció de pronto aquella calma que me había seducido. No era todavía la tempestad, pero sí la marejada y el oleaje cada vez más grueso. Me puse a rogar al timonel que me desembarcase en cualquier punto de la costa. Él me respondía que era aquel un litoral escarpado e inabordable, y que en el fragor de la tempestad nada temía tanto como la tierra.

Pero me angustiaba demasiado como para preocuparme del peligro: me aquejaba esa especie de náusea lenta, sin vómito, que revuelve la bilis sin expulsarla. Por ello insistí al timonel y le obligué, quieras que no, a buscar la orilla. Así que estuvimos próximos a ella, no esperé a que se practicase ninguna de las maniobras de que habla Virgilio:

las proas se vuelven cara al mar[4]

o

se arroja el áncora desde la proa[5].

Recordando mi destreza de veterano nadador en agua fría, me arrojo al mar cual corresponde a un aficionado a baños fríos, envuelto en mi batín de lana.

¿Qué molestias no crees tú que sufrí al trepar por los arrecifes, al buscarme un camino, al procurármelo? Comprendí que, no sin razón, los marinos temen la tierra. Es increíble lo que tuve que aguantar al no poderme aguantar a mí mismo. Debes saber que Ulises no había nacido para sufrir la furia del mar hasta el extremo de tener que naufragar en todas partes: padecía la náusea marina. También yo, a cualquier

punto que hubiere de dirigirme por mar, llegaré al término de veinte años.

Apenas compuse mi estómago que, como sabes, no escapa del mareo tan pronto como del mar; así que relajé mi cuerpo con una fricción, me puse a meditar acerca del olvido grande en que tenemos nuestros defectos, por supuesto también los físicos, que constantemente nos recuerdan su presencia; por no hablar de los que están tanto más ocultos cuanto más graves son.

Un ligero escalofrío pasa inadvertido, mas cuando la verdadera fiebre va en aumento y abrasa, incluso al hombre fuerte y sufrido le obliga a reconocer su dolencia. Los pies duelen, las articulaciones sienten comezón; hasta ese momento disimulamos asegurando o que el tobillo se torció, o que se lastimó en algún ejercicio. A la enfermedad desconocida e incipiente se le busca un nombre, mas cuando ha comenzado a hinchar los tobillos y ha distorsionado ambos pies, es preciso que reconozcamos en nosotros el mal de gota.

Lo contrario sucede en las enfermedades que aquejan al espíritu: cuanto peor uno se encuentra, menos lo siente. No tienes por qué admirarte, Lucilio carísimo. En efecto, quien tiene un sueño ligero percibe imágenes durante el descanso y a veces mientras duerme imagina que está durmiendo. Un profundo sopor borra hasta los sueños y abisma el alma con tal intensidad, que suprime en ella toda conciencia[6].

¿Por qué nadie confiesa sus vicios? Porque todavía se halla bajo su dominio. Contar el sueño lo hace el que está despierto; asimismo confesar los vicios es indicio de salud. Despertemos, pues, a fin de que podamos refutar nuestros propios errores. Mas sólo la filosofía nos despabilará, sólo ella nos sacudirá del pesado sueño. Conságrate enteramente a ella. Tú eres digno de ella y ella lo es de ti. Corred a estrecharos uno y otra. Todo lo demás recházalo con fortaleza, con sinceridad. No tienes por qué filosofar a fuerza de ruegos.

Si estuvieses enfermo, hubieras interrumpido tu cuidado por el patrimonio familiar y te hubieras despreocupado de los asuntos del foro; ni considerarías a nadie tan importante como para acudir a defenderle, al remitir tu dolencia: perseguirías con toda el alma el objetivo de liberarte cuanto antes de la enfermedad. Pues, ¿qué?, ¿no harás también ahora lo propio? Aleja todos los obstáculos y conságrate a la salud del alma: nadie la alcanza estando atareado. La filosofía ejerce su realeza, señala su tiempo, no acepta el ajeno. No es cosa secundaria; es principal, es soberana, está presente y ordena.

Alejandro, a cierta ciudad que le prometía parte de su territorio y la mitad de todos los bienes, respondió así: «No he venido a Asia para aceptar lo que me dieseis, sino para que retuvieseis lo que yo os dejare»[7]. Lo mismo responde la filosofía a cualquier ocupación: «No voy a aceptar el tiempo que os sobre a vosotros: dispondréis de aquel que yo rehusare».

Concentra en ella toda tu atención, siéntate a su lado, venérala. Se establecerá una

inmensa diferencia entre ti y los demás. Aventajarás en mucho a todos los mortales, no mucho te aventajarán los dioses a ti. ¿Preguntas qué diferencia existirá entre ellos y tú? Ellos vivirán más tiempo. Mas, por Hércules, que es propio de un gran artífice encerrar toda la obra en un espacio reducido. Tanta disponibilidad tiene el sabio de su vida, como Dios de todas las edades. En un aspecto el sabio aventaja a Dios: éste no teme por privilegio de su naturaleza, el sabio gracias a su esfuerzo[8].

He ahí una noble condición: la de tener la flaqueza del hombre y la firmeza de Dios. Increíble es el poder de la filosofía para reprimir todos los embates de la fortuna. Ningún dardo se clava en su pecho; está protegida, está segura; a unos les quita impulso esquivándolos, cual ligeros dardos, en los anchos pliegues de la toga; a otros los rechaza y los devuelve de inmediato contra aquel que los había arrojado.

[1] Nombre de una de las Sirenas, cuyo cuerpo, según la leyenda, fue arrojado sobre la costa, donde luego se fundó la ciudad de Nápoles, tan querida de Lucilio. De este afecto de Lucilio habla Séneca en Ep. 49, 1 y 70, 1.

[2] Ciudad marítima de Campania, junto a Nápoles.

[3] Pequeña isla entre Putéolos y el promontorio Pausilipo.

[4]En. VI 3: habla de Eneas, que llega a la costa de Cumas.

[5]En. III 277. Los troyanos desembarcan en la isla de Leucadia.

[6] Al parecer, Séneca no cree en los presagios procedentes de los sueños.

[7] En lugar de una ciudad, podría tratarse del rey persa Darío, quien propuso a Alejandro Magno compartir con él el dominio de Asia. La respuesta de Alejandro fue ésta: no se puede compartir lo que se ha perdido; las condiciones las impone el vencedor (cf. Curc., Hist. Alej. Mag. IV 5, 7).

[8] Séneca destaca la grandeza de la voluntad del sabio. Así en la Ep. 73, 14 dice que el sabio desprecia los bienes externos con la misma grandeza de alma que Júpiter, pero le aventaja en que Júpiter no puede usar para sí de esos bienes, en cambio el sabio no quiere.

Ataque de disnea y meditación sobre la muerte

Séneca ha sufrido un ataque de disnea que le sirve como ensayo y ocasión para profundizar en el tema de la muerte (1-3). Igual que no recordamos el tiempo que precedió a nuestro nacimiento, tampoco el que seguirá a la muerte, que es la nada (4-5). Lo que importa es no tener asma en el alma. Así, aunque se le eche de la vida, el sabio sale gustoso, haciendo de la necesidad virtud (6-7).

Una larga tregua me había concedido la enfermedad; pero de repente me atacó. «¿Qué clase de dolencia?», dices. Lo preguntas con toda razón: hasta tal punto ninguna me es desconocida. Sin embargo, estoy casi consagrado a una especial, que ignoro por qué debo designarla con nombre griego, pues con bastante precisión puede llamarse «suspiro»[1]. Es, en efecto, una acometida de muy corta duración, semejante a una borrasca: cesa de ordinario en menos de una hora. De hecho, ¿quién tarda más tiempo en expirar?

Todas las incomodidades del cuerpo, todas sus angustias han pasado por mí; ninguna me parece más penosa. ¿Y cómo no? En cualquier otra dolencia uno está enfermo, en ésta exhala el alma. Por eso los médicos a ésta la denominan «preparación para la muerte», porque semejante respiración logra por fin lo que a menudo intentó.

¿Crees que te cuento con alegría tales crisis porque las superé? Si me felicitase de este desenlace como si tuviera buena salud, actuaría con tanta ridiculez como aquel, sea quien fuere, que juzga haber ganado el pleito porque aplazó la comparecencia. En cuanto a mí, aun en medio de los ahogos no he dejado de buscar alivio en pensamientos gratos y reconfortantes.

«¿Qué es esto?», me repetía, «¿tan a menudo me pone a prueba la muerte? Puede hacerlo. Yo la he experimentado largo tiempo». «¿Cuándo?», preguntas. Antes de nacer. La muerte es el no ser. En qué consiste esto bien que lo sé. Será después de mí lo que fue antes de mi existencia[2]. Si tal situación conlleva algún sufrimiento, es necesario haberlo experimentado también antes de surgir a la vida; ahora bien, entonces no sufrimos vejación alguna.

Te lo pregunto: ¿acaso no calificarías de muy necio a quien juzgase que la lámpara, una vez apagada, se halla en un estado peor al que tenía antes de encenderse? También nosotros nos encendemos y nos apagamos; en la fase intermedia experimentamos algún sufrimiento, mas en uno y otro extremo reina plena seguridad. Éste es, amado Lucilio, si no me engaño, nuestro error: pensamos que la muerte viene a continuación, siendo así que nos ha precedido y nos seguirá. Cuanto existió antes de nosotros es muerte. ¿Qué importa, realmente, que no empieces o que acabes, cuando el resultado de lo uno y de lo otro se traduce en no ser?

Con éstas y otras exhortaciones por el estilo (mudas, por supuesto, ya que no

había lugar a las palabras) no dejé de alentarme. Luego, poco a poco, el «suspiro» aquel que comenzaba a ser simple jadeo, se produjo a mayores intervalos hasta que cesó. Con todo, dejó residuos; ni aun ahora, aunque haya cesado; la respiración brota de forma natural; experimento un cierto titubeo y lentitud. Que sea como quiera, con tal de no tener suspiros en el alma.

De mi parte recibe esta garantía: no temblaré en el último momento, estoy ya preparado[3], mis proyectos no se extienden siquiera a todo el día. Alaba e imita a quien no le aflige la muerte, aunque le agrade la vida. ¿Qué valor ciertamente supone el salir, cuando a uno le echan? No obstante, también en este caso hay un valor: se me echa, pero con la impresión de que me voy. Por ello, al sabio nunca se le echa, ya que se echa a uno cuando se le expulsa de aquel lugar del que se retira contra su voluntad, y el sabio nada realiza forzado. Ha escapado a la necesidad porque desea lo que ella le ha de imponer.

[1] Estas crisis de ahogo, producto del asma, las padeció a lo largo de toda su existencia. Pero supo cuidarse (cf. Ep. 15, 4, nota 63) y ello explica que, a pesar de su salud delicada, desplegase tanta actividad, en particular política y literaria.

[2] El propio Séneca afirma (Ad Marc. 19, 5), que la muerte en sí no es nada y lo conduce todo a la nada. Cf. asimismo Ep. 77, 11.

[3] Así lo repite en la Ep. 61, 2: «estoy dispuesto para salir...; pero morir con dignidad es morir de buen grado». Séneca está dispuesto, como corresponde al aspirante a la sabiduría, a morir de buen grado.

La quinta de Vacia y el verdadero retiro

Séneca, llevado en litera por razones de salud, contempla desde la costa la quinta de Servilio Vacia (1-2). Habla del carácter de este ex-pretor, rico holgazán, estableciendo la distinción entre ociosidad y retiro fecundo: no vive para sí, quien no vive para nadie (3-5). Describe a continuación el buen emplazamiento de la quinta, si bien subraya que ningún lugar contribuye demasiado a la tranquilidad del alma (6-8). Lucilio puede encontrarse espiritualmente presente en la Campania junto a Séneca, porque entre amigos, a pesar de la separación física, puede establecerse una comunicación feliz (9-11).

Vuelvo ahora mismo de mi paseo en litera no menos cansado que si hubiera recorrido a pie todo el trayecto que he hecho sentado. Porque constituye también una fatiga ser llevado largo tiempo en la litera, y no sé si aquélla no se acentúa más aún, puesto que ello va contra la naturaleza, que nos proporcionó unos pies para que caminásemos por nosotros mismos, unos ojos para que viésemos por nosotros mismos. La debilidad nos la han ocasionado los deleites y hemos perdido la posibilidad de aquello que largo tiempo hemos rechazado.

No obstante, tenía necesidad de sacudir los huesos, ora para expulsar la bilis que se había alojado en mi garganta[1], ora para que el balanceo que experimenté que me había sido útil, aligerase la misma respiración que me resultaba, no sé por qué motivo, demasiado pesada. Por ello, continué más tiempo mi paseo en litera, al cual me invitaba la propia costa, que forma un arco entre Cumas y la quinta de Servilio Vacia[2] y que, cual estrecho sendero, la rodea de un lado el mar y de otro el lago[3]. De hecho una reciente tempestad le había dado consistencia, pues, como sabes, el oleaje constante e impetuoso llega a su nivel, mas una calma demasiado prolongada lo disgrega, cuando de las arenas, que con la humedad se compactan, se ha evaporado el agua.

Sin embargo, según mi costumbre, comencé a mirar en derredor por si descubría allí alguna cosa que me pudiera ser de provecho, y orienté la vista hacia la quinta que en otro tiempo perteneció a Vacia. En ella envejeció aquel rico ex-pretor, famoso nada más que por su holganza, único motivo por el que se le consideraba dichoso. Porque cuantas veces las simpatías de Asinio Galo[4], cuantas veces el odio y luego el amor a Sejano[5] —ya que encerraba el mismo peligro haberle disgustado que haberle amado— habían arruinado a algunos, la gente gritaba: «¡Oh Vacia, eres único en saber vivir!».

Pero él sabía esconderse, no vivir; pues hay gran diferencia entre vivir en el retiro y en la holganza. No pasaba yo nunca, en vida de Vacia, por delante de esta quinta sino para decir: «Vacia yace aquí»[6]. Pero la filosofía, querido Lucilio, es cosa tan sagrada y venerable que, aun lo que falsamente se le parece, nos agrada. Al hombre ocioso el vulgo lo considera retirado, tranquilo, contento consigo, viviendo para sí, beneficios que a nadie, excepto al sabio, pueden alcanzar. Él es el único que sabe

vivir para sí; porque él sabe vivir, que es lo primordial.

En efecto, quien ha huido de los problemas y de los hombres; quien, por fracasar en sus ambiciones, se ha visto relegado, quien no ha sido capaz de ver cómo otros son más felices, quien, semejante a un animal tímido y perezoso, se ha ocultado por miedo, ese tal no vive para sí, sino —actitud ésta muy vergonzosa— para el vientre, para el sueño, para el placer. No vive necesariamente para sí quien no vive para nadie. Mas, de tal suerte es una gran cosa la constancia y la perseverancia en el propósito, que hasta la inercia, si es pertinaz, gana en prestigio.

Acerca de la propia quinta nada puedo decirte con precisión: pues sólo conozco la fachada y los exteriores, visibles incluso para los transeúntes. Cuenta con dos grutas de ambiciosa estructura, iguales en dimensión a cualquier atrio espacioso, construidas a mano, de las que una no recibe el sol, la otra lo conserva hasta el ocaso. Un riachuelo cruza, por en medio un bosque de plátanos, a modo de canal, que desagua de un lado en el mar y de otro en el lago Aquerusio, siendo suficiente para producir peces, por más que frecuentemente se le vacíe. Pero, cuando el mar está abierto, se le reserva; en cambio, si el mal tiempo brinda vacación a los pescadores, basta alargar la mano al criadero.

Con todo, la comodidad mayor de la quinta es la de tener Bayas a espaldas de su muro: carece de los inconvenientes de ésta y goza de sus deleites. Estos sus encantos los conozco personalmente; la considero apropiada para todo el año; está orientada hacia el viento Favonio y lo recibe de suerte que priva a Bayas de su disfrute. No parece que Vacia estuvo desacertado al elegir este emplazamiento al que confiar su ocio, ya entonces indolente y senil.

Pero el lugar no contribuye gran cosa al sosiego interior: es el alma la que para sí valora todas las cosas. He visto en una quinta alegre y deliciosa moradores entristecidos; he visto en plena soledad personas con aire de atareadas. Por lo tanto, no tienes por que pensar que te hallas poco bien dispuesto porque no estás en la Campania. Y bien, ¿por qué no estás? Dirige constantemente tus pensamientos hacia acá.

Es posible conversar con los amigos ausentes, sin duda cuantas veces quieras, todo el tiempo que lo desees. Y de este placer, que es el más grato, gozamos más plenamente estando ausentes. La presencia nos vuelve melindrosos[7]; y como entonces, cuando queremos, hablamos, paseamos y nos sentamos juntos, cuando estamos separados ya no pensamos en aquellos que poco antes habíamos visto.

Por este motivo debemos soportar la ausencia con ecuanimidad: porque todos, aun de los presentes, estamos mucho tiempo ausentes. Cuenta aquí primero la separación durante la noche, luego las ocupaciones distintas de cada uno, además el estudio en privado, las salidas por los alrededores de Roma: comprobarás que no es mucho el tiempo de que nos priva de un amigo su estancia en países lejanos.

Al amigo se le ha de poseer dentro del alma, y aquí él nunca está ausente: a todo el que ella ama lo contempla cada día. Así, pues, entrégate al estudio conmigo, cena conmigo, pasea conmigo. Viviríamos en una mansión estrecha, si algún obstáculo se hallase interpuesto a nuestros pensamientos. Te contemplo, querido Lucilio; ahora en particular te escucho; estoy en tu compañía de tal suerte que dudo si voy a escribirte billetes en lugar de cartas[8].

[1] En la Ep. 53, 3, decía verse aquejado de la náusea que remueve, pero que no expulsa la bilis. Aquí se trata de expulsarla, y de ahí el paseo en litera, ejercicio para vigorizar el cuerpo.

[2] Un rico ex-pretor que vivió en la época de Tiberio, cuya quinta, según indica Séneca, se encontraba en el cabo Miseno. Nada más sabemos de él. Quizá descendiese de Servilio Vacia, que fue cónsul en los años 48 y 41 a. C.

[3] El lago Averno.

[4] El hijo de Asinio Polión, casado con Vipsania Agripina, la esposa repudiada por Tiberio. Envuelto en un proceso y condenado, murió de hambre en la cárcel.

[5] Elio Sejano, prefecto del pretorio, favorito y ministro de Tiberio, a quien su excesiva ambición de poder le acarreó el castigo y la muerte.

[6] Porque, más que vivir, era estar sepultado en vida.

[7] La epístola consigue eliminar las distancias y procura la convivencia e intimidad entre los amigos, placer que se disfruta mejor en la ausencia (cf. Cancik, op. cit., pág. 52).

[8] En el texto latino codicellos = tablillas enceradas para poder escribir sobre ellas con el estilete. Como Séneca las distingue de las epístolas o escritos entre ausentes, deben significar aquí las misivas o mensajes para comunicarse los que viven próximos, es decir, mensajes de puerta a puerta.

Ningún ruido perturbará la serenidad del sabio

Séneca, que habita sobre una instalación de baños, asegura que los muchos ruidos que allí se producen no consiguen turbar la serenidad de que precisa para el estudio (1-4). Él mantiene su espíritu recogido, ya que de nada sirve el silencio exterior si nos agitan las pasiones. Tampoco es cierto que todo sea apacible en la noche, cuando el alma está inquieta y con mala conciencia (5-7). Despertemos a fin de combatir los vicios de raíz, y que ningún griterío exterior nos perturbe (8-12). A propósito de un texto de Virgilio, distingue el filósofo entre el sabio imperturbable y el ignorante amedrentado. Es al primero al que debemos imitar (13-15).

¡Muera yo si el silencio es tan necesario como parece para quien en el retiro se consagra al estudio! Heme aquí rodeado por todas partes de un griterío variado. Vivo precisamente arriba de unos baños[1]. Imagínate ahora toda clase de sonidos capaces de provocar la irritación en los oídos. Cuando los más fornidos atletas se ejercitan moviendo las manos con pesas de plomo, cuando se fatigan, o dan la impresión de fatigarse, escucho sus gemidos; cuantas veces exhalan el aliento contenido, oigo sus chiflidos y sus jadeantes respiraciones. Siempre que se trata de algún bañista indolente, al que le basta la fricción ordinaria, oigo el chasquido de la mano al sacudir la espalda, de un tono diferente conforme se aplique a superficies planas o cóncavas. Mas, si llega de repente el jugador de pelota y empieza a contar los tantos, uno está perdido.

Añade asimismo al camorrista, al ladrón atrapado, y a aquel otro que se complace en escuchar su voz en el baño; asimismo a quienes saltan a la piscina produciendo gran estrépito en sus zambullidas. Aparte de éstos, cuyas voces, a falta de otro mérito, son normales, piensa en el depilador[2] que, de cuando en cuando, emite una voz aguda y estridente para hacerse más de notar y que no calla nunca sino cuando depila los sobacos y fuerza a otro a dar gritos en su lugar. Luego al vendedor de bebidas con sus matizados sones, al salchichero, al pastelero y a todos los vendedores ambulantes que en las tabernas pregonan su mercancía con una peculiar y característica modulación.

«¡Dichoso tú», dirás, «hombre de hierro o insensible, cuya cabeza aguanta en medio de un griterío tan diverso y estridente! —habida cuenta de que a nuestro Crisipo[3] los frecuentes saludos le ponen en trance de muerte». En cambio yo, por Hércules, no me preocupo de este murmullo más que del oleaje, o de la cascada, aun cuando tengo oído que cierto pueblo no tuvo otro motivo para trasladar de sitio su ciudad que el no haber podido soportar el estruendo de las cataratas del Nilo[4].

En mi opinión, distrae más la voz que el chasquido, porque aquélla cautiva la atención, éste sólo satura y fustiga los oídos. Entre los ruidos que suenan en derredor mío, sin distraerme, cuento el de los carros que cruzan veloces por la calle, el de mi inquilino carpintero, el de mi vecino aserrador, o el de aquel que junto a la Meta

Sudante[5] ensaya sus trompetillas y sus flautas, y no canta, sino que grita. Me resulta aún más molesto el ruido que se interrumpe, de cuando en cuando, que el otro continuado.

Pero me he endurecido frente a todo este alboroto, de tal suerte que puedo escuchar hasta el cómitre de galera que con voz estridente señala el ritmo a sus remeros. En efecto, fuerzo el alma a concentrarse en sí misma, sin que se distraiga por la barahúnda exterior. Todo puede resonar por fuera con tal que por dentro no haya turbación, con tal que no rivalicen la codicia y el temor, con tal que la avaricia y el lujo no estén en desacuerdo y una no moleste a la otra. ¿De qué aprovecha, en verdad, el silencio en toda la comarca, cuando rugen las pasiones?

Todo estaba sosegado en la plácida quietud de la noche[6].

¡Afirmación falsa!: ninguna quietud es plácida sino la que dispone la razón. La noche descubre las molestias, no las quita, y muda los afanes. De hecho, los sueños, aun estando uno dormido, son tan angustiosos como la jornada. La auténtica tranquilidad es aquella en la que se desarrolla la sabiduría.

Contempla a aquel hombre al cual se le procura asegurar el sueño en medio del silencio de una mansión espaciosa, y en cuyo obsequio, para que ningún rumor perturbe sus oídos, toda la multitud de esclavos ha enmudecido y los que se le aproximan apoyan el pie sin apenas tocar el suelo. Lo cierto es que se revuelve de un lado hacia otro tratando de conseguir un ligero sueño que ataje sus inquietudes, y se lamenta de haber oído lo que en realidad no oye.

¿Cuál crees que es la causa de esto? Que el alma le ahoga con sus gritos; a ella hay que apaciguar, su agitación es lo que hemos de reprimir, pues no tienes por qué suponerla apaciguada porque el cuerpo descanse. A veces en la quietud hay inquietud. Por ello debemos estimularnos a la acción y ocuparnos en el cultivo de las artes nobles, siempre que nos indisponga la indolencia incapaz de soportarse a sí misma.

Los grandes caudillos, cuando observan que los soldados obedecen de mal grado, les moderan con algún trabajo y les ocupan en campañas. Nunca tienen tiempo para holgar los que están atareados, y nada más seguro para conjurar el vicio de la ociosidad que el trabajo. A menudo creemos que el tedio de los asuntos públicos y el disgusto por una ocupación desdichada y molesta nos han impulsado al retiro; con todo en aquel escondrijo al que el temor y el cansancio nos han arrojado, a veces se recrudece la ambición. Porque no cesó por haberla extirpado, sino por estar cansada o, mejor, enojada, con los negocios cuya marcha le era poco favorable.

Otro tanto afirmo sobre la intemperancia que a veces parece que se ha retirado, pero que luego, a los que se han propuesto practicar la frugalidad, los seduce, reclamando en medio de la privación los placeres, no reprobados, sino sólo abandonados, con tanta más vehemencia, por cierto, cuanto más solapada está. Todos

los vicios que están al descubierto resultan más leves; también las enfermedades se encaminan a la curación, precisamente cuando, saliendo de su secreto, descubren su virulencia. Y, por lo mismo, debes saber que la avaricia, la ambición y los demás vicios del espíritu humano son perniciosísimos, cuando se ocultan en él simulando la curación.

Parecemos tranquilos y no lo estamos. Porque si procedemos de buena fe, si hemos tocado a retirada, si hemos renunciado a la ostentación, como poco antes te decía, ningún asunto nos desviará, ninguna sinfonía de hombres, o de pájaros, distraerá nuestros buenos pensamientos, firmes desde ahora y seguros.

Es un espíritu inconstante y que todavía no se ha recogido en su interior aquel que se distrae ante una voz, ante un suceso fortuito. Tiene dentro de sí una cierta inquietud, tiene un cierto temor preconcebido que mantienen despierta su curiosidad, cual lo expresa nuestro Virgilio:

Y a mí, a quien poco ha no impresionaba dardo alguno disparado, ni los griegos reunidos contra mí en formación hostil; ahora cualquier soplo del aura me aterra, cualquier sonido me excita, indeciso como estoy y temeroso tanto por el compañero, como por mi carga[7].

La primera actitud es la del sabio a quien ni los vibrantes dardos, ni las armas de una formación cerrada que chocan entre sí, ni el estrépito de una ciudad en destrucción consiguen atemorizar[8]; esta segunda, la del ignorante, que, asustándose ante cualquier ruido, teme por su situación, a quien una voz insignificante, interpretada por él como un bramido, le desconcierta, a quien la más ligera conmoción deja sin aliento. Su propia carga le vuelve tímido.

A cualquiera de esos, supuestamente felices, que tú escojas, que arrastra y transporta consigo mucho equipaje, le verás «temeroso tanto por el compañero, como por la carga».

En consecuencia, reconoce que tendrás un perfecto equilibrio en el momento en que ningún clamor te afecte, en que ningún sonido te desconcierte; ni cuando te halague, ni cuando te amenace, ni cuando con voz huera acose tus oídos con vanas representaciones.

«Entonces ¿qué?, ¿acaso no resulta a veces más cómodo apartarse del tumulto?». Lo reconozco; por ello yo abandonaré este lugar. Quise probarme y ejercitarme. ¿Qué necesidad tengo de torturarme más tiempo, cuando Ulises encontró para sus compañeros un remedio tan fácil contra las mismas Sirenas[9]?

[1] La ciudad es Bayas (cf. nota 527, Epístolas, Gredos, 2001).

[2] Le dedica Séneca una mayor atención. Comenzaba por los sobacos y luego se extendía a las demás partes. Tal práctica da idea del lujo refinado de aquella sociedad.

[3] Un desconocido, que no cabe confundir con el segundo fundador de la Estoa.

[4] Séneca cuenta el mismo suceso en las Cuest. Nat. IV 2, 5.

[5] Fuente artificial, en forma de columna cónica, que se encontraba en Bayas, por la que descendía el agua desde lo alto. Pauly-Wissowa, Real Encycl. XV 2, col. 1310, advierte que «la Meta Sudante» de Roma es de época de Domiciano y, por lo mismo, posterior a Séneca.

[6] Fragmento de P. Terencio Varrón Atacino en su versión libre de la obra de Apolonio de Rodas Argonautica (cf. Morel, Varro At. carm., fr. 8).

[7]En. II 726-729. Cuenta Eneas a Dido la fuga de Troya con su padre a las espaldas y el hijo a su lado.

[8] Más hiperbólico todavía se muestra Horacio en su conocida frase: «si el orbe destruido se hundiese, sus ruinas herirían al sabio sin perturbarle» (Od. III 3, 7-8): ya no son las ruinas de una ciudad, sino las del mundo entero las que herirán al sabio sin menoscabo de su impavidez.

[9] Cf. Ep. 31, 2, nota 421 (Epístolas, Editorial Gredos, 2001).

Moderación en el duelo por la muerte del amigo[1]

Es natural sentir la pérdida del amigo, pero el dolor excesivo puede ser vanidad (1-2). El recuerdo de la amistad debe ser apacible, aunque tenga algo de amargura (3-6). Sabemos que podemos perder al amigo; mientras está entre nosotros disfrutemos de su compañía, sin mostrar nuestro afecto sólo en su muerte (7-9). Hay que tener más de un amigo y sustituir al que hemos perdido. Tampoco podemos fatigarnos con el duelo, ya que el dolor al punto se vuelve repulsivo (10-13). Séneca se dolió en exceso por la muerte de Sereno. Debió pensar que éste era mortal y que se ha adelantado a la mansión de la que hablan los sabios (14-16).

Soporto con pena que Flaco[2], tu amigo, haya fallecido, pero no quiero te aflijas más de lo justo. Apenas si osaré exigirte que no sientas dolor y sé que es mejor así. Mas ¿quién alcanzará esa fortaleza de alma si no se ha situado muy por encima de la fortuna? También a él semejante desgracia le punzará, pero sólo le punzará. Mas a nosotros se nos puede disculpar que nos hayamos dejado arrastrar por las lágrimas, si no las hemos derramado con exceso, si nosotros mismos las hemos contenido. Los ojos, ante la pérdida del amigo, ni deben estar secos, ni desbordados en llanto; las lágrimas han de brotar, pero no se ha de sollozar.

¿Te parece que te impongo una ley dura, cuando el mayor de los poetas griegos otorgó el derecho de llorar sólo por un día[3], cuando dijo que hasta Níobe pensó en alimentarse?[4] ¿Quieres saber de dónde proceden los lamentos, de dónde el llanto desmesurado? Buscamos mediante las lágrimas dar prueba de nuestro sentimiento; no nos resignamos con sentir el dolor, sino que lo proclamamos. Nadie está triste para él solo. ¡Oh infeliz necedad! Existe hasta una cierta ostentación del dolor.

«Pues, ¿qué?», preguntas, «¿me olvidaré del amigo?». Le aseguras en ti un recuerdo muy corto, si tal recuerdo ha de subsistir acompañado de dolor; muy pronto al semblante dolorido cualquier circunstancia casual le devolverá la sonrisa. Y no te remito a un plazo demasiado lejano en el que toda nostalgia se suaviza, en el que hasta los llantos más acerbos se calman. Tan pronto dejes de observarte, este espectro de tristeza se alejará de ti. Ahora tú mismo alimentas tu dolor, pero éste aun del que lo alimenta se escapa y cesa tanto más presto cuanto más agudo es.

Obremos de forma que nos resulte grato el recuerdo de los seres perdidos: nadie evoca con gusto la memoria de aquello que no ha de recordar sin angustia; como también es preciso que evoquemos con una cierta congoja el nombre de los difuntos que amamos, pero tal congoja tiene también su placer.

En efecto, como solía decir nuestro Átalo: «Así es de agradable el recuerdo de los amigos difuntos como ciertos frutos dulcemente agrios[5], como el vino demasiado añejo, cuya aspereza nos deleita. Mas cuando pasa cierto tiempo todo lo que nos angustiaba se borra y nos sobreviene el puro placer».

Si le damos crédito: «pensar en los amigos cabales es tanto como saborear miel y pasteles; el recuerdo de los que fueron nos complace no sin cierta amargura. Mas, ¿quién negará que también estos alimentos ácidos y de una cierta aspereza pueden estimular el estómago?».

No soy yo de la misma opinión: a mí el recuerdo de los amigos difuntos me resulta grato y suave, pues los tuve igual que si los hubiera de perder; los he perdido como si aún los tuviera.

Obra, pues, querido Lucilio, cual conviene a tu equidad; deja de interpretar torcidamente el favor de la fortuna: te lo ha quitado, pero te lo había dado.

Por lo tanto gocemos con plena satisfacción de los amigos, pues es cosa incierta cuánto tiempo podremos tener la dicha de hacerlo. Reflexionemos cuán a menudo los hemos abandonado por tener que salir en un largo viaje al extranjero, cuán a menudo, aun viviendo en el mismo lugar, hemos dejado de visitarles; comprenderemos cuánto más tiempo, mientras estaban vivos, nos hemos quedado sin ellos.

Ahora bien, ¿cómo vamos a soportar a los que tratan con gran desdén a sus amigos y luego deploran su muerte con grandes lamentos; que no aman a nadie a no ser cuando le han perdido y, por ello, se afligen entonces con más profusión porque temen se ponga en duda que les amaron? Son pruebas tardías de su afecto las que tratan de aportar.

Cuando tenemos otros amigos los tratamos y los apreciamos indebidamente si nos sirven de poco para consolarnos por la pérdida de uno solo; cuando no los tenemos, nosotros mismos nos ocasionamos un perjuicio que supera el que la fortuna nos deparó: ella nos ha quitado uno, nosotros nos vemos privados de todos aquellos cuya amistad no logramos.

Aparte de que ni siquiera a uno amó con exceso quien no pudo amar más que a uno. Si un hombre que se halla desnudo, por haber perdido su único vestido, prefiere lamentarse a considerar de qué manera evitará el frío y encontrará algo de ropa con que cubrir las espaldas, ¿no te va a parecer muy insensato? Al que amabas le diste sepultura; busca a quien puedas amar. Es preferible sustituir al amigo que llorarlo.

Sé que está ya muy trillado este aforismo que voy a añadir, pero no lo pasaré por alto porque todo el mundo lo diga: quien no ha logrado poner término a su dolor con la reflexión, lo pondrá con el tiempo. Ahora bien, para el hombre prudente constituye un remedio muy vergonzoso para su llanto el cansarse de llorar. Antes deseo que abandones tú el dolor que él te abandone a ti, y cuanto antes deja de hacer aquello que, aun cuando te agrade, no podrás realizar largo tiempo.

Un año de luto para las mujeres fijaron nuestros mayores, no para que se dolieran tanto tiempo, sino para que no lo hicieran por más tiempo[6]; para los varones no hay período alguno determinado, porque ninguno es decoroso. Con todo, ¿cuál de entre aquellas pobres mujeres, apartadas con dificultad de la pira, arrancadas con dificultad

del cadáver, me señalarás, cuyas lágrimas hayan durado todo un mes? Ningún sentimiento se trueca más presto en repulsión que el de dolor, el cual, si es reciente, encuentra consoladores y atrae a algunos junto a sí; pero si es inveterado, se le ridiculiza, y con razón, porque o es fingido o insensato.

Estos consejos te doy a ti yo, que lloré con tanta desmesura a mi carísimo Anneo Sereno[7], de forma que soy un ejemplo —lo que en absoluto quisiera— de aquellas personas a las que abrumó el dolor. Hoy, sin embargo, condeno mi actitud y entiendo que la causa principal de afligirme así estuvo en no haber pensado nunca que él podía morir antes que yo. Sólo este pensamiento me acudía a la mente: que él era más joven, mucho más joven, como si los hados tuvieran en cuenta la edad.

Así que hemos de pensar constantemente que tanto nosotros como los seres queridos somos de condición mortal. En aquella ocasión debí decir: «mi caro Sereno es más joven, ¿y qué importa? Debiera morir después de mí, pero puede hacerlo antes que yo». Puesto que no lo hice, la fortuna me golpeó súbitamente, cogiéndome desprevenido. Ahora considero que todas las cosas son mortales, pero incierta la ley que fija su mortalidad. Hoy mismo puede acaecer cuanto en cualquier momento es posible.

Consideremos, pues, carísimo Lucilio, que hemos de llegar presto a aquel lugar al que nos entristece que él haya llegado. Y es posible, caso de ser cierta la opinión de los sabios de que alguna mansión nos dará cobijo, que el que creemos haber perdido se nos haya adelantado.

[1] A partir de esta epístola, de carácter separativo y con una temática aislada, se inicia el gran ciclo de epístolas, de la 63 a la 80, que, como considera Maurach (cf. Der Bau..., págs. 130-177), desarrolla la estrategia para la consecución de la Virtud.

[2] Personaje desconocido.

[3] Cf. Hom., Il. XIX 229. Es Ulises quien así habla a Aquiles.

[4] Cf. Hom., Il. XXIV 602. Así lo manifiesta Aquiles a Príamo, invitándole a la cena después de concederle el rescate del cuerpo de Héctor.

[5] Átalo, el estoico, maestro de Séneca, varias veces recordado en el Epistolario (cf. nota 34), en seguimiento de Hecatón, introdujo el elemento afectivo en la amistad, y así para él resulta cosa dulce conseguir un amigo, pero el recuerdo del amigo difunto está entreverado de amargura. Séneca no está de acuerdo con él en este punto: recuerda con gozo a los amigos difuntos y, apoyado en su experiencia y madurez, no quiere hacer concesiones a la emotividad y lamenta su debilidad cuando perdió a Sereno (cf. Grimal, Sénèque ou la conscience..., págs. 249-250).

[6] En el pasaje paralelo de Ad Helu. 16, I, Séneca señala diez meses como plazo máximo de luto por los varones difuntos. Ovidio (cf. Fast. 135; III 134) señala el período de nueve meses completos, tiempo durante el cual la futura prole se halla en el seno materno.

[7] A quien Séneca dedicó varios de sus diálogos: De tranquillitate animi, De constancia sapientis, De otio, para conducirle a la sabiduría estoica. La muerte de Sereno fue causada por la ingestión de setas venenosas en el verano / otoño del 62.

El problema de la causa. La contemplación del universo y su aplicación moral[1]

En compañía de unos amigos, Séneca va a debatir el tema filosófico de la causa. Lucilio es el árbitro (1). Los estoicos oponen a una materia inerte una causa dinámica. Aristóteles distingue tres causas: la material, la eficiente y la formal, a las cuales añade la final. Platón señala además la causa ejemplar (2-8). Como toda obra artística, también el mundo cuenta con las cinco causas de Platón, y el fin que Dios, causa eficiente, se propuso al crearlo fue la bondad (9-10). Pero a Séneca le interesa la causa primera y general de la que penden las otras y que debe ser simple. De ahí, concluye, que Platón y Aristóteles o señalaron demasiadas causas, o no las suficientes (11-14). Tales disquisiciones no son inútiles, elevan el espíritu, cautivo del cuerpo, a la contemplación del universo (15-18). Así conoceremos el origen y destino de los seres, dando la primacía al espíritu sobre el cuerpo (19-22). Dios ocupa en el universo el puesto que el alma ocupa en el hombre (23-24).

La jornada de ayer me la repartí con la enfermedad: la mañana se la reservó ella para sí, la tarde me la cedió a mí. Así que, antes de nada, puse a prueba mi espíritu con la lectura; luego, puesto que la había tolerado bien, me atreví a exigirle, mejor dicho, a permitirle más actividad. Escribí unas líneas, con mayor atención, por cierto, de la que tengo por costumbre cuando he de enfrentarme con una materia difícil y no quiero dejarme vencer; hasta que se presentaron unos amigos con el fin de hacerme desistir y reprenderme, como se hace con un enfermo recalcitrante.

El cometido de la pluma lo sustituyó la conversación, de la cual te daré a conocer aquella parte que está aún en litigio. Te escogimos como árbitro. Tienes una tarea mayor de la que piensas[2]: tres son los aspectos de la cuestión.

Como sabes, nuestros estoicos afirman que en la naturaleza existen dos principios que dan origen a todos los seres: la causa y la materia. La materia yace inerte, realidad dispuesta a cualquier mutación, que estaría inactiva si nadie la moviese; en cambio, la causa, es decir, la razón, configura la materia, la transforma en el sentido que quiere; de ella produce sus diversas obras. Por lo tanto, debe existir el principio del que una cosa se produce y además el principio que la produce: éste es la causa, aquél la materia.

Toda arte es imitación de la naturaleza; por lo tanto, lo que yo afirmaba del universo refiérelo a las obras que el hombre se propone realizar. Una estatua ha precisado tanto de la materia que se somete a la operación del escultor, como del escultor que imprime la forma a la materia. Luego en la estatua la materia fue el bronce, la causa el escultor. Esa misma es la condición de todas las cosas: constan de un elemento que se elabora y del artífice que lo elabora.

Los estoicos opinan que la causa es única: la acción del artífice[3]. A juicio de Aristóteles, la causa se define de tres maneras: «la primera causa», dice, «es la propia materia, sin la cual nada puede hacerse; la segunda el artífice; la tercera es la forma

que se imprime a cada obra, como a la estatua»; es esa a la que Aristóteles llama *idos*. «Una cuarta», prosigue, «se añade a éstas: el fin de toda la obra»[4].

Te aclararé cuál es su pensamiento. El bronce es la causa primera de la estatua, pues nunca hubiera sido plasmada de no haber existido el material para fundirla y modelarla. La segunda causa es el escultor, porque aquel bronce no hubiera podido configurarse en forma de estatua, si no hubieran colaborado manos expertas. La tercera causa es la forma, pues tal estatua no se llamaría «el Doríforo» o «el Diadúmeno»[5], si no se le hubiese impreso esa determinada figura. La cuarta causa es el fin de la obra, porque sin él la estatua no hubiera sido elaborada.

¿Qué cosa es el fin? Lo que ha impulsado al escultor, lo que le ha mantenido en su quehacer: bien sea el dinero, si ha esculpido para vender; bien sea la gloria, si trabajó por la celebridad; bien sea la religiosidad, si elaboró la estatua como ofrenda para un templo. Así, pues, también es causa aquello en miras a lo cual una cosa es hecha; ¿no crees acaso que entre las causas de la obra realizada se debe enumerar aquella sin la cual la obra no se hubiera ejecutado?

A éstas Platón añade una quinta, el ejemplar, que él denomina «idea»[6]; ésta es el modelo que el escultor tiene ante la vista para realizar lo que se proponía. Pero nada importa que él tenga fuera de sí este ejemplar, al que dirigir la mirada; o bien dentro de sí, imaginado y constituido por él mismo. Estos ejemplares de todas las cosas un dios los tiene dentro de sí: con su mente abarcó las proporciones numéricas y las medidas de todo cuanto había de crear; está lleno de estas figuras que Platón llama ideas, inmortales, inmutables, infatigables. Así es que los hombres perecen, pero la idea de humanidad, conforme a la cual es modelado el hombre, subsiste y, mientras los hombres se afanan y fenecen, ella no sufre detrimento.

Cinco son, pues, las causas, al decir de Platón: aquello de lo cual (materia), aquello por lo cual (artífice), aquello en lo cual (forma), aquello según lo cual (ejemplar), aquello en vistas a lo cual (fin)[7]; por último, la obra que resulta de la conjunción de todas ellas. Por ejemplo, en la estatua —ya que de ella comenzamos a hablar—, aquello de lo cual es el bronce; aquello por lo cual es el artífice; aquello en lo cual es la forma que se le imprime; aquello según lo cual es el ejemplar que imita quien la esculpe; aquello en vistas a lo cual es el fin del artífice; lo que resulta de todas estas causas es la propia estatua.

También el mundo, como dice Platón, tiene todas estas causas: el hacedor, ese es Dios; el elemento del que es hecho, la materia visible; la forma, la disposición y orden del mundo, que contemplamos; el ejemplar, sin duda, el modelo conforme al cual Dios realizó la grandeza de esta obra bellísima; el fin, la motivación de su obra.

¿Quieres saber qué fin se propuso Dios? La bondad. Así, por cierto, lo afirma Platón: «¿cuál fue el motivo que impulsó a Dios a hacer el mundo? Dios es bueno; el que es bueno no tiene envidia de bien alguno; lo hizo, por tanto, el mejor que

pudo»[8].

¡Ea, pues!, emite, juez, la sentencia y declara quién te parece que dice lo más verosímil, no lo más verdadero; ya que esto se halla tan por encima de nuestra capacidad como la verdad misma.

Este conjunto de causas que proponen Aristóteles y Platón abarca demasiadas o demasiado pocas. Porque si llaman causa eficiente todo aquello sin lo cual una cosa no puede hacerse, son pocas las que propusieron. Entre las causas pongan el tiempo: nada puede hacerse sin el tiempo. Pongan el lugar: si no hubiere un sitio donde hacer una cosa, tampoco se podrá hacer. Pongan el movimiento: sin él nada se produce, ni se destruye; sin el movimiento no hay arte alguna ni mudanza.

Mas ahora nosotros investigamos la causa primera y general. Ésta debe ser simple, pues también la materia es simple. ¿Investigamos qué cosa sea la causa? Es evidente que la razón creadora, es decir, Dios[9]; porque todas estas cosas que habéis propuesto no son muchas causas distintas entre sí, sino que dependen de una sola, de la eficiente.

¿Afirmas que la forma es una causa? Esta la imprime el artífice a la obra: es parte de la causa, no una causa. El ejemplar tampoco es una causa, sino un instrumento necesario a la causa; es necesario al artífice del mismo modo que el cincel, que la lima; sin estos útiles el arte no puede producirse; con todo, no constituyen partes del arte ni son causas.

«El fin del artista», se alega, «el motivo por el que se consagra a una obra, eso es la causa». Supuesto que sea una causa, no es la causa eficiente, sino una accesoria. Ahora bien, éstas son innumerables; nosotros investigamos la causa general. Mas la afirmación de que todo el universo, obra consumada, era una causa no respondió a la habitual agudeza de los mismos filósofos; porque existe gran diferencia entre la obra y la causa de la obra.

O pronuncia la sentencia o, lo que es más fácil en tales pleitos, di que la cuestión no está suficientemente examinada y convócanos para otra sesión. «¿Qué deleite encuentras», me dirás, «en consumir el tiempo en tales problemas que no te liberan de pasión alguna, ni te alejan de ningún deseo?». Por mi parte considero y medito aquellas cuestiones más importantes que procuran la paz a mi espíritu, y, en primer lugar, me examino a mí mismo, luego a este mundo[10].

Ni tampoco ahora malgasto el tiempo, como tú crees; ya que todas estas investigaciones, si no se fraccionan ni diluyen en tanta sutileza inútil, aligeran y elevan el alma que, oprimida con pesada carga, desea liberarse de ella y regresar a aquel estado que fue el suyo. Porque este cuerpo es peso y castigo del alma; cuando aquel la oprime, ella está abrumada, encadenada, a no ser que intervenga la filosofía y le exhorte a tomar aliento mediante la contemplación de la naturaleza, impulsándola desde lo terreno hacia lo divino. Ésta es su libertad, ésta su evasión; entretanto se

sustrae a la prisión en la que está recluida y se reanima con el cielo[11].

Como los artífices de un trabajo muy delicado que, al exigir atención constante, fatiga la vista, si tienen en su taller una luz mezquina y pobre, salen a la vía pública y en un lugar destinado al esparcimiento de la gente recrean su vista con la luz pura, así el alma, aherrojada en esta mansión, triste y oscura, siempre que puede busca el cielo abierto y se recrea en la contemplación de la naturaleza.

El sabio y el aspirante a la sabiduría están, es cierto, adheridos al propio cuerpo, pero, en la parte más noble de sí, están alejados de él y elevan sus pensamientos a las cosas celestes; como un soldado, obligado por el juramento militar, que considera un servicio el tiempo que vive y está de tal manera disciplinado que no tiene amor ni odio a la vida, y soporta su condición mortal, por más que sepa que le aguarda un destino superior[12].

¿Me prohíbes la observación de la naturaleza?, ¿me relegas a una parte, alejándome del todo? ¿No voy a indagar cuál sea el origen del universo?, ¿quién ha plasmado a los seres?, ¿quién ha separado todos los elementos, inmersos en una mole y confundidos con la materia inerte? ¿No investigaré quién sea el artífice de este mundo?, ¿de qué forma una multitud tan ingente se ha sometido a la ley y al orden?, ¿quién ha congregado las cosas dispersas, distinguido las confusas, asignado una imagen a las que yacían en una masa deforme?, ¿de dónde procede tanta luminosidad?, ¿es acaso el fuego o un elemento más lúcido que el fuego?

¿No voy a examinar estas cuestiones?, ¿voy a ignorar mi origen?, ¿habré de contemplar este mundo una sola vez o habré de nacer muchas veces?, ¿a dónde me encaminaré después de esta vida?, ¿qué mansión aguarda a mi alma libre de las leyes de la esclavitud humana? ¿Me prohíbes tener trato con el cielo, es decir, me ordenas que viva con la cabeza baja?

Soy demasiado noble y nacido para cosas demasiado nobles como para ser esclavo de mi cuerpo, que tan sólo lo considero, es cierto, como una cadena que coarta mi libertad. A éste, pues, lo enfrento a la fortuna para que resista su embate, y no permito que, a través de él, llegue hasta mí herida alguna. Lo que en mi persona puede sufrir la afrenta eso es el cuerpo; en esta morada expuesta a los golpes habita un alma libre.

Jamás esta envoltura carnal me forzará al miedo, jamás a la simulación indigna de un hombre de bien; jamás mentiré por consideración a este corpezuelo. Cuando me parezca oportuno, disolveré la alianza con él; pero tampoco ahora, mientras estamos unidos, seremos socios a partes iguales. El alma reclamará para ella todos los derechos; el menosprecio del propio cuerpo es libertad segura[13].

Para volver a nuestro propósito, aprovechará en gran manera a esta libertad la investigación de que hablábamos poco ha. Es evidente que todo está compuesto de materia y de Dios. Dios pone orden en las cosas que, esparcidas en su derredor, le

secundan como a su moderador y guía. Ahora bien, tiene más poder y valía el agente, es decir, Dios, que la materia que recibe la acción de Dios.

El lugar que ocupa Dios en este mundo, lo ocupa el alma en el hombre; lo que allí es la materia, aquí, en nosotros, es el cuerpo. Sirva, pues, lo inferior a lo más noble; seamos fuertes frente a los dardos de la fortuna; no temblemos ante las injurias, ante las heridas, ante las cadenas, ante la pobreza. La muerte ¿qué significa? O un final, o un tránsito[14]. Ni me asusta terminar, porque es lo mismo que no haber comenzado, ni pasar a la otra orilla, ya que en ninguna parte viviré con tanta estrechez como aquí.

[1] Epístola fundamental, a juicio de Maurach, sobre la valoración del mundo en sentido espiritual (cf. Der Bau..., págs. 172; 132-136). La obra ya citada de G. Scarpat, comentario a esta carta, es insustituible para profundizar en el contenido de la misma.

[2] Hasta aquí la cornisa de la epístola, la bien conocida descriptio, tópico del género epistolar.

[3] La conclusión es clara: para los estoicos no hay más que causa eficiente, la cual actúa sobre la materia, la transforma y produce las obras de la naturaleza.

[4] Así lo afirma en Fís. III 194 b 16 ss.

[5] Las dos obras más conocidas, del escultor griego Policleto, representando la primera a un joven que lleva una lanza y la segunda a un joven que se ata una cinta en la frente.

[6] Es la causa ejemplar, la que Séneca expresa con el término griego latinizado idea (cf. Ep. 58, 19 y 21).

[7] Los paréntesis son nuestros, a fin de aclarar, como hacen otros autores, la expresión un tanto abstracta e imprecisa. Para tales formulaciones que aparecen también entre los filósofos estoicos, cf. Arnim, Stoic. vet. frag. II, pág. 162.

[8] Se trata de una traducción personal que Séneca elabora sobre el texto platónico de Tim. 29 d-e. Comparada con la traducción que del mismo pasaje ofrece Cicerón, la de Séneca, que se sirve de la sententia, simplifica y concentra, deja lo accesorio, atiende a lo esencial (cf. Traina, Lo stile..., págs. 36-38).

[9] Directo al fondo de la cuestión, Séneca no reconoce más causa que la razón creadora, el lógos, Dios superior a la materia.

[10] Síntesis programática de toda su filosofía: parte de la interioridad de su microcosmos para comprender el macrocosmos.

[11] Así se produce en la epístola la transición de la física a la moral: el alma, oprimida como está por el peso del cuerpo, se eleva hacia lo divino mediante la contemplación de la naturaleza.

[12] Aquí aborda el tema básico de la sabiduría, a la cual se allega toda alma que, en constante perfeccionamiento, aspira al trato con Dios y las cosas celestes (cf. Scarpat, La Lettera 65, págs. 211-232).

[13] Unida al carácter divino del alma va su dignidad de ser libre: no puede esclavizarse al cuerpo, reclama sus derechos (cf. el comentario preciso de Scarpat, La lettera 65, págs. 255-266, sobre contemptus corporis sui certa libertas est).

[14] El hombre, supeditado el cuerpo al alma, por la que participa de Dios, no deberá temer ni ante la fortuna, ni ante la muerte. Tema que se asocia, en última instancia, al rico y denso contenido de la epístola (cf. Scarpat, La lettera 65, págs. 277-300).

Entereza necesaria para el suicidio[1]

Ante la llegada de las naves mensajeras, procedentes de Alejandría, Séneca no tiene ninguna prisa en conocer el estado de cuentas de sus posesiones en Egipto. No importa el dinero, sino la vida honesta (1-4). Episodio de Marcelino, quien delibera acerca de quitarse la vida. Un estoico le exhorta a la muerte honesta. Marcelino obsequia a los suyos y se quita la vida en el baño (5-9). Tal suceso nos recuerda que en ocasiones tendremos el deber de morir. No hay que lamentarse de lo que acontece a diario e inevitablemente (10-13). Ejemplo del impúber, que se abrió la cabeza por no servir un vaso lleno de inmundicias. Nada debe esclavizarnos a la vida: ni los banquetes, ni los amigos, ni la patria (14-17). El morir es un deber de la vida, cuya duración no importa, sino más bien su final honesto (18-20).

De improviso se nos han presentado hoy las naves de Alejandría que suelen adelantarse para anunciar la llegada de la flota que vendrá en seguida[2]: se las llama mensajeras. Grata resulta a los campanos su contemplación; todo el pueblo de Putéolos se concentra en los muelles y por la misma forma de las velas reconoce a las alejandrinas aun en medio de una gran multitud de navíos; porque sólo a ellas se les permite extender la gavia que todas las naves izan en alta mar.

Nada, en verdad, favorece tanto la travesía como la parte superior de la vela: en ese lado el navío recibe el máximo impulso. Así que cuantas veces arrecia el viento y sopla con más ímpetu del necesario, se baja la antena, ya que el soplo en la parte inferior tiene menos fuerza. Una vez que se han introducido por Cápreas y el promontorio desde el cual

sobre un peñasco tempestuoso Palas
contempla la alta mar[3],

es norma que las restantes naves se contenten con la vela mayor; la gavia se reserva como distintivo para las alejandrinas.

En medio de esta carrera apresurada de toda la población hacia la costa, experimenté gran placer en mi pereza por cuanto, habiendo de recibir cartas de los míos, no me apresuré por conocer cuál era en aquellas tierras el estado de mis asuntos, ni qué noticias me traían. Hace ya tiempo que no experimento ni pérdida, ni ganancia alguna. Este sentimiento habría de tenerlo, aunque no fuese un viejo, pero ahora con mucha más razón: por escasas que fueran mis provisiones, me quedaría, con todo, más viático que camino por recorrer, sobre todo, cuando estamos metidos en un camino que no hay necesidad de recorrer hasta el final[4].

Un itinerario quedará incompleto si uno se detiene a mitad del recorrido, o antes del término fijado; la vida no queda incompleta, cuando es honesta. En el punto en que uno termine, si termina bien, queda consumada. Mas, con frecuencia hay que terminarla hasta con energía, y no por las causas más graves, puesto que tampoco son

las más graves las que nos retienen.

Tulio Marcelino[5], a quien conociste muy bien, joven reposado, envejecido prematuramente, al verse acosado por una enfermedad, no incurable, por cierto, pero larga, penosa y que reclamaba mucha atención, se puso a reflexionar si se daría la muerte. Reunió numerosos amigos. De éstos, unos, atendiendo a la timidez de él, le daban el consejo que se hubieran dado a sí mismos; otros, a fuer de serviles y lisonjeros, le aconsejaban lo que suponían sería más grato a sus cavilaciones.

Un estoico, amigo nuestro, hombre eminente y, para alabarle en los términos en que lo merece, esforzado y diligente, fue, a mi juicio, quien le exhortó mejor. Así, en efecto, se expresó: «No te atormentes, querido Marcelino, como quien delibera sobre un gran asunto. No es un gran asunto la vida; todos tus esclavos, todos los animales viven. La gran proeza estriba en morir con honestidad, con prudencia, con fortaleza. Reflexiona cuánto tiempo hace que te ocupas de las mismas cosas: la comida, el sueño, el placer sexual; nos movemos en esta órbita. El deseo de morir no solo puede afectar al prudente, al valeroso, o al desdichado, sino también al hastiado de la vida».

No precisaba Marcelino de exhortación, sino de ayuda; los esclavos no querían secundar sus deseos. Primeramente el estoico les quitó el miedo, indicándoles que la servidumbre sólo corre peligro cuando no está claro que la muerte del señor haya sido voluntaria; que, por lo demás, darían tan mal ejemplo causando la muerte a su dueño como apartándole de ella.

Luego recordó al propio Marcelino que obraría noblemente si, como sucede al terminar la cena, que se reparten las sobras entre los criados que están en torno a la mesa, así, al terminar la vida, ofreciese algún obsequio a quienes habían sido servidores suyos de toda la vida. Era Marcelino de espíritu condescendiente y generoso, aun cuando se trataba de sus propios bienes; así que distribuyó pequeñas cantidades a sus afligidos siervos y además los consoló.

No tuvo necesidad ni de espada, ni de efusión de sangre: guardó ayuno durante tres días y en su dormitorio mandó colocar un dosel. A continuación se introdujo en él la bañera en la que permaneció largo tiempo; por efecto del agua caliente vertida en ella sin interrupción fue debilitándose poco a poco, no sin cierto placer, según decía, como el que suele producir un ligero desfallecimiento del que no me falta experiencia, ya que algunas veces he sufrido esos desmayos[6].

Me he alargado en un relato que no va a desagradarte; así conocerás que el final de tu amigo no fue penoso, ni lamentable. Pues aunque se dio la muerte, dulcísimamente se nos fue y escapó de la vida. Pero tampoco este relato habrá sido sin provecho. A menudo la necesidad reclama tales ejemplos. A menudo tenemos obligación de morir y nos resistimos, estamos en trance de muerte y nos oponemos a ella.

Nadie hay tan ignorante que no sepa que ha de morir algún día; sin embargo,

cuando se acerca el momento, busca escapatorias, se estremece y llora. ¿Acaso no te parece el más necio de todos quien se lamenta de no haber vivido hace mil años? Igualmente es necio quien se lamenta porque no vivirá dentro de mil años. Ambas posturas coinciden: no existirás, como no has existido; uno y otro tiempo no te pertenecen.

Colocado como estás en este instante del tiempo, si piensas prolongarlo, ¿hasta cuándo lo prolongarás? ¿Por qué lloras?, ¿por qué suspiras? Esfuerzo vano.

No esperes que tus súplicas vayan a modificar las decisiones de los dioses[7].

Son firmes e inmutables; una imperiosa y eterna necesidad las regula. Irás a donde van a parar todas las cosas. ¿Dónde está para ti la novedad? Para cumplir esta ley has venido al mundo. Lo propio aconteció a tu padre, a tu madre, a tus antepasados, a todos los que te precedieron, a todos los que te seguirán. Un nexo indestructible, que ninguna fuerza puede cambiar, encadena y arrastra a todos los seres.

¡Cuán gran número de mortales te seguirá!, ¡cuán gran número te acompañará en ese trance! Te sentirías más valiente, según pienso, si muchos miles de seres muriesen a una contigo; y, sin embargo, son muchos miles tanto de hombres como de animales los que, en el preciso momento en que no te decides a morir, expiran de diversas formas. ¿Es que no pensabas que llegarías algún día al término al que constantemente te dirigías? No existe camino que no tenga final.

¿Piensas que voy a relatarte ahora casos ejemplares de grandes hombres? Te relataré en su lugar casos de niños. La tradición conserva el recuerdo de aquel lacedemonio, todavía impúber, quien, hecho prisionero, decía a gritos en su propio dialecto dórico: «No seré esclavo». Y cumplió fielmente su promesa. Tan pronto se le ordenó realizar una función servil y degradante —se le ordenaba traer un recipiente de inmundicias— se abrió la cabeza, sacudiéndola contra la pared.

Tan cerca tenemos la libertad y ¿aún existen esclavos?, ¿no preferirías, por tanto, que tu hijo pereciera de forma similar, a que se hiciera viejo siendo un cobarde? ¿Por qué tanta preocupación si la muerte valerosa está también al alcance de los niños? Supón que no quieres proseguir la marcha: te empujarán adelante. Haz que dependa de ti lo que está en poder de otros. ¿No tomarás aliento de este niño para decir: «No soy esclavo»? Desdichado, eres esclavo de los hombres, de las cosas, de la vida; porque la vida, si falta el valor de morir, se convierte en servidumbre.

¿Tienes acaso algún aliciente para esperar? Los mismos placeres que te demoran y retienen los has agotado: ninguno hay que sea nuevo para ti, ninguno que no te lo haya hecho odioso la propia saciedad. El sabor del vino puro y el sabor del mulso lo conoces; nada importa que sean cien o mil las ánforas que pasan por tu vejiga: eres un filtro. El sabor de la ostra y el del salmonete lo conoces muy bien. Tu voluptuosidad no te reservó para los años venideros placer alguno que no hayas

probado; y, sin embargo, estos son los goces de los que, contra tu voluntad, se te arrancará.

¿Qué otra cosa hay que lamentes que te sea arrebatada? ¿Los amigos?, ¿es que sabes ser amigo? ¿La patria?, ¿acaso le tienes tanta estima que por ella te retrasas en cenar? ¿El sol? Si pudieras lo apagarías. ¿Qué acción, en verdad, realizaste jamás digna de su luz? Reconoce que no es el afecto al Senado, al foro, ni a la misma naturaleza el que te vuelve tan lento para morir. Contrariado abandonas un mercado en el que no has dejado provisión alguna.

Temes la muerte. ¿Cómo, entonces, la menosprecias mientras te hartas de setas? Quieres vivir. Pero ¿sabes hacerlo? Temes morir: ¿y qué?, ¿esta tu vida no equivale a la muerte?

Pasando Gayo César[8] por la Vía Latina, uno del grupo de los presidiarios, cuya vieja barba se le hundía hasta el pecho, le suplicaba que ordenase su muerte. El emperador le respondió: «¿Realmente ahora vives?». Tal respuesta hay que dar a aquellas personas para quienes la muerte supondría un beneficio. Temes morir: ¿realmente ahora vives?

«Pero yo», objetará alguien, «que realizo muchos actos honestos quiero seguir viviendo; contra mi voluntad abandono los deberes de la vida que voy cumpliendo con fidelidad y diligencia». ¿Cómo? ¿Ignoras que uno de los deberes de la vida es también el de morir? No abandonas deber alguno, ya que no se fija un número determinado de ellos que haya que cumplir.

Toda vida es de corta duración. En efecto, si tomas como referencia la duración del universo, resulta de corta duración hasta la vida de Néstor y de Satia[9], la que ordenó grabar en su sepulcro que había vivido noventa y nueve años. Ahí tienes a una mujer que se gloriaba de su larga senectud: ¿quién la hubiera podido soportar si hubiese tenido la suerte de cumplir los cien años?

Como una obra teatral, así es la vida: importa no el tiempo, sino el acierto con que se ha representado. No atañe a la cuestión el lugar en que termines. Termina donde te plazca, tan sólo prepara un buen final.

[1] Destaca, pues, la epístola un aspecto de la patientia, la fortaleza que se supone necesaria para arrostrar la muerte y el suicidio cuando las circunstancias graves lo sugieren. Para Maurach esta epístola se relaciona estrechamente por su contenido con la siguiente, la 78 (cf. Der Bau..., págs. 165-167). Por otra parte, la misiva es de gran importancia para fijar la cronología del Epistolario. Grimal, que profundiza en la cuestión, la sitúa en la primavera del 64, en torno al 15 de abril (Sénèque ou la conscience..., págs. 46-49).

[2] A fin de llevar de Egipto a Italia el trigo necesario para las distribuciones gratuitas.

[3] Texto de autor desconocido: cf. Baehrens, Auct. inc., fr. 24, página 359.

[4] Actitud desinteresada de Séneca que no siente el menor deseo por conocer el estado de cuentas de sus dominios en Egipto y que contrasta con las acusaciones de avaricia que Dión Casio formula contra el filósofo al hacerse eco de fuentes que le son hostiles (Grimal, Sénèque ou la consciente..., pág. 157). Asimismo Séneca con la frase final del párrafo insinúa, en lenguaje estoico, que el suicidio puede ser necesario o conveniente como medio extremo para salvaguardar la propia dignidad moral (cf. I. Grisé, Le suicide dans la Rome antique, Montréal-París, 1982, págs. 206-218).

[5] Quizá el propio personaje de la Ep. 29, 1-8.

[6] Cf. Ep. 54, 1-2, donde habla de sus ataques de asma, que designa como suspiria.

[7] Virgilio, En. VI, 376. En tales términos se expresa la Sibila cumana hablando con Palinuro, que, pese a estar insepulto, quería atravesar la laguna Estigia y el río de las Euménides.

[8] Se trata del emperador Caligula.

[9] De Néstor se dice que vivía en la tercera generación (cf. Il. I 250-252). Satia fue una noble matrona que alcanzó los 99 años de edad y murió en el imperio de Claudio.

Valor en la enfermedad ante la perspectiva de la muerte[1]

Como ahora Lucilio, también Séneca en su adolescencia sufrió una enfermedad igualmente molesta. Pensó quitarse la vida y se contuvo por amor a su padre (1-2). El estudio de la filosofía y los buenos amigos le infundieron nuevos alientos (3-4). El médico indicará a Lucilio los remedios más oportunos, pero un remedio general consiste en menospreciar la muerte (5-6). Por otra parte el dolor corpóreo o es soportable, o es breve. Por ello el sabio, a diferencia del ignorante, se preocupa con preferencia de la salud de su parte más noble (7-10). La molestia que supone verse privado de los placeres ordinarios desaparece con el tiempo. No agravemos el dolor con lamentaciones; ni suframos por lo ya pasado, ni nos angustiemos por lo venidero. La fortaleza impedirá que se agrave el mal. Como los atletas se fatigan por amor a la gloria, sacrifiquémonos nosotros por amor a la virtud (11-16). No olvidemos que en la enfermedad larga hay interrupción del dolor grave y en la breve un pronto desenlace. Siempre nos confortará el recuerdo de nuestras acciones honestas y de la heroica conducta de quienes no sólo soportaron la tortura, sino que se mostraron alegres al sufrirla (17-19). Si la enfermedad impide las ocupaciones habituales, ella misma constituye una noble ocupación. Ni siquiera suprime los placeres del cuerpo, sino que los estimula; por otra parte al enfermo siempre le quedan los goces del espíritu. Es cierto que no saborea exquisitos manjares, pero su comida se parece más a la de un hombre sano que no es vicioso (20-24). Soporta la privación porque ni teme a la muerte, ni se hastía de la vida (25-27). En conclusión: Lucilio no deberá ni sucumbir ante la adversidad, ni fiarse de la prosperidad (28-29).

Los frecuentes catarros que te aquejan y las febrículas, resultado de los catarros prolongados que se han hecho crónicos, me producen un disgusto tanto mayor cuanto que yo tengo experiencia de esta clase de indisposiciones, de las que en sus comienzos no hice caso: todavía mi juventud podía resistir sus acometidas, y comportarse con denuedo frente a las enfermedades. Luego sucumbí y llegué a tal extremo que mi persona se consumía por la fluxión llegando a una delgadez extrema[2].

A menudo sentí el impulso de arrancarme la vida: fue la ancianidad de mi benignísimo padre la que me contuvo[3]. En efecto, pensé no en la entereza que yo tendría para morir, sino en la que a él le faltaría para soportar mi separación. En consecuencia me impuse la obligación de vivir, porque en ocasiones hasta el vivir supone obrar con entereza.

Los consuelos que entonces tuve te los diré a condición de manifestarte antes, que la misma meditación a la que me entregaba tuvo el efecto de una medicina. Nobles motivaciones de consuelo se truecan en remedio, y todo cuanto levanta el espíritu, aprovecha también al cuerpo. Son nuestros estudios los que me salvaron. Pongo en el haber de la filosofía mi restablecimiento, mi recuperación; a ella le debo la vida, nada menos.

Asimismo, también, contribuyeron mucho a mi buena salud los amigos[4], cuyas exhortaciones, vigilancia y conversación me animaban. Nada, Lucilio, mi preferido entre todos, restablece y alivia tanto a un enfermo como el cariño de los amigos; nada

coarta tanto la expectativa y el temor de la muerte. No tenía la impresión de morir, puesto que los dejaba a ellos sanos y salvos. Pensaba, te lo confesaré, que iba a vivir no con ellos, sino a través de ellos; no me parecía que exhalaba el alma, sino que la entregaba. Estos pensamientos me infundieron el deseo de ayudarme y de arrostrar todo sufrimiento; de lo contrario resulta muy deplorable que cuando uno ha rechazado el deseo de morir, no tenga el deseo de vivir.

Acógete, por tanto, a estos remedios. El médico te indicará cuánto paseo debes hacer, cuánto ejercicio practicar; te advertirá que no te dejes llevar de la pereza hacia la que tiende una salud endeble; que leas en voz alta para ejercitar la respiración cuyo conducto y cavidad se hallan obstruidos; que practiques el remo para sacudir tus vísceras con suave balanceo; qué alimentos has de tomar, cuándo debes recurrir al vino para fortalecerte, o prescindir de él para que no provoque la tos, ni la exaspere[5]. Por mi parte te prescribo lo que sirve como remedio no solo para esa tu enfermedad, sino para toda la vida: desprecia la muerte. Nada resulta enojoso cuando rehuimos su temor.

Éstos son los tres motivos de aflicción en toda enfermedad: el miedo a la muerte, el dolor corporal y la interrupción de los placeres. Acerca de la muerte hemos hablado bastante: añadiré esto solo: que el miedo a ella no procede de la enfermedad, sino de la naturaleza. La muerte de muchas personas la retrasó su enfermedad y su salvación estuvo en creer que morían[6]. Morirás no por estar enfermo, sino por estar vivo. Tal destino te aguarda aun cuando estés sano: una vez te hayas restablecido, habrás escapado no a la muerte, sino a la enfermedad.

Volvamos ahora a aquello que constituye el mal característico de la enfermedad: el de provocar graves dolores, por más que los intervalos de calma los hagan llevaderos. En efecto, la intensidad máxima del dolor determina su fin; nadie puede sentir grandes dolores y por largo tiempo[7]. Sumamente afectuosa para con nosotros, la naturaleza nos modeló de tal suerte que el dolor fuera soportable, o breve.

Los dolores más fuertes se localizan en las partes más enjutas del cuerpo: nervios, articulaciones y cualquier otro punto delgado se inflama con vivísimo dolor, cuando contrae el mal en su reducida zona. Pero estas partes pronto se adormecen, perdiendo a causa del dolor la sensación del dolor, ora porque la respiración, obstaculizada en su curso natural y alterada, pierde el vigor con que se manifiesta y estimula nuestros sentidos, ora porque el humor corrompido, al no tener sitio donde afluir, se agolpa sobre sí mismo y quita la sensibilidad a las zonas que saturó con exceso.

Así la gota en los pies y en las manos, y cualquier s dolor de vértebras y nervios, cesa a intervalos cuando llega a debilitar las partes que atormentaba; la comezón primera en todo dolor es una tortura, con el tiempo el ímpetu se debilita y el final del dolor es la insensibilidad. El dolor de los dientes, de los ojos, de los oídos es muy penetrante porque se origina en áreas muy reducidas del cuerpo, al igual, por cierto

que el dolor de cabeza; pero, si es demasiado vehemente, se convierte en enajenación y aturdimiento.

Este es, pues, el consuelo de un inmenso dolor: que es preciso que dejes de sentirlo, si lo sientes demasiado. En cambio, lo que indispone a los ignorantes, cuando sufren corporalmente, es no haberse acostumbrado a sentirse satisfechos en su espíritu; se ocuparon mucho de su cuerpo. De ahí que el varón noble y prudente distinga el alma del cuerpo y dedique mucha atención a su parte superior y divina[8]; a la otra, quejosa y frágil, sólo la necesaria.

«Mas es penoso», se objeta, «carecer de los placeres habituales, abstenerse de alimento, tener sed, padecer hambre». Tales privaciones resultan graves al principio del ayuno; luego el ansia languidece por el cansancio y desfallecimiento de los órganos, instrumentos de nuestra avidez. Por ello el estómago se vuelve inapetente, por ello quienes tuvieron apetito sienten aversión a la comida. Hasta los deseos mueren: no es, realmente, penoso verse privado del placer que uno deja de codiciar.

Añade que todo dolor o se interrumpe, o, por lo menos, se atenúa. Añade que se puede con remedios evitar su llegada y resistir su acoso. No hay ninguno que no anticipe sus síntomas, sobre todo si se repite de forma habitual. Es tolerable el sufrimiento de la enfermedad, cuando se ha menospreciado su amenaza más grave.

No vayas a agravarte tú mismo los males y cargarte de quejas; el dolor resulta leve si nuestros prejuicios no le añaden nada. Al contrario, si te decides a estimularte y dices: «No es nada, o, por lo menos, es insignificante; aguantemos, ya cesará», lo convertirás en leve, mientras lo consideras tal. Todo depende de la opinión que nos formamos. No sólo la ambición, la sensualidad, la avaricia la toman en consideración: es de acuerdo con la opinión como sentimos el dolor. Cada cual es tan desgraciado como imagina serlo.

Pienso que hemos de acabar con las quejas por los dolores pasados, y con semejantes expresiones: «A nadie jamás le fue peor. ¡Cuántos tormentos, cuántas desgracias he soportado! Nadie creyó que iba a recuperarme. ¡Cuántas veces he sido llorado por los míos, cuántas deshauciado por los médicos! A los que están extendidos sobre el potro no se les desgarra tanto». Aun cuando tales lamentos sean verdaderos, han pasado. ¿De qué te sirve insistir en los dolores pretéritos y hacerte desgraciado porque lo fuiste? ¿Qué razón hay para que todos aumenten con mucho sus males y se engañen a sí mismos? Después lo que fue penoso soportar, resulta grato haberlo soportado: es humano que uno se alegre por el final de su infortunio. Hay que suprimir dos defectos: el temor por el futuro y el recuerdo de la antigua adversidad. Ésta ya no me afecta, aquel todavía no.

Puesto en medio de las dificultades, ha de decir:

Quizá un día me agradará recordar estas cosas[9].

Que afronte la lucha con toda valentía; será vencido, si cediere; vencerá, si se

empeñare contra su propio dolor. En cambio, la mayoría adopta la actitud de atraer sobre sí el estrago que debe impedir. Este mal que te asusta, que te amenaza, que te angustia, si empiezas a escabullirte, te seguirá y se abatirá sobre ti con mayor fuerza; pero si te enfrentas con él y te animas a resistirle, lo rechazarás.

¡Cuántos golpes reciben los atletas en el rostro, cuántos en todo el cuerpo! Pero soportan toda clase de tormentos por el afán de la gloria; ni los sufren tan sólo porque combaten, sino en orden a combatir: su misma preparación es un tormento. También nosotros superemos todo obstáculo; la recompensa que nos aguarda no es la corona, ni la palma, ni el tañido del heraldo que impone silencio antes de proclamar nuestro nombre; sino la virtud, la firmeza del alma y la paz conseguida para el futuro, si de una vez, en algún combate, hemos derrotado a la fortuna.

«Pero siento un vivo dolor». ¿Es que no lo sientes cuando lo soportas como las mujeres? Del mismo modo que el enemigo es más nocivo para quienes huyen, así toda desgracia fortuita acosa más al que se retira y da la espalda. «Pero resulta pesado». ¿Es que nuestra fortaleza está en llevar cargas ligeras? ¿Quieres que la enfermedad sea larga, o virulenta y breve? Si es larga, presenta alternativas, da lugar a recuperarse, concede mucho tiempo libre; necesariamente tras el momento álgido, termina la crisis. Si es breve y violenta, una de dos: o desaparecerá, o nos hará desaparecer. Mas, ¿qué importa que no exista ella o que no exista yo? En ambos casos llega el fin del dolor.

Será también provechoso desviar la mente a otros pensamientos y distraerse del dolor. Piensa en las acciones que has realizado con honestidad, con fortaleza. Considera en tus adentros los aspectos buenos de tu vida; dirige tu recuerdo hacia los ejemplos que admiraste por encima de todos. En ese momento acuérdate de los hombres más fuertes, triunfadores del dolor: aquel que mientras ofrecía sus varices a la cisura, continuó leyendo su libro; aquel que no dejó de reír, aun cuando sus verdugos irritados por este mismo hecho, desplegaban contra él todos los recursos de su crueldad. ¿No vencerá la razón el dolor vencido a su vez por la risa?

Ahora puedes enumerar los sufrimientos que tú quieras: el catarro y la virulencia de una tos crónica que arranca pedazos de los pulmones, la fiebre que abrasa las mismas entrañas, el ardor de la sed, la distorsión de miembros al desencajarse las articulaciones; hay más: la hoguera, el potro, las planchas rusientes y el hierro hundido en las heridas tumefactas para reavivarlas y agudizarlas más intensamente. Sin embargo, en medio de tales sufrimientos hubo quien no gimió; es más: no suplicó; es más: no respondió; es más: rió y por cierto de buen grado. ¿Quieres tú con este precedente reírte del dolor?

«Pero», insistes, «la enfermedad no me permite hacer nada; me tiene alejado de todos mis deberes»[10]. La mala salud afecta a tu cuerpo, no a tu alma. En efecto, atenaza los pies del corredor, entorpece la mano del zapatero o del artesano; pero si

acostumbras a tener tu alma igualmente en activo, aconsejarás, enseñarás, escucharás, aprenderás, indagarás, recordarás. Pues ¿qué?, ¿piensas que no haces nada, si eres un enfermo temperante? Demostrarás que la enfermedad puede dominarse o, por lo menos, soportarse.

Créeme, también en el lecho hay un sitio para la virtud. No sólo las armas y el campo de batalla descubren un alma valerosa e inasequible al temor; hasta en su vestido se revela el varón fuerte. Tienes de qué ocuparte: combate con denuedo tu enfermedad. Si nada consigue de ti ni por la violencia, ni por las súplicas, ofreces un admirable ejemplo. ¡Oh, qué gran oportunidad de gloria tendríamos, si nos contemplaran en nuestra enfermedad! Contémplate tú mismo, felicítate tú mismo.

Además, hay aquí dos clases de placeres. Los del cuerpo la enfermedad los cohíbe, pero no los suprime; al contrario, si lo consideras bien, los estimula. La bebida le satisface más al que está sediento; la comida sabe mejor al que está hambriento: todo manjar que uno consigue después de la abstinencia lo saborea con mayor avidez. En cambio, los placeres del espíritu, que son más nobles y seguros, no hay médico que los prohíba al enfermo. Todo el que va en su busca, y los valora justamente, menosprecia todos los halagos de los sentidos.

«¡Desdichado del enfermo!». ¿Por qué? ¿Porque no deslíe la nieve con el vino?, ¿porque el frescor de su bebida, cuya mezcla realizó en amplia copa, no lo renueva echando en ella un pedazo de hielo?, ¿porque sobre la misma mesa no le abren las ostras del Lucrino?[11], ¿porque en torno a él en su comedor no hay un tropel de cocineros que sirven las viandas en el propio hornillo? Es el procedimiento que ha ideado ahora nuestro sibaritismo: para evitar que algún plato se enfríe, que algún bocado resulte poco caliente al paladar ya endurecido, se traslada a la mesa la cocina.

«¡Desdichado del enfermo!». Comerá cuanto pueda digerir. No se expondrá ante su vista un jabalí desterrado de la mesa como vil manjar, ni se colocará en su bandeja un montón de pechugas de aves[12] —la vista de las aves enteras produce náuseas—. ¿Qué perjuicio se te ha ocasionado? Comerás como un enfermo o mejor, por una vez, como hombre sano.

Pero todas estas molestias las soportaremos con facilidad: el caldo, el agua caliente y todo cuanto parece insoportable a los afeminados que se consumen en la molicie, más enfermos en el alma que en el cuerpo: basta para ello que dejemos de tener miedo a la muerte. Y dejaremos este miedo cuando conozcamos los límites entre el bien y el mal. Solamente así, ni la vida nos producirá hastío, ni la muerte temor.

Porque el tedio harto de uno mismo no puede adueñarse de una vida atareada en cuestiones tan varias, importantes, divinas: es el ocio estéril el que suele llevarla al odio de sí misma. Al que profundiza en la naturaleza, jamás la verdad le producirá fastidio: el hastío se lo dará la falsedad.

Por otra parte, si la muerte se le acerca y le llama, aunque sea prematura, aunque le elimine en la mitad de la vida, el fruto que ha conseguido corresponde al de una vida muy larga. Él ha llegado a conocer en gran parte la naturaleza, sabe que la honestidad no acrece con el tiempo. Necesariamente consideran corta toda existencia quienes la miden de acuerdo con sus placeres ilusorios y, por lo mismo, insaciables.

Reanímate con estos pensamientos y medita entretanto: mis epístolas. Llegará, por fin, el día que nos juntará de nuevo y nos hará sentir al unísono. Cualquiera que sea la duración del reencuentro, la prolongaremos, sabiéndola aprovechar. Pues, como dice Posidonio[13], «una sola jornada del hombre instruido cunde más que la vida muy larga del ignorante».

Mientras tanto observa y sustenta esta norma: no sucumbir en la adversidad, no fiarse de la prosperidad, tomar en consideración todas las veleidades de la fortuna en la creencia de que todo cuanto puede realizar lo realizará. Los reveses que hemos esperado largo tiempo llegan con más suavidad.

[1] Responde a la temática de la perseverancia como otro aspecto de la patientia, complementario al del suicidio, del que habla la epístola anterior, que Maurach (cf. Der Bau..., págs. 165-167, 177) empareja con ésta.

[2] Cf. Ep. 54, 1-2, nota 175. Esta parece haber sido la situación más crítica por la que pasó la endeble salud de Séneca.

[3] L. Anneo Séneca, llamado «el Retórico», bien conocido como autor de controuersiae y de suasoriae, ensayos sobre estos dos tipos de ejercicios retóricos, y de historiae, cuyo relato se extendía desde el principio de las guerras civiles hasta casi el día de su muerte.

[4] Curiosamente dos remedios espirituales le sirvieron de medicina para el cuerpo: el estudio de la filosofía y el cariño de los amigos que nunca se le manifestó tan sincero como en esos momentos de adversidad (cf. Ep. 6, 3; 48, 2).

[5] Cf. Ep. 15, 4, nota 63, donde se habla de otros ejercicios gimnásticos practicados por Séneca.

[6] Probable alusión al hecho de que Calígula le perdonó a Séneca la vida por haberle indicado una de las cortesanas que éste no tardaría en morir (cf. Dión Casio, Hist. Rom. LIX, 19, 7).

[7] Pasaje de inspiración epicúrea: cf. Usener, Epicur., fr. 446. Las mismas ideas aparecen en la Ep. 94, 7.

[8] Cf. Ep. 31, II, donde aducimos diversos pasajes de las Epístolas sobre el carácter divino del alma. De ahí que los espíritus nobles le dediquen preferente atención.

[9] Virg., En. I, 203. Palabras que dirige Eneas a sus compañeros al llegar a la costa de Libia, después de la tempestad.

[10] Aquí termina la última de las objeciones que el interlocutor fingido, de acuerdo con los procedimientos del género diatríbico, presenta al autor sobre el tema en cuestión (cf. §§ II, 17).

[11] Las ostras del lago Lucrino en el golfo de Cumas, junto al Lago Averno, eran particularmente apreciadas. Juvenal cuenta (cf. Sat. 8, 85) que cierto individuo toma cien ostras del Lucrino para cenar.

[12] Refiriéndose al lujo de los manjares, nota J. Guillén (Urbs Roma, II, pág. 266): «comer, por ejemplo, pollo y caza, y beber Falerno, como hacían el emperador Alejandro Severo y el emperador Tácito, les parecía una vulgaridad» a las gentes adineradas.

[13] De las muchas obras de este filósofo estoico polifacético sólo restan fragmentos y algunos testimonios indirectos (cf. Ep. 33, 4, nota 118).

Jornada habitual de Séneca. Modo de combatir la embriaguez

Séneca pasa el día entre el lecho y la lectura. Practica algún ejercicio y su almuerzo es frugal (1-7). Los argumentos de Zenón contra la embriaguez no le convencen. Hay que distinguir entre el ebrio ocasional y el habituado al vino. También a éste, en ocasiones, se le confían los secretos (8-17). En vez de aducir silogismos, mejor será considerar los desórdenes que la embriaguez produce no sólo en los individuos, sino en la vida de los pueblos; en concreto engendra la crueldad (18-27).

Me ruegas que te cuente cada una de mis jornadas y en todo su desarrollo. Juzgas bien de mí al pensar que en ellas nada tengo que ocultar. Ciertamente, hemos de vivir como si nos hallásemos en público, meditar como si alguien pudiese escudriñar en lo profundo de nuestro corazón, y de hecho puede hacerlo. Pues, ¿de qué aprovecha que algo permanezca escondido a los hombres? Nada está oculto a Dios; está presente en nuestras almas, e interviene en lo íntimo de nuestros pensamientos: digo que «interviene» como si algunas veces se alejara.

Así, pues, satisfaré tu petición, y gustoso te hablaré de mi actividad y del orden con que procedo. Sin más, pondré la atención en mí y, cosa que resulta muy provechosa, revisaré mi jornada. Nos vuelve muy defectuosos el hecho de que nadie toma en consideración su vida; discurrimos sobre lo que hemos de hacer, y esto raras veces, pero no consideramos lo que hemos hecho; ahora bien, la previsión del futuro pende del pasado.

La de hoy es una jornada plena, nadie me ha sustraído parte alguna de ella; la he repartido toda entre el lecho y la lectura; una parte mínima la he destinado al ejercicio corporal, y por este motivo doy gracias a la vejez: no me exige un costo elevado. Apenas me muevo, me encuentro cansado; mas la fatiga es el término del ejercicio, aun para los más vigorosos.

¿Preguntas por mis instructores de gimnasia? Me basta con el de Faro, esclavo, como bien sabes, amable, pero lo sustituiré: ahora busco uno más joven[1]. Por cierto, éste dice que los dos pasamos la misma crisis porque a ambos se nos caen los dientes. Mas apenas si lo puedo alcanzar en la carrera y dentro de muy pocos días no podré: para que veas de qué aprovecha el ejercicio cotidiano. Pronto se establece gran distancia entre dos que caminan en dirección opuesta: a un mismo tiempo él sube y yo desciendo, y no ignoras cuánto más rápidamente se produce lo segundo. He sido inexacto, ya que mi edad no desciende, antes bien se derrumba.

¿Quieres, con todo, saber cómo ha terminado nuestra competición de hoy? Lo que raramente acontece a los corredores, empatamos[2]. Después de esta competición fatigosa, más bien que ejercicio, me sumergí en agua fría: lo que para mí significa poco caliente. Yo, que era tan amante de los baños fríos[3], que en las calendas de

enero saludaba el canal[4], que inauguraba el nuevo año no sólo leyendo, escribiendo, declamando alguna pieza, sino también zambulléndome en el Agua Virgen[5], primeramente trasladé mis reales junto al Tíber, luego a esta bañera que, cuando estoy más vigoroso y todo se realiza con buena ley, basta el sol para templarla: no me queda mucho ya para los baños calientes.

A continuación tomo pan seco y el almuerzo sin preparativos de mesa[6]; después de éste no tengo que lavarme las manos. Duermo la siesta lo imprescindible. Conoces mis hábitos: tengo un sueño muy corto, como si fuera una pausa; me basta con haber dejado de estar despierto; en ocasiones entiendo que me he dormido, en ocasiones lo supongo.

He ahí cómo resuena el clamor de los juegos del Circo[7]; un griterío súbito y generalizado hiere mis oídos sin que perturbe mi reflexión; ni siquiera la interrumpa. El estrépito lo soporto muy sereno; muchas voces confundidas en una sola son para mí como la ola o el viento que azota la selva, o como las demás cosas que producen sonidos ininteligibles.

¿Cuál es, pues, el tema al que ahora consagro mi atención? Te lo diré: desde ayer tengo pendiente la cuestión sobre lo que se propusieron hombres sapientísimos al presentar para las verdades más transcendentes pruebas tan débiles y complicadas, que, aun siendo verdaderas, dan la impresión de falsedad.

De la embriaguez se empeña en apartarnos Zenón, varón excelente, el fundador de nuestra muy vigorosa y venerable escuela. Escucha, pues, de qué forma concluye que el hombre virtuoso no podrá ser ebrio: «al ebrio nadie le confía un secreto, pero al hombre de bien sí se le confía, luego el hombre de bien no será ebrio». Observa cómo se le puede ridiculizar oponiéndole un argumento semejante (basta con presentar uno entre muchos): «al que duerme nadie le confía un secreto, pero lo confía al hombre de bien, luego el hombre de bien no duerme».

Posidonio defiende de la única manera posible la causa de nuestro Zenón, pero, ni aun así, según creo, cabe defenderlo. En efecto, afirma que «ebrio» se entiende de dos maneras: la primera cuando uno está repleto de vino y fuera de sus cabales, la segunda cuando acostumbra a embriagarse y es esclavo de este vicio; y que Zenón se refiere al que tiene la costumbre de embriagarse, no al que está ebrio; que a ese tal nadie le confiará un secreto que puede revelar a causa del vino[8].

Pero esto es falso, porque aquel primer silogismo se refiere a quien está ebrio, no a quien lo va a estar. Admitirás, sin duda, qué hay muchísima diferencia entre el ebrio y el entregado a la bebida: el que está ebrio puede estarlo entonces por primera vez y no poseer este vicio, y el habituado al vino encontrarse a menudo sin embriaguez; por ello le doy el sentido que suele expresarse con el término «ebrio», máxime cuando lo emplea un hombre que alardea de exactitud y precisa los vocablos. Añade a esto que si Zenón lo entendió así y no quiso que nosotros lo entendiésemos, con el equívoco

dio lugar al engaño, método que no debe emplearse cuando se investiga la verdad.

Pero suponiendo que lo hubiera entendido así, la consecuencia es falsa: que no se confía un secreto a quien suele estar ebrio. Piensa, en efecto, a cuántos soldados, no siempre sobrios, lo mismo el general que el tribuno y el centurión les encomendaron misiones secretas. Sobre la conjura de asesinato de Gayo César, hablo de aquel que con la derrota de Pompeyo se apoderó de la República, se confió el secreto tanto a Tilio Cimbro, como a Gayo Casio. Casio[9] fue abstemio durante toda su vida, Tilio Cimbro, empero, era desmesurado en el vino y pendenciero. De esta su condición, él mismo se chanceó: «Yo —dijo— ¿voy a soportar a alguien, cuando no puedo soportar el vino?».

Cada cual recuerde ahora los nombres de quienes le consta que es un error confiarles el vino y un acierto confiarles un secreto; sin embargo expondré un caso que se me ocurre para que no caiga en el olvido. Porque a nuestra vida hay que aleccionarla con ejemplos brillantes, y no siempre hemos de recurrir a los antiguos.

Lucio Pisón, prefecto de Roma, cayó en la embriaguez, desde el momento en que fue nombrado[10]. Pasaba la mayor parte de la noche en banquetes; dormía hasta casi mediodía, que era para él la mañana. Sin embargo, su cargo, que implicaba la protección de la ciudad, lo desempeñó con suma diligencia. A éste el divino Augusto le confió misiones secretas cuando le encargó el gobierno de Tracia, provincia que sometió enteramente; como también Tiberio, cuando marchaba a la Campania dejando en Roma muchos problemas en la incertidumbre y el odio.

En mi opinión, luego Tiberio, como le había ido bien con la embriaguez de Pisón, designó prefecto de la ciudad a Coso, persona seria, prudente, pero impregnado y rebosante de vino en tal medida que, en cierta ocasión, hubo que sacarlo del senado adonde había acudido después de un banquete, dominado por un sueño letárgico. A éste, sin embargo, Tiberio le dirigió de propia mano muchas misivas que consideraba no debía confiar ni siquiera a sus ministros: a Coso ningún secreto de interés privado o público se le escapó[11].

Así, pues, retiremos de en medio disertaciones como ésta: «Un alma dominada por la embriaguez no está en sus cabales: como las mismas tinajas revientan con el mosto y la fuerza del calor empuja a la superficie todo cuanto yace en el fondo, así cuando fermenta el vino, todo lo que yace oculto en el fondo sale fuera y se manifiesta en público. Los saturados de vino, de igual modo que no retienen el alimento por el exceso de vino, así tampoco el secreto; derraman por igual lo propio y lo ajeno».

Mas, aunque esto suela suceder, también suele ocurrir que decidimos sobre asuntos transcendentales con personas que sabemos que beben con excesiva complacencia. Por lo tanto, es falso el argumento que se aduce como justificación: que no se confía un secreto a quien tiene el hábito de embriagarse.

Cuánto mejor resulta censurar abiertamente la embriaguez y exponer su deformidad que hasta el hombre vulgar tratará de evitar, y mucho más el hombre perfecto y sabio, a quien le basta apagar la sed, el cual, si alguna vez la alegría de la fiesta, que se ha prolongado en atención a otros demasiado tiempo, le ha empujado a beber, no obstante se detiene ante el límite de la embriaguez.

Porque tendremos que examinar la cuestión de si el alma del sabio se turba con el exceso de la bebida y obra como suelen los ebrios. Entretanto, si te propones demostrar que el hombre virtuoso no debe embriagarse, ¿por qué procedes con silogismos? Muestra cuán vergonzoso es ingerir más de lo que uno es capaz y desconocer la medida del propio estómago; cuántas torpezas cometen los ebrios de las que los sobrios se ruborizan; cómo la embriaguez no es otra cosa que una locura voluntaria[12]. Prolonga varios días ese estado de embriaguez, ¿dudarás acaso de su locura? Aun ahora, no es menos intensa, sino más corta.

Recuerda el caso de Alejandro de Macedonia, quien a Clito, su más querido y leal amigo, en medio de un banquete, lo atravesó con la espada, y cuando reconoció su crimen quiso morir; sin duda debió de hacerlo[13]. La embriaguez impulsa y descubre todo vicio y suprime el pudor que se opone a los malos instintos, pues la mayor parte se abstiene de lo prohibido más por la vergüenza de cometer la falta, que por buena intención.

Cuando se adueña del ánimo la impetuosa fuerza del vino, todo el mal que estaba oculto sale a flote. La embriaguez no provoca los vicios, sino que los descubre: entonces el lujurioso ni siquiera aguarda llegar al dormitorio, sino que otorga, sin dilación, a sus pasiones cuanto le piden; entonces el impúdico confiesa y publica su dolencia; entonces el desvergonzado no reprime la lengua, ni la mano. Al insolente se le agrava la soberbia, al violento la crueldad, al envidioso la malignidad; todo vicio se desata y aflora.

Añade el desconocimiento propio, la expresión torpe y poco clara, la mirada imprecisa, el paso vacilante, el vértigo, el mismo techo en movimiento como si un torbellino hiciese girar toda la casa, la angustia de estómago cuando fermenta el vino y distiende las entrañas. Sin embargo, la situación es en cierto modo tolerable en tanto que el vino produce su propio efecto, ¿qué decir cuando se corrompe por causa del sueño y lo que fue embriaguez se transforma en indigestión?

Considera qué desgracias ha ocasionado la embriaguez de todo un pueblo: ella ha entregado a sus enemigos a gentes muy valerosas y aguerridas; ella ha abierto las murallas defendidas en guerra empeñada durante muchos años; ella ha sometido a la voluntad ajena soldados muy porfiados en rechazar el yugo; ella, por causa del vino, ha sojuzgado a los invictos en el campo de batalla.

A Alejandro, de quien poco ha hice mención, lo dejaron indemne tantas expediciones, tantos combates, tantos inviernos que pasó, superadas las condiciones

adversas del tiempo y del lugar, tantos ríos de hontanar desconocido y tantos mares; más la desmesura en la bebida y aquella fatídica copa de Hércules[14] lo llevaron al sepulcro.

¿Cuál es la gloria de tener mucho aguante? Cuando hayas conseguido la palma y los comensales, tumbados por el sueño y en medio de vómitos, hayan rehusado tus desafíos, cuando te hayas quedado en pie tú solo en todo el banquete, cuando hayas superado a todos por tu admirable energía y nadie haya tenido semejante capacidad para el vino, serás vencido por un tonel.

A Marco Antonio, varón generoso y de noble carácter, ¿qué otra cosa lo perdió entregándolo a merced de costumbres extranjeras y de vicios desconocidos en Roma sino la embriaguez y la pasión por Cleopatra, no inferior a la del vino? Estos vicios lo convirtieron en enemigo de la república; éstos lo hicieron impotente frente a sus enemigos; éstos lo volvieron cruel cuando se hacía presentar, durante la cena, las cabezas de los ciudadanos más distinguidos[15], cuando, en medio de festines suntuosos y regia magnificencia reconocía los rostros y manos de los proscritos, cuando, cargado de vino, estaba, con todo, ávido de sangre. Era un hecho insoportable que se embriagase mientras cometía estos desmanes: ¡cuánto más intolerable que los cometiera en medio de la embriaguez!

De la embriaguez casi siempre resulta la crueldad, ya que se vicia y exaspera la cordura del alma. De la misma forma que las enfermedades prolongadas hacen a los pacientes malhumorados, irritables y furiosos ante el más leve tropiezo, así las continuas embriagueces enfurecen los ánimos; pues, dado que éstos, muy a menudo, no son dueños de sí, el hábito de locura se robustece y los vicios ocasionados por el vino, aun sin influjo de él cobran vigor.

Así, pues, muestra por qué el sabio no debe embriagarse; señala la deformidad del vicio y sus inconvenientes con hechos, no con palabras. Demuestra —lo que resulta muy fácil— que eso que denominan placer, cuando ha rebasado la medida se convierte en tormento. Porque, si argumentas que el sabio no se embriaga por más abundante que corra el vino y que mantiene el camino recto aunque esté ebrio, puedes concluir que ni el veneno que ha bebido le hará morir, ni el narcótico tomado le hará dormir, ni el eléboro ingerido le hará vomitar o evacuar cuanto esté adherido a sus entrañas. Mas, si las piernas flaquean y la lengua se entorpece, ¿qué motivo tienes para pensar que el sabio en parte está sobrio y en parte ebrio?

[1] El entrenador de gimnasia para Séneca a los 63 o quizá 64 años de edad, era un joven esclavo de Faro (la isla junto a Alejandría) que tenía el hábito de correr demasiado rápidamente; de ahí que el filósofo piense en cambiarlo por otro más joven.

[2] «Empatar» o «hacer partida nula» traduce a hieram (coronam) facere, porque se ofrecía al dios la hiera o sacra corona cuando los competidores llegaban a la par.

[3] En la Ep. 53, 3, a propósito de su viaje por mar, donde sufrió nauseas, Séneca recuerda su «destreza de veterano nadador en agua fría», expresión que explica el grecismo psychrolútes «el que se baña en agua fría».

[4] El término griego eúripos es el que designa el canal (abierto) a través del Campo de Marte.

[5] Con «zambullirse en el Agua Virgen» se traduce in Virginem desilire. Era un acueducto así llamado porque se creía que el manantial había sido descubierto por una muchacha, y fue Marco Agripa quien lo hizo llegar hasta Roma.

[6] También la Ep. 123, 2-4, nos habla de la suprema frugalidad del filósofo.

[7] Señala un dato importante para la cronología de las Ep. 77-86, escritas sin duda entre fines de abril y mediados de junio del 64. Séneca se halla de nuevo en Roma donde escucha el ruido ensordecedor de los juegos del Circo.

[8] A Zenón, fundador de la escuela estoica, y a Posidonio, prócer del estoicismo medio se ha referido ya antes Séneca en varias de sus Epístolas. Al primero en Ep. 6, 6; 33, 4, 7 y 9, y en 64, 10; al segundo en Ep. 33, 4 y 78, 28. (Véanse, respectivamente, las nn. 438 y 439 de nuestra edición de las Epístolas I, pág. 235.) En esta ocasión el filósofo no está de acuerdo con ellos, al analizar el silogismo sobre la embriaguez y precisar sus términos: cf. J. von Arnim, Stoic. Vet. Fr. I: Zeno, 229.

[9] Ambos tomaron parte en la conjura contra Julio César, que se consumó en los idus de marzo del 44 a. C. El primero había sido fervoroso partidario de J. César y fue nombrado gobernador de Bitinia el mismo año 44; con todo, dio la señal para asesinar a César, mientras suplicaba a éste el perdón para su hermano que había sido desterrado.

[10] Lo nombró Augusto y fue prefecto del 14 al 32 d. C., en que murió (cf. Tác., An. VI 11; Suet., Vita Caes., Tib. 42. Tanto Augusto como Tiberio confiaron en él, y de resultas de la victoria obtenida contra los Besos de Tracia, recibió los honores del triunfo.

[11] Se trata de Cornelio Léntulo Coso, cónsul, al que alude Tácito, en An. IV 34, 1. Los Cosos constituían una rama de la familia patricia de los Cornelios, distinguida por sus gestas ya desde los tiempos más remotos de la historia de Roma.

[12] Sobre la embriaguez, «alegre locura de una hora» (unius horae hilarem insaniam), habla Ep. 59, 15.

[13] Fue en un banquete en honor de Dioniso, celebrado en Samarcanda, cuando Alejandro dio muerte a su muy querido general Clito. Éste se oponía al orgullo de Alejandro que lo empujaba al despotismo. De ello nos informa el propio Séneca en la Ep. 113, 29, y en De ira III 17, 1. Entre los historiadores que recuerdan este carácter violento de Alejandro, cf. Plutarco. Vita Alex. 51.

[14] Copa de Hércules, porque se creía que el héroe era un gran bebedor, y así a las copas beocias de plata se les dio su nombre. Alejandro murió días después de participar en un banquete celebrado en Babilonia (323 a. C.), pero durante la orgía, según cuenta Plut., Vit. Alex. 75, la gran copa no apareció.

[15] Entre los ciudadanos más distinguidos, víctimas de las proscripciones de los triúnviros Octaviano, Marco Antonio y Lépido, se halló Cicerón, decapitado por instigación de Marco Antonio, que lo aborrecía.

Elogio de la virtud de Escipión. El trasplante del olivo y de la vid

Desde la quinta de Escipión el Africano, pondera Séneca la virtud del estadista (1-3). Describe la sobriedad en la construcción del edificio que contrasta con otros muy lujosos. Le complace la simplicidad de los antiguos que en los baños se limpiaban el sudor y no los ungüentos (4-13). En la quinta, el granjero le ha enseñado a trasplantar los olivos. Aquí corrige un error de Virgilio sobre el cultivo simultáneo de las habas y el mijo. Distingue dos formas de transplantar olivos y señala otra relativa a la viña (14-21).

Te escribo estas letras mientras descanso en la misma quinta de Escipión Africano[1], después de haber venerado sus manes y el altar que sospecho que constituye la tumba de tan egregio varón. Tengo la convicción de que su espíritu ha vuelto al cielo del que procedía, no porque acaudilló numerosos ejércitos (pues éstos también los poseyó el furioso Cambises, que utilizó con éxito su furor), sino por su noble moderación y por su patriotismo, que considero en él más admirable cuando abandonó la patria que cuando la defendió: o Escipión debía permanecer en Roma, o Roma permanecer en libertad. «No quiero —afirmó— derogar ni en un ápice las leyes, ni las instituciones; que el derecho sea igual para todos los ciudadanos. Sírvete, oh patria, de mis beneficios sin mi presencia. He sido para ti la causa de la libertad, seré también la prueba de que la tienes: me marcho, si me he encumbrado más de lo que a ti conviene»[2].

¿Por qué no admirar esta grandeza de alma con que se retiró a un destierro voluntario y aligeró de un peso a la ciudad? A tal extremo había llegado la situación, que o la libertad ocasionaba afrenta a Escipión, o Escipión a la libertad. Ni lo uno ni lo otro lo permitían los dioses; por ello dio prelación a las leyes, y se retiró a Literno, dispuesto a cargar en cuenta a la República tanto su destierro como el de Aníbal.

He contemplado la quinta construida con piedras labradas, el muro en derredor del parque, también las torres erigidas a uno y otro lado para protección de la quinta,

la cisterna escondida entre los edificios y jardines y que podía satisfacer las necesidades hasta de un ejército, la sala de baño reducida, oscura conforme a la antigua usanza: a nuestros mayores no les parecía abrigada si no era oscura.

Por ello me ha embargado un vivo placer al considerar las costumbres de Escipión y las nuestras; en este reducto, el famoso «terror de Cartago»[3], a quien Roma debe el haber sido conquistada una sola vez[4], lavaba su cuerpo fatigado por los trabajos del campo. Porque se ejercitaba en el trabajo y, según la costumbre de los antiguos, con sus manos roturaba la tierra. Él habitó bajo un techo tan sórdido, a él le sostuvo un pavimento tan vil: mas ahora ¿quién hay que soporte lavarse en tales condiciones?

Se considera uno pobre y despreciable si las paredes no resplandecen con grandes y valiosos espejos redondos, si a los mármoles de Alejandría no los abrillantan las incrustaciones numídicas, ni los cubre por todas partes el barnizado laborioso y matizado imitando la pintura; si a la bóveda no la reviste el vidrio; si el mármol de Tasos, otrora curiosidad rara en algún templo, no rodea nuestras piscinas[5], donde sumergimos el cuerpo macerado por la abundante transpiración; si no son de plata los grifos que vierten el agua.

Y hasta ahora me refiero a las cañerías de la plebe: ¿qué decir si nos referimos a los baños de los libertos? ¡Cuántas estatuas, cuántas columnas que no sostienen objeto alguno, sino colocadas como ornamentación, por el prurito de gastar! ¡Qué cantidad de agua que se precipita ruidosa a modo de cascada! Hemos llegado a tal refinamiento que no queremos caminar sino sobre piedras preciosas.

En esta sala de baños de Escipión, más que ventanas, hay pequeñísimas hendiduras abiertas en el muro de piedra a fin de recibir la luz sin peligro para la fortificación; mas ahora llaman escondrijos de cucarachas a los baños que no están preparados para recibir el sol toda la jornada a través de amplísimos ventanales, si uno no puede lavarse y broncearse a un tiempo, si desde la bañera no puede contemplar los campos y el mar. Así, pues, los balnearios que habían conseguido la afluencia de la gente y la admiración cuando fueron inaugurados, esos mismos son relegados al número de las antiguallas cuando el lujo ha discurrido alguna novedad con que superarse a sí mismo.

Pero en otro tiempo las salas de baño eran escasas sin estar embellecidas con adorno alguno: ¿por qué iban a embellecer estancias accesibles al precio de un cuarto de as, ideadas para las necesidades y no para la diversión? El agua no brotaba del fondo, ni fluía siempre renovada como de una fuente termal, ni consideraban importante que fuese transparente el agua en la que dejaban la suciedad.

Mas, ¡cuán grato sería, dioses buenos, penetrar en aquellos baños oscuros, toscamente revocados de estuco, al saber que el edil Catón, o Fabio Máximo, o alguno de los Cornelios te habían regulado la temperatura con su mano![6] Porque los

nobilísimos ediles cumplían también la misión de visitar estas salas que daban acogida al pueblo y de exigir el aseo y la conveniente y saludable temperatura, no ésta recientemente ideada, semejante a un incendio, tanto que bastaría para quemar vivo a un esclavo convicto de cualquier delito. Me parece que ya no existe diferencia de ningún tipo entre un baño que abrase y otro que caliente.

¡De cuán gran tosquedad no acusan ahora algunos a Escipión, porque no había dado entrada a la luz del día en su caldario a través de amplias vidrieras, porque no se tostaba con la abundancia del sol, ni esperaba a hacer la digestión con el baño! ¡Oh hombre desdichado! No supo vivir. No se lavaba con agua filtrada, sino a menudo con agua turbia y, cuando llovía con intensidad, casi fangosa. Tampoco le importaba mucho bañarse de este modo, pues acudía allí para limpiarse del sudor, no de los perfumes.

¿Qué juicios crees que ahora emitirán algunos? «No tengo envidia de Escipión: vivió realmente en un destierro quien de este modo se bañaba». Mas aun, si quieres saberlo, no se bañaba diariamente; pues, según cuentan quienes nos han transmitido las viejas costumbres de la ciudad, la gente se lavaba cada día los brazos y las piernas de la suciedad, claro está, que había contraido en el trabajo, en cambio se lavaba todo el cuerpo cada nueve días. En este punto alguien observará: «Es evidente que fueron muy sucios». ¿Qué olor crees que exhalaron ellos? El de la milicia, el del trabajo, el de hombre. Después de haberse inventado elegantes salas de baño, los hombres son más sucios.

Cuando Horacio Flaco trata de describir a un desvergonzado, conocido por su excesiva molicie, ¿qué es lo que dice?:

Buccilo huele a pastillas perfumadas[7].

Si hoy día apareciese Buccilo, sería igual su olor al del macho cabrío, ocuparía el puesto de Gargonio, a quien el propio Horacio enfrentó con Buccilo. No basta con ponerse ungüentos, si no los renuevas dos o tres veces al día, para que no se evaporen en el cuerpo. ¿Qué decir de quienes se glorían de tal perfume como si procediese de su persona?

Si esta disertación te resulta demasiado seria, debes atribuirlo a la quinta; en ella he aprendido de Egíalo, padre de familia muy perspicaz[8] (es él ahora el dueño de esta finca), que un árbol por más viejo que sea puede trasplantarse. Tal lección precisamos aprenderla nosotros los viejos que no plantamos, ninguno, un olivar si no es para otro; y soy testigo de que Egíalo trasplantaba un olivar de tres o cuatro años cuyo rendimiento no era despreciable.

También a ti te protegerá aquel árbol que
crece lentamente para brindar su sombra a los descendientes remotos[9],

en frase de nuestro Virgilio, que no atendió a decir las cosas con gran exactitud, sino con gran elegancia, ni quiso enseñar a los campesinos, sino recrear a sus

lectores.

En efecto, disculpándolo de todos los demás errores, le imputaré éste que hoy he tenido que descubrir:

en primavera es la sementera de las habas; entonces también a ti, alfalfa, te acogen los mullidos surcos y comienza el cuidado anual del mijo[10].

Si estos cultivos hay que situarlos a un tiempo, y si la siembra de uno y otro se da en primavera, puedes deducirlo de este hecho: te escribo en el mes de junio, cuando ya declina hacia julio, y en un mismo día he visto cosechadores de habas y sembradores de mijo.

Me ocuparé de nuevo del olivar que vi trasplantado de dos formas: tocones de grandes árboles, una vez cortadas las ramas y reducidas a la longitud de un pie, Egíalo los transportó con su bulbo, amputadas las raíces, dejando solamente la principal de la que las otras habían pendido; ésta, impregnada de estiércol, la enterró en un hoyo, y luego no sólo hacinó sobre ella tierra, sino que la pisoteó y apretujó.

Dice él que nada hay más eficaz que este apisonamiento. Sin duda impide el frío y el viento; además, el árbol se ve menos sacudido y, por lo mismo, permite a las raíces nacientes crecer y adherirse al suelo, pues siendo tiernas todavía y poco firmes, necesariamente las arrancaría hasta un ligero movimiento. Mas al bulbo del árbol, antes de soterrarlo, lo raspa, porque, según él dice, de toda la materia que ha sido raída brotan las nuevas raíces. Pero el tronco no debe sobresalir de tierra más de tres o cuatro pies, porque así se cubrirá de retoños por debajo, sin que gran parte de él quede seca y arrugada, cual acontece en los viejos olivares.

La otra forma de trasplantar fue ésta: enterró del mismo modo ramas vigorosas con la corteza tierna, como suelen ser las de árboles jóvenes. Éstas se desarrollan algo más lentamente, pero, como procedentes de un plantel, no ofrecen en sí nada inconveniente o feo.

He visto también lo siguiente: transportar una vid añosa de su propia planta; se trata de recoger, si es posible, hasta los filamentos de ésta, luego extenderla con la mayor amplitud para que incluso la cepa eche raíces. Y las he visto trasplantadas no sólo en el mes de febrero, sino aun transcurrido el de marzo: están sujetas y abrazadas a los olmos, su nuevo sostén.

Mas todos estos árboles que, por así decirlo, son de elevado tronco, observa Egíalo que hay que regarlos con agua de cisterna, ya que, si ésta sirve, disponemos de la lluvia a nuestro placer[11].

No pienso darte más lecciones, a fin de que como Egíalo me predispuso en contra suya, no haga yo lo propio contigo.

[1] Se habla de Escipión Africano el Mayor, el gran caudillo de Roma, que derrotó a Aníbal en Zama (el 202 a. C.) y al rey Antíoco III de Siria (en 189 a. C.) y que, por sus excepcionales virtudes, suscitó los recelos del Senado, que temía que se convirtiese en dictador. Escipión se defendió con firmeza

contra las acusaciones de concusión y, más tarde, se retiró a Literno, en la costa de Campania, como en un destierro voluntario. Cicerón hace de él el interlocutor principal del episodio que cierra sus libros De re publica: «El sueño de Escipión». Séneca lo admira profundamente, y en la Ep. 51, 11 destaca su austeridad.

[2] A juicio de Séneca, Escipión, al mantenerse fiel a las leyes de la Patria, quiere liberar a sus conciudadanos del temor a una dictadura que él mismo pudiera instaurar. Ello es premonitorio, ya que en el curso de la historia de Roma la dictadura surgirá precisamente cuando los generales victoriosos se enfrenten con la autoridad del Senado.

[3] Expresión tomada de Lucrecio, Rerum nat. III 1034.

[4] Roma fue sólo conquistada por los galos en el año 387 a. C., aunque Aníbal en la Segunda Guerra Púnica también estuvo a punto de conquistarla.

[5] Tanto los mármoles de Alejandría como los de la isla de Tasos en el mar Egeo eran famosos y muy apreciados.

[6] Se habla aquí de Catón el Censor en su condición de edil, por la función que competía a los ediles de exigir en las salas de baño tanto el decoro como la temperatura convenientes; de Quinto Fabio Máximo, «el contemporizador» (eunclator) por haber conseguido debilitar a Aníbal con maniobras de desgaste, sin darle oportunidad de combatir en batalla campal, y de los Escipiones, que ennoblecieron muy especialmente a la gens Cornelia.

[7] El hexámetro de Horacio que Séneca cita incompleto se halla en dos pasajes del libro I de las Sátiras: 2, 27 y 4, 92. Es éste: Pastillos Rufillus olet, Gargonius hircum (Rufilo huele a pastillas perfumadas y Gargonio a macho cabrío). Así, pues, Horacio habla de «Rufilo» y no «Buccilo» como cita Séneca quizá modificando el nombre intencionadamente. Se trata de personajes, al parecer, desconocidos, pero que irritaban grandemente a los enemigos de Horacio por sus características peculiares. Séneca, más adelante, en la Ep. 108, 16, dirá: «me abstengo de perfumes para el resto de mi vida, ya que el olor más grato en el cuerpo es no percibir ninguno».

[8] Era un liberto, famoso viñador, que cultivaba la misma finca del Africano: cf. Plinio, Hist. Nat. XIV 49.

[9] Virg., Geórg. II 58. Se refiere al árbol que se yergue a partir de la semilla, según dice el poeta en el verso precedente. En verdad Séneca reconoce en Virgilio a un gran escritor, pero no a un gran técnico de la agricultura.

[10]Ibid., 1215-216. Se hace, pues, explícita la crítica a Virgilio, si bien, como notan Préchac-Noblot, el poeta «pensaba en los cultivos de la región de Mantua, mucho menos caliente que la Italia meridional» (cf. Sénèque. Letres... III, pág. 143).

[11] Se demuestra, en todo caso, que Séneca era un buen agricultor y, en particular, un viñador experimentado: cf. Ep. 12, 1 y 2; 104, 6 y 112, 2. Sin duda el cultivo de la viña constituye su labor preferida en el campo.

Valoración de los estudios liberales en relación con la virtud[1]

Séneca considera que el único estudio liberal es el de la sabiduría; ni el gramático, ni el geómetra, ni el músico muestran lo que es la virtud (1-4). De Homero hay que aprender lo que le hizo sabio (5-8). Mejor que la música, la geometría o la astrología, será conocer y cultivar la grandeza del alma (9-17). De las diversas artes Séneca sólo tiene por liberales las que se ocupan de la virtud; no niega que la geometría y las matemáticas ayuden a la filosofía natural, pero no nos enseñan los diversos aspectos de la sabiduría, ciencia de lo divino y de lo humano y de los problemas del alma (18-35). La obsesión por el estudio de las artes ha hecho a los hombres pedantes e inseguros (36-46).

Acerca de los estudios liberales deseas conocer cuál es mi opinión: no admiro, ni considero un bien ningún estudio que atiende al lucro. Son artes productivas, útiles, en la medida en que aprestan la inteligencia y no la impiden. De hecho, debemos ocuparnos de ellos durante todo el tiempo en que el alma es incapaz de realizar nada mejor; constituyen nuestro aprendizaje, no la propia obra[2].

Comprendes por qué se han llamado estudios liberales: porque son dignos del hombre libre. Con todo, el único estudio verdaderamente liberal es el que hace al hombre libre, como es el de la sabiduría, sublime, esforzado, magnánimo; los restantes son insignificantes y pueriles. ¿Crees, acaso, que existe bien alguno en esos estudios cuyos maestros reconoces que son los más viles y deshonestos? No debemos aprenderlos, sino haberlos aprendido.

Algunos han considerado que se debe indagar si los estudios liberales hacen al hombre bueno: mas ellos ni lo prometen, ni aspiran a conseguir esa ciencia.

La gramática atiende al lenguaje y, si quiere extender más su dominio, a la historia; luego, para ampliar lo más posible sus fronteras, a los poemas. ¿Cuál de estas actividades allana el camino de la virtud? ¿La «escansión» de las sílabas, la exactitud de los vocablos, el conocimiento de los mitos y las leyes y ritmo de los versos? ¿De estas cosas cuál es la que suprime el temor, elimina los deseos, refrena las pasiones?[3]

Pasemos a la geometría y a la música: nada encontrarás en ellas que impida el temor, que cohíba el deseo. Quienquiera que desconozca esto, conoce en vano lo demás.

Hemos de considerar si estas personas enseñan o no la virtud: si no la enseñan tampoco la transmiten; si la enseñan son filósofos. ¿Quieres comprobar cómo no ocuparon su cátedra para enseñar la virtud? Considera cuán diferentes son entre sí los afanes de todos y, sin embargo, tendrían una semejanza, si enseñaran lo mismo.

A menos que traten de persuadirte de que Homero fue un filósofo, siendo así que lo niegan con los mismos argumentos que emplean para demostrarlos porque ora hacen de él un estoico que sólo aprecia la virtud y rechaza los placeres, sin apartarse

de lo honesto ni siquiera a costa de la inmortalidad, ora un epicúreo que alaba el régimen de una ciudad tranquila y pasa la vida entre festines y canciones, ora un peripatético que establece tres clases de bienes, ora un académico que proclama la duda universal[4]. Es evidente que no se identifica con ninguno de estos sistemas, porque los incluye todos, siendo ellos incompatibles entre sí. Concedámosles que Homero fue filósofo; a buen seguro fue sabio antes de conocer poema alguno. Por lo tanto, aprendamos aquellos principios que hicieron de Homero un sabio.

Sin duda investigar quién fue más antiguo, si Homero o Hesíodo[5], no tiene más importancia que saber por qué Hécuba, más joven que Helena, llevó tan mal sus años. ¿Qué importancia —añadiré— crees que tiene averiguar los años de Patroclo y de Aquiles?

¿Quieres saber por qué lugares anduvo errante Ulises, más bien que enseñarnos el modo de no incurrir siempre en el error? No disponemos de tiempo para escuchar si fue sacudido por el oleaje entre Italia y Sicilia o más allá de las tierras conocidas[6] (en un espacio tan reducido no pudo caber extravío tan largo): las tempestades del alma nos sacuden cada día y la perversidad nos empuja hacia todas las desgracias de Ulises. No falta hermosura para cautivar la mirada, ni faltan enemigos: de un lado, monstruos horrendos, ávidos de sangre humana; de otro, insidiosos halagos para los oídos: de otro, el naufragio y toda suerte de males. Enséñame cómo amar a la patria, a la esposa, al padre; cómo navegar, aun después del naufragio, hacia objetivos tan honrosos.

¿Por qué indagar si Penélope fue impúdica o si engañó a su generación? ¿Si sospechó, antes de saberlo, que Ulises era aquel que contemplaba? Muéstrame en qué consiste el pudor y si la excelencia de esta virtud radica en el cuerpo o en el alma.

Paso a ocuparme del músico. Me enseñas cómo armonizan entre sí las notas agudas y graves, cómo de cuerdas que producen sonido diferente surge el acorde: consigue, más bien, que mi alma concuerde consigo misma y que mis decisiones no estén en desacuerdo. Me enseñas cuáles son los tonos lastimeros: enséñame, más bien, la manera de no proferir palabra de lamento en la adversidad.

El geómetra me enseña a medir los latifundios antes que a cómo medir cuanto es suficiente al hombre. Me enseña a contar y pone mis dedos al servicio de la avaricia antes que mostrarme que ninguna importancia tienen estos cálculos[7]; que no es más feliz aquel cuyo patrimonio fatiga a los contables, sino, por el contrario, que es tan superflua su hacienda que sería el más desdichado de todos si cuanto posee se viera obligado a calcularlo por sí mismo.

¿De qué me aprovecha saber distribuir en partes un campillo, si no sé dividirlo con mi hermano? ¿De qué aprovecha calcular con precisión los pies de una yugada y apreciar a simple vista cuanto escapa a la «pértica»[8], si me produce tristeza mi intemperante vecino que araña algún pedazo a mi heredad? Me enseña cómo no

perder ni un ápice de mis linderos; en cambio, yo quiero aprender la manera de perderlos todos con alegría.

«Se me expulsa —objeta uno— de las fincas de mi padre y de mi abuelo». Y ¿qué? Antes de tu abuelo, ¿quién poseyó estas fincas? ¿Puedes indicarme, no digo ya el hombre, sino el pueblo a que pertenecieron? No has entrado en ellas como señor, sino como colono. ¿Colono de quién? Si te dan buen trato, del heredero. Los jurisconsultos afirman que ningún dominio público se adquiere por «usucapión»: esto que posees, que dices ser tuyo es patrimonio público y, por supuesto, del género humano.

¡Oh arte insigne! Sabes medir objetos redondos, reduces a un cuadrado cualquier figura que se te ofrezca, determinas las distancias de los astros, nada existe que escape a tu cálculo: si eres perito en ello mide al alma humana, muéstranos cuál es su grandeza, cuál su pequeñez. Conoces cuál es la línea recta, ¿de qué te sirve, si ignoras cuál es la rectitud de la vida?

Me refiero ahora a aquel que se ufana de conocer los fenómenos celestes:

Adónde se retira la frígida estrella de Saturno; qué órbitas recorre por el cielo el brillante astro de Cilene[9].

Saber esto, ¿de qué aprovechará? ¿Será para que me llene de angustia cuando Saturno y Marte se hallen en posición opuesta, o cuando Mercurio[10], a la caída de la tarde, se ponga ante la mirada de Saturno? ¿Antes de esto no aprenderé que tales astros, dondequiera se encuentren, son propicios y no pueden mudarse?

Les empuja la inalterable disposición de los hados y un recorrido que no pueden eludir; retornan conforme a una alternancia determinada y promueven o anuncian los sucesos de todos los seres. Mas, supuesto que sean causa de todo cuanto sucede, ¿de qué servirá el conocimiento de un hecho invariable?, supuesto que lo anuncien, ¿qué importa prever lo que no se puede evitar? Tanto si conoces estas cosas, como si las desconoces, sucederán.

Mas, si contemplares el raudo sol y los astros que ordenadamente le acompañan, jamás te sorprenderá el día de mañana, ni te apresarán las emboscadas de la noche serena[11].

Se han tomado bastantes y sobradas medidas para que yo estuviese protegido de las asechanzas.

«¿Acaso no me engaña el día de mañana? De hecho engaña cuanto acaece a quien lo desconoce». Por mi parte ignoro cuanto ha de suceder: pero sé lo que puede suceder. Por ello nada intentaré evitar, lo espero todo: si se me condona algún mal, lo considero un beneficio. Me engaña la hora si me perdona la vida, pero ni aun así me engaña. Porque de igual modo que sé que todo puede suceder, así también sé que no todo me sucederá; por ello espero la prosperidad, dispuesto como estoy para las desgracias.

En la cuestión que sigue es preciso que me disculpes si no observo las normas prescritas, ya que no me avengo a contar en el número de las artes liberales el arte de los pintores, como tampoco el de los escultores de imágenes, el de los marmolistas, o el de los restantes que sirven al lujo. Igualmente a los luchadores y a toda su ciencia que se alimenta de aceite y fango los excluyo de estas artes liberales, so pena de acoger también en ellas a los perfumistas, a los cocineros y a los demás que consagran su talento al servicio de nuestros placeres.

Pues, ¿qué tienen, por favor, de liberal esos depravados que vomitan en ayunas, cuyos cuerpos están cebados y sus almas demacradas y lánguidas? ¿O consideramos que es este un estudio liberal para nuestra juventud a la que nuestros mayores ejercitaron en lanzar la jabalina manteniéndose rectos, en blandir la pértiga, en domeñar el caballo, en manejar las armas? Nada enseñaban a sus hijos que tuviesen que aprender tumbados. Pero ni éstas ni aquellas prácticas enseñan o nutren la virtud; en efecto, ¿de qué sirve guiar el caballo y moderar con el freno su carrera y, en cambio, verse arrastrado por las pasiones más desenfrenadas? ¿De qué sirve superar a muchos en la lucha y el cesto, para, verse luego dominado por la ira?

«Entonces ¿qué? ¿De nada nos aprovechan los estudios liberales?». Mucho aprovechan para otros propósitos, para la virtud nada; porque aun esas artes, reconocidas como viles, que se practican con la mano, contribuyen poderosamente a los medios de subsistencia, sin embargo no tienen que ver con la virtud. «¿Por qué, pues, instruimos a nuestros hijos en las artes liberales?». No porque puedan procurar la virtud, sino porque disponen el alma para recibirla. Al modo como aquellas primeras letras, así las llamaban los antiguos, mediante las cuales se transmitían a los niños los rudimentos de la gramática, no enseñan las artes liberales, sino que disponen para luego aprenderlas, así las artes liberales no conducen el alma hacia la virtud, sino que le preparan el camino.

Enseña Posidonio que son cuatro las clases de artes: existen las vulgares y humildes, las recreativas, las educativas, las liberales. Las vulgares son propias de los artesanos que se ejercitan con las manos y se ordenan a procurar los medios de vida, en las que no hay apariencia alguna de gracia o de honra.

Son recreativas las que se ordenan al deleite de la vista y del oído; entre éstas puedes contar el arte del tramoyista que imagina decorados que surgen desde el suelo, y entarimados que se elevan silenciosamente a lo alto, y otros cambios improvisados: se desdoblan elementos que estaban cohesionados o se agrupan espontáneamente los desunidos o se repliegan poco a poco sobre sí los que estaban elevados. Así se impresiona a los profanos, a quienes sorprende todo lo imprevisto, porque desconocen la causa[12].

Son educativas y tienen alguna semejanza con las liberales estas artes que los griegos llaman «encíclicas»[13] y nuestros maestros «liberales». Pero son únicamente

liberales, o mejor, para decirlo con más precisión, libres, las que se ocupan de la virtud.

«A la manera —suele arguirse— como existen las partes de la filosofía: una natural, otra moral y otra lógica, así también esta multitud de artes liberales reclama su puesto en la filosofía. Cuando el filósofo aborda las cuestiones relativas a la naturaleza, se apoya en los datos de la geometría, luego ésta forma parte de la filosofía a la que secunda»[14].

Muchas cosas nos ayudan, y no por ello forman parte de nosotros; más aún, si constituyesen una parte, no nos ayudarían. El alimento supone una ayuda para el cuerpo, con todo no es parte de él. Algún servicio nos proporciona la geometría; es necesaria a la filosofía, lo mismo que para ella lo es el artesano, pero ni ése forma parte de la geometría, como tampoco ésta de la filosofía.

Además, una y otra persiguen determinados objetivos; de hecho el sabio indaga y conoce las causas de los fenómenos naturales cuyo número y medida trata de calcular el geómetra. El sabio descubre de qué forma subsisten los cuerpos celestes, cuál sea su impulso, cuál su naturaleza; el matemático analiza su curso y su retorno y ciertos desplazamientos por los que descienden y se elevan, ofreciendo a veces la apariencia de estar fijos, siendo así que a los cuerpos celestes no les es posible detenerse.

El sabio conocerá la causa que hace que se reflejen las imágenes en el espejo; el geómetra podrá precisarte a cuánta distancia de la imagen debe encontrarse el cuerpo y qué hechura de un espejo reflejará determinadas imágenes. El filósofo demostrará que el sol es grande; su tamaño, el matemático, que actúa con una cierta práctica y experiencia: mas para progresar debe elevarse a determinados principios; ahora bien, no es un arte autónomo aquel cuyo fundamento es prestado.

La filosofía nada pide a otro; levanta desde sus cimientos toda la obra; la matemática, por así decirlo, es una «enfiteuta», edifica en propiedad ajena; recibe los elementos primordiales gracias a los cuales puede alcanzar cotas más importantes. Si se encaminase por sí misma hacia la verdad, si pudiese captar la naturaleza del mundo entero, proclamaría por mi parte que ella sería muy útil a nuestra alma, que se ennoblece con el estudio del mundo celeste y obtiene algún beneficio de lo alto. Una sola cosa perfecciona al espíritu, la inmutable ciencia del bien y del mal, y ningún otro arte investiga sobre el bien y el mal.

Me place examinar cada una de las virtudes. La fortaleza se ocupa de menospreciar los temores; desdeña, desafía y vence las situaciones terribles que ponen bajo el yugo nuestra libertad: ¿es que, por ventura, los estudios liberales la robustecen? La fidelidad constituye el bien más sagrado del corazón del hombre, ninguna necesidad la fuerza a engañar, ninguna recompensa la soborna: «Quema —dice ella— golpea, mata; no traicionaré; antes bien, cuanto más se ensañe el dolor para descubrir mi secreto, tanto más profundamente lo ocultaré». ¿Acaso los estudios

liberales pueden infundir tal coraje? La templanza manda sobre los placeres, a unos los aborrece y repudia, a otros los regula y conduce a la justa medida, sin acercarse jamás a ellos por sí mismos; sabe que la normativa óptima en relación con lo que se desea consiste en no tomar cuanto uno quiere, sino cuanto uno debe.

La humanidad prohíbe ser altanero, ser áspero con los compañeros; en palabras, hechos y sentimientos se brinda afable y servicial para con todos; ningún mal lo considera ajeno, y su bien lo estima en sumo grado por cuanto podrá proporcionar un bien a otro[15]. ¿Acaso los estudios liberales prescriben semejante conducta? No más que la sencillez, que la modestia y moderación; no más que la sobriedad y el ahorro; no más que la clemencia, que respeta la sangre ajena como la propia y que sabe que un hombre no debe servirse abusivamente de otro hombre.

«Puesto que decís —se insiste— que sin los estudios liberales no se puede llegar a la virtud, ¿cómo podéis afirmar que ellos en nada ayudan a la virtud?». Porque tampoco sin alimento se alcanza la virtud, sin embargo el alimento no concierne a la virtud; la madera en nada contribuye a la construcción de la nave, aunque ésta sólo se construya de madera: digo que no hay por qué pensar que una cosa tenga que ser producida con ayuda de aquel componente sin el cual no puede ser hecha.

Cabe incluso afirmar que, sin los estudios liberales, es posible alcanzar la sabiduría; pues, aunque se debe aprender la virtud, con todo no se aprende por medio de tales estudios. Ahora, bien, ¿qué motivo tengo para pensar que no llegará a sabio quien desconoce las letras, si la sabiduría no radica en las letras? Alecciona con hechos, no con palabras, y creo que es más firme la memoria, que, fuera de sí misma, no tiene apoyo alguno.

Realidad grande y amplia es la sabiduría; tiene necesidad de espacio libre; materia obligada de su aprendizaje es lo humano y lo divino, lo pasado y lo venidero, lo caduco y lo eterno, el tiempo. Sólo acerca de éste considera cuán numerosas cuestiones se plantean: en primer lugar si constituye por sí mismo algo real; luego si existe alguna cosa antes de él y sin él; si comenzó con el mundo o, incluso, antes del mundo porque, de existir algo, existiría también el tiempo.

Innumerables son las cuestiones referidas tan sólo al alma: de dónde procede, cuál es su naturaleza, cuándo comienza su existencia, cuánto tiempo pervive; si pasa de un lugar a otro y cambia su morada sometida a unas y otras formas de vida animal; si no es esclava más de una vez, y si, liberada, anda errante por el universo; si es corpórea o no; qué va a hacer cuando deje de actuar a través de nuestro cuerpo; cómo empleará su libertad cuando escape de esta cárcel; si se olvida de su estado anterior y comienza a conocerse en el momento en que, separada del cuerpo, se acoge a la región celeste.

Sea cual fuere el aspecto de la realidad humana y divina que abarques, te verás abrumado por la enorme cantidad de problemas a estudiar y aprender. A fin de que éstos, tan numerosos e importantes, puedan tener libre acogida en tu alma, debes

eliminar de ella lo superfluo. La virtud no se situará en tales apreturas; una noble realidad reclama un amplio espacio. Despojémonos de todo, quede para ella enteramente libre nuestro corazón.

«Pero nos deleita el conocimiento de muchas artes». Así, pues, retengamos de ellas sólo las enseñanzas que sean necesarias. ¿O es que consideras reprensible a quien se procura objetos de uso superfluo y despliega en casa un boato de piezas costosas, y no consideras tal a quien se halla ocupado en el inútil bagaje de la cultura? Querer saber más de lo suficiente es una forma de intemperancia.

¿Por qué? Porque tal dedicación a las artes liberales vuelve a los hombres enojosos, redundantes, inoportunos, satisfechos de sí mismos, y por lo mismo no aprenden lo necesario por haber aprendido lo superfluo. El gramático Dídimo escribió cuatro mil libros[16]: le compadecería sólo que hubiese leído tan gran número de bagatelas. En estos libros se investiga sobre la patria de Homero, sobre la verdadera madre de Eneas, si Anacreonte vivió entregado más a la voluptuosidad que a la bebida[17], si Safo fue una prostituta[18], y otras cuestiones que, si las supiese, debería uno desaprenderlas. ¡Ven, ahora, y dinos que la vida no es larga!

Pero también cuando te acerques a las obras de los nuestros, te mostraré muchas aristas que se deben cercenar a golpes de hacha[19]. Supone un gran dispendio de tiempo y un gran fastidio para los oídos ajenos este elogio: «¡Oh varón erudito!». Contentémonos con esta inscripción más sencilla: «¡Oh varón honesto!».

¿No es así? ¿Hojearé las crónicas de todos los pueblos e indagaré quién fue el primero que escribió poemas? ¿Calcularé, a pesar de no tener documentación, el intervalo de tiempo que media entre Orfeo[20] y Homero? ¿Revisaré los signos con que Aristarco[21] puntuó los versos ajenos, y pasaré mi vida contando sílabas? ¿Quedaré así pegado al polvo de la geometría? ¿Hasta tal punto me olvido de aquel saludable precepto: «ahorra el tiempo»? ¿Tengo que saber estas cosas? ¿Y qué voy a ignorar?

El gramático Apión[22], que durante el imperio de Gayo César reunió grupos de admiradores en toda Grecia, y como un nuevo Homero fue acogido por todas las ciudades, afirmaba que Homero, terminado el relato de sus dos poemas, la *Odisea* y la *Iliada*, añadió a su obra un comienzo en el que compendió la guerra de Troya. Como prueba de esta aserción aducía el hecho de haber puesto el poeta en el primer verso dos letras que deliberadamente expresaban el número de los cantos.

Es preciso que conozca semejantes detalles quien pretende saber mucho. ¿No quieres pensar cuánto tiempo te sustrae la mala salud, cuánto los negocios públicos, cuánto los privados, cuánto los deberes cotidianos, cuánto el sueño? Evalúa tu experiencia: no es capaz de tantas cosas.

Estoy hablando de los estudios liberales: ¡cuánta doctrina superflua contienen los filósofos; cuanta desprovista de utilidad! También ellos se ocuparon de las

distinciones de sílabas y de las propiedades de las preposiciones y conjunciones, y rivalizaron con los gramáticos, con los geómetras; todo cuanto de inútil había en el arte de éstos lo trasladaron al suyo. Así resultó que sabían hablar más cuidadosamente que vivir.

Entérate de cuán gran perjuicio acarrea la excesiva sutileza, y lo contraria que es a la verdad. Protágoras[23] afirma que de cualquier proposición se pueden discutir por igual los pros y los contras, inclusive de esta misma proposición: si es posible discutir en toda proposición los pros y los contras. Nausífanes[24] afirma de cuantas cosas parecen ser que en modo alguno es más admisible el ser que el no ser.

Parménides[25] afirma que ninguno de los fenómenos que percibimos pertenece al universo. Zenón de Elea[26] suprimió toda dificultad de la cuestión asegurando que nada existe. Casi la misma actitud adoptan los pirronianos[27], los megareos, los eritreos y los académicos, quienes introdujeron la nueva ciencia de que nada sabemos.

Arroja todas estas enseñanzas en el complejo inútil de los estudios liberales; los unos no me transmiten un saber que me haya de aprovechar, los otros me quitan la esperanza de todo saber. Pero es preferible conocer cosas inútiles a nada. Los unos no me muestran la luz que dirija mi mirada hacia la verdad, los otros me arrancan precisamente los ojos. Si me fío de Protágoras, en la naturaleza no existe sino la duda; si de Nausífanes, la única certeza es que no existe ninguna; si de Parménides, nada existe, a excepción del Uno; si de Zenón, ni siquiera el Uno.

Así, pues, ¿qué somos nosotros? ¿Qué son estos seres que nos rodean, alimentan y mantienen? Toda la naturaleza es sombra o vana, o engañosa. No me sería fácil decir con quiénes me indignaría más si con esos que han pretendido que no supiéramos nada, o con esos otros que ni siquiera nos han dejado la posibilidad de no saber nada.

[1] Sobre esta Ep. 88, tan sugerente y clarificadora, existe un análisis importante realizado por A. Stueckelberger, Senecas 88 Brief. Ueber Wert und Unwert der Freien Künste, Heidelberg, 1965.

[2] Séneca no considera liberal la cultura material y utilitaria. En efecto, las artes liberales son auxiliares, es cierto, de la filosofía, pero no tienen por objeto la sabiduría, ni su conocimiento puede unirse, como pretende Posidonio, al de la filosofía (cf. § 24 de esta Ep.).

[3] La gramática nada tiene que ver con la virtud, ni con el dominio de las pasiones. Isidoro de Sevilla nos dirá que la enseñanza de los gramáticos podría ser útil para la vida, si fuera asumida para usos mejores (cf. Sent. III 13, 11). Tampoco tienen que ver con la virtud la geometría o la música. En ésta, Diógenes de Babilonia sí que reconoce un medio de fomentar la virtud (cf. Stoic. Vet. frag. III, 54-90).

[4] Acerca de Homero considerado filósofo estoico, cf. Cic., Nat. deor. I, 41; considerado epicúreo, cf. Od. IX 5 ss.; peripatético, cf. Il. XXIV 376 ss.; académico, cf. ibid., II 486. Se trata de textos que dan pie para cada una de estas interpretaciones. Con todo, el tema de la virtud parece que es preponderante,

sobre todo en la Odisea, lo que haría de Homero un predecesor del estoicismo (cf. I. Roca, «Una introducción inédita a la Odisea», Helmantica XII [1961], 427-439).

[5] En seguimiento de Heródoto, se mantiene, en principio, que Homero vivió sobre el 850 a. C. y que Hesíodo es posterior a él al menos en un siglo, si bien no faltan tradiciones que los hagan coetáneos. En cambio, en Luciano, Somnium 17, declara que Helena era algo mayor que Hécuba.

[6] Cuestión discutida entre los sabios del tiempo de Aulo Gelio (cf. Noct. At. XIV 6, 23). Se atribuía al crítico alejandrino Aristarco la opinión de que Ulises navegó por mar interior entre Ítaca y Sicilia, y a Crates de Malo, la de que navegó por mar exterior.

[7] En cambio, en el § 25 afirma que la geometría «es necesaria a la filosofía», aunque no sea parte constitutiva de ella, puesto que, como subraya en el § 26: «el sabio indaga y conoce las causas de los fenómenos naturales cuyo número y medida trata de calcular el geómetra».

[8] También llamada decempeda, medida agraria de diez pies o 2,957 m.

[9] Virg., Geórg. 1 336-337. Habla el Mantuano de la necesidad de observar el planeta Saturno, el más alejado del Sol, que pasaba por tener un carácter refrigerante y funesto. Situado en la constelación de Capricornio, desencadenaba, según comenta Servio, ad loc., lluvias torrenciales, y en la de Escorpión, el granizo. Cilene es el monte de Arcadia donde se decía que había nacido Mercurio.

[10] Mercurio, al aproximarse a Júpiter, se dice que ejercía una acción benéfica; en cambio, al acercarse a Saturno, acción maléfica.

[11] Virg., Geórg. 1424-426. Traducimos «astros» respondiendo al término latino stellas, lectura esta del texto virgiliano que sólo aparece aquí en Séneca, pues en los codd. se lee lunas, más conforme al sentido.

[12] Alusión a cuanto sucedía en su tiempo con motivo de los espectáculos. Sobre la maquinaria del teatro, cf. Suet., Vitae Caes. Claud. 34.

[13] Las artes llamadas «encíclicas» eran la gramática, la música, la geometría y la aritmética. Y en menor medida, la retórica y la dialéctica.

[14] La objeción del interlocutor ficticio destaca la importancia de la geometría en orden a la filosofía como parte integrante de ésta, opinión que Séneca rechaza (cf. § 10 de la Ep., y supra, nuestra n. 33) precisando los cometidos de ambas disciplinas.

[15] Recuerda al célebre verso 77 del terenciano Heaut. al que citará luego en la Ep. 95, 53, cuando aduce los principios o normas que regulan las relaciones entre los hombres.

[16] Dídimo de Alejandría, vivió probablemente en el siglo i a. C. y comienzos del siguiente. Fue llamado «calcentero», o sea: «el de vísceras de bronce», por las cuestiones literarias que discutió y su enorme resistencia a la fatiga mental; asimismo, bibliolátha, porque no se acordaba del número y títulos de sus numerosos libros.

[17] La cuestión suscitada en torno al lírico Anacreonte de Teos (finales del s. vi), quizá fue motivada porque en su poesía cantó al amor y al vino.

[18] Asimismo, esta cuestión planteada sobre la poetisa Safo (finales del s. vii) pudo deberse a la libertad con que cantó la pasión amorosa en una época como aquella en que la mujer llevaba una vida hogareña y retirada.

[19] Como en otras ocasiones, Séneca se muestra un estoico independiente, que a veces disiente de los grandes próceres del estoicismo (cf. I. Roca, «Razón universal y sociabilidad en el estoicismo senequista», Millars I [1974], 93).

[20] Personaje de la leyenda, hijo, según unos, de Eagro, rey de Tracia y, según otros, de Apolo y la Musa Calíope. Poeta y músico célebre, a quien se atribuyen himnos religiosos, cantos nupciales y fúnebres, creador de la teología pagana. Famoso ya en la época de la expedición de los Argonautas en la que tomó parte. Y, en suma, el vate más admirado antes de Homero.

[21] Natural de Samotracia, ca 217-145 a. C., filólogo, gramático y crítico, el más célebre discípulo de Aristófanes de Bizancio a quien sucedió en la dirección de la Biblioteca de Alejandría. Su obra más importante es la edición crítica de los poemas homéricos donde muestra una agudeza incomparable e intenta explicar a Homero a partir de Homero.

[22] Gramático alejandrino del siglo i d. C. Fue embajador de Alejandría ante Calígula y enseñó en Roma en tiempos de Claudio. Fue un gran estudioso de Homero, aunque queda muy poco de sus muchas obras.

[23] El célebre sofista del siglo v a. C. Su conocida frase: «el hombre es la medida de todas las cosas», viene a ser el compendio de una filosofía tendente al subjetivismo y al relativismo a que está aludiendo Séneca.

[24] Filósofo de la escuela escéptica (s. iv a. C.), discípulo de Pirrón y seguidor de la doctrina de Demócrito. No es seguro que Epicuro hubiera escuchado sus lecciones.

[25] El filósofo de Elea (s. iv a. C.), en crítica a Heráclito, contrapone el mundo de los sentidos, mudable y múltiple, al mundo del ser, inmutable, infinito, eterno y divino, que constituye la verdadera realidad y que es percibido por la razón.

[26] Discípulo de Parménides y famoso por su método dialéctico (s. v a. C.): descubriendo las contradicciones de sus adversarios les hacía reconocer la verdad del sistema eleata. Son célebres sus argumentos contra el movimiento y la multiplicidad del ser. Éste es uno e inmóvil. Lo que no se puede pensar no puede ser, y sólo puede suceder lo que se puede pensar sin contradicción.

[27] Estos filósofos fueron los seguidores de Pirrón de Élide (s. iv a. C.). Como, según ellos, sólo conocemos las apariencias de las cosas, éstas son falaces y engañosas; nada hay cierto, ni falso, todo es subjetivo, por ello lo más indicado para no errar es suspender todo juicio. La misma vía hacia el escepticismo siguieron también básicamente los megareos, los eritreos y los académicos.

Elogio de la filosofía, medio para alcanzar la sabiduría

La filosofía enseña a vivir bien: el culto a los dioses y el amor a los hombres. Séneca concede a Posidonio que en la Edad de Oro los reyes gobernaban con sabiduría (1-6). Pero disiente de él en que la filosofía haya sido la inventora de las artes útiles para la vida; se trata de inventos de la razón, no de la recta razón (7-25). En cambio, la sabiduría nos impulsa a la concordia, nos adoctrina sobre el bien y el mal, sobre los dioses y las almas, sobre la vida; hace de la honestidad el sumo bien (26-35). Mas no cree Séneca que se cultivara en la Edad de Oro: no existía la avaricia y el lujo, pero aquellos hombres no fueron sabios; eran inocentes, pero sin el esfuerzo hacia la perfección (36-46).

¿Quién puede dudar, Lucilio querido, de que de los dioses inmortales dimane el beneficio de la vida, y de la filosofía el de la vida honesta? En consecuencia tendríamos por cierto que estamos tanto más obligados a la filosofía que a los dioses, cuanto que la vida honesta es un beneficio superior a la vida, si no fuera verdad que los dioses nos han dispensado la propia filosofía, de la que a nadie otorgaron el conocimiento, mas a todos la capacidad.

Porque si también de ella hubiesen hecho un bien común y al nacer fuésemos sabios, hubiese perdido la sabiduría la mejor cualidad que posee en sí misma, la de no contarse entre los dones fortuitos. Ahora, en cambio, presenta este aspecto estimable y magnífico, que a nadie toca en suerte, que cada uno se la debe procurar, que no se mendiga a otro. ¿Qué podrías admirar en la filosofía, si fuese objeto de un beneficio?

Único es su cometido, descubrir la verdad sobre las cosas divinas y humanas; de ella nunca se separan la religiosidad, la piedad, la justicia y todo el restante cortejo de virtudes enlazadas y coordinadas entre sí. Ella nos enseña a venerar las cosas divinas, a amar las humanas, que el dominio lo ejercen los dioses y la solidaridad los hombres[1]. Esta última durante algún tiempo permaneció inviolable, hasta que la codicia disolvió la sociedad y fue causa de pobreza aun para aquellos a los que había hecho muy ricos, pues dejaron de poseerlo todo, al quererlo poseer como un bien

particular.

Mas los primeros mortales y los hijos que nacieron de ellos secundaban sin corromperse la naturaleza y reconocían a una misma persona como a su caudillo y su ley, confiándose a la decisión del mejor; porque es norma de la naturaleza someter lo más débil a lo más vigoroso[2]. Así al frente de silenciosos rebaños andan o los ejemplares más robustos, o los más valerosos: no camina delante de la manada el toro degenerado, sino el que por su corpulencia y músculos supera a los restantes machos; la manada de elefantes la guía el más grande; entre los hombres el más grande se tiene como el mejor. Así, pues, el gobernante se elegía por su valor moral, por ello gozaban de suma felicidad los pueblos en los que no podía ser más poderoso sino aquel que era el mejor, ya que puede conseguir seguro cuanto quiere quien no cree poder más de lo que debe.

Por ello juzga Posidonio que en aquella Edad que se denomina de Oro, la realeza estuvo en manos de los sabios. Éstos reprimían la violencia y al más débil lo protegían de los más fuertes, inducían a la acción y disuadían de ella indicando lo útil y lo nocivo; su prudencia cuidaba de que nada faltase a los suyos, su fortaleza alejaba de ellos los peligros, su beneficencia los engrandecía y hermoseaba sometidos como estaban a él. Gobernar era un servicio, no un dominio. Nadie ejercía el peso de su autoridad contra aquellos que le habían deparado el poder, ni tenía nadie intención o motivo para injuriar, puesto que se obedecía de buena gana a quien gobernaba con rectitud, ni el rey podía formular una amenaza mayor a los desobedientes que la de abandonar su reinado.

Mas, luego que, al insinuarse los vicios, la realeza se convirtió en tiranía[3], comenzaron a ser necesarias las leyes que también en un principio dictaron los sabios. Solón[4], que fundamentó Atenas con una legislación justa, fue contado entre los siete famosos por su sabiduría; si Licurgo[5] hubiera vivido en la misma época, se hubiera sumado a aquel número sagrado en el puesto octavo. Las leyes de Zaleuco[6] y de Carondas[7] son elogiadas. No fue en el foro, ni en el atrio de los jurisconsultos, sino en aquel silencioso y sagrado retiro de Pitágoras[8], donde éstos aprendieron las leyes que dieron a Sicilia, entonces floreciente, y a Grecia a través de Italia.

Hasta aquí estoy de acuerdo con Posidonio; pero no podría admitir que las artes que utiliza nuestra vida en el uso cotidiano las haya inventado la filosofía, ni le atribuiré a ella la gloria de su elaboración[9]. «Ella —dice Posidonio— a los humanos que andaban diseminados y que se protegían ora en chozas, ora en el hueco de alguna roca, ora en la cavidad de un tronco de árbol, les enseñó a construir casas». Por mi parte, no creo que la filosofía haya discurrido estas construcciones de casas que se alzan sobre casas y de ciudades que se asientan sobre ciudades, como tampoco los viveros de peces, puestos a buen recaudo para que la glotonería no se viera expuesta al riesgo de las tempestades, y así, aunque la furia del mal fuera muy

violenta, la voluptuosidad dispusiera de sus propios puertos donde cebar cantidades de peces variados.

¿Qué pretendes? ¿Que la filosofía ha enseñado a los hombres a disponer de llaves y cerrojo? ¿Qué otra cosa supondría esto sino dar el santo y seña a la avaricia? ¿Acaso la filosofía sostiene estos edificios que se yerguen en lo alto con tan gran peligro para sus moradores? Porque no habría bastado protegerse con medios improvisados y encontrar algún cobijo natural sin recurso a la técnica y sin dificultades.

Créeme: fue feliz aquel siglo antes que hubiese arquitectos y decoradores. Tales oficios surgieron cuando ya se introducía el lujo, a fin de cortar a escuadra las vigas y mediante la sierra dividir por el trazo señalado, con mano firme, el tronco;

ya que los antiguos dividían con cuñas la madera fácil de

[hender[10].

En efecto, en las casas no se disponía de un comedor idóneo para el banquete sagrado, ni para este fin se transportaba en larga hilera de carros, con gran temblor de las calles, el pino o el abeto de donde pendiesen artesonados de oro macizo.

Horquillas, colgadas de uno y otro lado, sostenían la cabaña; espesura de ramaje y hacinamiento de hojas, colocadas en pendiente, facilitaban el desagüe de la lluvia, aunque fuese abundante. En estas moradas habitaron seguros; el techo de paja los protegía en libertad; la servidumbre habita ahora bajo mármol y oro.

También disiento de Posidonio en lo de creer que los utensilios de los artesanos fueron inventados por los sabios; pues de esta forma podría decir que fueron los sabios quienes

entonces inventaron el modo de cazar las fieras con lazos, engañándolos con la liga, y de rodear con la jauría extensos pastizales[11].

Porque todo esto lo descubrió la sagacidad, no la sabiduría humana.

Tampoco comparto la opinión de que fueron los sabios quienes descubrieron las minas de hierro y cobre, cuando el suelo, calcinado por el incendio de los bosques, desparramó licuados por la superficie los filones que se hallaban contiguos: tales minas las encuentran los mismos que las explotan.

Tampoco me parece a mí tan sutil como a Posidonio la cuestión de si el martillo comenzó a estar en uso antes que las tenazas. Uno y otro instrumento los inventó alguien de ingenio despierto, perpicaz, no grande, ni elevado; como cualquier otro objeto que ha de procurarse encorvando el cuerpo y con la mirada dirigida a la tierra. El sabio fue sencillo en su modo de vivir. ¿Cómo no, si también en nuestra época desea vivir con la máxima simplicidad?

¿Cómo se explica, por favor, que admires, a un tiempo, a Diógenes[12] y a Dédalo[13]? ¿De los dos, cuál te parece sabio? ¿El que inventó la sierra, o el otro que, cuando vio a un niño bebiendo agua en el hueco de la mano, al punto quebró la

copa sacada del zurrón, mientras se hacía este reproche: «¡Cuánto tiempo, necio de mí, he llevado fardos inútiles!», el mismo que se arrollaba en su tonel y en él se dormía?

¿En la actualidad, pues, juzgas acaso más sabio al que inventó el modo de hacer saltar a inmensa altura, por ocultas cañerías, el perfume del azafrán; que inunda los canales con súbita acometida de las aguas o los vacía; que ensambla los artesonados giratorios de los comedores de tal suerte que a un panel suceda sin interrupción otro distinto, y así los techos se muden tantas veces como los servicios de mesa; o más bien al que muestra a los demás y a sí mismo que la naturaleza no nos ha impuesto nada áspero, ni difícil, que podemos disponer de una mansión sin ayuda de marmolistas, ni de artesanos, que podemos ir vestidos sin recurrir al comercio de la seda, que podemos tener los medios necesarios para nuestra subsistencia, si nos contentamos con aquellos que la tierra ha puesto sobre su superficie? En efecto, si el linaje humano quiere escuchar a éste, comprenderá que tan inútil le resulta el cocinero como el soldado.

Fueron sabios o, por lo menos, semejantes a los sabios aquellos que encontraban fácil la protección de su cuerpo. Con un simple cuidado se satisface la necesidad; para el deleite se impone el esfuerzo. No echarás de menos a los artesanos; secunda la naturaleza. Ella no quiere que estemos agobiados; nos equipó para todos los menesteres que nos imponía. «El frío es insoportable para el cuerpo desnudo.» Y ¿qué? ¿Las pieles de las fieras y de los restantes animales no bastan y sobran para defendernos del frío? ¿No son muchos los pueblos que cubren sus cuerpos con la corteza de los árboles? ¿Las plumas de las aves no las entrelazan para que sirvan de vestido? ¿Hoy mismo gran parte de los escitas no se cubre con la piel de las zorras y del armiño, suaves al tacto e impenetrables al viento? Y ¿qué? ¿Gentes de toda clase no han tejido un enrejado de mimbres y lo han embadurnado con el barro común y luego han cubierto el tejado con paja y hojas silvestres, y así, mientras se deslizaba la lluvia por la techumbre inclinada, han pasado el invierno sin temor?

«Con todo es necesario ahuyentar el calor del sol estival con una sombra más densa». Pues ¿qué? ¿El decurso del tiempo no ha mantenido ocultos muchos lugares que, socavados ora por la inclemencia del tiempo, ora por cualquier otro accidente, se han transformado en cuevas? Pues ¿qué? ¿Las gentes de las Sirtes no se ocultan en fosas, como también aquellos que por el excesivo ardor del sol no disponen de ninguna otra cobertura, harto segura para ahuyentar el sol, que no sea su mismo árido suelo?

La naturaleza no fue tan injusta que, mientras otorgaba a todos los demás animales una fácil existencia, sólo al hombre le impidiese vivir sin el auxilio de tantas artes. Ella nada penoso nos ha impuesto, nada que debamos conseguir con fatiga a fin de prolongar la existencia. Hemos nacido para una vida acomodada: todo lo hemos

hecho difícil por hastío de los recursos fáciles. El cobijo, el vestido, los alivios del cuerpo, los alimentos y todos los objetos que ahora se han convertido en enorme problema los teníamos a nuestro alcance, de balde y asequibles con pequeño esfuerzo; pues la justa medida de todos ellos estaba acorde con la necesidad: nosotros los hemos convertido en caros, admirables, sólo posibles de conseguir mediante complicadas y múltiples artes. La naturaleza se basta para aquello que exige.

A la naturaleza ha renunciado el lujo que cada día se estimula a sí mismo, que, a lo largo de tantos siglos, va en aumento y con su inventiva fomenta los vicios. Al principio comenzó a desear lo superfluo, luego lo perjudicial, por último entregó el alma al cuerpo, y le ordenó ser esclava de sus caprichos. Todos estos artilugios que permiten circular o hacer ruido por la ciudad, desarrollan un negocio en favor del cuerpo, al que antes se le ofrecían todas las cosas como a un esclavo, y ahora se le dispensan como a un señor. Así, pues, de ahí proceden los talleres de tejedores, de ahí los de artesanos, de ahí los de fabricantes de perfumes, de ahí los de maestros que enseñan movimientos lascivos del cuerpo y cantos voluptuosos y lánguidos. Porque ha desaparecido aquella moderación natural que limitaba los deseos a su necesaria satisfacción; ahora es señal de incultura y miseria contentarse sólo con lo suficiente.

Es increíble, querido Lucilio, con qué facilidad el embeleso del discurso aparta de la verdad incluso a los varones nobles. Ahí tienes a Posidonio, uno de los maestros que, a fe mía, han aportado mayor contribución a la filosofía; éste, tratando de explicar primeramente cómo de una madeja floja y suelta unos hilos se tuercen y otros se recogen, luego cómo el tejido mediante las pesas suspendidas extiende en cadena recta la urdimbre y cómo, introducida la trama, para aflojar la tensión de la cadena que aprieta por ambos lados, por la acción de la paleta se la obliga a reunirse y estrecharse, afirmó que también el arte del tejedor había sido inventado por los sabios, olvidándose de que más tarde fue descubierto este modo de tejer más refinado, merced al cual

el tejido está sujeto a la traviesa, la caña separa la urdimbre, se introduce mediante la aguda lanzadera la trama cruzada que sacuden los dientes acerados del ancho peine[14].

¿Y qué hubiera dicho si hubiese llegado a ver estos tejidos de nuestra época, en la que se confeccionan vestidos que nada han de cubrir, con los que no se da protección alguna, no digo ya al cuerpo, sino que tampoco al pudor?

A continuación pasa a los agricultores y, con no menor facundia, describe el suelo surcado por el arado con una segunda cava, a fin de que la tierra más mullida acoja más fácilmente las raíces; luego, las semillas esparcidas y las hierbas arrancadas con la mano, para que no brote de improviso planta alguna silvestre que destruya la mies. Sostiene que también esto es obra de los sabios, como si en la actualidad no encontrasen los cultivadores del campo numerosos y nuevos métodos con que

incrementar la fertilidad.

Luego, no contento con estas artes, vincula al sabio con el molino; cuenta, en efecto, cómo, remedando a la naturaleza, comenzó a fabricar el pan. «Al grano introducido en la boca —dice él— lo desmenuza la fuerza de los dientes al chocar unos contra otros y las partículas que se escapan las devuelve la lengua a los propios dientes; entonces se empapa todo de saliva para que penetre con más facilidad en la escurridiza garganta; una vez que llega al estómago, se digiere con el calor siempre uniforme de éste; luego, por fin, se asimila al cuerpo.

»Imitando este modelo, alguien colocó una dura piedra encima de otra a semejanza de los dientes, donde una mandíbula inmóvil aguarda el movimiento de la otra; seguidamente, el choque de ambas desmenuza los granos, que son sacudidos repetidas veces, hasta que, trituradas sin cesar, se convierten en polvillo; entonces, rociando la harina con agua, a fuerza de sobarla, la amasó y le dio forma de pan, que en un principio coció la ceniza caliente y el ladrillo enrojecido; más tarde se fueron inventando poco a poco los hornos y otros procedimientos en los que el calor se regulase a voluntad».

Poco faltó para que afirmase que el arte del zapatero había sido también inventado por los sabios.

Todos estos oficios sin duda los discurrió la razón, pero no la recta razón. Son inventos del hombre, no del sabio, igual que, por Hércules, los navíos con que surcamos los ríos y los mares, después de haberles provisto de velas para recibir el ímpetu de los vientos, y de haberles aplicado el timón en la popa, para cambiar, en un sentido o en otro, el rumbo de la travesía: el modelo se ha inspirado en los peces a quienes guía su cola, cuyos ligeros movimientos a uno y otro lado dirigen su marcha veloz.

«Todos estos oficios —replica Posidonio— los descubrió, por supuesto, el sabio, pero, siendo demasiado insignificantes para que éste se ocupara de ellos, los encomendó a operarios más humildes». Por el contrario, no han sido ideados por gente distinta de aquella que hoy mismo los practica. De algunos sabemos que han surgido precisamente en nuestro tiempo, como el uso de los cristales que transmiten la claridad de la luz mediante una lámina transparente, como los pavimentos abovedados en las salas de baños y la tubería incrustada en las paredes a través de la cual se distribuye el calor para que abrigue de modo uniforme tanto las estancias más bajas como las más altas. ¿Qué decir de los mármoles que dan brillo a los templos, que dan brillo a nuestras casas? ¿Qué de las moles de piedra, redondeadas y bruñidas, sobre las que cimentamos pórticos y edificios con capacidad para pueblos enteros? ¿Qué de las abreviaturas de palabras por cuyo medio se recoge un discurso, por más apresurado que se pronuncie, pudiendo la mano seguir la velocidad de la lengua? Son estos inventos de los esclavos más viles.

La sabiduría dispone de sede más elevada y no alecciona las manos, es maestra de las almas. ¿Quieres saber lo que ha descubierto, lo que ha realizado? No los bellos movimientos corporales, ni las varias modulaciones por medio de la trompeta y la flauta que, al acoger el soplo, lo transforman o a su salida, o a su paso, en el sonido musical. No construye armas, ni murallas, ni aparejos de guerra: fomenta la paz y exhorta a la concordia al humano linaje.

No es, lo repetiré, artesana de instrumentos útiles a las necesidades de la vida. ¿Por qué le asignas un cometido tan pobre? Estás contemplando a la artífice de la vida[15]. Las demás artes las tiene ciertamente bajo su dominio; porque a quien le sirve la vida, le sirven también los ornamentos de la vida; por lo demás, su meta es la adquisición de la felicidad, hacia ella conduce, hacia ella abre el camino.

Ella enseña qué cosas son malas y cuáles parecen serlo; libera el ánimo de vanas apariencias; le confiere la sólida grandeza, pero la arrogante y engañosa la rechaza por vana, y no permite ignorar la diferencia entre nobleza y engreimiento; comunica el conocimiento de la naturaleza entera y de sí misma. Nos descubre la naturaleza y atributos de los dioses, los poderes infernales, los lares[16], los genios, las almas que han conseguido la segunda categoría de dioses[17], dónde está su morada, cuál es su actividad, su poder, su voluntad. Éstas son sus vías de iniciación con las cuales nos descubre no el santuario de un municipio, sino el templo inmenso de todos los dioses, el propio cielo, cuya verdadera imagen y verdadero rostro ella ha ofrecido a la contemplación de nuestra alma, ya que para un espectáculo tan grandioso la vista queda ofuscada.

Luego se ha ocupado de los principios de las cosas, de la razón eterna dada al universo y del vigor de todos los gérmenes que configura a cada cosa en particular. Después ha comenzado a investigar acerca del alma: su origen, su morada, su duración y las partes de que consta. A continuación, de los seres corporales ha pasado a los incorpóreos, examinando su verdad y sus pruebas, luego ha indicado cómo distinguir los equívocos de la vida y del discurso, ya que en una y otro la falsedad va mezclada con la verdad.

Repito que el sabio, según piensa Posidonio, no se ha substraído a estas artes, pero tampoco se ha aplicado en modo alguno a ellas. Porque no hubiera juzgado digno inventar algo, si no lo hubiera juzgado merecedor de un empleo constante; no se aplicaría a lo que debiera abandonar.

«Anacarsis[18] —afirma Posidonio— inventó la rueda del alfarero, que al dar vueltas configura las vasijas». Luego, ya que en Homero se menciona la rueda del alfarero, prefirió que se tuvieran por apócrifos los versos de Homero, antes que la historia de Posidonio. Por mi parte sostengo que Anacarsis no fue el autor de este invento y, si lo fue, concedería que un sabio lo descubrió, pero no en su condición de sabio, sino de la misma manera que los sabios realizan numerosos actos en cuanto

hombres, no en cuanto sabios. Supónte que un sabio es muy veloz: a todos los adelantará en la carrera por su rapidez, no por su sabiduría. Desearía mostrar a Posidonio un vidriero que con su soplo modela el cristal en tan múltiples formas que apenas una mano experta las puede reproducir. Tales artes se han inventado después de que hemos dejado de encontrar a un sabio.

«Se dice —insiste— que Demócrito[19] inventó la bóveda a fin de que el arco que forman las piedras, al curvarse ligeramente, quedase trabado por el sillar central». Sostengo que esta afirmación es falsa; en efecto, es preciso que antes de Demócrito existiesen puentes y puertas cuya parte superior es casi siempre arqueada.

«Se os olvida que el propio Demócrito inventó la forma de ablandar el marfil y de convertir un guijarro en esmeralda mediante la cocción, con la cual también en nuestros días se colorean las piedras apropiadas para este cometido». Aunque el sabio haya inventado estos procedimientos, no los ha inventado en su condición de sabio, dado que hace muchas cosas que vemos son hechas por los más indoctos o de forma igual, o con más destreza y experiencia.

¿Preguntas qué es lo que el sabio ha investigado, qué es lo que ha dado a conocer? Primeramente la verdad y la naturaleza, la cual no ha examinado como el resto de los animales con mirada lenta en percibir las cosas divinas; luego, la ley que regula la vida, que ha acomodado al orden del universo, y ha enseñado no sólo a conocer a los dioses, sino a secundarlos y a recibir los sucesos fortuitos igual que un mandato. Nos ha prohibido someternos a opiniones falsas y ha sopesado en su justo precio lo que vale cada cosa; ha condenado los placeres a los que va unido el remordimiento; ha elogiado los bienes que siempre nos han de complacer, y ha declarado públicamente que es el más feliz aquel que no precisa de felicidad y el más poderoso el que es dueño de sí mismo.

No hablo de aquella filosofía que sitúa al ciudadano fuera de la patria y a los dioses fuera del mundo, que ha sacrificado la virtud al placer[20], sino de aquella que no acepta bien alguno que no sea la honestidad, y que no se puede ganar con las dádivas de los hombres o de la fortuna, cuyo precio consiste en no poder ser comprada a ningún precio.

No creo que esta filosofía hubiera existido en aquella edad inculta en que faltaban todavía los trabajos de la artesanía y los conocimientos útiles se aprendían por la propia experiencia; como tampoco durante los tiempos dichosos en que los dones de la naturaleza estaban a la disposición de todos para que los usasen sin distinción, antes de que la avaricia y el lujo hubiesen desunido a los mortales y les hubiesen enseñado a pasar de la convivencia al pillaje: no eran sabios aquellos hombres aun cuando realizaban lo que conviene a los sabios.

Nadie, en verdad, imaginaría una condición mejor para el género humano, ni hombre alguno a quien Dios permitiese regular las cosas terrenas y dirigir las

costumbres de los pueblos elogiaría una situación distinta a aquella en la que, según cuentan, vivieron los hombres, entre los cuales

ningún colono removía la tierra; ni se permitía poner mojones en el campo o dividirlo con linderos: cosechaban en común, y la propia tierra lo producía todo con más largueza de lo que cualquiera le pedía[21].

¿Qué generación humana hubo más feliz que aquélla? Gozaban en comunidad de la naturaleza; ella se bastaba como madre para proteger a todos; ella constituía la posesión segura de la riqueza pública. ¿Por qué no consideraré el más rico aquel linaje humano en el que no se podía encontrar a un pobre? En una situación tan felizmente organizada irrumpió la avaricia y, mientras deseaba separar una parte para transferirla a su dominio, lo puso todo en manos ajenas, y de la suprema abundancia terminó en la estrechez. La avaricia introdujo la pobreza y por su desmesurada ambición lo perdió todo.

Por ello, aunque ahora se empeñe en recobrar lo que perdió, aunque sume campos a sus campos desposeyendo al vecino o con dinero, o con injusticia, aunque ensanche sus tierras con la extensión de provincias enteras, y considere que poseer es hacer un largo recorrido a través de sus fincas, no obstante ninguna prolongación de sus confines nos hará volver al estado del que nos alejamos. Después de realizar todos los esfuerzos, tendremos muchas posesiones, antes lo poseíamos todo.

La propia tierra sin cultivo era más fértil y, con abundancia, satisfacía las necesidades de los pueblos, que no se entregaban al pillaje. No suponía menor placer haber hallado cuanto producía la naturaleza, que mostrar a otros el hallazgo; y a nadie podía sobrar o faltar: el reparto se hacía entre gente bien avenida. Ni el más fuerte había impuesto todavía su ley al más débil, ni el avaro, ocultando lo que para él era superfluo, había privado todavía a otros de lo necesario: era idéntica la solicitud por los otros que por uno mismo.

Las armas estaban quietas y las manos, sin mancharse con sangre humana, dirigían toda su hostilidad contra las fieras. Aquellos a quienes un espeso bosque defendía del sol y que, frente al rigor del invierno o de la lluvia, vivían protegidos en rústica choza bajo la fronda, pasaban sin angustia noches apacibles. A nosotros la inquietud nos atormenta en nuestros lechos de púrpura y nos despierta con agudísimas punzadas: por el contrario, ¡qué sueño tan dulce les procuraba a ellos el duro suelo![22]

No pendían sobre sus cabezas cincelados artesonados, sino que los astros rodaban por encima de ellos cuando estaban tumbados al aire libre y, espectáculo éste impresionante por las noches, el cielo realizaba sus rápidos giros, impulsando en silencio una actividad tan grande. Tanto de día como de noche se ofrecía a sus ojos la visión de esta bellísima estancia; les agradaba contemplar unas constelaciones que desde lo alto del cielo iban hacia el ocaso y, a su vez, otras que surgían del horizonte

recóndito. ¿Por qué no les iba a complacer holgarse en medio de estas maravillas esparcidas con tanta profusión? En cambio, vosotros os atemorizáis por cualquier ruido en vuestras casas y, entre vuestros cuadros, si algún crujido se produce, huís aterrados. No poseían casas semejantes a ciudades. El aire y el libre soplo del viento en campo abierto, la dulce sombra de una gruta o de un árbol, fuentes y arroyos cristalinos no envilecidos por una construcción, ni por una cañería ni por cualquier conducto obligado, sino discurriendo a placer, prados hermosos sin artificio y, en medio de estas cosas, una agreste mansión, enlucida con mano tosca: ésta era su casa, acorde con la naturaleza, en la que se complacía en habitar quien ni a ella, ni por ella temía; ahora, gran parte de nuestro miedo lo causan nuestras moradas.

Mas, aun cuando su vida fuera egregia y libre de perfidia, ellos no fueron sabios, dado que este apelativo se aplica ahora a la obra consumada. Con todo no podría negar que fueron varones de elevado espíritu, recientemente salidos, por así decirlo, de manos de los dioses; porque no hay duda de que el mundo, todavía no agotado, producía seres mejores. No obstante, si bien todos poseyeron un natural más vigoroso y más dispuesto para el trabajo, no así todos poseían un espíritu consumado. En efecto, la naturaleza no otorga la virtud: hacerse bueno es obra de arte.

Ellos, en verdad, no buscaban el oro, ni la plata, ni las brillantes piedras en las entrañas cenagosas de la tierra, y perdonaban, además, la vida a los mudos animales: faltaba mucho para que un hombre, sin ira, sin temor, matase a otro hombre, sólo para darse un espectáculo. No disponían todavía de vestidos bordados, aún no se hilaba el oro, ni siquiera se extraía del yacimiento.

Entonces ¿qué? Eran inocentes a causa de su ignorancia; en efecto hay mucha diferencia entre no querer o no saber cometer una falta. Desconocían la justicia, la prudencia, la templanza y la fortaleza. De todas estas virtudes ofrecía algún remedo su inculta vida: la virtud no alcanza sino al ánimo instruido, aleccionado y que ha llegado, con un ejercicio constante, a la perfección. Nacemos ciertamente para ésta, pero faltos de la misma; y hasta en los mejores, antes de instruirse, hay madera de virtud, pero no virtud.

[1] Este principio de unidad establecido por Séneca responde a la metafísica, que abarca con mirada superior a todo el conjunto de la filosofía (cf. Ep. 89, 14) y que no es fácilmente compatible con la atonía de las partes de la filosofía, propugnada más abajo por Posidonio (cf. Elorduy, El Estoicismo I, pág. 353).

[2] Se refiere Séneca a la época de la humanidad regulada por los instintos gregarios de los hombres, que, sin leyes propiamente dichas, se sometían a un jefe o rey como guía. La identificación del jefe con la ley constituiría un logro antiguo de los filósofos. Las reflexiones referidas a la sociedad gregaria de los tiempos prehistóricos parecen inspiradas en los criterios por los que Aristóteles justifica la esclavitud natural, no impuesta (cf. Elorduy, ibid., I, págs. 354-355).

[3] Se refiere a una Edad intermedia, la de los tiranos primitivos, establecida por Posidonio, que

también subscribe Séneca.

[4] Es el iniciador de la democracia ateniense y famoso legislador, fundamentado sólidamente en la justicia, que otorgó el poder político a la Asamblea Popular, y que si concedió más derechos a la nobleza, también le impuso tributos mayores.

[5] El mítico legislador de los espartanos, cuyo espíritu, según se dice, modeló enteramente. Con todo, se afirma por algunos que no fue un personaje histórico, sino que lo inventó la aristocracia espartana para darse prestigio. Se ha supuesto que viviría entre los siglos xi y ix a. C.

[6] Es el también legendario legislador de los locrios, al que se le sitúa en el siglo vii a. C. Suele afirmarse que sus leyes estaban concebidas en beneficio de la aristocracia.

[7] Legislador de Catania (Sicilia) al que parece muy probable que se le deba reconocer personalidad histórica (ss. vii y vi): fue el pacificador de su patria y extendió su acción legislativa por toda Sicilia y por la Magna Grecia.

[8] Efectivamente el filósofo de Samos, a partir del 531 a. C., estableció en Crotona, para una minoría selecta, una escuela de carácter místico-religioso que se difundió por toda Sicilia, Magna Grecia y llegó hasta Roma, ejerciendo una poderosa influencia en los espíritus.

[9] Séneca niega el valor de «liberal» a la cultura material y utilitaria. En su estudio de perfeccionamiento moral en pos de la sabiduría no ha lugar para artes tales como la pintura, la escultura, la arquitectura y ni siquiera la música (cf. Ep. 88, 18, y Elorduy, El Estoicismo II, págs. 259 y 280).

[10] Virg., Geórg. I 144. Séneca se apoya en el poeta para demostrar que cada perfeccionamiento técnico no exigido por la sabiduría supuso una nueva penalidad para el hombre primitivo.

[11] Virg., ibid., I 139-140. En un contexto similar al de la cita virgiliana precedente, señala Séneca que el progreso técnico no es obra de la sabiduría, sino de la sagacidad humana.

[12] Nacido en Sinope, vivió en el siglo iv a. C. Es el fundador y figura prócer de la escuela cínica: tanto con sus numerosos escritos como con su austera conducta manifestó su menosprecio por las riquezas y los honores, abogando por el retorno a la sencillez de la naturaleza. Su ideal, la virtud, se consigue después de mucho ejercicio.

[13] Figura legendaria que representa, en la Antigüedad helénica, una inventiva y capacidad artística considerablemente extraordinarias. Arquitecto, escultor e inventor de la segur. En la navegación sustituyó los remos por las velas y modeló estatuas que se movían automáticamente. Condenado por Minos a ser encerrado en el Laberinto con el Minotauro, pudo escapar construyendo alas artificiales que sujetó con cera a sus espaldas.

[14] Ovidio, Metamorf. VI 55-58. Se refiere a la competición habida entre Palas Atenea y Aracne para bordar un tejido y recibir el premio de la competición. Aracne resultó vencedora, pero la diosa la transformó en araña.

[15] La diferencia entre Séneca y Posidonio es clara. El primero no cree que fueran sabios los inventores de las artes necesarias para la vida, como las textiles, metalúrgicas, etc.; el segundo sí. Séneca, en efecto, encarece más el concepto de sabio y sabiduría, que se da pocas veces.

[16] Eran los espíritus de los muertos, que, en calidad de dioses tutelares, protegían a los moradores de la casa romana. Sobre los Genios, cf. Ep. 12, 2, y Roca., Séneca. Epístolas... I, pág. 137, n. 285. Eran como dioses protectores que se identificaban con la personalidad de cada hombre.

[17] Parece referirse a las almas insignes por su virtud que han conseguido ya la apoteosis o divinización. Entre los romanos el primero que la obtuvo fue Rómulo con el nombre de Quirino.

[18] Originario de Escitia (s. vi a. C.), conoció en Atenas a Solón y se distinguió por su moralidad y sabiduría, siendo contado entre los siete sabios. Por haber intentado implantar la cultura y religión helénicas en su patria, su hermano, el rey de la región, lo consideró impío y lo hizo ejecutar.

[19] Sobre Demócrito de Abdera (s. v), filósofo de talento universal, también preocupado por las cuestiones morales, cf. Ep. 7, 10, y Roca, Séneca. Epístolas... I, pág. 117, n. 251.

[20] Por supuesto, la filosofía epicúrea que propugnaba la inhibición en política y negaba la providencia de los dioses sobre los humanos, por más que presentase a la divinidad como ejemplo de «ataraxia» o imperturbabilidad (cf. Roca, ibid., I, págs. 49-54, donde hemos desarrollado las líneas fundamentales del influjo epicúreo en el epistolario de Séneca).

[21] Virg., Geórg. I 125-128. Frente al estímulo que Júpiter infundió en el ánimo de los hombres para cultivar debidamente los campos, la situación anterior, aquí descrita, era más bien de descuido. Así el poeta, que elogia el designio de Júpiter de impulsar la actividad humana, critica indirectamente la Edad de Oro.

[22] Clara resonancia ideológica de la tragedia senecana, Hérc. en el Eta 644-647.

Lecciones que se derivan del incendio de Lyón

Se comprende el disgusto de Liberal por la destrucción inesperada de Lyón. Mas la fortuna no debe sorprendernos por más insólitos que sean sus golpes (1-6). En lo humano no hay estabilidad; por ello debemos fortalecer el espíritu. Diversos fenómenos naturales han asolado ciudades famosas: toda obra está destinada a perecer (7-12). Con todo, Lyón puede resurgir a una situación mejor. Es preciso, pues, que nos eduquemos para aceptar la propia suerte: vida y muerte son similares para todos (13-18). No hay que temer los males imaginarios, ni siquiera la muerte, que hasta puede ser un bien (19-21).

Nuestro amigo Liberal[1] se encuentra ahora afligido por la noticia del incendio que ha consumido la colonia de Lyón. Esta calamidad podría impresionar a cualquiera, cuanto más a un hombre muy enamorado de su patria. Semejante suceso le ha movido a procurarse aquella entereza de alma que claramente ejercitó para soportar los infortunios que consideraba eran de temer. En cambio, no me extraña que tal desgracia tan imprevista y casi inaudita se haya producido sin sospecharla, puesto que no había precedentes: en efecto, a muchas ciudades las deterioró un incendio, pero a ninguna la aniquiló. De hecho, aun cuando sea la mano del enemigo la que ha aplicado el fuego a las casas, éste en muchas partes se apaga y, por más que se le atice constantemente, rara vez lo devora todo de tal forma que no deje nada a dirimir con la espada. Asimismo, apenas si hubo jamás un terremoto tan funesto y pernicioso que destruyese ciudades enteras. En suma, jamás estalló un incendio tan violento que no hubiese dejado pasto para otro incendio.

Tantas bellísimas construcciones, de las que cada una: bastaría para enaltecer una ciudad, las echó por tierra una sola noche y en medio de una paz tan grande aconteció lo que ni siquiera en la guerra puede temerse. ¿Quién podría creerlo? En plena quietud de las armas, cuando la tranquilidad se había difundido por todo el orbe de la tierra, el emplazamiento de Lyón, orgullo de la Galia, en vano se intenta encontrar[2]. A todos cuantos la fortuna abatió con calamidades públicas les permitió inquietarse por lo que iban a sufrir; ninguna gran edificación ha carecido de un lapso de tiempo que preceda a su ruina: en el caso de esta ciudad sólo una noche medió entre la máxima grandeza y la nada. Te cuento que fue destruida, empleando en ello más tiempo del que, en realidad, transcurrió en su destrucción.

Todas estas consideraciones doblegan el ánimo de nuestro querido Liberal, firme y resuelto frente a sus desgracias. Y no está abatido sin causa: los reveses inesperados resultan más graves; la novedad aumenta el peso de la calamidad y no existe mortal alguno a quien no duela más la desgracia que, por añadidura, le ha sorprendido.

Por ello nada hay que no deba ser previsto; nuestro ánimo debe anticiparse a todo acontecimiento y pensar no ya en todo lo que suele suceder, sino en todo lo que puede suceder. Pues ¿qué cosa hay que la fortuna no logre arrebatar, si le place, aun de la situación más próspera? ¿Qué cosa que ella no ataque y sacuda con tanta mayor

fuerza cuanto mayor es la hermosura con que resplandece? ¿Qué cosa hay que le resulte penosa o difícil?

No lanza siempre su ataque por el mismo camino, ni tampoco por el camino usual: unas veces dirige nuestras manos contra nosotros mismos; otras, confiada en sus propias fuerzas, inventa pruebas sin causa justificada. No queda excluido momento alguno: en medio del mismo placer surgen los motivos de dolor. En plena paz estalla la guerra, y las garantías de seguridad se convierten en fuente de temor: el amigo se vuelve enemigo y el aliado adversario. La bonanza estival se transforma en repentina tempestad más impetuosa que la invernal. Sin enemigos sufrimos actos de hostilidad, y, a falta de otros motivos, una felicidad desmesurada encuentra para sí las causas del infortunio. A hombres muy sobrios les ataca la enfermedad, a los muy vigorosos la tisis, a los muy inocentes el castigo, a los muy retirados la sedición; el azar discurre algún nuevo medio con que imponernos su dominio, cuando nos hemos olvidado de él.

Todo cuanto prolongadas generaciones han construido con asiduos trabajos y la continua protección de los dioses, lo dispersa y destruye un solo día. Concede un plazo largo a los males que se avecinan quien les asigna un día: una hora y un instante bastan para abatir los imperios. Sería un motivo de consuelo para nuestra fragilidad y para nuestros asuntos, si todas las cosas pereciesen tan lentamente como se producen; en cambio, el crecimiento procede lentamente, la caída se acelera.

Nada hay estable ni en privado, ni en público; tanto el destino de los hombres como el de las ciudades cambia. En medio de una situación muy tranquila se origina el terror, y los males brotan con violencia donde menos se esperaba, sin que ninguna causa provoque desde fuera la perturbación. Los reinos que habían subsistido ante las guerras civiles y las externas van a la ruina sin que nadie les empuje. ¡Cuán pocas ciudades han mantenido largo tiempo su prosperidad! Así, pues, hay que sopesar todas las posibilidades y fortalecer el espíritu frente a los riesgos que nos puedan venir.

Piensa en los destierros, en los sufrimientos de la enfermedad, en las guerras, en los naufragios. Una desgracia puede privar a la patria de ti o privarte a ti de la patria, puede relegarte a los desiertos y puede convertir en desierto el mismo lugar en que se agolpa la multitud. Tomemos en consideración todas las posibilidades del destino humano y anticipémonos mentalmente no sólo a cuantos accidentes suceden con frecuencia, sino a cuantos en el mayor número puedan suceder, si no queremos vernos abatidos y quedar atónitos ante tales acontecimientos insólitos como si fueran excepcionales; hay que sopesar la fortuna en todos sus aspectos.

¡Cuántas veces ciudades de Asia, cuántas veces ciudades de Acaya se derrumbaron en una sola sacudida de terremoto! ¡Cuántas fortalezas en Siria, cuántas en Macedonia fueron engullidas! ¡Cuántas veces semejante calamidad desoló a

Chipre! ¡Cuántas veces Pafos se desplomó sobre sí misma![3] A menudo se nos ha notificado la destrucción de ciudades enteras, y nosotros, destinatarios con frecuencia de tales nuevas, ¡qué parte tan pequeña somos del universo! Reaccionemos, por lo tanto, contra los accidentes de la fortuna y sepamos que todo cuanto sucede no es tan grave como lo proclama la voz popular.

Ardió en llamas una ciudad opulenta, ornamento de las provincias entre las que estaba situada en lugar de privilegio, colocada sobre un montículo, por cierto no muy amplio: de todas estas ciudades, cuyo esplendor y fama ahora te ponderan, el tiempo borrará hasta sus huellas. ¿No ves cómo en Acaya han sido ya derruidos los cimientos de ciudades celebérrimas y no queda rastro alguno que muestre siquiera que han existido?

No sólo se desmoronan las obras de nuestras manos, ni sólo un breve tiempo destruye lo que han producido el arte y la actividad humana: las cumbres de los montes se disgregan, regiones enteras se han hundido, parajes que se hallaban lejos del litoral marítimo se han visto inundados por las olas: la enorme potencia del fuego erosionó los cráteres por los que emitía su resplandor, y promontorios en otros tiempos altísimos, garantía y refugio de los navegantes, los rebajó de nivel. Las obras de la propia naturaleza se ven maltratadas y por ello debemos soportar con ánimo sereno la ruina de las ciudades.

Están en pie destinadas a caerse; a todas aguarda este final: ora la fuerza interna de los vientos y su soplo en espacio reducido quiebra con sus violentas sacudidas la mole pesada que los oprime, ora el ímpetu tremendo de los torrentes subterráneos rompe los diques, ora la violencia de las llamas hace pedazos la estructura del suelo, ora la vetustez de la que nada está a salvo la destruye insensiblemente, ora la insalubridad del clima obliga a los pueblos a emigrar y el abandono corrompe los parajes desérticos. Sería largo enumerar todas las vías por las que el destino se consuma. Esto es lo único que sé: todas las obras de los mortales están condenadas a morir, vivimos en medio de cosas perecederas.

Así, pues, estos consuelos y otros semejantes ofrezco a nuestro amigo Liberal, que arde en un increíble amor hacia su patria, la que quizás fue consumida por el fuego para ser reconstruida con mayor esplendor. A menudo una desgracia dio lugar a una fortuna más próspera: muchas cosas han caído para levantarse a mayor altura. Timágenes[4], enemigo de la prosperidad de la Urbe, aseguraba que los incendios de Roma a él le ocasionaban dolor tan sólo porque sabía que luego surgirían edificaciones más bellas que las consumidas por el fuego.

Es de suponer que también en esta ciudad de Lyón todos rivalizarán por reconstruir edificios más grandes y esbeltos que aquellos que han perdido[5]. ¡Ojalá sean duraderos y construidos con mejores auspicios para más largo tiempo! Porque estamos en el centésimo año de la fundación de esta colonia, período que ni siquiera

para un hombre es el máximo posible. Fundada por Planco, se incrementó por las excelencias del lugar en esta gran población: sin embargo, ¡cuántos infortunios muy penosos ha debido soportar en el tiempo que alcanza la vejez del hombre!

Por lo tanto, eduquemos nuestra alma para que comprenda y acepte la propia suerte y sepa que nada existe que la fortuna no haya intentado: ella posee el mismo derecho sobre los imperios que sobre los emperadores y el mismo poder sobre las ciudades que sobre sus habitantes. Por nada de esto debemos indignarnos: hemos entrado en un mundo que se rige por estas leyes. ¿Te agrada? Obedece. ¿No te agrada? Sal por el camino que quieras. Indígnate si alguna norma injusta ha sido establecida directamente contra ti; pero si estas leyes de la necesidad encadenan a los más encumbrados y a los más humildes, reconcíliate con el hado que todo lo disuelve.

No tienes por qué compararnos con los sepulcros y esos monumentos que, en altura desigual, bordean el camino: la ceniza iguala a todos. Desiguales por nacimiento, somos iguales en la muerte. Digo lo mismo de las ciudades que de sus habitantes: tanto Árdea[6] como Roma fueron conquistadas. El fundador de los derechos del hombre sólo nos diferenció por el linaje y por la gloria del nombre mientras subsistimos: mas, cuando hemos llegado al término de nuestra existencia mortal, nos dice: «Aléjate ambición: aplíquese una ley absolutamente igual para todos los que pisan la tierra». Somos iguales para soportar cualquier infortunio; ninguno es más frágil que otro; ninguno tiene más seguridad para el día de mañana.

Alejandro, rey de Macedonia, había iniciado el estudio de la geometría, ¡infeliz de él!, iba a saber lo pequeña que era la tierra de la que había conquistado una mínima parte. Sí, lo sostengo: «infeliz»[7] porque debía comprender que llevaba un sobrenombre falso: en efecto, ¿quién puede ser grande en una porción tan pequeña? Las enseñanzas que le impartían eran difíciles y precisaban de una aplicación constante, no eran tales que las pudiese captar un insensato que proyectaba su ambición más allá del océano. «Enséñame cosas fáciles», dijo. A lo que su maestro respondió: «Estas enseñanzas son las mismas para todos, difíciles por igual».

Imagínate que la naturaleza te dice: «Estas cosas de las que te quejas son las mismas para todos, a nadie puedo hacérselas más fáciles, pero el que se lo proponga puede hacérselas más fáciles». ¿De qué forma? Con la serenidad del espíritu. Es preciso que sientas dolor, que tengas hambre y sed, que envejezcas, si consigues una existencia bastante prolongada entre los hombres, que enfermes, que sufras algún menoscabo, que perezcas.

Con todo, no tienes por qué dar crédito a esas voces que resuenan en torno a ti; ninguna de ellas es mala, ninguna intolerable o penosa. El miedo que se les tiene parte de un prejuicio. Te asusta la muerte tanto como la opinión ajena: ¿qué mayor insensatez que la de un hombre que teme las palabras? Con gracejo suele decir

nuestro querido Demetrio[8] que, para él, el griterío de los ignorantes tiene el mismo valor que los ruidos que produce el vientre. «¿Qué me importa —dice— que suenen por arriba o por abajo?».

¡Qué demencia la de temer ser infamado por los infames! Cómo os atemorizasteis de la opinión pública sin motivo, así también de aquello que nunca hubierais temido, si la opinión pública no os hubiera impulsado a ello. ¿Acaso experimentaría detrimento alguno el hombre de bien, salpicado por rumores injustificados?

Tales rumores tampoco deben perjudicar nuestra valoración respecto de la muerte: ésta goza también de mala reputación. Ninguno de aquellos que la acusan la ha experimentado: mientras tanto es una temeridad condenar lo que se desconoce. Por el contrario, tú sabes cuán provechosa es a muchos, a cuántos libra de la tortura, de la pobreza, de las quejas, de los suplicios, del hastío. No estamos en poder de nadie, mientras que la muerte está en nuestro poder.

[1] Se trata de Ebucio Liberal, nacido en Lyón y gran amigo de Séneca, a quien el filósofo, como ya dijimos, dedicó su obra De beneficiis.

[2] Debe su emplazamiento actual al cónsul Lucio Munacio Planco, que erigió la ciudad ampliando la aldea preexistente en la desembocadura del Ródano y del Saona en el año 43 a. C. Destruida a principios de agosto del 64 de nuestra era por el terrible incendio al que se refiere Séneca en esta Epístola, fue reconstruida con la ayuda de Nerón y de toda la provincia Lugdunense (cf. R. Wuilleumier, Lyon métropole des Gaules, París, 1953).

[3] En Nat. Quaest. VI 26, 4, Séneca combate la afirmación de que las ciudades ofrecen mayor seguridad cuanto más próximas se hallan del mar, en un pasaje que puede considerarse paralelo de éste. Se alude también al tópico de la inestabilidad y muerte de las ciudades.

[4] Profesor, polígrafo e historiador griego nacido en Alejandría. Fue llevado a Roma como prisionero de guerra; al ser puesto en libertad, abrió una escuela de retórica en la que le sucedió Asinio Polión. Gozó de la amistad de Augusto a pesar de la mordacidad con que se expresaba, pero, al fin, caído en desgracia se retiró a Albano, donde murió.

[5] Efectivamente, según Tácito (cf. An. XVI 13), Nerón envió a fines del 65 cuatro millones de sestercios para aliviar a la ciudad de Lyón en sus muchas pérdidas y para restaurar sus monumentos públicos. Tal cantidad habían enviado antes a Roma los lugdunenses para paliar los destrozos causados por el incendio del 64.

[6] Es la Árdea etrusca a 28 km. al sur de Roma, la capital de los rútulos, donde tenía su asientó el legendario Turno. Después de la derrota y muerte de éste, Eneas la incendió. Luego fue capital de los latinos. Durante el siglo vi fue sitiada por Tarquinio el Soberbio y derrotada en la guerra contra los samnitas en el siglo iv.

[7] Esta anécdota que aprovecha Séneca para calificar de infelix a Alejandro, censurando así el sobrenombre de magnus, pone de relieve el juicio moral del filósofo sobre el gran caudillo griego. Éste, además de ser torpe para entender la geometría, se hallaba en los antípodas de la sabiduría.

[8] A este filósofo cínico, coetáneo y amigo de Séneca, alude éste en varias de sus Ep.: 20, 9; 62, 3 (donde le dedica grandes elogios), y 67, 14. Lo presenta siempre como «nuestro Demetrio» (cf. Roca, Séneca. Epístolas... I, págs. 58-59).

Los viajes no procuran ni la sabiduría, ni la virtud

Séneca abandona Roma para dirigirse a Nomento. Tan pronto abandona el aire cargado de la ciudad se siente recuperado (1-6). El cambio de lugar, dice, no aprovecha si el alma no se procura el retiro. Nos acompañan falsas convicciones: juzgamos males la pobreza, la falta de honores y la muerte. Los viajes que acrecientan el conocimiento de otros países no nos hacen ni más honestos, ni más sabios (7-15). Por ello hemos de ocuparnos del estudio y de los maestros de la sabiduría; necesitamos no un paisaje, sino un médico, eliminar del alma la maldad acogiéndonos a la conducta de los mejores. Vivamos con Crisipo y Posidonio, maestros de estoicismo. Secundaremos los ejemplos de Sócrates y Catón (16-34).

Retirándome a mi finca de Nomento, he huido, ¿adivinas de qué? ¿De la ciudad? No, de la fiebre que por cierto se insinuaba furtivamente[1]; ya había puesto sobre mí sus manos. El médico decía que eran los primeros síntomas, pues el pulso estaba agitado, inseguro y alteraba su ritmo normal. Por ello ordené que se enganchase en seguida el carruaje; aunque mi querida Paulina[2] intentaba retenerme, mantuve la decisión de partir. Tenía en mis labios las palabras de mi señor hermano Galión[3], quien, aquejado de un principio de fiebre en Acaya, súbitamente se embarcó proclamando que la enfermedad no provenía de su cuerpo, sino del lugar.

Es lo que yo expliqué a mi querida Paulina, que me recomienda que cuide de mi salud. Pues como sé que su vida depende de la mía, comienzo, para atenderla a ella, a atenderme a mí. Y aun cuando la vejez me ha hecho más decidido frente a muchas situaciones, renuncio a este beneficio de la edad; en verdad, se me ocurre que en este viejo vive también una joven que merece atención[4]. Así, pues, ya que no consigo que me ame con más firmeza, ella consigue de mí que yo me ame con mayor cuidado.

En efecto, es preciso secundar los afectos nobles y, en ocasiones, por más que nos impulsen los motivos, en atención a los seres queridos, hay que reclamar para sí, aun con dolor, el aliento de vida y retenerlo hasta en la misma boca, puesto que un hombre bueno ha de vivir no el tiempo que le plazca sino el que sea necesario: quien no aprecia tanto a su mujer, a su amigo como para permanecer en vida más tiempo, quien se empeña en morir, es un afeminado[5]. Este sacrificio debe imponérselo el ánimo cuando lo reclama la utilidad de los suyos, y no sólo si decide morir, sino también si ha comenzado a morir, suspenda la acción y sacrifíquese por los suyos.

Es propio de un alma grande volver a la vida por amor a los demás, cosa que a menudo han realizado hombres generosos; pero cuidar con más atención la propia vejez —cuya mayor ventaja radica en una protección más descuidada de sí y en un empleo más valeroso de la vida—, si sabes que a alguno de los tuyos tal cuidado resulta dulce, provechoso y deseable, esto lo considero también prueba de exquisita humanidad[6].

Esta conducta comporta, además, en sí un gozo y una recompensa no pequeños; pues ¿qué sentimiento más agradable que serle querido a tu mujer hasta el punto de resultar por ello más querido a ti mismo? Así, pues, mi Paulina puede arrogarse el mérito no sólo de la inquietud que siente por mí, sino también de mi propia inquietud.

¿Quieres saber, pues, qué resultado ha tenido mi decisión de partir? Tan pronto como hube abandonado la atmósfera pesada de la ciudad y el típico olor de las cocinas humeantes que, puestas en acción, difunden con el polvo todos los vapores pestilentes que han absorbido, experimenté en seguida que mi estado de salud había mejorado. Después, ¿cuánto crees que se han incrementado mis fuerzas desde que he llegado a mis viñedos? Habiendo irrumpido libremente en el pasto, me lancé sobre mi alimento. Por lo cual al punto me reanimé; desapareció aquella languidez del cuerpo vacilante y de mal augurio. Con todo empeño me aplico al estudio[7].

Para esta ocupación no contribuye mucho el lugar si no responde por sí mismo el ánimo, el cual, si se lo propone, conseguirá una soledad en medio de los negocios[8]. Mas aquel que escoge su región de veraneo y se afana por el descanso encontrará en todas partes motivos de inquietud. En efecto, cuentan que Sócrates respondió a cierto individuo quejoso de que sus viajes no le habían servido de nada: «No sin razón te ha sucedido esto, ya que viajabas en compañía de ti mismo».

¡Oh cuán bien les iría a algunos si se alejaran de sí mismos! Mas ahora se oprimen ellos mismos, se inquietan, se deterioran, se aterran. ¿De qué aprovecha atravesar el mar y cambiar de ciudad? Si quieres evitar estos males que te oprimen, no debes estar en otros lugares, sino ser otro distinto. Supónte que has llegado a Atenas, a Rodas; escoge una ciudad a tu gusto: ¿qué importa cuáles sean sus costumbres? Tu llevarás allí las tuyas.

Juzgarás que las riquezas son un bien: te atormentará una pobreza —y esto es lo más lamentable— falsa. En efecto, aunque poseas muchos bienes, puesto que alguien posee más, te parecerá que te falta la cuantía en que eres superado. Juzgarás que son un bien los honores: te causará disgusto aquel elegido cónsul y también aquel otro reelegido; sentirás envidia cuantas veces leas el nombre de uno muy repetido en los fastos consulares. Tal será la locura de tu ambición que a nadie creerás tener detrás de ti, si alguien se encuentra delante de ti.

Juzgarás que la muerte es el mayor de los males, cuando en ella no existe ningún otro mal que no sea el que la precede, el temor de ella. Te espantarán no sólo los peligros, sino también las sospechas; te verás siempre perseguido por fantasmas. En verdad, ¿de qué te aprovechará haber escapado de tantas ciudades griegas y haber logrado huir a través de los enemigos?.[9]

Hasta la paz te procurará motivos de temor; no habrá confianza ni siquiera en medio de la seguridad, una vez amedrentado el ánimo, el cual, tan pronto como ha contraído la costumbre del temor injustificado, es incapaz hasta de protegerse de su

seguridad. En efecto, no toma precauciones, sino que huye; ahora bien, estamos más expuestos a los peligros, si les damos las espaldas.

Juzgarás que es un mal gravísimo perder alguno de los seres queridos, siendo así que tal actitud es tan desacertada como llorar porque a los deliciosos árboles que adornan tu casa se les caen las hojas. Cuanto te deleita contémplalo con los mismos ojos con los que contemplarías los árboles mientras reverdecen: disfruta de ello. Un accidente abatirá a éste en un día y a aquél en otro; mas, como la caída de las hojas es fácil de soportar porque renacen, así también lo es la pérdida de las personas amadas que consideras que son el deleite de tu vida, porque se sustituyen, aun cuando no renazcan.

«Pero no serán los mismos». Tampoco tú serás el mismo. Cada día, cada hora te transforman; pero en los otros el desgaste aparece con más claridad, y en nosotros se oculta porque no se verifica de modo ostensible. Los demás son arrancados, pero nosotros somos sustraídos furtivamente a nosotros mismos. ¿No pensarás en nada de esto, ni pondrás remedio a tus heridas, sino que tú mismo te procurarás motivos de angustia ora esperando ora desesperando? Si eres sensato, combina una cosa con la otra: ni esperes sin desesperanza, ni desesperes sin esperanza.

¿Qué provecho le ha podido procurar a uno el viaje por sí mismo? No ha moderado los placeres, no ha refrenado las pasiones, no ha reprimido la ira, no ha doblegado los impulsos violentos del amor; en suma, no ha extirpado del alma vicio alguno. No ha dado discernimiento, no ha disipado el error, sino que como a un niño que admira cosas desconocidas, le ha recreado por breve tiempo con cierta novedad.

Por lo demás, ir de acá para allá estimula la inconstancia del ánimo, que se halla muy enfermo, y lo vuelve más inestable y ligero. En consecuencia, los hombres abandonan los lugares que habían buscado con mucho empeño con mayor empeño aún y, a guisa de pájaros, pasan volando y se alejan más deprisa que habían llegado.

El viaje te dará a conocer pueblos, te mostrará montes de extrañas figuras, extensas llanuras nunca por ti contempladas y valles regados por fuentes perennes; ofrecerá a tu observación las características singulares de algún río: cómo el Nilo se hincha con la crecida del verano[10], o cómo el Tigris desaparece de la vista y, recorriendo su curso por lugares subterráneos, reaparece con todo su caudal[11], o cómo el Meandro, tema de ejercicios y entretenimiento de todos los poetas, se enrosca en múltiples sinuosidades y, a menudo, avanzando ya próximo a su lecho, antes de penetrar en él, tuerce la dirección[12]: por lo demás, el viaje no te hará ni más bueno, ni más sabio.

Es necesario familiarizarse con el estudio y con los maestros de la sabiduría, para adquirir los principios ya descubiertos y descubrir los todavía no hallados; así el espíritu, que debe sustraerse a la más degradante esclavitud, se reivindica para la libertad. En verdad, en tanto que ignores qué debes evitar y qué apetecer, qué es lo

necesario, qué lo superfluo, qué lo justo, qué lo injusto, qué lo honesto y qué lo no honesto, esto no será viajar, sino andar extraviado.

El andar de acá para allá no te aportará ayuda alguna; viajas, en efecto, con tus pasiones y tus vicios te siguen. Por cierto, ¡ojalá te siguieran! Estarían más alejados: ahora los llevas contigo, no tiras de ellos. Así, pues, te oprimen en todas partes, te consumen con las mismas molestias. Para el enfermo hay que buscar un médico, no un país.

Uno se ha roto la pierna o se ha dislocado una articulación: no sube a un vehículo o a una nave, sino que llama al médico para que la parte rota sea ligada y la dislocada puesta en su lugar. Pues ¿qué? ¿Piensas que el espíritu, quebrantado por tantas partes y dislocado, puede curarse con el cambio de lugar? Este mal es demasiado grave para que pueda curarse con un paseo en litera.

El viaje no hace a uno médico, ni orador; ningún arte se aprende por causa del lugar; pues ¿qué? ¿La sabiduría, arte el más importante de todos, se consigue en un viaje? No existe, créeme, viaje alguno que te exonere de tus pasiones, de tus enojos, de tus temores; porque si existiera alguno las gentes, en apretadas columnas lo llevarían a cabo. Estos males te oprimirán y consumirán, vagabundo por tierras y mares, tanto tiempo como lleves en ti las causas de ellos.

¿Te sorprendes de que la huida no te sirve? Los males que rehúyes están unidos a ti. Por lo tanto, corrígete, arroja la carga de tus espaldas y refrena dentro del límite saludable los deseos que deben moderarse; expulsa de tu espíritu toda suerte de maldad. Si quieres tener viajes placenteros, sana a tu compañero. La avaricia te dominará mientras vivas con un sórdido avaro; la arrogancia te dominará mientras trates con un soberbio; jamás te despojarás de tu crueldad conviviendo con el verdugo; la camaradería con los impúdicos enardecerá tus pasiones.

Si quieres desprenderte de los vicios, debes retirarte lejos de los ejemplos del vicio. El avaro, el seductor, el cruel, el fraudulento, que te harían mucho daño si se hallasen cerca de ti, se encuentran dentro de ti. Dirige tus pasos hacia los mejores: vive con los Catones[13], con Lelio[14], con Tuberón[15]. Y si te complace, asimismo, vivir con los griegos, familiarízate con Sócrates[16], con Zenón[17]: el primero te enseñará a morir si hay necesidad, el segundo antes de que sea necesario.

Vive con Crisipo[18], con Posidonio[19]: éstos te transmitirán el conocimiento de los temas divinos y humanos, éstos te prescribirán ser laborioso, no sólo hablar con elegancia y pronunciar discursos para deleite de los oyentes, sino endurecer tu ánimo y tenerlo firme contra las amenazas. En efecto, es único el puerto de esta vida agitada y turbulenta: menospreciar cuanto debe suceder, erguirse confiado y dispuesto a recibir de frente los dardos de la fortuna sin esconderse, ni dar la espalda.

La naturaleza nos ha hecho magnánimos y como a ciertos animales ha otorgado la ferocidad, a otros la astucia, a otros el sentido del temor, igualmente a nosotros un

espíritu ansioso de gloria y noble que busca dónde poder vivir con más honestidad, no con más seguridad, muy semejante al cielo al que aspira y emula en cuanto está permitido al paso de los mortales; se da a conocer, siente que se le alaba y se le contempla.

Dueño de todas las cosas, es superior a todas ellas. Por lo tanto, no se plegará ante riesgo alguno, ninguno le parecerá excesivo, ninguno capaz de doblegar a un hombre.

Figuras terribles de ver la Muerte y la Fatiga[20]*:*

En modo alguno, sin duda, si uno puede mirarlas con ojos firmes y disipar las tinieblas; muchas cosas consideradas terribles durante la noche, a la luz del día resultan motivo de risa.

Figuras terribles de ver la Muerte y la Fatiga:

Con acierto dijo nuestro Virgilio que eran terribles no en la realidad, sino a la vista, es decir, que parecen terribles, pero no lo son.

¿Qué hay, repito, en ellas tan terrible como la voz pública ha divulgado? ¿Qué motivo hay, Lucilio, te lo ruego, para que un hombre tema la fatiga, un ser mortal la muerte? ¡Tantas veces me encuentro con esos que piensan que no puede hacerse cuanto ellos son incapaces de hacer y que afirman que hablamos de una conducta superior a cuanto la naturaleza humana puede seguir!

Mas ¡cuánto mejor juzgo yo de ellos! Ellos mismos pueden también realizar estas obras, pero no quieren. En suma, ¿a quién jamás ellas le han fallado cuando intentaba realizarlas? ¿A quién no le han parecido más fáciles al llevarlas a cabo? No porque son difíciles no nos atrevemos a hacerlas, sino porque no nos atrevemos son difíciles.

Si, con todo, echáis de menos un ejemplo, fijaos en Sócrates, un viejo acostumbrado a sufrir[21], zarandeado por toda clase de dificultades, no obstante invicto ante la pobreza que las cargas domésticas hacían más pesada, y ante las fatigas que soportó hasta el fin incluso como soldado. En casa, ¡con qué sufrimientos no fue probado!: recordemos a su mujer, de carácter cruel, de lengua procaz, o a sus hijos rebeldes, más parecidos a la madre que al padre[22]. Fuera de casa, en cambio, vivió en la guerra, o bajo la tiranía o en una forma de libertad más inhumana que la guerra o la tiranía.

Se combatió veintisiete años[23]; terminada la contienda, la ciudad fue entregada en castigo a los treinta tiranos, de los cuales la mayor parte eran enemigos de Sócrates[24]. Por último, se consumó su condena so pretexto de cargos muy graves: se le acusó de profanar la religión y de corromper a la juventud, a la que, según se alegó, instigaba contra los dioses, los padres de familia y el Estado[25]. A esto siguió la cárcel y el veneno. Tales infortunios perturbaron tan poco el ánimo de Sócrates que

ni siquiera alteraron su semblante. ¡Oh gloria esta admirable y singular! Hasta el último momento nadie contempló a Sócrates ni más alegre, ni más triste; se mantuvo igual en tan gran desigualdad de la fortuna[26].

¿Quieres otro ejemplo? Fíjate en Marco Catón, el joven, con quien la fortuna se comportó aún más hostil e implacable[27]. Aunque en todas partes se le opuso, por último hasta en la muerte, no obstante él mostró que un hombre esforzado puede vivir y morir con fortuna adversa. Toda su existencia transcurrió o en la contienda civil, o en un estado de paz que estaba engendrando la guerra civil; y se puede afirmar que éste, no menos que Sócrates, se distinguió en medio de esclavos, a no ser que opines que Gneo Pompeyo, César y Craso se coaligaron para la libertad.

Nadie vio cambiar a Catón en tantos cambios de la República; se mostró el mismo en toda situación: al ser elegido pretor, al ser rechazado, como acusador, en el gobierno de la provincia, en las asambleas, en el ejército, en la muerte. Finalmente, en aquella perturbación de la República, cuando, de un lado, César estaba apoyado por diez legiones muy belicosas y por todas las guarniciones extranjeras, y del otro, Gneo Pompeyo se bastaba él solo contra todo, mientras unos se inclinaban hacia César y otros hacia Pompeyo, sólo Catón formó también un partido en favor de la República.

Si quieres abarcar con tu pensamiento la imagen de aquella época, verás de una parte a la plebe y a todo el pueblo, dispuesto a la revuelta, de otra a los optimates y al orden ecuestre, todo cuanto había en la ciudad de venerando y distinguido, y en medio dos abandonados, la República y Catón. Te maravillarás, te lo advierto, cuando reconozcas al Atrida y Príamo y a Aquiles enfurecido contra los dos[28] porque a uno y otro reprueba, a uno y otro desarma.

Ésta es la sentencia que emite sobre el uno y sobre el otro: afirma que si César vence, él se dará la muerte, y si vence Pompeyo, partirá al destierro. ¿Qué tenía que temer quien había decidido aplicarse a sí mismo, vencido o vencedor, las penas que hubieran podido aplicarle los enemigos más furiosos? Así, pues, murió por propia decisión.

Ves cómo los hombres pueden soportar el esfuerzo: a través de los desiertos de África condujo a pie el ejército. Ves cómo se puede resistir la sed: por áridas colinas sin bagaje alguno, conduciendo los restos del ejército derrotado, soportó la carestía de agua con la coraza puesta, y cuantas veces se les brindó la oportunidad del agua, bebió el último. Ves cómo se pueden despreciar los honores y los insultos: el mismo día en que fue rechazado en las elecciones jugó a pelota. Ves cómo es posible no temer el poder de los fuertes: provocó a la vez a Pompeyo y a César, a ninguno de los cuales se atrevía nadie a ofender si no era para granjearse el favor del otro. Ves cómo se puede menospreciar tanto la muerte como el destierro: se impuso a sí mismo el destierro y la muerte y, entretanto, la guerra.

En consecuencia, podemos mostrar tanto valor frente a estos males, con tal que decidamos sustraer nuestro cuello al yugo. Mas, en primer lugar, debemos rechazar los placeres: enervan, afeminan y exigen mucho, de modo que mucho es preciso exigir a la fortuna. Luego, debemos despreciar las riquezas: son el salario a pagar por la esclavitud. Abandonemos el oro, la plata y cualquier otra cosa que colma las mansiones de los ricos: la libertad no puede adquirirse gratuitamente. Si a ésta la aprecias mucho, todo lo demás debes apreciarlo poco.

[1] Las fiebres invaden Roma, por lo que Séneca se refugia en su finca de Nomento. Al parecer, nos hallamos a mediados de septiembre (año 64), mes poco saludable. La uva está ya madura y Séneca se nutre de ella como de alimento muy apreciado.

[2] Pompeya Paulina es la joven segunda esposa de Séneca, muy probablemente la hija del caballero Pompeyo Paulino, el destinatario del diálogo De brevitate vitae, y hermana de Pompeyo Paulino, cónsul suffectus en el 54 y legado propretor de la Germania inferior. Séneca debió de desposarla al regresar de su destierro en Córcega (cf. J. Carcopino, «Choses et gens du pays d'Arles», Rev. de Lyon [janvier-mai, 1922], 64-70).

[3] Es el hermano mayor de Séneca, M. Anneo Novato, llamado «señor» por respeto a la edad. Adoptado por un conocido retórico amigo del padre, tomó el cognomen de éste que era Galión. Mientras el otro hermano, Mela, padre del poeta Lucano, se mantuvo alejado de los cargos públicos, Galión se lanzó a la carrera de los honores. Ambos se suicidaron tras la muerte de Séneca. A Novato, Séneca le dedicó antes de la adopción por L. Junio Galión el diálogo De ira y, después de la adopción, el De vita beata.

[4] La alusión a Paulina, bastante más joven que Séneca, es evidente. «Viejo» y «joven», aunque no sean la misma persona, sugieren la idea de dos criaturas íntimamente unidas como un ramo joven injertado en un tronco viejo.

[5] La postura de la Estoa frente a los afectos era intransigente, había que erradicarlos, pero Séneca «era un emotivo... Fundándose en esta su personal sensibilidad justificó explícitamente los nobles sentimientos, como el amor conyugal» (M. Pohlenz, La Stoa. Storia di un movimento spirituale, Florencia, 1967 [Gotinga, 1949], 11, págs. 66-67).

[6] Lo hizo,también el propio Séneca por amor a su viejo padre, Séneca el Retórico, cuando «se consumía por la fluxión, llegando a una delgadez extrema» (Ep. 78, I).

[7] Con la imagen del viejo filósofo reanimado en su salud y aplicando al estudio las últimas fuerzas de su existencia, termina la descriptio epistolares. No deja de sorprender cómo un Séneca enfermizo haya podido realizar un trabajo literario tan fecundo.

[8] En estos §§ 7-20, Séneca desarrolla con amplitud su doctrina sobre la significación de los viajes para el aspirante a la sabiduría: su juicio es, en conjunto, negativo tal como lo había anticipado sumariamente en las Ep. 2, 28 y 69, donde llega a afirmar que el continuo cambio de lugar es un obstáculo para la perfección, pues supone inconstancia y falta de continuidad para el retiro fecundo, sin olvidar que viajar de nuevo por parajes conocidos puede excitar el recuerdo de viejas pasiones.

[9] Virg., En. III 282-283. El pasaje se refiere a Eneas y a los troyanos, que, después de escapar de tantas ciudades griegas llegan, por fin, al promontorio de Accio, en Acarnania, donde celebran los Juegos de Troya. Fue en Accio donde, el 31 a. C., se libró la famosa batalla naval entre Marco Antonio y Octaviano Augusto con la victoria de éste último.

[10] La exploración del cauce alto del Nilo tuvo lugar en tiempos de Nerón: cf. Sén., Nat. Quaest. IV A, 3-30, y VI 8, 3-5.

[11] Acerca del Tigris que desaparece bajo tierra para reaparecer poco después, cf. Sén., Nat. Quaest. VI 8, 2.

[12] Este río del Asia Menor que separa Caria de Lidia estaba poblado por una gran cantidad de cisnes y «se enrosca, según dice Séneca, en múltiples sinuosidades»; de ahí el interés que suscitó entre los poetas: Hom, Il. II 869; Hes., Teog. 339; entre los latinos: Ov., Met. VIII 162 ss., que lo califica «de aguas cristalinas».

[13] El más citado de los dos es Catón de Útica, modelo para todo estoico y, sin duda, de mayor interés para Séneca (cf. infra, §§ 29-33).

[14] Sobre Lelio, el Sabio, citado últimamente en la Ep. 95, 72, cf. Roca, Séneca. Epístolas... I, pág. 116, n. 250.

[15] Para Elio Tuberón, cf. Ep. 95, 72, n. 262.

[16] Sobre Sócrates, cf. Ep. 98, 12, n. 284. Aquí mismo, §§ 27-28, lo propone como ejemplo de vida y muerte.

[17] A Zenón, el fundador de la escuela estoica, lo ha citado Séneca en varias epístolas (cf. Ep. 83, 10, n. 34).

[18] Sobre Crisipo, uno de los primitivos maestros del estoicismo, cf. Roca, Séneca. Epístolas... I, págs. 126-127, nn. 266-267.

[19] Sobre Posidonio, maestro del estoicismo medio, cf. Ep. 83, 10, n. 34. Muchas veces aludido por Séneca, y últimamente en la Ep. 95, 65.

[20] Virg., En. VI 277. Son los fantasmas terribles por su figura que se hallan en el umbral del infierno. Terribles de ver, dirá Séneca, en su alusión al argumento que está desarrollando, pero no terribles realmente para un espíritu noble, decidido y superior.

[21] Los §§ 27-28 presentan el ejemplo de Sócrates invicto ante la pobreza, ante las cargas domésticas y las fatigas aun como soldado: en Banqu. 215d-223a, Platón brinda el retrato elogioso de Sócrates; en 220b-c y 221b, nos habla de su participación en las batallas de Potidea, Delión y Anfípolis.

[22] El mismo Séneca (cf. Const. sap. XVIII 6) dice que Sócrates recibió de su esposa Jantipa un baño de agua sucia. Sin embargo, sabemos que a su primogénito Lamprocles, indignado contra su madre, le exigió que lo respetara (cf. Jen., Memor. II 2).

[23] Son los años que duró la guerra del Peloponeso, del 431 al 404 a. C. En la n. 340 nos hemos referido a la participación de Sócrates en ella.

[24] Fue el gobierno oligárquico instaurado en Atenas por Esparta; luego Trasibulo expulsó a los treinta tiranos.

[25] Así en Jen., Apol. 10, donde aparece la acusación de Meleto. Sigue luego la autodefensa de Sócrates y su condena a muerte, mostrando ante ésta la fortaleza de su alma (11-34).

[26] La Apología de Sócrates escrita por Platón presenta el acta de acusación casi idéntica a la formulada por Jenofonte, pero la autodefensa de Sócrates (cf. 24b) es más amplia y brillante, si bien después de la sentencia condenatoria muestra ante los jueces la misma grandeza de alma.

[27] Una vez más aparece la personalidad de Catón en el desarrollo progresivo del epistolario, que, frente a César y Pompeyo, defiende la causa de la libertad. Séneca se muestra más hostil a César, siendo lo único valioso en Pompeyo la calidad de su séquito (cf. Rosa M.ª Francia, «De la moral a la política...», págs. 198-200). Séneca no admite que, en el primer triunvirato (60 a. C.), hubiera un acuerdo en favor de la libertad, por el contrario se trataba de tres ambiciosos con los resortes del poder.

[28] Virg., En. I 458: Eneas y Acates contemplan en Cartago, en el interior del templo de Juno, cuadros que representaban escenas de la guerra

de Troya. A juicio de Préchac-Noblot (cf. Sénèque. Lettres... IV, pág. 167), el Atrida sería la imagen de Pompeyo que era llamado Agamenón por sus victorias sobre los piratas y Mitrídates, y Aquiles retirado a la tienda sería la imagen de Catón.

¿Cómo vivir tranquilos?

Expone el filósofo los preceptos para una vida tranquila. Señala las causas que mueven al hombre a hacer daño a otro. La más leve está en el desprecio que manifiesta al prójimo. Los deseos de los malvados los evitaremos si no poseemos nada que excite su codicia; la envidia, si no nos exponemos a sus miradas; el odio, si no lo provocamos (1-3). Una modesta fortuna y un carácter suave conseguirán que no inspiremos temor a los demás. También es muy provechoso hablar poco y reflexionar mucho. Y no debemos cometer injusticias para que no nos atormente la mala conciencia y el temor al castigo (4-8).

Te indicaré las normas que debes observar para vivir más seguro. Pero te aconsejo que escuches estos preceptos como si te enseñase la forma de proteger tu salud en tus dominios junto a Árdea[1]. Considera cuáles son los motivos que impulsan al hombre a causar daño a otro hombre: descubrirás que son la esperanza, la envidia, el odio, el temor, el desprecio.

De todos ellos el desprecio es hasta tal punto el más leve, que muchos se han refugiado en él con el fin de protegerse. Al que uno desprecia, ciertamente lo pisotea, pero luego pasa de largo; al hombre despreciado nadie lo daña con ensañamiento, nadie con empeño; incluso el soldado que yace en el campo de batalla es dejado de lado, se combate con el que está en pie.

Evitarás los deseos de los malvados si no tienes nada que excite la injusta codicia de los demás, si no posees nada llamativo: en verdad se ambicionan aun las cosas de poco valor, si son poco conocidas, si son raras. Rehuirás la envidia si no te expones a las miradas de los otros, si no haces ostentación de tus bienes, si aprendes a alegrarte en tu intimidad. El odio o es el resultado de una injuria (esto lo evitarás no provocando a nadie), o es injustificado, del cual te protegerá el sentido común. Tal odio resultó peligroso a muchos: algunos se han ganado el odio sin tener enemigo[2].

Una modesta fortuna y un carácter dulce lograrán que no infundas temor: los hombres deben saber que eres de tal condición que pueden herirte sin riesgo de represalias; que la reconciliación contigo sea fácil y segura. Ser temido es, en verdad, tan enojoso entre la familia, como fuera de ella, tanto por los siervos, como por los hombres libres: no existe ninguno que no tenga fuerza suficiente para hacer daño. Añade ahora que el que infunde temor teme a su vez: nadie ha podido ser temible sin inquietud.

Queda el desprecio, cuya medida la tiene a su disposición quien se lo ha procurado, quien es menospreciado porque ha querido, no porque lo ha merecido. Las incomodidades de éste las desvanecen las buenas costumbres y las amistades de aquellos que son influyentes ante algún poderoso, a los que conviene acercarse, pero no encadenarse[3] para que el remedio no sea más costoso que el peligro.

Sin embargo, nada aprovechará tanto como estar tranquilo y hablar muy poco con

los demás y muchísimo consigo mismo. Existe un cierto encanto en la conversación que se insinúa y halaga y, no de otra suerte que la embriaguez y el amor, descubre los secretos. Nadie silenciará lo que ha escuchado, nadie comunicará sólo cuanto ha escuchado[4]. Quien no silencie el hecho, no silenciará al autor. Cada cual tiene alguien en quien confiar tanto cuanto a él se ha confiado; por más que modere su locuacidad y se contente con los oídos de uno solo, hará pública la noticia; así lo que poco ha era secreto, ahora es voz popular.

Una gran parte de nuestra seguridad radica en no cometer injusticia alguna: los prepotentes llevan una vida turbia y desordenada; temen en la misma medida en que hacen daño y no descansan en ningún momento. En verdad, tiemblan cuando han obrado el mal y andan perplejos. Su conciencia no les permite ocuparse, de otra cosa y en seguida les obliga a responder ante su juicio. El castigo lo expía quien lo espera y lo espera quien lo ha merecido.

Ciertos delitos dejan a uno tranquilo en medio del remodimiento, pero ninguno le deja seguro; en efecto, piensa que si aún no ha sido descubierto, puede serlo, y durante el sueño se agita y, cuantas veces habla del crimen de alguno, recuerda el suyo; no le parece bastante olvidado, ni bastante oculto. El culpable tiene a veces la suerte, mas nunca la certeza de mantenerse oculto[5].

[1] La ciudad de Árdea, antigua capital de los rútulos, estaba edificada sobre una roca en cuyas faldas se extendían vastas lagunas, por ello era considerada aquella zona la más insalubre de toda la región. Séneca, pues, quiere decir a Lucilio que debe acoger los consejos morales de esta epístola con la misma voluntad de aplicarlos con que atendería a los consejos de naturaleza higiénica si tuviera que vivir en una zona malsana.

[2] Con intuición psicológica afirma el filósofo que hay personas que son objeto de odio, aunque no hayan ofendido a nadie de modo particular, tan sólo por su ingrato carácter.

[3] Consejo más práctico que moral. Hemos tratado de reproducir de algún modo en la traducción el juego de palabras de base etimológica (ap-plicari, im-plicari) y con homeoteleuton.

[4] Porque al contar con detalle a los demás el secreto confiado, uno añadirá sus propios comentarios con observaciones un tanto falseadas.

[5] Cuando se ha obrado mal, uno puede quedar libre de castigo, pero nunca de la angustia del remordimiento y del temor al castigo. Señala Grimal (cf. Sénèque ou la conscience..., págs. 194-195) que antes de la crisis del 59, para Séneca la idea de conciencia moral se limita casi a los tormentos que sufre el tirano o al sentimiento de la propia virtud que es fuente de felicidad. Mas, a partir del 59, la conciencia se presenta como fuente de tormentos para todo el que ha cometido una falta, tanto en las Epístolas como el tratado De beneficiis. Sin duda, tal concepción se inspiraba directamente en la experiencia tenida en la corte de Nerón.

Soportemos con serenidad las contrariedades del destino

Lucilio no debe disgustarse por la huida de sus esclavos. En la vida tendremos infortunios, nos fatigaremos en medio de dificultades, pero podemos despreciar y prevenir los males que son inevitables. Nada debe sorprendernos, si reflexionamos asiduamente. Debemos aceptar cuanto es ley de la naturaleza (1-6). Ante los riesgos del clima, de las fieras, de los hombres, aguantemos con fortaleza. La naturaleza gobierna el mundo, sometido a continuos cambios, y a nosotros corresponde estar de acuerdo con ella y secundar a Dios, sin abandonar el curso del universo, donde se integra cuanto hemos de sufrir. Invoquemos a Júpiter en los términos de Cleantes (7-12).

¿Dónde está aquella gran prudencia tuya? ¿Dónde tu agudeza en discernir la realidad? ¿Dónde tu grandeza de alma? ¿Ahora te afecta un hecho tan insignificante? Los esclavos han considerado que tus ocupaciones ofrecían una ocasión propicia para su fuga. Si tus amigos te engañaran (conserven, en verdad, también los esclavos el nombre que por error les dimos y llámeseles así para que no tengan más ignominia), ‹faltaría algo› a toda tu hacienda: faltan esos infelices que consumían tu actividad y creían que eras persona insoportable a los demás.

Nada de esto es insólito, nada inesperado; molestarse por estas cosas es tan ridículo como lamentarse de que lo salpiquen a uno ‹en el baño, o lo empujen› en un lugar concurrido, o lo manchen en medio del fango. En la vida la situación es la misma que en el baño, en la concurrencia, en el viaje: unos agravios te los lanzarán a la cara, otros te vendrán encima. Vivir no es cosa deliciosa. Has emprendido un largo camino: tendrás que resbalar, tropezar, caer, fatigarte y exclamar: «¡oh muerte!», es decir, mentir. En un lugar abandonarás a tu compañero, en otro lo sepultarás, en otro lo temerás: a través de semejantes contrariedades deberás recorrer esta ruta escabrosa.

¿Es que quiere morir? Disponga su ánimo frente a cualquier prueba; sepa que ha llegado donde retumba el rayo; sepa que ha llegado donde los pesares y los remordimientos vengadores han puesto su sede, y donde habitan las lívidas enfermedades y la triste senectud[1]

En esta camaradería es necesario pasar la vida. No puedes rehuir tales infortunios, puedes despreciarlos, y los despreciarás si piensas a menudo en ellos y los presientes como venideros.

Todos se aprestan con más firmeza a la prueba para la que se han preparado largo tiempo, y resisten hasta las pruebas más duras si habían meditado sobre ellas de antemano; por el contrario, el imprevisor se espanta, incluso, hasta de lo más insignificante. Debemos obrar de modo que nada nos coja de improviso; y puesto que todos los infortunios resultan más penosos por la novedad, la asidua reflexión logrará que no seas un bisoño frente a ninguna desgracia.

«Los esclavos me han abandonado». A otro lo han saqueado, a otro lo han

acusado, a otro lo han asesinado, a otro lo han traicionado, a otro lo han apaleado, a otro lo han atacado con veneno o con calumnias: todo cuanto digas ha acontecido a muchos y, en lo sucesivo, ‹les acontecerá›. Numerosos y diversos son los dardos que se lanzan contra nosotros: unos quedan clavados en nosotros, otros vibran y nos alcanzan directamente, otros destinados para los demás llegan a rozarnos.

No debemos sorprendernos de ninguna de las pruebas a las que nos somete nuestra naturaleza, de las cuales nadie debe lamentarse porque son iguales para todos. Así lo mantengo, son iguales; porque aquella desgracia que uno ha evitado, hubiera podido sufrirla. Ahora bien, la ley, no la que todos han usado, sino la promulgada para todos, es justa. Prescribamos, pues, a nuestro espíritu la ecuanimidad y sin quejas paguemos los tributos de nuestra condición mortal[2].

El invierno trae el frío: tenemos que sufrirlo. El verano nos devuelve el calor: tenemos que soportarlo. La inclemencia del tiempo ataca la salud: tenemos que sufrir la enfermedad. Nos encontraremos con una fiera en cualquier lugar, y con el hombre, más perjudicial que todas las fieras. Algún bien nos arrebatará el agua y también el fuego. Tal estado de cosas no podemos cambiarlo: lo que sí podemos es mostrar un gran ánimo, digno de un hombre de bien, con el que resistir con fortaleza los azares de la fortuna y acomodarnos a la naturaleza.

En verdad, la naturaleza modera con sus transformaciones este reino que contemplas: al cielo nuboso sucede el cielo despejado; los mares se agitan después de la bonanza; soplan los vientos sucesivamente; a la noche sigue el día; una parte del cielo se eleva, la otra se sumerge: de fenómenos contrapuestos se compone la duración eterna del universo.

A esta ley debe adaptarse nuestro espíritu; a ésta debe secundar, a ésta obedecer y, considerar que cuantos sucesos acontecen han debido acontecer, sin que pretenda censurar a la naturaleza. Es una disposición excelente la de soportar lo que no puedas enmendar y acompañar sin quejas a Dios[3], por cuya acción todo se produce: es un mal soldado el que sigue con lamentos al general.

Por lo cual, con diligencia y alegría, recibamos los mandatos divinos y no abandonemos la trayectoria de esta bellísima creación en la que está integrado todo cuanto hemos de sufrir; e invoquemos a Júpiter, cuyo gobierno dirige esta mole del universo, como lo invoca nuestro Cleantes con versos elocuentísimos, que me permito traducir a nuestra lengua siguiendo el ejemplo de Cicerón, orador muy elocuente[4]. Si te agradan, acéptalos complacido; si te desagradan, sábete que en este punto he seguido el ejemplo de Cicerón.

Condúceme, ¡oh padre, señor del encumbrado cielo!, doquiera te plazca: nada me retiene para obedecerte; aquí estoy sin vacilar. Mas suponte que me resista, te acompañaré entre lamentos y, contrariado, soportaré lo que he podido realizar complacido. Al que está resuelto los hados lo conducen, al que se resiste lo

arrastran[5].

Así debemos vivir, así debemos hablar; que el Destino nos encuentre dispuestos y diligentes[6]. Es un gran espíritu éste que se le ha entregado; por el contrario, es un espíritu mezquino y degenerado aquel que lo combate, que reprueba el orden del mundo y prefiere corregir a los dioses antes que a sí mismo.

[1] Virg., En. VI 274-275. En compañía de la Sibila, en la gruta del Averno, Eneas, después de sacrificar a los dioses infernales, penetra bajo tierra, donde contempla toda una hilera de monstruos y fantasmas lúgubres, los aquí recordados y otros más (vv. 274-289) en el mismo vestíbulo y entrada primera del infierno.

[2] Si la aequitas «connota... el estado de equilibrio que permite la serenidad del juicio y, por lo mismo, también la actuación de la justicia entendida como virtud social... es también la serenidad interior de la que nace una relación adecuada con la muerte y los inevitables dolores de la vida» (cf. Bellincioni, Lettere.., pág. 144).

[3] Tarea del hombre es comportarse de acuerdo con las leyes que gobiernan el cosmos, y así hay que entender la expresión «acompañar... a Dios» (deum comitari), de esta Ep., como «obedecer a Dios» (deo parare) de Vit. beat. XV 4, 7), en cuanto logos ordenador.

[4] Séneca no sólo se ha servido de antologías sobre la doctrina de los grandes maestros del estoicismo. A algunos los cita de tal forma que hace pensar en una lectura directa de los mismos. Tal es el caso de Crisipo y de Zenón. Asimismo, ha traducido, al menos en parte, el Himno a Zeus, compuesto por Cleantes, siguiendo para ello el modelo ciceroniano (cf. Roca, Séneca. Epístolas... I, pág. 46).

[5] Según Bellincioni, aceptar con entereza cuanto dios nos ordena violentes «de buen grado», mejor que nolentes «contrariados», exige en el hombre una fatigosa labor de superación de sí en lo que consiste, en definitiva, la maduración moral: entre la fase del nolle, que es propia del hombre reacio al destino, y la del velle, que es reconocimiento de la bondad del orden cósmico, media aquel salto por el cual el hombre natural se transforma en hombre moral. Para los versos citados, cf. Arnim, Cleanth. frg. phys. 527.

[6] El Destino se extiende a todo el conjunto del universo; es superior a los dioses, que, aunque conocen el futuro, no pueden alterar el orden del mundo; menos aún pueden alterarlo los hombres que deben someterse de buen grado a lo determinado por la razón universal.

Modo de escuchar a los filósofos

Recuerda Séneca a su maestro Átalo, que respondía y se adelantaba a las preguntas de los discípulos con el propósito de ser útil. Del filósofo se obtiene siempre un provecho, pero se le debe escuchar con el ánimo de mejorar: entonces los jóvenes se dejan ganar por el amor de lo honesto (1-12). Del contacto con Átalo, Séneca conservó ciertos principios y hábitos de austeridad. Pitágoras también lo enardeció con sus enseñanzas a través de los maestros Soción y Sextio (13-23). Importa saber con qué intención abordamos el estudio: la actitud del filólogo y la del gramático al comentar un texto son diferentes de la propia del filósofo. Son las enseñanzas de éste las que nos llevarán a la felicidad (24-39).

El tema sobre el que preguntas es uno de esos cuyo conocimiento tiene sólo el interés de estar enterado de él. Pero, no obstante, puesto que tiene su interés, te apresuras y no quieres esperar los libros que con especial atención estoy preparando y que comprenden todas las cuestiones de la filosofía moral[1]. En seguida te lo expondré; con todo, antes te indicaré cómo debes regular esa avidez de aprender, que veo que te consume, para que ella no se obstaculice a sí misma.

Ni debes libar indistintamente todos los temas, ni irrumpir en todos ávidamente: a través de las partes se llega al todo. El peso debe adaptarse a nuestras fuerzas sin cargarnos con más del que somos capaces de llevar. No debes absorber cuanto quieras, sino cuanto puedas. Ten solamente buen ánimo: podrás abarcar lo que desees. Cuanto más recibe el espíritu tanto más se ensancha.

Recuerdo que tales consejos nos los daba Átalo[2], cuando asediábamos su escuela siendo los primeros en llegar y los últimos en salir, incitándolo a ciertas disputas incluso mientras paseaba[3], dispuesto como estaba no sólo a responder a los discípulos, sino a anticiparse a sus preguntas. «Una misma finalidad deben proponerse el maestro y el discípulo: el primero ser útil, el segundo aprovechar».

El que acude a la escuela de un filósofo, es necesario que todos los días obtenga algún provecho: que regrese a casa o más sano o más sanable. Y regresará sin duda: tal es la fuerza de la filosofía que no sólo ayuda a los que se consagran a ella, sino también a los que con ella se van familiarizando. Quien va a tomar el sol, se bronceará, aunque no vaya por este motivo; quienes se han detenido en una tienda de perfumes y han permanecido un buen rato arrastran consigo la fragancia del lugar; y quienes han estado en casa de un filósofo es necesario que obtengan alguna ventaja, que puede ser útil incluso a los indiferentes. Atiende a lo que digo: indiferentes, pero no hostiles.

«Entonces ¿qué? ¿No conocemos a algunos que han frecuentado durante muchos años la escuela de un filósofo y ni siquiera han acusado su impronta?». ¿Por qué no había de conocerlos? Unos hombres por cierto muy obstinados y asiduos a los que no llamo discípulos sino inquilinos de los filósofos.

Algunos acuden para escuchar, no para aprender, como nos movemos a ir al teatro a impulsos del placer, para recrear nuestros oídos con los discursos, con un bello canto, o con una obra dramática. Comprobarás que es grande el número de los oyentes para quienes la escuela del filósofo es un albergue para su descanso. En ella no intentan despojarse de algún vicio, ni aprender norma alguna de vida con que perfeccionar sus costumbres, sino gozar del deleite de los oídos. Otros, sin embargo, acuden con sus tablillas no para recoger ideas, sino palabras, que luego repiten sin utilidad para los demás, como las escuchan sin utilidad propia.

Otros se exaltan ante las brillantes máximas y comparten la pasión del orador, gozosos en su semblante y en su espíritu, y se enardecen a la manera de los eunucos, que deliran excitados por el sonido y las indicaciones del flautista frigio. Los arrebata y los estimula la belleza de las ideas, no el vano sonido de las palabras. Si se ha pronunciado alguna frase enérgica contra la muerte, alguna frase altiva contra la fortuna, en seguida les agrada practicar lo que escuchan. Les impresionan tales preceptos y se comportan como se les ordena, a condición de que tal disposición persista en su ánimo, y de que su noble impulso no lo obstaculice al punto el vulgo, hostil a la virtud: pocos han podido llevar hasta sus casas los propósitos que habían concebido.

Es cosa fácil impulsar al oyente al deseo de la honestidad; en efecto, la naturaleza nos ha otorgado a todos el fundamento y la semilla de las virtudes. Todos por nacimiento tendemos a todas estas cosas: cuando se presenta uno capaz de estimularnos entonces aquellas nobles tendencias, que estaban como adormecidas, se despiertan. ¿No ves, acaso, cómo los teatros resuenan con voces armónicas cada vez que se ha proferido alguna máxima, universalmente reconocida, cuya verdad atestiguamos de mutuo acuerdo?

A la pobreza le faltan muchas cosas, a la avaricia todas[4].
El avaro no es bueno con nadie y pésimo consigo mismo[5].

Tales versos los aplaude aquél, el más mezquino de todos, y le agrada que se censuren sus vicios: ¿no crees que mucho más fácilmente se consigue este resultado cuando estas máximas son pronunciadas por un filósofo, cuando en los preceptos saludables se insertan versos destinados a fijarlos con más eficacia en el ánimo de los ignorantes?

En efecto —como decía Cleantes—, «de la misma manera que nuestro soplo produce un sonido más claro cuando la trompeta, al hacerlo pasar por el reducido espacio de un largo tubo, lo difunde, al fin, por un orificio más ancho, así hacen también más claros nuestros pensamientos las imperiosas leyes del verso»[6]. Las mismas frases se escuchan con mayor descuido e impresionan menos cuando son expresadas en prosa: mas cuando se añade el ritmo y un bello pensamiento queda

encadenado a un metro determinado, esa misma sentencia se ve lanzada como por un brazo más poderoso.

Sobre el menosprecio del dinero se pronuncian numerosas máximas y, en discursos muy largos, se recomienda a los hombres pensar que las riquezas radican en el alma, no en el patrimonio, que es rico quien se ha acomodado a su pobreza y se ha hecho rico con poco; no obstante los espíritus se conmueven con más eficacia cuando se pronuncian versos como éstos:

Necesita muy poco el mortal que codicia muy poco[7]; posee cuanto desea el que es capaz de querer cuanto le basta[8].

Cuando oímos estas sentencias y otras semejantes, nos vemos obligados a reconocer su verdad; ciertamente, aquellos a quienes nada les basta las admiran, las aplauden y declaran su aversión al dinero. Apenas hayas advertido este su estado de ánimo aprémiales, por un lado estimúlalos, por otro fatígalos, renunciando a los equívocos, a los silogismos, a los sofismas y a los restantes juegos de agudeza vana. Habla contra la avaricia, habla contra la sensualidad; cuando aprecies que has conseguido algún provecho, que has conmovido el ánimo de tus oyentes, insiste con mayor vehemencia: no es fácil imaginar cuánta utilidad aporta este discurso encaminado a procurar un remedio, dirigido totalmente al bien del auditorio. Muy fácilmente, en verdad, los ánimos de los jóvenes son atraídos por el amor de lo honesto y de lo justo, y en los que aún son dóciles y apenas viciados la verdad se insinúa, si ha encontrado un abogado idóneo.

En efecto, cuando escuchaba a Átalo hablando contra los vicios, los extravíos, las desgracias de la vida, con frecuencia sentí compasión del género humano, y lo consideré un filósofo sublime, elevado por encima del nivel superior humano[9]. Él mismo afirmaba que era un rey, pero a mí se me antojaba más que un rey quien tenía la facultad de censurar a los reyes.

Mas cuando pasaba a recomendar la pobreza y mostrar que todo cuanto sobrepase la necesidad era un peso inútil y penoso de soportar, a menudo me complacía en salir pobre de la escuela. Cuando pasaba a estigmatizar nuestros placeres, a alabar la castidad del cuerpo, la sobriedad en el comer, la pureza del alma que se aparta no sólo de los placeres ilícitos, sino también de los superfluos, me complacía en moderar la gula y la voracidad.

De aquella época he conservado ciertos propósitos, Lucilio; es cierto que yo había acudido a todas sus lecciones con gran entusiasmo. Después, reintegrado en la vida de la ciudad, conservé unos pocos de mis buenos principios. Desde entonces renuncié a las ostras y a las setas para el resto de mi vida; porque no son alimentos sino golosinas que incitan a comer a los ya saciados y que el estómago recibirá fácilmente y fácilmente expulsará —lo cual resulta gratísimo a los glotones que se ceban más de cuanto son capaces.

Desde entonces me abstengo de perfumes para el resto de mi vida, ya que el olor más grato en el cuerpo es no percibir ninguno. Desde entonces mi estómago prescinde del vino. Desde entonces rehúyo el baño caliente para el resto de mi vida; he pensado que poner el cuerpo a cocer y debilitarlo con sudores es cosa inútil y afeminada. Las demás prácticas que había desechado han vuelto, pero de tal suerte que en aquellas de las que he dejado de abstenerme conservo una moderación ciertamente muy próxima a la abstinencia[10], que quizá es más difícil todavía, puesto que ciertas tendencias más fácilmente se erradican del alma que se moderan.

Puesto que he comenzado a explicarte cómo, siendo joven, me adherí a la filosofía con mayor ímpetu del que ahora, viejo, conservo, no me avergonzaré de confesar qué gran amor despertó en mí Pitágoras. Soción[11] explicaba por qué motivo se había abstenido él de la carne de animales y por qué motivo, más tarde, lo había hecho Sextio[12]. La motivación para uno y otro era diferente, mas para ambos espléndida.

Sextio pensaba que, sin derramar sangre, tenía el hombre suficientes alimentos y que se originaba una costumbre cruel cuando, por causa del placer, se había provocado el desgarramiento de los animales. Añadía que era necesario reducir las ocasiones de la voluptuosidad; y concluía que la variedad de alimentos era contraria a la buena salud e inadecuada para nuestros cuerpos.

Pitágoras[13], por su parte, afirmaba que existen vínculos de parentesco entre todos los seres y relaciones entre las almas que transmigran de unas a otras formas. Si le otorgas crédito, ningún alma perece, ni siquiera está inactiva, a no ser en el breve intervalo en que se traslada a otro cuerpo. Veremos a través de qué vicisitudes y en qué momento, después de recorrer varios domicilios, vuelve al cuerpo humano: entretanto Pitágoras infundió en los hombres el miedo a un delito y, concretamente, a un parricidio, puesto que éstos podían sin saberlo lanzarse contra el alma del padre o de la madre y profanarla con un arma o con los dientes, si es que en un animal se hospedaba el espíritu de algún pariente.

Soción, después de haber hecho esta exposición y haberla confirmado con sus argumentos, decía: «¿No crees que las almas se distribuyen en estos y aquellos cuerpos y que la realidad que llamamos muerte no es sino una transmigración? ¿No crees que en estos animales domésticos o salvajes o en los que viven en el agua reside el alma que perteneció en otro tiempo a un ser humano? ¿No crees que en este mundo nada perece, sino que todo cambia de lugar? ¿Que no sólo los cuerpos celestes giran por determinados circuitos, sino que también los animales se mueven sucesivamente y que las almas recorren sus órbitas?

»Grandes hombres han creído en esta doctrina. Así, pues, suspende tu juicio, pero deja enteramente a tu decisión la respuesta: si esta doctrina es verdadera, haberte abstenido de la carne de animales es virtud; si es falsa, supone frugalidad. ¿Qué

detrimento sufre, en este caso, tu credulidad? Te sustraigo los alimentos de los leones y de los buitres».

Empujado por estas razones comencé a abstenerme de la carne de animales y, transcurrido un año, la costumbre no sólo me resultaba fácil, sino agradable. Tenía la impresión de que mi espíritu estaba más ágil y hoy no podría asegurarte si lo estuvo realmente. ¿Quieres saber cómo dejé de abstenerme? La época de mi juventud coincidía con los primeros años del principado de Tiberio César: entonces eran llevados en procesión los objetos sagrados de los cultos extranjeros y se consideraba prueba de superstición la abstinencia de carne de ciertos animales. Por ello, a ruegos de mi padre que no temía una falsa acusación, sino que aborrecía la filosofía, volví a mi antigua costumbre; sin dificultad me persuadió a que tomara alimentos más nutritivos.

Átalo solía alabar el colchón que resiste el peso del cuerpo: incluso en la vejez me sirvo de uno semejante en el que no puede apreciarse la marca del cuerpo.

Te he contado estas cosas para demostrarte cuán ardorosos son los impulsos primeros de los principiantes para todo noble ideal, si hay alguien que los exhorte, alguien que lo estimule. Mas tropezamos en parte por culpa de los maestros que nos enseñan a discutir, no a vivir, en parte por culpa de los discípulos que acuden a las lecciones de sus maestros con el propósito no de cultivar su espíritu, sino de cultivar su inteligencia[14]. Por donde lo que fue filosofía se ha convertido en filología.

Ahora bien, tiene mucha importancia la intención con que nos aplicamos a cualquier estudio. Quien, como aspirante a gramático, investiga a Virgilio, la escogida frase de éste:

huye el tiempo sin remedio[15],

no la lee con este propósito: «Hay que estar alerta, si no nos damos prisa nos quedaremos atrás; nos empuja el día veloz que a su vez es empujado; sin darnos cuenta somos arrebatados; toda la actividad la orientamos al futuro y en medio del abismo estamos insensibles», sino para señalar que cuantas veces habla Virgilio de la celeridad del tiempo se sirve del verbo «huir»:

Los mejores días de la vida son los primeros en huir de los infelices mortales; les sobrevienen las enfermedades, la triste vejez y la fatiga, y los arrebata la inclemencia de la cruel muerte.

Aquel que se orienta a la filosofía refiere estos mismos versos a su finalidad propia. Observa: «Nunca Virgilio dice que los días pasan, sino que huyen, que es el modo más rápido de correr y que los mejores de ellos son arrebatados los primeros: ¿a qué esperamos para lanzarnos con presteza a fin de igualar la velocidad del tiempo velocísimo? Los años mejores pasan volando, los peores vienen a sustituirlos».

Como de un ánfora fluye primero el vino puro y en el fondo se deposita el más espeso y turbio, así en nuestra vida la parte mejor se encuentra al principio. Y

¿permitimos que ésta sea apurada por los demás para reservarnos nosotros las heces? Permanezca grabada en nuestro ánimo esta máxima y deléitenos como proferida por un oráculo:

Los mejores días de la vida son los primeros en huir de los infelices mortales.

¿Por qué son los mejores? Porque el tiempo que resta es incierto. ¿Por qué son los mejores? Porque de jóvenes podemos aprender, podemos dirigir hacia la virtud nuestro espíritu flexible y todavía moldeable; porque esta época es propicia para el trabajo, propicia para desarrollar la inteligencia con el estudio y ejercitar el cuerpo con el trabajo físico: el tiempo que resta es más estéril, más lánguido y más cercano al final. Por lo tanto, con toda el alma ocupémonos de esto y, renunciando a cuanto nos divierte, atendamos a este solo objetivo: precaver que, dejados atrás, nos demos cuenta al final de la rapidez de este tiempo velocísimo que no podemos detener. Deben agradarnos los primeros días, uno por uno, como los mejores, y ser orientados en nuestro provecho. Hay que aferrarse a lo que se escapa.

Quien lee dichos versos con la mentalidad del gramático no opina que los primeros días sean los mejores, porque sobrevienen las enfermedades, porque la vejez nos agobia y pende sobre las cabezas de cuantos sueñan aún en ser jóvenes, antes bien afirma que Virgilio asocia las enfermedades y la vejez... ¡por Hércules!, no sin motivo, ya que la vejez es una enfermedad incurable.

«Además —advierte— le ha aplicado este calificativo a la vejez, la denomina ‘triste’»:

sobrevienen las enfermedades y la triste vejez,

En otro pasaje dice:

habitan las pálidas enfermedades y la triste vejez[16].

No debes sorprenderte de que sobre un mismo tema cada cual deduzca sus conclusiones de acuerdo con sus inclinaciones: en un mismo prado el buey busca el pasto, el perro la liebre y la cigüeña el lagarto.

Cuando de un lado el filólogo, de otro el gramático y de otro el filósofo toman en sus manos el tratado *Sobre la república* de Cicerón, cada cual pone su atención en un aspecto diferente[17]. El filósofo se admira de que se hayan podido presentar tantos argumentos en contra de la justicia. Cuando el filólogo se acerca al propio texto, hace notar que en él se habla de dos reyes, de los cuales uno está falto de padre y otro de madre. En efecto, hay duda sobre la madre de Servio, y el padre de Ancio es inexistente, se le cree nieto de Numa[18].

Además, hace notar que el magistrado al que nosotros llamamos «dictador» y que en las obras históricas vemos que así es designado, fue llamado por los antiguos «jefe de la infantería»[19]. Hoy día tal aparece en los libros de los augures[20] y está corroborado por cuanto el ayudante nombrado por él es el «jefe de la caballería». Asimismo, indica que Rómulo pereció durante un eclipse de sol; que se podía apelar

al pueblo incluso contra la sentencia de los reyes: tal práctica, entre otros, también Fenestela[21] cree que estaba indicada en los libros de los Pontífices.

Cuando los mismos libros *Sobre la república* los explica el gramático, señala, primeramente, en su comentario que Cicerón escribe *reapse,* es decir, *re ipsa* (en realidad), como también *sepse,* es decir, *se ipse* (a sí mismo). Luego pasa a aquellos términos cuyo empleo ha cambiado el uso de nuestro tiempo, tal como leemos en Cicerón: «Puesto que con su interpelación se nos ha conducido detrás de la propia meta *(ab ipsa calce)»[22].* Lo que ahora nosotros llamamos en el circo *cretam* (meta), los antiguos decían *calcem.*

Después aduce los versos de Ennio y en primer término los referidos al Africano:

a quien ningún conciudadano, ni enemigo podrá pagar por sus gestas el premio a la obra realizada (opis pretium)[23].

De aquí dice concluir que *opem* entre los antiguos no sólo significaba «ayuda», sino también «obra realizada». En efecto, Ennio afirma que nadie, ni conciudadano, ni enemigo ha podido pagar a Escipión la recompensa por la obra realizada.

Luego se considera feliz por haber descubierto la fuente de la que a Virgilio le vino la idea de decir:

por encima del cual truena la espaciosa puerta del cielo[24].

Afirma que Ennio substrajo esta expresión a Homero, y Virgilio a Ennio; en efecto, en Cicerón, en los mismos libros *Sobre la república,* encontramos este epigrama de Ennio:

si a algún mortal le está permitido subir a las regiones de los dioses celestes, a mi sólo se me abre la muy espaciosa puerta del cielo[25].

Mas, a fin de que yo mismo, mientras persigo otros objetivos, no me deslice al puesto del filólogo o del gramático, quiero recordar que la audición y la lectura de los filósofos deben ser aprovechadas en orden a conseguir la felicidad, no para ir en busca de palabras arcaicas o nuevas ni de metáforas atrevidas ni de figuras de dicción; sino para aprender preceptos útiles y máximas espléndidas y estimulantes que más tarde se traduzcan en obras. De tal suerte debemos aprenderlas, que las que han sido sólo palabras sean obras.

En cambio, creo que no hay otros que se comporten peor con toda la humanidad que aquellos que han aprendido la filosofía como un arte venal, que viven de modo distinto a como enseñan que se debe vivir. Como modelos de una disciplina inútil evolucionan de acá para allá, siendo esclavos de todos los vicios que fustigan.

Tal maestro no me puede ser más útil que el timonel mareado en medio de la tempestad. Precisa mantener firme el timón ante el acoso de las olas, luchar con el propio mar, sustraer las velas al soplo del viento: ¿cómo me puede ayudar el piloto de la nave si está aturdido y vomitando? ¿No crees que la vida se ve zarandeada por una tempestad mucho mayor que nave alguna? No es cuestión de hablar, sino de mantener

firme el timón.

Todas las sentencias que pronuncian, que propalan ante la multitud que los escucha, no son suyas: las han pronunciado Platón, Zenón, Crisipo, Posidonio y un gran séquito de hombres, tantos y tan valiosos[26]. Mostraré cómo pueden probar que son suyas: obren de acuerdo con lo que dicen.

Puesto que te he explicado cuanto quería comunicarte, ahora satisfaré tu petición reservando íntegramente para otra epístola lo que me habías preguntado[27], no suceda que te acerques cansado a escuchar un tema sutil que se debe escuchar con oídos atentos y ávidos de saber.

[1] Se alude también aquí a los Moralis philosophiae libri.

[2] Filósofo estoico de la época de Tiberio, maestro de Séneca, desterrado por Sejano y a quien el padre de Séneca considera el más elocuente y sutil de los filósofos de su tiempo. Había escrito un libro sobre el modo de estudiar los rayos que valoraba como un presagio. Se le recuerda repetidas veces en el epistolario (cf. Roca, Séneca. Epístolas... I, pág. 124, así como 9, 7; 63, 5; 67, 15; 72, 8).

[3] «Mientras paseaba» (ambulantem). Tal hábito de discutir paseando remonta ya a Sócrates y a sus primeros discípulos. Aristóteles lo hizo famoso. «Perípato» era el jardín donde deambulaba con sus discípulos y los adoctrinaba.

[4] Meyer, Publit. Siro I, 7.

[5]Ibid., 1, 5, y Ribbeck, Com. pall. inc., 80, pág. 148.

[6] Arnim, Sloic. Vet. Fr., 487.

[7] Meyer, Publil. Siro I, 56, y Ribbeck, Com. pall. inc., 78, pág. 147.

[8] Meyer, Publil. Siro, Q 74, y Ribbeck, Com. pall. inc., 79, pág. 148.

[9] Átalo se interesaba por el valor de la afectividad y, en consecuencia, del placer en la vida moral. Como ya lo hiciera el propio Epicuro, advertía a su discípulo del gran riesgo del placer en todas sus formas. Así comprendemos mejor el propósito de Séneca de renunciar a las ostras y a las setas para el resto de su vida y de abstenerse de los perfumes, del vino y del baño caliente.

[10] Séneca durante un año se abstuvo completamente de tomar carne; si luego accedió a tomarla, fue a ruegos de su padre, temeroso de que los delatores hicieran de su hijo un devoto de los cultos egipcios y judaicos que eran, a la sazón, reprimidos. En efecto, como recuerda SUETONIO, los judíos debían abstenerse de la carne de cerdo (cf. Vit. Tib. 36).

[11] Soción de Alejandría, que seguía la doctrina pitagórica, fue discípulo de los Sextios, padre e hijo, fundadores de una escuela de moralistas, de cuño estoico, en tiempos de Augusto y Tiberio. Séneca era todavía niño cuando escuchó las lecciones de este filósofo, que influyó poderosamente en él.

[12] Es Sextio Nigro, el padre.

[13] A sus enseñanzas y conducta ha aludido ya muchas veces Séneca a lo largo del epistolario.

[14] Es grato subrayar, en seguimiento de Grimal, que Séneca no quiere encerrar sus enseñanzas en los límites de la escuela. Su pensamiento es autónomo y representa un momento bien determinado en la historia de la filosofía romana entre Cicerón y Epicteto. De ahí que la expresión de Quintiliano (Instr. Or. X 1, 129): in philosophia parum diligens (poco cuidadoso en filosofía), admisible en un retórico, sin más horizonte que la escuela, es profundamente injusta (cf. Grimal, Sénèque ou la conscience..., págs. 245-246).

[15] Este verso de Geórg. III 284, es interpretado de distinta forma por el gramático que por el filósofo moralista. El primero dice que cuantas veces Virgilio habla de la celeridad del tiempo emplea el verbo «huir», en cambio la interpretación del filósofo se pone de manifiesto a través de lo expresado por Virgilio en Geórg. III 66-68 (cit. infra, en este mismo § 24), según se explica en el § 27.

[16] Virg., En. VI 275. Cf. Ep. 107, 3.

[17] Se refiere al libro III De república, tratado este conservado muy fragmentariamente. Es a partir de III 5, 8, cuando contra Filo asume Lelio la defensa de la justicia, considerada la virtud imprescindible para la cohesión interna del Estado.

[18] Cf. Rep. II 18, 33; 21, 37.

[19] Lo que aquí dice Séneca respecto del doble nombre de «dictador» y «jefe de la infantería» (magister populi) ya lo había expresado el propio Cicerón, Rep. 140, 63. En realidad, el magister populi o praetor maximus es el magistrado único sin colega que los antiguos romanos, en los siglos v y iv a. C., quisieron que asumiese todo el poder en las guerras más graves.

[20] Estos sacerdotes formaban un Colegio y estaban encargados de interpretar los signos celestes (relámpagos, truenos), el canto y el vuelo de los pájaros y así predecir el futuro. Los augures gozaban de gran prestigio y no se emprendía ningún asunto en público o en privado sin consultarles.

[21] Historiador romano coetáneo de Augusto y Tiberio y autor de unos Anales que abarcaban desde la Monarquía hasta la caída de la República. Se le ha atribuido falsamente un libro acerca de los magistrados y sacerdotes romanos. Sobre la alusión de Séneca a este historiador, cf. Peter, Fenest. Ann., fr. 6*.

[22] Cic., Rep., fr. 7 de sede incerta (ed. Müller, pág. 379).

[23] Este dístico elegíaco de Ennio (cf. Warmington, Ennius..., Epigr. 5-6) se refiere a Escipión Africano el Mayor, y en el tratado De republica debe situarse después del pasaje III 3, 6, donde Cicerón citaba, a propósito de Manio Curio, otros versos de Ennio.

[24] Virg., Geórg. III 260-261. El trueno es el ruido de las puertas del cielo que se abren para dejar pasar el temporal. Se trata de Leandro que desafía la furia del mar para encontrarse con Eros, ya que el Amor es el dueño de la naturaleza.

[25] Cic., Rep., fr. 6 de sede incerta (ed. Müller, pág. 379), y Ennio, Epigr. 3-4 (ed. Warmington, pág. 400): se trata también de un dístico elegíaco.

[26] Señala el filósofo que las enseñanzas de estos filósofos venales no son de ellos; corresponden a Platón y a los próceres del estoicismo: cf. Ep. 33, 4.

[27] Se refiere, en efecto, a la epístola siguiente, la 109, donde Séneca responde afirmativamente a la cuestión de si el sabio puede ser útil a otro sabio.

La corrupción de las costumbres causa de la decadencia del estilo[1]

Existe una concordancia entre el modo de vivir y el estilo de los hombres. No pueden ser diferentes el ingenio y el alma. Mecenas es un buen ejemplo de molicie en la vida y en el estilo (1-8). La molicie en el estilo se manifiesta en el uso de arcaísmos, de neologismos y de metáforas audaces. Muchos hablan a la antigua; otros, aferrados a lo usual, caen en la vulgaridad (9-14). En la disposición del período, unos siguen la truncada y desigual e interrumpen la que fluye con placidez; para algunos no hay disposición sino modulación armoniosa. Tales defectos son signo de corrupción cuando proceden de un espíritu corrompido. Seremos juiciosos si, dejando la insensatez, pensamos en la muerte (15-27).

Preguntas por qué motivo, en determinadas épocas, ha surgido un género corrupto de elocuencia y cómo se ha producido una tendencia de los hombres de talento hacia ciertos defectos, de suerte que haya estado en auge ora una expresión ampulosa, ora amanerada y compuesta a modo de cantinela; por qué, unas veces, han gustado pensamientos audaces y paradójicos y, otras, las sentencias tajantes y ambiguas en las que había que entender más de lo que se escuchaba[2]; por qué ha existido alguna generación que usaba sin mesura del derecho a la metáfora. La razón la hallamos en la máxima que comúnmente solemos oír y que se ha convertido entre los griegos en proverbio: tal es el estilo de los hombres cual es su vida.

En efecto, como la conducta de cada uno concuerda con sus palabras, así la forma de expresión refleja a veces las costumbres públicas, si la moralidad ciudadana ha flaqueado y se ha dado a los placeres. Constituye una prueba de la corrupción pública la expresión afectada cuando no se manifiesta sólo en alguno que otro, sino que ha sido aprobada y acogida por todos.

No puede ser uno el carácter del intelecto y otro el del alma. Si ésta es sana, ordenada, austera, temperante, también el intelecto es sano y sobrio: cuando el alma está corrompida, también aquél queda contaminado. ¿No ves cómo si el alma languidece, los miembros se arrastran y las piernas se mueven lentamente? ¿Si está enervada, se manifiesta la molicie en el mismo andar? ¿Si es vivaz y enérgica, el paso se apresura? ¿Si se enfurece o, lo que es análogo al furor, se enoja, el movimiento corporal está alterado y uno no avanza espontáneamente, sino que se ve arrastrado? Cuánto más debes pensar que otro tanto acontece con el intelecto, que todo él está compenetrado por el alma, de ella es hechura, a ella obedece y le pide las normas de conducta.

Cómo vivía Mecenas[3], cómo caminaba, cuán afeminado era, cómo le gustaba ser contemplado, cómo no quería que sus defectos quedasen ocultos, es demasiado sabido para que ahora tengamos que contarlo. Pues ¿qué? ¿Su estilo no fue tan descuidado como él mismo desceñido? ¿Sus palabras no fueron tan extrañas como su compostura, su cortejo, su casa, su esposa? Hubiera sido hombre de gran talento si lo

hubiera dirigido por un camino más recto, si no hubiera evitado ser entendido, si en su discurso no se hubiera desbordado. Así, pues, reconocerás en él la elocuencia de un hombre ebrio, embarullada, tendente a divagar, llena de licencias.

¿Qué expresión más desafortunada que «la ribera con el río y el bosque por cabellera»? No veas cómo «surcan con la barca el lecho del río y, revolviendo las olas del fondo, empujan hacia adentro los jardines». Y ¿qué decir si un enamorado «adorna su rostro haciendo guiños a su amada, besotea como una paloma y comienza a suspirar como los señores del bosque se agitan con la cerviz fatigada»? «La turba obstinada escudriña entre los banquetes, con la botella registra las casas y reclama esperanzada la propia muerte». «Un Genio[4] con dificultad testigo de su fiesta». «La mecha de la sutil candela y la hogaza[5] crepitante». «Al hogar la madre y la esposa lo visten con guirnaldas».

Apenas hayas leído estas frases[6] ¿no te vendrá a la mente que su autor es aquel que caminaba siempre por la ciudad con la túnica suelta (porque, incluso cuando hacía las veces del César, en ausencia de éste, daba las órdenes con vestido sin cinturón); aquel que en el tribunal, en los Rostros, en toda reunión pública aparecía con un manto que le cubría la cabeza dejando fuera las orejas a uno y otro lado, al modo como aparecen en el espectáculo del mimo los esclavos fugitivos de la casa de un rico; aquel que, cuando el estallido de las Guerras Civiles llegaba al máximo y, cuando más angustiada se hallaba la ciudad bajo las armas, su escolta en la vía pública eran dos eunucos, aunque más hombres que él; aquel que no habiendo tenido más que una sola mujer, se desposó mil veces?[7]

Estas frases tan mal construidas, lanzadas con tanto descuido, dispuestas de forma tan contraria al uso común, demuestran que sus costumbres no fueron menos insólitas, depravadas y extravagantes. Se le rinde el elogio de la mansedumbre: prescindió de la espada, se abstuvo de derramar sangre, y en ninguna otra cosa, excepto en el libertinaje, mostró lo poderoso que era. Ese mismo elogio lo echó a perder con estos extrañísimos refinamientos de estilo; en efecto, resulta evidente que fue un afeminado, no un manso.

Esto es lo que tales períodos retorcidos, tales palabras inesperadas, tales pensamientos raros, a menudo ciertamente elevados, pero afeminados en su formulación, pondrán de manifiesto a cualquier lector: la excesiva felicidad le había trastornado la cabeza, defecto éste a veces sólo de un hombre, a veces de toda una época.

Cuando la prosperidad ha difundido por doquier las exigencias del lujo, primeramente comienza a ponerse más atención en el ornato del cuerpo, luego se afana uno por el mobiliario; después se centra el esfuerzo en las propias casas para que se extiendan en el amplio espacio del campo, para que sus paredes brillen con mármoles conducidos a través del mar[8], para que los techos sean decorados con

adornos de oro, para que el esplendor del pavimento concuerde con el del artesonado[9]; más tarde el fausto se traslada a los banquetes donde se busca la distinción mediante la novedad de los alimentos y el cambio del orden habitual, de modo que se sirvan primero aquellos platos que suelen terminar la comida y aquellos que se ofrecían a los invitados al entrar se ofrezcan cuando salen[10].

Cuando el espíritu se acostumbra a repudiar lo que es tradicional y siente como vulgar lo que es habitual, también en la expresión busca la novedad: ora da nueva vida y difunde las palabras antiguas y envejecidas, ora inventa otras nuevas o con significado nuevo, ora —moda ésta propagada recientemente— se considera una elegancia la metáfora audaz y repetida[11].

Los hay que cercenan el pensamiento y esperan que se les agradecerá si el sentido queda en suspenso dejando al oyente en la duda de haberlo entendido; los hay que retienen y alargan la frase; los hay que no caen en este defecto (pues es preciso que obre así el que intenta una obra grandiosa), pero les agrada. Por lo tanto, donde veas que gusta el estilo corrupto, no hay duda de que también allí las costumbres se han apartado de la rectitud. Como el lujo de los banquetes y el de los vestidos son indicio de una ciudad enferma, así la extravagancia del estilo demuestra, al menos si está generalizada, que han sucumbido también los espíritus de quienes procede tal lenguaje.

En verdad, no debes sorprenderte de que el estilo corrupto sea acogido no sólo por un auditorio muy rudo, sino también por este público más docto, ya que estos difieren entre sí sólo por la toga, no por el buen gusto. Puedes sorprenderte aún más de que no solamente se elogian las frases defectuosas, sino los mismos defectos. Porque siempre ha sucedido que ningún genio ha tenido éxito sin obtener indulgencia. Nómbrame el autor prestigioso que quieras: te diré qué defecto sus coetáneos le disculparon, qué defecto, a sabiendas, le disimularon. Te nombraré muchos a quienes sus defectos no perjudicaron, algunos a quienes les fueron útiles. Te citaré —lo aseguro— hombres de la mayor reputación, presentados como ejemplos admirables que, si uno se pone a corregirlos, los destruye, pues de tal modo los vicios se confunden con las virtudes que pueden arrastrar consigo a éstas.

Añade ahora que el estilo no sigue una norma fija: los hábitos de la ciudad, que nunca se mantienen los mismos largo tiempo, lo hacen cambiar constantemente[12]. Muchos buscan expresiones de épocas pretéritas, hablan la lengua de las *Doce Tablas[13]*; para ellos Graco[14], Craso[15] y Curión[16] son demasiado refinados y modernos, y retroceden hasta Apio[17] y Coruncanio[18]. Algunos, por el contrario, al tiempo que no quieren nada, sino lo trillado y consumido por largo uso, caen en la trivialidad.

Ambas tendencias, de manera opuesta, suponen corrupción de estilo en la misma medida, ¡por Hércules!, que el no querer usar más que palabras pomposas, sonoras y

poéticas, evitando las que son necesarias y de uso común. Afirmo que tanto los unos como los otros se equivocan: los segundos se adornan más de lo justo, los primeros se descuidan más de lo justo; aquéllos se depilan hasta las piernas, éstos ni siquiera los sobacos.

Pasemos a la disposición del período. ¿Cuántas formas podré aducirte con las que se incurre en defecto? Unos aprueban la disposición truncada y desigual, interrumpen a propósito lo que fluye con cierta placidez, rehúsan toda concatenación que no se haga con aspereza, consideran vigorosa y enérgica la que hiere los oídos con rudeza. Para otros no hay disposición, sino modulación armoniosa. Hasta tal punto su discurso es lisonjero y se desliza suavemente.

¿Qué decir de aquella disposición en la que se retrasan las palabras y, largo tiempo esperadas, apenas si se presentan, al fin, en la cláusula? ¿Qué decir de aquella otra lenta al iniciar el desarrollo, como es la de Cicerón, que discurre en pendiente y entretiene con languidez, respondiendo siempre de la misma manera a su ritmo habitual[19]?

El defecto no está sólo en la elección de las sentencias: si son mezquinas, pueriles, perversas y más audaces de lo que permite la salvaguardia de la honestidad, sino también si son brillantes y dulces en demasía: si caen en el vacío y sin eficacia alguna no hacen sino resonar.

Tales defectos basta para introducirlos uno solo, cualquiera que sea, bajo cuya autoridad se halle la elocuencia; los demás lo imitan y unos los transmiten a otros. Así, en tiempos de Salustio[20], las frases truncadas, las palabras en cadencia inesperada y la concisa oscuridad se consideraron elegantes. Lucio Arruncio[21], hombre de rara sobriedad, que escribió una *Historia de las Guerras Púnicas*, fue imitador de Salustio, distinguiéndose por reflejar su estilo. Encontramos en Salustio: «con el dinero *hizo* un ejército»[22], es decir, «con el dinero lo reclutó». A Arruncio tal expresión comenzó a gustarle y la introdujo en todas sus páginas. Dice en un pasaje: «a los nuestros les hicieron tomar la huida»; en otro lugar: «Hierón, rey de Siracusa, hizo la guerra», y en otro: «estas noticias hicieron que los palermitanos se entregaran a los romanos»[23].

He querido darte unas muestras: toda su obra está compuesta de semejantes frases. Éstas, que en Salustio son raras, en Arruncio son abundantes y casi continuas y ello no sin motivo, ya que Salustio se encontraba con ellas, pero Arruncio las buscaba. Ya ves, pues, lo que sucede cuando uno se hace un modelo de un defecto.

Salustio dijo: «en las aguas *invernales*»*[24]*. Arruncio en el primer libro de sus *Guerras Púnicas* dice: «repentinamente el tiempo fue invernal», y en otro pasaje, queriendo expresar que el año resultó frío, dice: «todo el año fue invernal», y en otro lugar: «de allí envió sesenta naves de transporte rápidas, además de los soldados y la tripulación necesaria, soplando un aquilón invernal». Se obstinó en introducir esta

palabra en todas las frases. En cierto lugar dice Salustio: «mientras en medio de las Guerras Civiles busca la fama de hombre justo y valiente»[25]. Arruncio no se abstuvo de escribir, ya en su primer libro, que eran inmensas,«las famas» de Régulo[26].

Así, pues, estos y otros defectos similares, que en algún escritor motivaron la imitación, no son muestras de lascivia, ni de espíritu corrupto; porque para ello deben ser defectos propios de uno y engendrados en su interior para que, por medio de ellos, puedas juzgar su estado emocional: el estilo de un iracundo es iracundo, el de un apasionado demasiado ardiente, el de un afeminado muelle y suelto.

Es esto lo que ves que persiguen quienes se depilan la barba toda o a trechos; los que la afeitan y rasuran hasta los labios con toda precisión, al tiempo que conservan y dejan crecer la parte restante; los que se ponen un manto de color llamativo y una toga transparente, que nada quieren hacer que pueda escapar a la mirada de los hombres: excitan y atraen su atención hacia sí, quieren incluso ser reprendidos con tal de que se les contemple. Éste es el estilo de Mecenas y de todos los demás que no yerran por casualidad, sino a sabiendas y gustosamente.

Semejante vicio procede de una grave enfermedad del alma: como en la bebida la lengua no titubea antes de que la mente haya cedido por la pesadez y, zozobrando, haya perdido incluso el propio dominio, así ésta, que no es sino embriaguez del estilo, no perjudica a nadie a no ser que el espíritu desfallezca. Por ello éste debe curarse: de él proceden los pensamientos y las palabras, por él se configuran nuestro carácter, la expresión del rostro, nuestro caminar. Si él está sano y vigoroso, nuestro estilo es robusto, fuerte y varonil; si él sucumbe, el resto sigue a su ruina.

Mientras el rey está incólume hay en todos un mismo pensar; una vez muerto, rompen los pactos[27].

Nuestro rey es el espíritu; mientras éste está a salvo, las demás facultades cumplen con su deber, obedecen, lo secundan; cuando flaquea un poco, también ellas vacilan. Mas, cuando, ya ha cedido al placer, sus buenas cualidades y su actividad se enervan también y todo su esfuerzo es lánguido y flojo.

Puesto que me he servido de esta comparación, insistiré en ella. Nuestro espíritu ora es rey, ora tirano: rey cuando atiende a la virtud, cuida la salud del cuerpo que tiene encomendado y no le ordena nada vergonzoso, ni vil; mas cuando es inmoderado, ambicioso, antojadizo, se gana un nombre detestable y cruel y resulta un tirano. Entonces lo atrapan pasiones impetuosas y lo instigan; él al principio está gozoso, como suele estarlo el pueblo, satisfecho en vano por el donativo a la postre pernicioso y que malogra lo que no puede consumir.

Pero cuando la enfermedad ha agotado mucho más las fuerzas, y la molicie ha penetrado en las entrañas y en los nervios, alegre ante la vista de aquellos goces para los que está inutilizado por su excesiva avidez, en lugar de sus propios placeres se

complace en la contemplación del placer ajeno, impulsor y testigo de aquel desenfreno cuyo disfrute ha alejado de sí por estar saturado. Ni le procura tanta felicidad abundar en delicias cuanto dolor le causa no poder ingerir todos aquellos manjares por el paladar y el vientre, ni poder revolcarse con toda la turba de mancebos[28] y mujerzuelas; y se duele de que una gran parte de su felicidad cese, impedida por el estado angustioso de su cuerpo.

¿Acaso, Lucilio querido, no supone una locura que ninguno de nosotros piensa que es mortal, ninguno que es débil? ¿Más aún, que ninguno de nosotros piensa que no es más que uno? Contempla nuestras cocinas y los cocineros correteando de un lado para otro en medio de tantos hornillos: ¿piensas que es para un solo vientre para el que se prepara el alimento con tan ruidoso tumulto? Contempla nuestras cavas para vinos añejos y las bodegas rebosantes de las cosechas de muchas generaciones: ¿piensas que es para un solo vientre para el que se almacenan los vinos de tantos consulados y de tantas regiones? Contempla en cuántos lugares se remueve la tierra, cuántos miles de colonos la cultivan y cavan: ¿piensas que es uno solo el vientre para el que se siembra en Sicilia y en África?[29]

Tendremos buena salud y alentaremos deseos moderados si cada uno considera su propia persona, valora a la vez su cuerpo y se convence de que no puede contener mucho ni por mucho tiempo. Sin embargo nada te aprovechará tanto para la templanza en todas las cosas como la meditación frecuente acerca de la breve y, además, incierta duración de la vida: en todo cuanto hagas piensa en la muerte.

[1] Epístola interesante porque aborda un tema fundamental: el estilo refleja el estado de alma del escritor y debe ser manifestación de la fuerza íntima de la razón; además contiene observaciones importantes sobre las costumbres de la época y juicios clarificadores sobre la lengua y el estilo de varios autores; en concreto se refiere a la extravagancia y preciosismo en la selección de las palabras y al rebuscamiento en la construcción de la frase.

[2] En cuanto que el pensamiento no viene expresado con claridad y, por lo mismo, más bien debe ser interpretado que escuchado.

[3] Mecenas, ya antes varias veces aludido (cf. Ep. 19, 9-10; 92, 35 y 101, 10-11), fue un diletante en poesía; decadente discípulo de los poetae novi, se sirvió del arte como de un juego pasajero; lleno de rebuscamientos estilísticos muy alambicados que se inspiran en una concepción hedonística de la vida. El propio Augusto imitaba con burla sus «ricitos que destilaban ungüento» (Suet., Vit. Aug. 86, 3). Pero no está excluido que tal molicie, aquí estigmatizada, representase sólo un aspecto, quizá voluntariamente acentuado de su carácter, si es cierto, a juicio de Veleyo Patérculo (II 88, 2), que fue «en verdad vigilante, previsor y experto en el obrar».

[4] Acerca del Genio, dios tutelar que acompaña al hombre desde su nacimiento y determina su destino.

[5] La «hogaza», en latín mola, es la mola salsa, trigo machacado, que, mezclado con sal, se espolvoreaba sobre la cabeza de la víctima y, por lo tanto, arrojado al fuego, crujía (cf. corp. Tib., III 4,

10, y Hor., Od. III 23, 20).

[6] Tales citas, según la glosa introducida en el texto (final del § 4), las debió de tomar Séneca de la obra De cultu suo del propio Mecenas, escrita en defensa de su sistema de vida. Si bien el texto y la interpretación de estas frases resultan poco seguros, como lo indica Reynolds en nota ad. loc., pág. 481; sin embargo, ponen de relieve las características del estilo de su autor, barroco y rebuscado.

[7] En efecto, la unión de Mecenas con Terencia estuvo sometida a continuas separaciones y reconciliaciones, como cuenta Séneca (Prov. III 10), refiriéndose a Mecenas: «ansioso en sus amores y que deploraba la ruptura cotidiana con su displicente esposa», ya que le ocasionó muchos disgustos con Augusto.

[8] La excesiva fastuosidad de las edificaciones privadas ha sido reprobada ya en la Ep. 89, 21. En Ben. VII 10, 5, aparece una expresión análoga a ésta y también allí se condena este tipo de construcción tan lujosa.

[9] Generalmente decorado con oro o marfil, ornamentación usada primero para los templos, luego para los palacios públicos o privados.

[10] Se refiere a los dones de hospitalidad o xénia (con este titulo ofrece Marcial una colección en sus Epigramas), que antes era costumbre ofrecer a los invitados a su llegada y ahora se ofrecían en la despedida.

[11] Quizá haya que admitir que el propio Séneca incurrió a veces, aunque no deliberadamente, en alguno de los defectos que aquí critica, porque a veces sus sentencias breves y lapidarias no resultan claras del todo. Sin embargo, a partir de ahora, más concretamente en los §§ 13 al 19, expone de forma explícita, más negativa que positivamente, en qué consiste el estilo nuevo. Cabe deducir que supone el triunfo de la concisión, el gusto por la palabra precisa, por el giro sorprendente, por el trazo que hiere, por la sententia. En el momento en que el clasicismo entra en crisis supone una prolongación del asianismo y del anomalismo (cf. E. Cizek, La Roma di Nerone, Milán, 1986, pág. 330).

[12] El filósofo se muestra aquí a favor de la evolución del estilo y eleva a la categoría de principio la historicidad de la obra literaria y de los juicios de valor sobre la misma. Aconsejando un estilo sencillo, donde prime el contenido de las ideas, critica tanto a los arcaizantes como a los filoclásicos, al tiempo que censura la trivialidad estilística muy concretamente en Petronio (cf. Cizek, ibid., pág. 331; del mismo autor interesa: «Les controverses esthétiques de l’époque dans la lettre 114 de Sénèque», en Acta Congressus Internationalis habiti Brunae Diebus 12-16 Aprilis MCMLXVI, Praga, 1968, págs. 353-360).

[13] De mediados del siglo v a. C., y a pesar de un cierto ajuste y modernización del léxico y la frase en las citas de los antiguos juristas, representan ya para los romanos el ejemplo más característico de la lengua arcaica: estructura paratáctica y un tono y colorido de venerable antigüedad. Cf. J. Guillén, «El latín de las XII tablas», Helmantica 18 (1967), 341-401; 19 (1968), 34-111; 19 (1968), 193-246; 20 (1969), 67-103.

[14] Tanto Tiberio como Gayo Graco fueron oradores muy prestigiosos, más aún de lo que puede apreciarse a través de los fragmentos conservados de sus discursos, en particular en su actividad como tribunos de la plebe (133 y 123 a. C., respectivamente), como lo pone de relieve Cic., Brutus 103-104.

[15] Es Lucio Licinio Craso, maestro de Cicerón, al que éste considera modelo de la elocuencia más elevada, así por sus dotes naturales como por su vastísima cultura. Tanto como en el Brutus (cf. 141), se refiere a él en el De Oratore (cf., entre otros pasajes, XXIV-XXV 110-113).

[16] Gayo Escribonio Curión, tribuno en el 90 a. C., cónsul en el 76 y, luego, procónsul en Macedonia. Apoyó a Pompeyo en la defensa de la ley Manilia. Aunque, considerado mejor político que orador, Cicerón afirma (cf. Brutus 210) que algunos le consideraban el tercero entre los mejores oradores de su tiempo, después de Sulpicio y de Cota.

[17] Apio Claudio, el Ciego, patricio, censor en el 312 a. C. y cónsul en el 307 y el 296. Como pretor combatió victoriosamente contra los samnitas. Considerado el primer orador de la literatura romana y el fundador de la ciencia jurídica, ya ciego se hizo conducir ante el Senado para oponerse, en un celebrado discurso, a la paz y amistad con Pirro, rey del Epiro (cf. Cic., Brutus XIV 55).

[18] Tiberio Coruncanio, ilustre jurista, cónsul en el 280 a. C. y el primer plebeyo que fue elegido Pontífice Máximo. Según Cicerón (Brutus XIV 55) aparece «por los comentarios de los Pontífices [como] que había destacado en gran manera por su ingenio». Apio y Coruncanio representan un modelo ideal, más que estilístico, de la antiquísima tradición de la oratoria romana.

[19] El período ciceroniano alabado en la Ep. 100, 7, frente al áspero de Asinio Polión, aquí es criticado por sus defectos de lentitud, languidez y uniformidad.

[20] Ya citado en la Ep. 60, 4. Sin duda Séneca se inspiró también, en buena medida, en el estilo conciso y muy personal del primer gran historiador de Roma.

[21] Lucio Arruncio alcanzó importancia política y literaria. Al verse proscrito en las listas del segundo triunvirato, buscó primero refugio en Sexto Pompeyo, pero luego se hizo partidario de Octaviano Augusto y combatió a sus órdenes en la batalla de Accio. Gran admirador de Salustio, compuso una Historia de las Guerras Púnicas, donde imitó a su modelo demasiado servilmente.

[22] Maurenbrecher, Salust. hist., fr. 1, 27*.

[23] Peter, Arrunt. hist., fr. 1-7.

[24] Al parecer se trata, asimismo, de un fragmento de las Historias de Salustio.

[25] Maurenbrecher. Sallust. hist., fr. 1, 90*.

[26] Se trata de M. Atilio Régulo, ya citado en otras epístolas anteriores. Aquí Séneca reprueba el uso plural que Arruncio hace del sustantivo fama.

[27] Virg., Geórg. IV 212-213. En realidad, en el poema virgiliano se trata de la reina de las abejas que da cohesión y eficacia al trabajo de éstas. De la misma manera que, si el espíritu humano está sano, dirige con éxito la acción de las restantes facultades, así también, en el plano político, cuando el rey —no el tirano— gobierna en nombre de la recta razón, informa y vivifica el cuerpo del Estado (cf. § 24).

[28] Séneca tiene aquí presentes las locuras cometidas en los banquetes. El término «mancebo»

traduce al lat. exotelus, que del sentido primero de «envejecido» ha pasado a ser un epiteto injurioso para indicar «prostituido, mancebo» (cf. Ernout-Meillet, Dict. Étym. Lang. Lat., s. vv. alo y exolesco; Bellincioni, Lettere..., págs. 51 y 261).

[29] Deplora aquí los excesos particularmente de la comida, por los que el vientre hinchado (distentus), como dice en la Ep. 95, 16, se fatiga y, a la postre, sufre toda la clase de enfermedades.

Contra los trasnochadores y los que no secundan la naturaleza

Algunos, invirtiendo la finalidad propia del día y de la noche, empiezan a dormir al salir el sol y no abren los ojos hasta el anochecer. Como los pájaros que se crían para los festines, tienen un aspecto repulsivo, pero su alma está todavía peor (1-5). Contra la naturaleza obran también los que beben en ayunas, los que cambian el vestido con el de las mujeres, los que codician las rosas en invierno, los que plantan vergeles en lo alto de las torres, los que sitúan los fundamentos de las termas dentro del mar. Para Séneca estos hombres están como muertos. La causa principal de esta enfermedad radica en el hastío de la vida. Y el remedio está en seguir la naturaleza que todo lo hace fácil (6-19).

Los días experimentan una pérdida; se han acortado un poco, pero de forma que dejen todavía amplio espacio a quien se levanta, por así decirlo, con el mismo día. Más diligente y virtuoso es aquel que lo aguardó y acoge su primer resplandor; reprobable el que yace en el lecho, amodorrado, cuando el sol está ya alto, y comienza su vigilia a mediodía; y aun para muchos es éste un tiempo matinal.

Hay gente que ha invertido las tareas del día y de la: noche, y no entreabren los ojos fatigados por la orgía de la víspera antes de que la noche vuelva a reaparecer. Cual es el caso de aquellos que la naturaleza, en frase de Virgilio, ha colocado bajo nuestros pies en regiones opuestas de la tierra:

y cuando el sol naciente con sus jadeantes corceles alienta sobre nosotros, a ellos el Véspero encarnado los ilumina con su tardío resplandor[1],

tal la vida, que no el país, de estos hombres es contraria a la de todos los demás.

Se hallan en la misma ciudad ciertos antípodas que, según afirma Marco Catón[2], no han visto ni el orto del sol ni el ocaso. ¿Crees tú que éstos saben cómo deben vivir, si ignoran cuándo? ¿Y temen la muerte en la que se han sepultado en vida? Son de augurio tan funesto como las aves nocturnas. Por más que pasen sus noches entre vino y perfumes, por más que consuman el tiempo de su depravada vigilia comiendo manjares cocidos a fuego lento, distribuidos en muchos servicios, no banquetean, sino que celebran sus propios funerales. Es, en verdad, de día cuando se rinde a los muertos los obsequios fúnebres. Mas, ¡por Hércules!, para el hombre laborioso ningún día se hace largo. Prolonguemos la vida: su cometido y razón de ser es la acción. Pongamos límites a la noche y transfiramos al día algo de su tiempo.

Las aves que se destinan para los festines, a fin de que en estado de inmovilidad engorden más fácilmente se las mantiene en lugar oscuro, de este modo sin hacer ejercicio la hinchazón penetra en su cuerpo inactivo y la grasa inerte se desarrolla en ellas al estar continuamente en la sombra. Mas los cuerpos de estos hombres que se han entregado a las tinieblas, se ven repulsivos, dado que presentan un color más preocupante que el de los que palidecen por enfermedad: lánguidos y frágiles, están blanquecinos y, aunque vivos, su carne es cadavérica. No obstante, podría afirmar

que éste es el menos grave de sus males: ¡cuánta mayor oscuridad hay en su espíritu!; está atónito en su intimidad, se halla en tinieblas, envidia a los ciegos. ¿Quién jamás ha tenido ojos para servirse de ellos en la oscuridad?

¿Preguntas cómo se genera en el alma este vicio de rechazar el día y transferir a la noche la vida entera? Todos los vicios pugnan contra la naturaleza, todos desertan del orden debido; tal es el propósito del desenfreno: complacerse en la perversidad, y no sólo alejarse de la virtud, sino separarse de ella lo más lejos posible y colocarse luego en el extremo opuesto.

¿No te parece que viven en contra de la naturaleza los que beben en ayunas, que reciben el vino en sus venas vacías y van a comer embriagados? En verdad, es vicio frecuente en los jóvenes que cultivan su energía física el de beber casi en el mismo umbral del baño entre compañeros desnudos; más aún embriagarse y, a continuación, frotarse el sudor que se han provocado con la frecuente absorción de bebidas calientes. Beber después de la comida o de la cena es cosa vulgar; eso lo hacen los padres de familia toscos e ignorantes del verdadero placer: a ellos no les deleita aquel vino que se derrama sobre los alimentos, sino el que penetra libremente hasta los nervios; les gusta aquella embriaguez que encuentra el estómago vacío.

¿No te parece que viven en contra de la naturaleza los que cambian su vestido con el de las mujeres? ¿No viven en contra de la naturaleza los que propugnan el esplendor de la mocedad en una edad ya no adecuada? ¿Qué puede haber más cruel y miserable que esto? ¿Ése no llegará nunca a ser hombre para poder soportar largo tiempo la pasión de un hombre? ¿Y mientras el sexo debía haberlo sustraído al oprobio, ni siquiera la edad lo sustraerá?

¿No viven en contra de la naturaleza los que desean rosas en el invierno y, con la infusión de agua caliente y el oportuno cambio de lugar, hacen surgir el lirio en la fría estación? ¿No viven en contra de la naturaleza los que plantan en lo alto de las torres vergeles, cuyos árboles se agitan sobre los techos y las terrazas de sus casas, echando raíces en lugares hasta los que difícilmente hubieran podido llegar sus copas? ¿No viven en contra de la naturaleza los que sitúan dentro del mar los fundamentos de sus termas, y que sólo les parece que nadan a placer cuando los estanques de agua caliente son sacudidos por el oleaje y la tempestad?

Puesto que se han propuesto querer todas las cosas contra el orden de la naturaleza, a la postre se apartan totalmente de ella. «Amanece: es tiempo de dormir. Todos descansan: practiquemos ahora la gimnasia, paseemos en litera, tomemos el almuerzo. Se aproxima ya la aurora: es el momento de cenar. No debemos obrar como lo hace el vulgo; es cosa deshonrosa vivir de modo trivial y ordinario. Abandonemos el día que luce para todo el mundo: procurémonos una mañana propia y exclusiva para nosotros».

Éstos para mí están como muertos; en verdad, ¡cuán poco distan de una muerte, y

por cierto cruel, quienes viven a la luz de las antorchas y las velas!

Recuerdo que tal vida llevaban muchos en la misma época entre los que se contaba también Acilio Buta[3], un antiguo pretor; a éste, cuando reconocía su pobreza, después de haber dilapidado un inmenso patrimonio, Tiberio le dijo: «Te has despertado tarde».

Julio Montano, un poeta discreto, conocido por la amistad y más tarde por la indiferencia que le mostraba Tiberio, iba recitando un poema[4]; con mucha complacencia introducía en él salidas y puestas de sol. Por ello, como un oyente se indignara de que hubiera recitado el día entero y afirmara que no se debía acudir a sus lecturas, Pinario Nata[5] dijo: «Nunca podría comportarme más liberalmente; estoy dispuesto a escucharle desde la salida del sol hasta el ocaso».

Cuando hubo recitado estos versos:

Febo comienza a lanzar sus ardientes llamas y la rubicunda claridad del día comienza a difundirse; ya la triste golondrina comienza a introducir el alimento en los nidos bulliciosos y con su dulce pico lo reparte a sus hijos, dispuesta a repetir la acción,

Varo[6], caballero romano, camarada de Marco Vinicio[7], adicto a las cenas suntuosas de las que se hacía merecedor por su cáustico lenguaje, exclamó: «Buta empieza a dormir».

Luego, habiendo recitado lo que sigue:

Ya los pastores han retirado sus ganados a los establos, ya la noche comienza a difundir el inoperante silencio a las tierras adormecidas, el propio Varo afirmó: «¿Qué dices? ¿Ya es de noche? Iré a dar los buenos días a Buta».

Nada era más sabido que este su comportamiento en contradicción con los demás, el cual, como he dicho, muchos mantenían en aquel tiempo.

Mas el motivo por el que algunos se comportan así no está en que piensen que la propia noche presente algún aspecto más agradable, sino en que nada de lo usual les resulta grato, y la luz es molesta para la mala conciencia[8]; igualmente el día que luce de balde se hace odioso a quien anhela o desprecia cada cosa, según que haya sido adquirida a un precio grande o pequeño. Además, los libertinos quieren que, mientras viven, se hable de su vida, porque, si es silenciada, creen que se fatigan en vano. Así, pues, de vez en cuando realizan alguna acción que despierte habladurías. Muchos devoran sus bienes, muchos tienen amantes: para alcanzar nombradía entre esta gente no basta sólo con realizar una acción disoluta, sino una que sea notoria; en medio de una ciudad tan atareada, la perversidad ordinaria no provoca comentarios.

Hemos oído contar a Pedón Albinovano[9] (era, en efecto, un exquisito narrador) que tenía su habitación encima de la casa de Sexto Papinio, uno de la multitud de hombres hostiles a la luz. «Oigo —decía él— a la tercera hora de la noche el chasquido de los azotes. Pregunto qué hace: me dicen que pasa las cuentas con los

esclavos. Oigo hacia la sexta hora de la noche unos gritos apremiantes. Pregunto de qué se trata: me dicen que ejercita su voz. Sobre la octava hora de la noche pregunto qué significa aquel sonido de ruedas: me dicen que va de paseo.

»Al amanecer la gente va de un lado para otro, llaman a los esclavos, los despenseros y cocineros están alborotados. Pregunto de qué se trata: me dicen que ha pedido vino melado y una papilla de espelta, que ha salido del baño. '¿Su cena —insistes— rebasaba los límites del día?' En absoluto; sin duda vivía muy frugalmente; sólo consumía la noche». Por ello, Pedón respondía a algunos que lo tachaban de avaro y harapiento: «Lo podéis tachar también de licnobio (que vive a la luz de las lámparas)».

No debes sorprenderte de encontrar tantas peculiaridades de vicios: son variados, presentan innumerables caras y no podemos clasificar todas sus especies. El cultivo de la virtud es simple, el de la maldad es múltiple y abarca desviaciones todo lo sorprendentes que quieras. Lo propio acontece con las costumbres: para los que secundan la naturaleza son fáciles, expeditas, presentan escasas diferencias; los que se apartan de la naturaleza se diferencian muchísimo entre sí y de todos los demás.

Mas, según creo, la causa principal de esta enfermedad radica en el desprecio de la vida común. Como se distinguen del resto por su vestido, por la exquisitez de sus cenas, por la elegancia de sus vehículos, así también quieren distinguirse en la distribución del tiempo. No quieren cometer delitos vulgares aquellos para quienes la recompensa de su delito es la infamia. En pos de ella van todos estos que, por así decirlo, viven a la contra.

En consecuencia, Lucilio, hemos de mantener el camino que la naturaleza nos ha prescrito, sin desviarnos de él: a quienes la siguen todo les resulta fácil y expedito, a quienes se obstinan contra ella su vida no es otra cosa que un remar contra corriente.

[1]Geórg. 1250-251. En el contexto, la zona habitada por los humanos se opone al polo antártico. Vesper la estrella de la tarde, en medio del resplandor rojizo del Poniente, alumbra los fuegos de la tarde. Nada describe mejor la aparición de las estrellas, una por una, a medida que el crepúsculo da paso a la noche.

[2] Cf. Iordan, Cato, Dict. 76.

[3] Personaje sólo conocido por este pasaje de Séneca.

[4] Julio Montano de Esmirna, poeta épico y elegíaco (cf. Sén. ret., Contr. 71, 27) celebrado por Ovidio (cf. Pónt. IV 16, 11-12), era de tal suerte presuntuoso que pretendía compararse con Virgilio. Para los pasajes citados de él, cf. Morel, Iul. Mont., frs. 1 y 2.

[5] Pinario Nata, con nombre ilustre, fue un protegido de Sejano (cf. Tác., An. XIV 34).

[6] Varo es el hijo del Varo tristemente célebre por haber sido derrotado y exterminado con sus legiones por el caudillo germano Arminio en el bosque de Teutenburgo. En el año 9 a. C., tomaba parte en los ejercicios de declamación (cf. Sén. ret., Contr. 13, 10).

[7] Marco Vinicio era el hijo de P. Vinicio, al que se refiere la Ep. 40, 9. A partir del 33 d. C., fue el esposo de Julia Livila, hija de Germánico (cf. Tác., An. VI 15), y envenenado por Mesalina.

[8] Si en el tratado De vita beata y, en general, antes del año 59 d. C., la conciencia es para Séneca fuente de felicidad, a partir de esa fecha resulta una fuente de tormentos para quienes han cometido una falta. Así en Ep. 12, 9; 43, 5; 105, 8, y aquí mismo.

[9] Pedón Albinovano vivió en la época de Augusto y fue autor de una Teseida y de otra epopeya sobre los acontecimientos de su tiempo, de la cual el fragmento que narra la llegada de la flota de Germánico a orillas del mar del Norte se halla en Sén. ret., Suas. I 15. Su descripción resulta vigorosa y potente como una vivencia personal. En efecto, se encontraba en el séquito de Germánico (el año 16 d. C.) y experimentó el gozo inmenso de avanzar con las legiones que habían derrotado a Arminio, el terrible enemigo de Germania. Fue también autor de epigramas.

Es necesario practicar el verdadero estoicismo

En la quinta de Alba, Séneca dispone de un pan malo, pero piensa que el vientre morigerado es un gran componente de la libertad. Encuentra gran placer en que la fatiga se acostumbre a satisfacerse ella sola. Ha comprendido que muchas cosas eran superfluas cuando le han venido a faltar (1-7). Hay que evitar la conversación de los que elogian el vicio: llegan a decir que la virtud no vale, que la felicidad está en el disfrute de la vida. En cambio, hemos de ejercitarnos en no temer cuanto nos repele: fatiga, dolor, muerte, y en no desear cuanto nos atrae: riquezas, ambición, placer. Y no sólo dañan quienes elogian el placer, sino quienes exhortan al vicio con la apariencia de estoicismo (8-17).

Agotado por un viaje más ingrato que prolongado, he llegado a mi quinta de Alba avanzada la noche: no encuentro nada preparado, excepto a mí mismo. Así, pues, pongo mi fatiga sobre la cama y acepto benévolo el retraso del cocinero y del panadero. En efecto, hablo conmigo mismo sobre el hecho de que nada resulta molesto si lo acoges con buen ánimo, nada resulta indignante si tú mismo no añades algo con tu indignación.

Mi panadero no tiene pan; pero lo tiene el administrador, lo tiene el portero, lo tiene el granjero. «Pan malo», replicas. Aguarda: se hará bueno, el hambre te lo convertirá hasta en tierno y candeal. Por ello, no debes comer antes que ella te lo ordene. Así, pues, esperaré y no comeré hasta que comience a tener buen pan o deje de desdeñar el malo.

Es necesario acostumbrarse a la escasez: muchas dificultades por el lugar y por el tiempo se les presentarán, incluso a los ricos y bien dotados para el placer, que pondrán obstáculos a sus deseos. Nadie puede alcanzar todo cuanto quiere; puede, ciertamente, no desear lo que no posee, y servirse con alegría de los bienes que se le han ofrecido. Una gran parte de la libertad está en el vientre bien morigerado y capaz de soportar las privaciones.

No es posible valorar cuán grande es el placer que experimento por el hecho de que mi fatiga se habitúa a reanimarse ella sola: no pido masajistas, ni baño, ni cualquier otro remedio que no sea el tiempo. En verdad, el cansancio que el trabajo ha procurado lo elimina el reposo. Esta cena corriente me resultará más grata que un banquete inaugural.

He sometido justamente mi alma a un ejercicio improvisado, que por lo mismo resulta más simple y auténtico, puesto que, cuando uno se ha preparado e impuesto la paciencia, no se muestra igualmente la medida de la verdadera firmeza: las pruebas más convincentes son las que uno ha dado de improviso, si no sólo contempla las contrariedades con resignación, sino también con serenidad; si no se encoleriza, ni pleitea; si compensa aquello que se le debería otorgar renunciando al deseo y juzga que algo falta a sus hábitos, pero nada a sí mismo.

No hemos comprendido cuán inútiles eran muchas cosas, sino cuando han

comenzado a faltarnos; en verdad nos servíamos de ellas, no porque nos eran necesarias, sino porque las teníamos. Y ¡cuántas cosas nos procuramos ahora porque otros se las han procurado, porque la mayoría las posee! Entre las causas de nuestros males se cuenta el que vivimos siguiendo el ejemplo de los demás y no nos gobernamos por la razón, antes bien somos arrastrados por la costumbre. Lo que no querríamos imitar si lo hicieran pocos, cuando empiezan a hacerlo más lo secundamos como si fuera más honesto porque es más frecuente; y el error ocupa para nosotros el puesto de la verdad cuando se ha generalizado[1].

Ahora todos viajan precedidos de la caballería númida y llevando delante un tropel de corredores: sería vergonzoso que no hubiera nadie que apartara del camino a los viandantes que salen al paso, o que no atestiguara una gran polvareda que un hombre distinguido se acerca. Ahora todos disponen de mulos para transportar vasos de cristal, murrinos[2] y cincelados por obra de grandes artistas: sería vergonzoso que dieras la impresión de poseer sólo un equipaje tal que pudiera ser sacudido sin peligro de romperse por los golpes. A todos los pajes se les hace caminar con el rostro untado para que ni el calor, ni el frío dañe su delicada piel: sería vergonzoso que no hubiera en el séquito algún esclavo cuyo rostro sano exigiera el cosmético.

Se debe evitar la conversación de todos éstos: son ellos los que enseñan los vicios y los propagan de una parte a otra. Parecía ser la peor especie la de aquellos hombres que difunden la maledicencia: hay algunos que difunden los vicios. La conversación de estos hombres es muy nociva; en efecto, aunque no consiga resultados de inmediato, deposita sus gérmenes en el alma y, por más que nos hayamos separado de ellos, nos persigue el mal que después resurgirá.

Como los que han escuchado un concierto llevan en sus oídos la melodía y dulzura del canto que dificulta el razonamiento y no permite aplicarse a cosas serias, así también la conversación de quienes adulan y elogian las acciones perversas perdura en el alma más tiempo que su sonido en los oídos. Y no resulta fácil expulsar del espíritu su dulce melodía: nos acompaña, perdura y vuelve a intervalos. Por lo mismo debemos cerrar los oídos a los discursos perversos, sobre todo al principio: cuando han hecho su entrada y, acogidos, se instalan dentro, tienen más osadía.

De ahí que se llegue a estas expresiones: «Virtud, filosofía, justicia son el estrépito de palabras vacías; la única felicidad consiste en hacerse la vida agradable; comer, beber, gozar del patrimonio esto es vivir, esto es recordar que uno es mortal[3]. Los días se nos escapan y la vida transcurre de forma irreparable[4]. ¿Dudamos, acaso? ¿De qué sirve tener cordura, y a una vida no siempre apta para el placer, mientras puede y lo desea, imponerle entonces la sobriedad, anticiparse de este modo a la muerte y privarse ya ahora de cuanto ella nos ha de arrebatar? No tienes una amante, tampoco un mancebo que despierte los celos de la amante; cada día te muestras sobrio, cenas como si tuvieras que justificar a tu padre los gastos de la

jornada: esto no es vivir, sino asistir a la vida de otro.

»¡Cuán gran locura supone preocuparse por los bienes del propio heredero y privarse uno de todo, de suerte que tu gran herencia lo convierta de amigo en enemigo tuyo!; en verdad, se gozará tanto más de tu muerte cuanto más haya recibido. No valores ni en un as a estos siniestros y huraños censores de la vida ajena, enemigos de la suya, pedagogos populares y no dudes en preferir una buena vida a una buena reputación».

Tales voces deben evitarse, no de otra suerte que aquellas que no quiso Ulises oír cuando pasaba, sino atado a la nave[5]. Producen el mismo efecto: nos apartan de la patria, de los padres, de los amigos, de las virtudes, y nos impulsan a una vida torpe y vergonzosa, si no pasamos de largo. ¡Cuánto mejor es seguir el recto camino y elevarse hasta aquel estado en que sólo te sean gratas las acciones honestas!

Este objetivo lo podremos conseguir, si tenemos en cuenta que existen dos clases de realidades: las que nos atraen y las que nos repelen. Nos atraen ciertamente las riquezas, los placeres, la hermosura, la ambición y las restantes cosas lisonjeras y agradables: nos repelen el trabajo, la muerte, el sufrimiento, la ignominia y la estrechez de vida. Por lo tanto, debemos ejercitamos a fin de no temer estas penalidades y no codiciar aquellas ventajas. Esforcémonos en sentido contrario: alejémonos de los objetos seductores y lancémonos con ímpetu contra los hostiles.

¿No ves cuán distinta es la actitud de los que bajan y de los que suben una cuesta? Los que van hacia abajo echan para atrás el cuerpo y los que van hacia arriba lo impulsan adelante. Porque si, al descender, inclinas su peso hacia la parte delantera o, si, al ascender, lo tiras hacia atrás, esto, Lucilio, supone consentir en el tropiezo. Hacia los placeres el camino es descendente, hacia las asperezas y penalidades, ascendente: en este caso impulsemos el cuerpo adelante, en el otro echémoslo para atrás.

¿Piensas, quizá, que digo ahora que para nuestros oídos solamente son perjudiciales los que elogian el placer, los que infunden temor al sufrimiento, cosas ya de por sí terribles? Considero que también nos perjudican los que, bajo apariencia de estoicismo, nos exhortan a los vicios. En efecto, afirman con jactancia que sólo el sabio y docto es un buen amante. «Él sólo es apto para este arte; asimismo, el sabio es un gran experto en el arte de beber y de vivir en compañía. Indaguemos hasta qué edad los jóvenes deben ser amados».

Dejemos estas bagatelas para las costumbres griegas, y nosotros, por el contrario, apliquemos la atención a las siguientes enseñanzas: «Nadie es bueno por azar: la virtud debe aprenderse[6]. El placer es cosa baja y mezquina e indigna de aprecio alguno; nos es común con los animales mudos, y hacia él se lanzan los seres más ínfimos y despreciables. La gloria es cosa vana y voluble, y más inconstante que un soplo de aire. La pobreza no es un mal para nadie, excepto para el que se resiste a

ella. La muerte no es un mal: ¿quieres saber qué es? La única ley igual para todo el linaje humano. La superstición es un error de mente insana: teme a los que debe amar y profana a los que rinde culto. En efecto, ¿qué diferencia existe entre negar a los dioses o profanarlos?».

Estas máximas hay que aprenderlas, sin duda aprenderlas profundamente: la filosofía no debe procurar pretextos al vicio. Ninguna esperanza de salvación tiene el enfermo al que su médico lo exhorta a la intemperancia.

aaaa

[1] Cf. Ep. 81, 29, donde se expresan conceptos similares.

[2] Boella traduce: «de espato de flúor». La substancia de tales vasos era, pues, la fluorina o fluorita, que les confería gran valor.

[3] Posible reminiscencia de Virg., Geórg. III 66-68.

[4] Cf. Virg., Geórg. III 284, y En. X 467-69. Pero en Virgilio la velocidad con que transcurre el tiempo estimula también a trabajar y a propagar la fama con los hechos, lo que es obra de la virtud.

[5] En realidad se trata del canto de las Sirenas. Ulises se hizo atar al mástil de la nave para evitar la seducción del mismo: cf. Hom., Od. XII 1-78.

[6] La virtud, como la sabiduría, en tanto que constituyen un arte, deben aprenderse, pero «la virtud no se desaprende» (Ep. 50, 8).